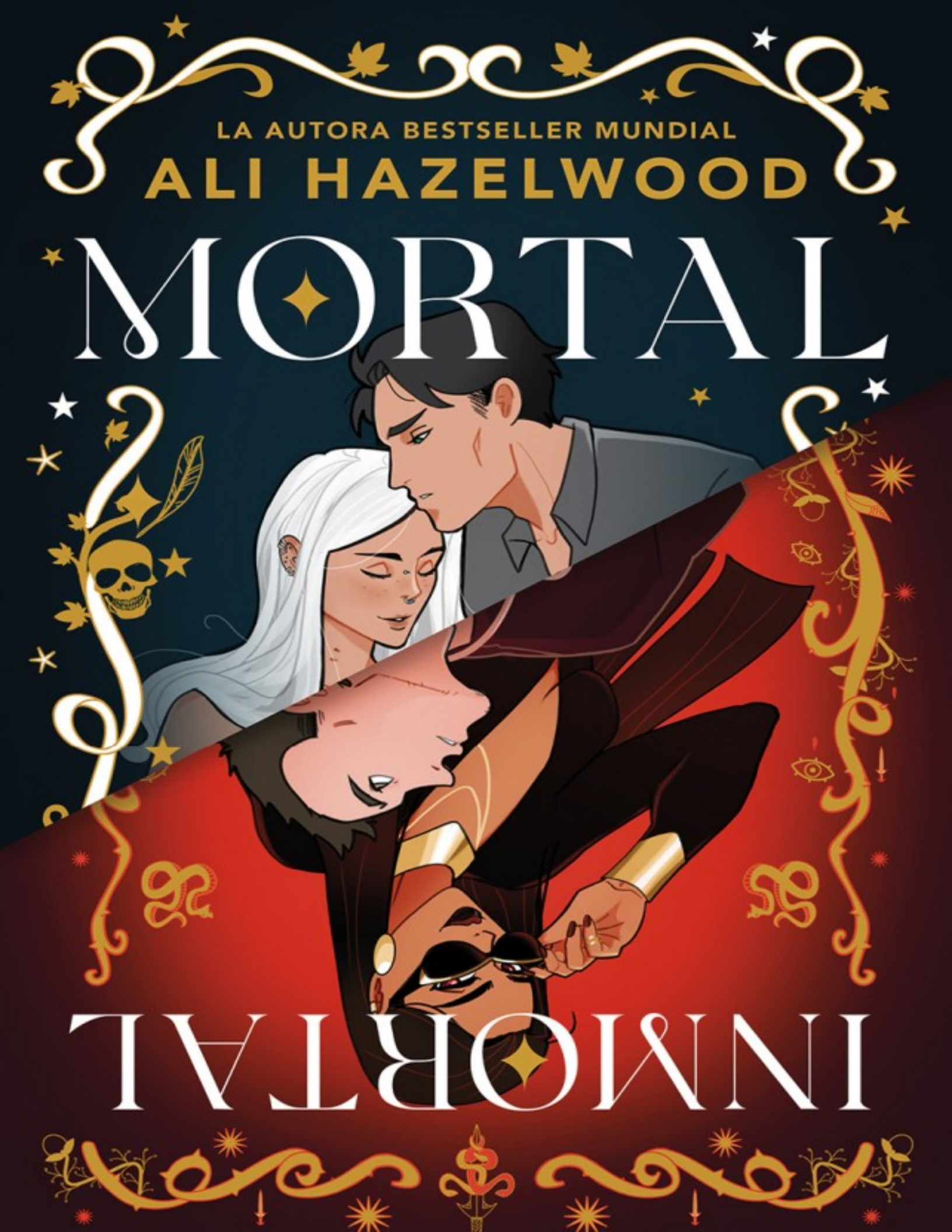


LA AUTORA BESTSELLER MUNDIAL

ALI HAZELWOOD

MORTAL

IMMORTAL



Índice

Mortal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Inmortal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Créditos



ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS



CAPÍTULO 1

Por mucho que me guste y me absorba mi propia historia, debo admitir que no dista demasiado de casi todas las demás. Las historias son historias, con sus comienzos, sus desarrollos intrincados y sus finales limpios y bonitos. He contado tantas que debería resultarme natural coger una pluma, unas cuantas hojas de papel hecho a mano y añadir la mía a la colección. Sin embargo, aquí estoy, dudando porque no consigo decidir por dónde empezar.

Una amiga me sugirió que comenzara por el verano anterior al último año de mi doctorado en la Universidad de Rockhaven, unos meses antes de mi muerte. Para entonces ya llevaba bastante tiempo metida en problemas y mi destino estaba sellado, aunque yo aún no fuera consciente de ello. Pero no estoy convencida. Me parece una elección demasiado atrevida empezar *in medias res*, sobre todo porque las primeras líneas de esta historia las escribí cuando aún era jovencita, llevaba el pelo de colorines y era adicta a los chicles.

Por aquel entonces, mi principal pasatiempo consistía en observar a mi vecina Grace, una mujer mayor, mojar los pinceles Kolinsky en cajas de acuarelas *vintage*.

—Tienes suerte de que tu padre, ese impresentable que se dedicaba a robar tarjetas de crédito, saliera de la cárcel justo antes de que volvieran a meter a tu madre, otra impresentable que se dedicaba a inventarse obras benéficas —me repetía a menudo con su voz ronca de fumadora, sin levantar nunca la vista de la obra que estaba pintando—. De lo contrario, ahora mismo estarías en algún

hogar de acogida en Tullahoma, solo tú y una caja de ceras Crayola. Ven aquí, niña. Te voy a explicar por qué esta capa que acabo de dar ha quedado tan desastrosa.

Nunca fui dada a hacerme ilusiones. Me negaba entonces, igual que lo hago ahora, a afirmar que la insistencia de Grace por enseñarme los entresijos del craquelado o cómo limpiar correctamente el moho de las encuadernaciones de cuero fuera su peculiar forma de expresar cariño. Aun así, si quiero contar mi historia, debo reconocerle el mérito de haber sido la primera en encaminarme a ser el tipo de persona que aprecia cierta clase de belleza. También tengo que reconocérselo al juez que dejó claro que iba a vigilarme de cerca a menos que cambiara mi conducta, mejorara las notas y enviara solicitudes de acceso a las universidades de inmediato. Menciones honoríficas: la clase de Química Aplicada a la Conservación de Materiales en la que me matriculé en segundo porque era la única optativa que no empezaba a las ocho de la mañana; el tutor que me dijo que, si «esto del arte medieval» era realmente lo mío, quizá podía hablar con un amigo suyo que trabajaba en una universidad del norte con cierto renombre; la forma en que el tiempo y el espacio parecían desaparecer cada vez que mi mundo se reducía a algo consumible a través de mis ojos y mis manos; esa carta que Grace me dejó para que la leyera cuando se fuese, tan escueta como su corazón: «No tengo mucho, pero debería bastar para pagar un camión de mudanzas. Ahora lárgate de este agujero cagando leches».

Y así es como empezó mi historia. Hubo muchas primeras veces que se fusionaron en una tormenta perfecta unas semanas después de comenzar el primer año de doctorado, cuando Mortimer «No Me Llames Morty» McManaman sacó sus mejores cartas y convenció a Roxanne, mi casera, para que saliera con él.

Mortimer era un niño rico de pelo lacio al que le encantaba presentarse como «experto en bellas artes», tenía polos de todos los colores y fracasaba repetidamente en su intento de dejarse crecer un bigote que le diera autoridad. A pesar de sus esfuerzos, no solía

caer bien a la gente. A veces me daba pena, y quizá a Roxanne también. O a lo mejor solo la conquistó aprovechando que ella acababa de tocar fondo. Al fin y al cabo, se había separado hacía poco. Pese a su reputación como una de las mejores expertas en piedras preciosas de Nueva Inglaterra, su capacidad para aceptar encargos se había visto mermada al tener que asumir la mayor parte del cuidado de Rorie, su hija. El proceso de divorcio había supuesto un bache económico para ella, y las personas desesperadas tienden a tomar decisiones desesperadas. Salir con un tío cuestionable estaba más o menos al mismo nivel que alquilarle la habitación de invitados a una estudiante de doctorado que había subido un anuncio a Craigslist buscando alojamiento.

Puede que Mortimer fuera menos peligroso que el ex de Roxanne, un infiel mentiroso, pero, de todas formas, lo suyo no tenía futuro, y menos después de que él empezara a llamarla «gatita» a mitad de su primera cita y nunca se diera cuenta de que debía parar. Ella lo sabía. Yo también. Y, a juzgar por la cantidad de regalos cada vez más desesperados que abarrotaban nuestra casa, Mortimer también. No obstante, se aferraba con uñas y dientes a la idea de que ella era la elegida. Venía una vez a la semana, o siempre que Rorie pasaba la noche con el ex de Roxanne. Se arreglaba el pelo frente al espejo de la entrada y luego depositaba sus ofrendas en el altar del cuerpo esculpido de Roxanne: café importado, vino que no venía en tetrabrik, bandejas de bombones con un precio astronómico por unidad...

Y, una fatídica noche, una primera edición británica de *Drácula*, de Bram Stoker.

Para ser justos, aquello no fue un regalo, sino que más bien se lo trajo para enseñárselo.

—Nos ha llegado hoy —dijo sacando el libro de un maletín de cuero y dejándolo sobre la mesa. La familia McManaman provenía de Boston, pero eran propietarios de una tienda de antigüedades de mediocre reputación aquí en Vermont, y Mortimer recientemente había decidido tomarse un descanso de su trabajo principal

(recomendarle cervecerías y campos de golf a la gente sin que se lo pidiera) para hacerse cargo del negocio—. Es impresionante, ¿verdad?

Roxanne ahogó un grito.

—Dios mío. —Extendió la mano, quizá para acariciar las letras doradas y rojas de la cubierta, aunque la retiró después de pensárselo mejor—. Es increíble. Fíjate en cómo está cosida la encuadernación.

—Lo sé. —Mortimer sonrió con aire de suficiencia—. Hace más de un siglo, en algún momento de 1897, un tío debía de estar sentado frente a su chimenea, fumándose una pipa y leyendo este libro. Y ahora lo tienes en tu cocina. ¿Te lo puedes creer?

—No —solté yo, lo cual hizo que Roxanne y Mortimer me miraran desde el otro lado de la mesa con sorpresa e irritación, respectivamente.

—¿Cómo que no? —preguntó ella.

Eché un vistazo a la sandwichera que había birlado en mi último trabajo como charcutera en Costco, arrepintiéndome de haber hablado.

—Pienso que podría ser una falsificación —dije en un tono lo más neutro posible. Era mentira. No «pensaba» que podía serlo; lo sabía a ciencia cierta. Sin embargo, pese a las repetidas acusaciones por parte de mis padres, no me gustaba decepcionar a la gente.

—Bueno, claro, por pensar puedes pensar que la Tierra es plana y que las nubes están hechas de algodón. —El tono de Mortimer era igual que siempre: artificialmente afable, aunque hablaba con los ojos entrecerrados—. Pero eso no lo convierte en verdad.

—Ya, tienes razón.

Fantaseé con vivir en un mundo en el que pudiera escabullirme al balcón para comerme mi sándwich de queso fundido en paz y olvidarme por completo de esa conversación. Pero ¿no habría sido aquello un acto imprudente y egoísta? Si no decía nada, Mortimer iba a intentar vender el libro por cien mil dólares. O su reputación o sus antecedentes penales iban a salir perjudicados.

A veces hay que ser cruel para hacer el bien y bla, bla, bla.

—Eso no lo convierte en verdad —repetí—. Sin embargo... ¿Puedo? —Crucé la habitación para coger el tomo y lo abrí, ignorando la expresión cada vez más sombría de Mortimer—. ¿Ves aquí, cómo están pegadas las guardas? Puede que me equivoque —por supuesto que no—, pero me parece que es una técnica de encolado más reciente que las utilizadas a finales del siglo xix. La uniformidad de los patrones de costura, el papel... Esta pulpa no es victoriana, por no mencionar lo inusualmente nítidas que son algunas de las letras y... En fin. —Volví a dejar el libro en el maletín, sintiendo un poco de pena por Mortimer—. Todo lo que acabo de enumerar sí que lo convierte en verdad.

—Perdona, ¿qué...? ¿Cómo coño vas a saber tú cómo era la pulpa victoriana? —Soltó una risa nerviosa.

—Vero está haciendo un doctorado en Historia del Arte —le dijo Roxanne, claramente molesta por su tono—. Y su abuela se dedicaba a restaurar obras. No me habías contado que también restauraba libros, Vero.

Grace habría preferido beberse el agua de limpiar los pinceles antes que ser llamada «abuela», pero a mí no se me daba bien hablar de mi pasado con otras personas y no sabía qué otro título ponerle para explicar el papel que había desempeñado en mi vida. Hacer un doctorado había supuesto un nuevo giro en el sinuoso camino de mi vida —empezar de cero, hacer amigos, crear una comunidad, ese tipo de cosas— y estaba dispuesta a darlo todo; no obstante, me parecía prudente abreviar un poco en según qué temas.

—En realidad, la mayor parte de las restauraciones que hacía eran de libros. Tenía mucha demanda.

Fue entonces cuando los ojos de Mortimer se posaron en mí de verdad. Era como si de repente acabara de materializarme en medio de la habitación y me mirara por primera vez. Empezó por la raya del pelo, recorrió mi esbelta figura y se detuvo en mis pies descalzos. Él

y Roxanne me sacaban menos de diez años, pero me miró como si fuera una mendiga pidiendo un plato de gachas.

—Veró, ¿verdad? —preguntó, hosco.

—Así me llaman. —Ya nos habían presentado antes, incluso habíamos intercambiado alguna que otra palabra mientras yo me calentaba la sopa en el microondas o cortaba los ingredientes de la ensalada, pero aquello no me vino por sorpresa. Sabía cómo veían el mundo los hombres como Mortimer, y que rara vez se molestaban en reconocer la existencia de las mujeres con las que no les interesaba acostarse. Teniendo en cuenta que yo era varios centímetros más alta que él, que tenía el pelo gris, los dientes torcidos y una predilección por los *piercings*, y que casi siempre vestía con ropa holgada varias tallas por encima de la mía, dudaba que fuera su tipo. Hacía tiempo que había aceptado que algo en mí desconcertaba, asustaba o dejaba indiferentes a la mayoría de los hombres.

Y Mortimer no era una excepción.

—¿Cómo has podido adivinar cómo sería el patrón de costura desde la otra punta de la habitación?

Porque está muy mal falsificado, me callé.

—Tengo buena vista.

—Ah, ¿sí? ¿Es esto lo que estudias, libros raros?

—No exactamente. Me centro en manuscritos de la Baja Edad Media.

—¿Tu idea es convertirte en profesora?

—Pues...

—Mira, ese es el problema con la gente como tú. —Me señaló con el dedo—. Habrás cursado media asignatura sobre un tema mínimamente relacionado con los libros antiguos y ya te crees que sabes más que el experto con el que mi familia lleva trabajando media década. —Hizo una pausa, puede que esperando que me enfadara y empezara a discutir con él. Al ver que no me molestaba en hacer caso a su berrinche, sonrió triunfante y murmuró—: Si es que... ¿Ves? Por eso me cae mal la gente que va a la universidad. Son unos sabelotodo.

Roxanne soltó un bufido, le recordó que ella también tenía una carrera y un máster (en Ciencia e Ingeniería de Materiales) y le dijo que estaba siendo un maleducado y otras cosas que no llegué a escuchar porque decidí hacer una bomba de humo. Me comí aquel delicioso sándwich de queso fundido en el balcón envuelta en la brisa de principios de otoño y le di las migajas sobrantes a una intrépida pareja de cardenales apareados. Después me olvidé de aquel incidente... hasta dos días más tarde, cuando, al salir de mi seminario de Pedagogía, vi a Mortimer frente al edificio, balanceándose sobre los talones bajo el sol de media mañana. Estaba escudriñando los rostros de los estudiantes en busca de alguien. Al darme cuenta de que fijaba la vista en mí, ni siquiera me sorprendí.

—Conque era falso, ¿eh?

Asintió con el semblante más pálido de lo habitual.

A pesar de que me consideraba una persona medianamente rencorosa, aquello no me produjo ningún placer.

—Lo siento —dije con sinceridad—. Deberías buscarte un mejor asesor. —Intenté pasar por su lado, pero me bloqueó.

—Sí, debería. —Me miró a los ojos con tanta falta de sutileza que me resultó patético. No entendía por qué Roxanne se había rebajado a salir con él. Tal vez fuera por el síndrome de Estocolmo. O a lo mejor poseía información comprometedor sobre ella. Debía de haber una explicación, porque el pobre tenía menos labia aún de lo que sospechaba.

—Por desgracia, estoy muy ocupada con ese doctorado que tanto respetas.

—Podrías tomártelo como unas prácticas para...

—No necesito hacer prácticas. —Lo esquivé y empecé a bajar las escaleras—. Que tengas un buen...

—Puedo pagarte.

Vaya, había pronunciado las palabras mágicas capaces de detener en seco a cualquier doctorando. Todos, del primero al último, íbamos cortos de pasta. Incluso los que no provenían de una familia pobre

estaban interesados en ganar más. A pesar de los clubs de remo para pijos, sus piedras grabadas con lemas en latín y su dotación de treinta y cinco mil millones de dólares, la Universidad de Rockhaven no podía permitirse pagarnos salarios dignos.

Igual alguien debería revisar las cuentas.

—¿Lo dices en serio? —Me volví hacia él.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Pago bien. Muy bien.

Puede que la relación sentimental entre Mortimer y Roxanne no durara ni hasta los parciales, pero, para él y para mí, aquello fue el catalizador de una larga y fructífera colaboración.



Los tres primeros años de doctorado fueron monótonos y sin incidentes, lo cual fue un verdadero alivio para alguien que se había pasado dos décadas y pico como un imán de dramas y desgracias.

En mi defensa diré que algunas cosas no se podían evitar. No era culpa mía que mis padres fueran delincuentes de poca monta metidos en un círculo vicioso que consistía en juntarse, estafar a la gente y luego estafarse el uno al otro. Aun así, supongo que debió de marcarme de algún modo el hecho de haber sido criada por dos personas cuya idea del amor y el respeto se limitaba a conseguir que el otro pagara la fianza y luego desaparecer.

Ahora me pregunto, después de todo lo que ha pasado, si la forma en que me criaron facilitó que aceptara lo que me ocurrió cuando llegué a Vermont. Si mi historia podría haber sido o no la de cualquier otra persona. Recibí una educación desastrosa y llena de mensajes contradictorios que me enseñó a ser astuta, ingeniosa y a tolerar la naturaleza cambiante de los principios éticos. Para cuando entré en la pubertad, ya estaba familiarizada con cierto tipo de timos de poca relevancia: falsificar boletos en una rifa, vender aparatos electrónicos robados, el clásico de intercambiar etiquetas con los

precios... Me sorprende que no me pillaran hasta los quince. Aunque después de eso pasé a portarme generalmente bien y pese a no tener casi contacto con ninguno de mis progenitores, nunca llegué a deshacerme del todo de mis tendencias delictivas.

—Y este es el motivo. —Grace, que hojeaba todas las revistas gratuitas que aparecían en su puerta y que no habría sabido distinguir una noticia real de un enlace patrocinado ni aunque su vida dependiera de ello, levantó la vista desde debajo de su lámpara de escritorio verde y señaló el artículo que estaba leyendo—. ¿Sabías que las personas con una amígdala hipoactiva son más imprudentes? ¿Y que la función de la amígdala es hereditaria?

—Pues no, no tenía ni idea.

—Apuesto a que eso es lo que te ocurre a ti.

—O quizá es que soy demasiado pobre para preocuparme por cuestiones morales.

—No, es tu cerebro. Te predispone a cometer delitos no violentos.

—Hablas como una auténtica neurocientífica —dije—. A todo esto, ¿podrías explicarme qué es una amígdala, por favor?

Se sacó una mano de debajo del delantal manchado de pintura para hacerme un corte de mangas y yo tuve que contener la risa.

Siempre había sido una invitada bienvenida en casa de Grace; una invitada que saqueaba la despensa y se quedaba más tiempo del debido, pero una invitada al fin y al cabo. Fue durante el segundo año de carrera que dejé la habitación que tenía en la residencia de estudiantes y empecé a dormir en su casa, a pesar de tener que hacerme luego todo el trayecto hasta la Universidad de Tennessee.

—Y eso que nadie te ha dado permiso —me recordaba a diario—. Valoro mucho mi intimidad. Si quisiera tener niños correteando por aquí, ilos habría parido yo misma!

—Bueno, es que alquilar una habitación en el campus es carísimo, así que te agradezco que me permitas ahorrarme un dinerito —le respondía yo, imperturbable.

Las dos sabíamos que a ella le costaba cada vez más moverse. A menudo se olvidaba de comer, solo tomaba la medicación día sí, día no y ¿dónde había metido ese libro sobre impresión tipográfica que estaba leyendo? No, *claro* que no lo había tirado hacía años, ¿qué insinuaba, que se le iba la olla? Los jóvenes de hoy en día eran terribles. Grace quizá no era una persona fácil, ni siquiera la podía considerar cordial, pero le había abierto su casa (literalmente) y sus rígidos y esqueléticos brazos (metafóricamente) a una niña desamparada y rebelde, y a mí no me importaba cuidar de ella.

En octubre de mi último año de carrera, tras una velada sorprendentemente lúcida en la que debatimos sobre qué tipo de cola de origen animal habría utilizado un artesano para pegar un cartón en la Francia del siglo XIX, falleció plácidamente mientras dormía. La sensación que tuve no fue la de haberme quitado un peso de encima, sino más bien de vacío. Una profunda desorientación.

Tenía veintiún años. Me quedaban un puñado de créditos para graduarme. En general, iba por el buen camino. Y, sin contar a los tres o cuatro amigos circunstanciales y a los chicos que jugaban a HALO y tomaban microdosis que de vez en cuando traía a casa, estaba sola. Rebusqué en mi interior, pero lo único que encontré fue una falta de rumbo y poca motivación para planificar un futuro que, a juzgar por cómo había sido mi pasado, acabaría siendo frustrado y se desarrollaría como le diera la gana. No obstante, por ahí, en algún rincón, también detecté en mí un interés genuino por la historia del arte.

Así que solicité plaza en la Rockhaven.

Y me admitieron.

Luego tuve dudas sobre si ir o no.

No estaba hecha para estudiar un doctorado y, por muchos folletos e iniciativas de inclusión que existieran para los estudiantes de primer año, nada iba a convencerme de lo contrario. *Pero el talento para engañar corre por tus venas*, me dije. Si alguien era capaz de combatir el síndrome del impostor, era una impostora nata.

Así que me mudé a Vermont y aprendí a lidiar con las puestas de sol a las cuatro de la tarde y los inviernos brutales que daban paso a una interminable temporada de barro y más barro; con viviendas inasequibles y una cantidad absurda de rotondas. «Debe de ser algún tipo de novatada para quienes se trasladan a Nueva Inglaterra, ¿no crees?», reflexioné un día con Roxanne.

Rockhaven era una prestigiosa institución con un largo historial de excelencia académica y, aunque quería odiar su elitismo pijo, no podía evitar sentirme cautivada por el ambiente cinematográfico del campus.

—El ochenta por ciento de los estudiantes de grado a los que darás clases como asistente del profesor son unos cabroncetes insufribles —señaló un doctorando de cursos superiores a mitad de mi primer semestre. Nos sentamos en un banco con vistas al patio y me preguntó—: ¿Qué experiencia tienes con la gente rica?

Mi experiencia se limitaba a estafarlos, así que respondí:

—No demasiada.

—Bueno, míralos. —Eché un vistazo a nuestro alrededor. Había hijos de antiguos alumnos que vivían a costa de sus familias dando sorbos de un café carísimo. Llegaban veinte minutos tarde a clase y caminaban a paso ligero con sus abrigo Barbour. Los observaba hasta que atravesaban las enormes puertas y desaparecían por los pasillos de mármol sin levantar nunca la vista del teléfono.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —pregunté.

—Se creen los dueños del puto mundo.

Tenía razón: muchos estudiantes de Rockhaven tenían fondos fiduciarios y se comportaban como si los profesores hubiesen sido elegidos a dedo por papá para hacer de niños ocasionalmente estimulantes, pero cuya principal obligación era no entrometerse demasiado. Les encantaba presumir de la casa de vacaciones que tenía su familia en San Bartolomé y era evidente que estaban pasando por una fase artística y rebelde que acabaría desembocando en una apresurada solicitud de convalidación para estudiar ADE, seguida de un trabajo garantizado en el sector

financiero, a menudo de esos anodinos pero bien pagados. Aunque no todo el mundo era así. Cada semestre me encontraba con una o dos personas que me recordaban a mí: combativas, evasivas y fuera de su hábitat natural. Velaba por ellas porque me hacían sentir que mi presencia en ese campus no era del todo inútil. Era como pagar un peaje: después de cumplir, podía permitirme recorrer las bibliotecas con estanterías de caoba en busca de rincones acogedores o sentarme junto a las chimeneas de los comedores que parecían sacados de una catedral.

Así que me las arreglé para sobrevivir durante los primeros semestres, oscilando entre idealizar y poner los ojos en blanco ante esta nueva vida académica: el campanario gótico era impresionante, pero me negaba a creer que el fantasma de un estudiante que nunca había terminado su tesis lo rondara durante los exámenes finales. Los monumentos de piedra que había en cada rincón del campus eran un poco excesivos, y habría sido encantador ver desfilar las prendas de *tweed* si no hubiesen ido intercaladas con náuticos y chalecos.

En definitiva, cuando pienso en aquellos años, lo que recuerdo con más cariño son las mañanas brumosas, los sillones de cuero deslizándose sobre alfombras persas de color terracota, los adoquines resbaladizos tras una noche de lluvia y el aroma de las hojas otoñales y de la tinta para pluma en el despacho de mi tutora durante nuestras reuniones semanales.

Cuando me matriculé en el programa de Historia del Arte, había siete estudiantes más en mi promoción; dos años después, todos habían abandonado, bien porque habían aceptado trabajos en escuelas y museos, o bien porque se habían mudado con su familia a otro lado, o bien porque, simplemente, renunciaban a quedarse en el limbo del doctorado con el único fin de sacarse un título que, para cuando lo consiguieran, quizá valdría menos que el papel utilizado para imprimir el diploma.

Al empezar el tercer año ya solo quedaba yo. Incluso para una persona solitaria como yo, aquello suponía demasiada soledad, y por

eso Antigüedades McManaman se convirtió en..., tampoco diría que mi hogar (eso aún estaba por llegar), pero sí en algo que se le parecía.



Mortimer siguió siendo una presencia constantemente molesta durante mi actividad en la tienda. Era el prototipo de niño rico que acaba convirtiéndose en un perdedor, pero había que reconocer una cosa: cuando su padre quiso traspasar el negocio de antigüedades, fue él quien pidió hacerse cargo de la tienda, aduciendo su voluntad de mantener el legado familiar. La reacción de su padre, parafraseada, fue: «¿Quién? ¿Tú?», seguida de una carcajada burlona, tras lo cual Mortimer juró demostrar su valía.

Me veía obligada a respetar ese ímpetu, pero no el pésimo ojo que tenía el hombre para las antigüedades. Lo dejaba pasar porque varias figuras extrañas y encantadoras gravitaban en torno a la familia McManaman, y ese logro merecía su reconocimiento.

Estaba Cyrus, un hombre calvo de mediana edad que autenticaba monedas, siempre olía a menta y hablaba de guerras que habían terminado hacía quinientos años como si él hubiera estado en primera línea de fuego; luego teníamos a Lucille, una experta en restauración algo brusca y sin pelos en la lengua que miraba con recelo a todo el mundo (aunque, entre tasaciones, te la encontrabas en la trastienda llorando con vídeos de perritos abandonados); también estaba Elias, un estudiante de la universidad local que habría encajado mejor en un rodeo que en una tienda de antigüedades, y que, sin embargo, aparecía todos los fines de semana para devorar libros de texto mientras atendía en caja.

Me pasaba a evaluar libros dos o tres veces por semana, cuando mi horario académico me lo permitía. Siempre me esperaba una taza de té *oolong*; siempre humeante, siempre en la taza de cerámica que había elegido durante mi primera semana, la que estaba decorada con una hiedra y unas setas rojas con relieve. Era Wanda,

la dependienta, quien lo preparaba. Llevaba más tiempo que nadie en McManaman, desde antes de que naciera Mortimer, y conocía cada esquina, cada telaraña y cada cenicero vendido o por vender. Me recibía con una calidez y una ternura a las que no estaba acostumbrada. Su amplia sonrisa le acentuaba los mofletes y era habitual que se preocupara por si mi chaqueta era demasiado fina o poco impermeable, aunque la pregunta más recurrente era: «Vero, ¿has comido ya hoy?».

Grace había sido formidable y cariñosa a su manera, pero nunca tierna ni maternal. Wanda me traía táperes de magdalenas para asegurarse de que no me saltara el desayuno, me frotaba la espalda cuando me dolía de estar encorvada sobre documentos antiguos, me enviaba mensajes para recordarme que dejara correr el agua del grifo durante los días más fríos del invierno. En la primavera de mi primer año de doctorado, fue la única que se acordó de felicitarme por mi cumpleaños y me regaló una lupa grabada con mis iniciales.

Pese a que al principio me resultaba un poco incómodo, aprendí a hacer un esfuerzo para devolverle los abrazos. Charlaba con ella un rato, hablábamos sobre mis clases y el jardín de su esposa, y luego me escabullía a la trastienda. Allí, de pie sobre el suelo de madera vieja y manchada por el sol, intentaba averiguar si los incunables estaban mal fechados, si las encuadernaciones de cuero habían sido reutilizadas, la verosimilitud del número de fibras de un papel... En resumen: todas las cosas que Grace me había enseñado a lo largo de los años. Una o dos veces por tarde, Cosimo, el gato esfinge de la tienda, interrumpía su siesta para mirarme parpadeando lentamente y luego se retorció hasta encontrar una posición más cómoda para seguir durmiendo. Mis días favoritos eran aquellos en los que también aparecía Roxanne, envuelta en una nube de vestidos cortos *vintage* y loción corporal de canela, para ocuparse de sus tasaciones de joyas.

—Es que, a ver —se excusaba sin remordimientos mientras convencía a su hija de que abriera la boca para que el avión en forma de brócoli pudiera aterrizar—, lo de McManaman es un trabajo

fácil, pagan bien y no voy a dejarlo solo porque en un momento dado se me fuera la pinza y me liara un par de veces con Mortimer.

—Fueron más bien seis o siete.

—Chitón o te echo de casa. Más te vale saber cómo construir una cabaña de barro.

Había sido fan de Roxanne desde el día en que la conocí, cuando abrió la puerta para enseñarme su habitación de invitados y soltó:

—Joder. ¿Te decoloras el pelo?

—No. Es...

—¡El síndrome de María Antonieta!

Incliné la cabeza. Mi coleta plateada se balanceaba a mi espalda.

—¿Cómo lo has sabido?

—No tienes un color homogéneo, así que he supuesto que era natural, y tienes pinta de ser muy joven, por lo que... —Se acercó sonriendo—. ¿Qué fue?

—¿Cómo?

—¿Cuál fue el suceso traumático que te volvió el pelo gris de golpe?

Con el tiempo, nos haríamos íntimas y le contaría la verdad: que, cuando tenía cinco años, uno de los ex de mi madre, con gran habilidad para clonar tarjetas de crédito pero no tanta para vivir en la realidad, se convenció a sí mismo de que yo era su hija. Me secuestró delante de las narices de mi padre y me llevó a otro estado. Fue un viaje de doce horas que recuerdo sobre todo como un torbellino de pánico acompañado de ingentes cantidades de granizados. Lo realmente traumático vino después de que lo localizaran: una persecución en coche que terminó con el vehículo volcado, yo colgando del cinturón de seguridad y mis M&M rodando por el techo. Mi pelo no se volvió gris de la noche a la mañana, pero, a partir de ese día, empezó a crecer así. Dejé de teñírmelo a mitad de secundaria.

—Un accidente de coche —respondí con naturalidad—. Tranqui, no hubo muertos.

—Genial. Mi hija de tres años se va a obsesionar contigo. Seguro que te va a pedir que le dejes tocar las bolitas que te sobresalen del puente de la nariz.

A Roxanne le costó un tiempo recuperarse tras su divorcio, pero hacia el final de mi primer año de doctorado ya volvía a ser una máquina hiperproductiva que se dedicaba a viajar por toda Nueva Inglaterra para ofrecer consultorías a la mayoría de las galerías y casas de subastas. Durante el verano después de terminar mi segundo año, cuando ya se había estabilizado económicamente, dejé esa habitación de invitados y me mudé a un pequeño apartamento cerca del campus. Ella y Rorie se despidieron de mí haciéndome adiós con la mano desde el porche.

—No te olvides de escribir. Aunque, si se te olvida, no pasa nada. Te llamaré cuando necesite una niñera.

Durante mi tercer año, seguíamos pasando mucho tiempo juntas, sobre todo poniéndonos ciegas mientras veíamos algún programa de antigüedades o quejándonos de la ineptitud de Mortimer para todo en general. Una o dos veces al mes, incluso me permitía recriminarle lo que ella llamaba su «desliz más bochornoso».

—Debo decir que él ya parece haber olvidado vuestra, eh..., breve aventura romántica.

—Es más fácil para Mortimer que para mí, ya que no es él quien se rebajó saliendo consigo mismo.

—Hubo circunstancias atenuantes. No te culpes.

—De hecho, creo que si alguien tiene la culpa eres tú, ya que ocurrió bajo tu supervisión. De todas formas, el mercado está fatal. Ya lo dice la gente: los buenos están pillados. ¿Qué tal son los de veintitantos? ¿Está mejor la cosa? —me preguntó.

—No te sabría decir.

—Pero sales con tíos de esa edad, ¿no?

Sí, de vez en cuando, aunque sabía elegir bien: hombres astutos, manipuladores, con una autoestima demasiado alta para resultar fiables. Salir con ellos era ir a lo seguro, porque tenía claro que no se quedarían mucho tiempo ni me atarían a ellos. La mejor manera

de evitar que te decepcionen es no tener expectativas que cumplir. Los hombres así nunca me quitaban el sueño.

—Si conozco a alguien digno de ti y de Rorie, te lo presentaré. De hecho, ¿te he hablado alguna vez de mi amigo Mort...? ¡Ay!

Y así era mi vida: los tres primeros años de doctorado fueron monótonos y sin incidentes, McManaman era un lugar alegre y, contra todo pronóstico, los gélidos inviernos de Nueva Inglaterra no acabaron de doblegarme.

Entonces, un día, a finales del verano, apareció la hoja. Y a partir de ese momento nada volvió a ser igual.



CAPÍTULO 2

—Más vale que esto sea lo que espero que sea —me dijo Mortimer en cuanto entré para hacer una tasación, y el tono cortante de su voz me hizo detenerme.

Rara vez se emocionaba con los libros raros. Si el manuscrito era muy conocido, tal vez. De lo contrario, y para sorpresa de nadie, era más bien el tipo de hombre que prefiere las pistolas. Reservaba su entusiasmo para las armas y los rifles antiguos, esos mosquetes que tardaban diez minutos en recargarse tras un solo uso, los que los padres fundadores tenían en mente cuando redactaron la segunda enmienda.

Y, sin embargo, ese día parecía una comadreja inquieta.

—¿Qué sucede?

Señaló una hoja de papel sobre la mesa. Esquivé a Cosimo, que se había tumbado en el suelo, y me acerqué para verla mejor. En cuanto la tuve delante, me quedé sin aliento.

—¿Es...? No.

—Sí.

Un escalofrío me recorrió la espalda. A pesar de que ese era mi apodo en McManaman, no me consideraba una «empollona de los libros». Igual que Alicia en la madriguera del conejo, yo había caído en el mundo de los libros raros por accidente. Apreciaba los trabajos de artesanía bien hechos, pero casi nunca me emocionaba hasta el punto de cagarme encima por una primera edición o un ejemplar de colección.

No obstante, ese parecía el momento ideal para bajarme los pantalones si no quería mancharlos.

—¿De dónde demonios has sacado una página de la Biblia de Gutenberg?

—De una subasta de bienes de una herencia; por eso he ido hasta Dakota del Sur, a un pueblucho perdido de la mano de Dios. El difunto era coleccionista, pero a sus hijos les daba todo igual y querían deshacerse de sus pertenencias. Me ha costado nada y menos.

Me quedé mirando la mesa con la boca seca. Antes de la Biblia de Gutenberg, la mayor parte de los libros se escribían a mano. Los monjes los copiaban con gran esmero durante largos periodos de tiempo. Luego, en el siglo xv, Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles. Aún existen unos pocos ejemplares de la Biblia que él produjo, pero hoy en día se venden principalmente por páginas de doble cara en prestigiosas casas de subastas.

Me incliné hacia delante. El texto en tinta roja me llamó la atención.

—La rubricación. Joder.

—No digas palabrotas delante de la Biblia.

Sonreí.

—No te me pongas tiquismiquis ahora, Morty.

—¿Es auténtica? Necesitamos que lo sea.

De nuevo, esa urgencia. Me volví hacia él.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Mortimer. ¿Qué pasa?

Su reticencia duró solo unos segundos.

—Las cosas no van muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—La tienda está... Digamos que nos vendría bien un poco de liquidez.

—¿El negocio va mal?

Apartó la mirada.

—Sin duda, va mejor que antes de que llegara yo al cargo.

—¿Entonces...?

—Seguimos estando en número rojos. Menos que antes, pero sí.

—¿Cómo es posible? Si vendes piezas constantemente y...

—Los costes operativos son astronómicos.

Lo miré parpadeando, confundida.

—Si necesitas capital, solo tienes que pedirles a papi y mami que te extiendan un cheque y...

—Madre y padre, que es como prefieren que me refiera a ellos, lo único que quieren es deshacerse de este agujero negro que lleva más de una década tragando dinero. Tuve que rogarles que no lo traspasaran. Me dejaron quedármelo con la condición de que empezara a obtener beneficios pronto. Lo cual, evidentemente, aún no ha sucedido. Por culpa de los costes operativos.

—En ese caso, reduzcamos los costes ope...

—Los he recortado drásticamente. Este mes Elias apenas ha tenido horas.

—Ah. —Había dado por hecho que, como Elias estaba en el último curso, no lo veía tanto los fines de semana porque estaba demasiado ocupado estudiando.

—Puede que tenga que despedirlo. Y limitar también las restauraciones de Lucille. Aunque Wanda es la única empleada a tiempo completo y la que supone un mayor gasto, así que voy a...

—No.

—Sí.

—Wanda lleva trabajando aquí toda la vida.

—Y ya no puedo permitirme que siga. —Se pasó una mano por el pelo—. Hay un préstamo que debo liquidar pronto y, a menos que pueda generar...

—¿Cuánto?

Exhaló y me dio rabia su falta de transparencia, pero se desvaneció al darme cuenta de que... ¿por qué iba a contármelo a mí? Nunca me había interesado por estos temas. Y probablemente él

no tenía ni idea del apego que sentía hacia este lugar. Era una simple trabajadora más.

—Solo quiero que me digas que es real. Por favor, Vero.

Así que cogí la página y examiné las dos columnas de texto en latín, espaciadas uniformemente, y la tipografía gótica, de trazo grueso, enmarcada por una ornamentación en forma de enredadera. Cuando la sostuve a contraluz, pude distinguir fácilmente las líneas de cadena. Y, sin embargo, se me formó un nudo en la garganta.

—Esto es espectacular —dije, y me arrepentí en cuanto vi cómo Mortimer bajaba los hombros, aliviado, porque tuve que apresurarme a añadir—: En el sentido de que puede que sea la mejor falsificación que he visto nunca.

Me lanzó una mirada cargada de traición. Estuve a punto de soltar una carcajada histérica, pero acababa de mencionar la posibilidad de despedir a Wanda, y eso no me hacía ni pizca de gracia.

—Quienquiera que la haya falsificado ha puesto mucho empeño en asegurarse de usar papel de fibras textiles, que el acabado fuera acorde con la época de Gutenberg y la tinta lo bastante aceitosa. ¿Ves esta inclinación al principio de la línea? Es sofisticada. No me extrañaría que algún experto la diera por buena, sobre todo si la procedencia cuadra. Pero ¿ves esta parte de aquí? Es como si las letras fuesen demasiado nítidas. No hay muescas ni decoloración ni marcas de la guía de impresión... Es una réplica muy bien hecha. No hay errores evidentes, y eso es justo lo que falla: todo es demasiado perfecto. No sé por qué quien la falsificó no hizo un esfuerzo extra. Lo siento, Mortimer.

Se pasó una mano por la cara.

—Mierda. Ya tenía a un coleccionista interesado.

—¿Quién?

—Cromwell.

—Ah, el capullo ese. —Era un ejecutivo de la industria petrolera que vivía en Michigan. Para él, los objetos raros no eran más que

una forma peculiar de diversificar su cartera de inversiones. Y una vez le había tocado el culo a Roxanne en una fiesta. Puto asco.

—Puede que sea un capullo —replicó Mortimer—, pero tiene mucha pasta.

—No hay «pero» que valga. Esas dos afirmaciones están claramente relacionadas. Quizá deberíamos venderle la falsificación. Se lo merece. —Era una broma, un chiste sin gracia fruto de la ansiedad y la frustración. Me olvidé por completo de él en cuanto dejé la página sobre la mesa.

Mortimer, sin embargo, no.



A la mañana siguiente, cuando salí del minúsculo despacho ubicado en un sótano que compartía con otros dos doctorandos, Mortimer me estaba esperando.

Otra vez.

En esta ocasión, me había traído un café calentito en vaso de cartón y una bolsita marrón. Al comprobar qué había dentro y descubrir un bollo de queso crema, comprendí cuáles eran sus intenciones.

—La respuesta es no —dije con firmeza.

—Ni siquiera te he dicho lo que...

—Si un tío me trae un —inspiré por la nariz— café con leche de castaña. Espera, ¿has llamado a Roxanne para averiguar cómo lo tomo? Bueno, el caso es que si un tío me trae esto, o bien quiere proponerme un trío o está a punto de pedirme que le ayude a falsificar un documento histórico, algo que es ilegal y que conlleva una pena máxima de veinte años. Gracias, pero no me apetece pasarlos en una celda contigua a la tuya.

—Vero —tragó saliva—, dudo que haya otra alternativa si queremos salvar el negocio.

Fruncí el ceño. Llevaba veinticuatro horas dándole vueltas a lo que me había dicho Mortimer el día anterior y había llegado a la

conclusión de que estaba exagerando con los problemas financieros.

—No te creo.

—Puedo mostrarte las pruebas.

—¿De verdad?

—Te enseñaré los libros de cuentas y lo verás con tus propios ojos.

Y eso hizo. Y pude comprobar que era cierto.

Eso fue lo que convirtió mi «no» en un «sí».



Tardamos semanas. Doce, para ser exactos.

Acordamos que lo mejor era utilizar la página falsificada como base. Al fin y al cabo, era más fácil corregir algo que hacerlo desde cero. Tenía un historial documentado y no habría que inventarse su procedencia. Y lo que es más importante: en el caso de que nos pillaran, que era una posibilidad, nos quedaba la opción de negarlo todo. «A nosotros también nos han engañado», me imaginaba que le decía Mortimer a un policía demacrado al que habían apartado de la patrulla de tráfico para que se ocupara del caso. «Esa gente de Dakota del Sur siempre está metida en algún chanchullo».

El inconveniente era que no tenía margen de error. Me pasé semanas practicando cómo crear ligeras hendiduras en zonas estratégicas, cómo añadir inconsistencias en la rubricación y cómo envejecer el papel de una forma creíble.

No era mi primera vez llevando a cabo una conducta delictiva y me enorgullecía de mi flexibilidad moral, pero tenía ciertos valores en los que no estaba dispuesta a transigir. Una historiadora del arte en formación que aprovechaba su experiencia para contaminar el mundo de los libros antiguos con obras falsificadas y de mala calidad era un escándalo, y venía acompañado de una buena dosis de culpa; aun así, encajaba dentro de los límites de mi moralidad, sobre todo si significaba garantizar el sustento de mis amistades. La situación en McManaman era desesperada, y este plan descabellado podía

salvar el negocio o al menos darles a los trabajadores uno o dos años más para encontrar otra cosa.

Sí, estaba mal.

Sí, lo hice de todos modos.

Pero intenté mitigar el daño.

—Tendré derecho de veto —le hice jurar a Mortimer, apuntándole con el dedo índice a la cara—. Vas a vendérsela a Cromwell o a alguien como él, algún capullo de esos del 1 % con vínculos masónicos al que le importa un carajo la historia. No vamos a estafar a coleccionistas honestos quitándoles los ahorros de toda su vida.

—Derecho de veto —repitió Mortimer asintiendo con fervor.

—Júralo.

—Lo juro. Por mi alma.

Y luego, por supuesto, estaba esa parte de mí que me recordaba que era hija de mis padres y que de tal palo, tal astilla. Era una parte que se alimentaba de la emoción de hacer algo prohibido, que quería ver hasta dónde podía llegar con su ingenio y sus artimañas. Esa parte también era inherente a mi forma de ser, quizá más que ninguna otra. Así que me puse a practicar. Y, aunque no estaba segura de creer en la vida después de la muerte, no podía evitar murmurarme a mí misma: «No mires, Grace», pese a que, en cierto modo, perfeccionar mi destreza a la hora de falsificar me hacía sentir más cerca de ella que nunca desde que había muerto. Al fin y al cabo, siempre había alentado mis inquietudes artísticas. En los últimos años habían quedado en un segundo plano en favor de estudiar, analizar, criticar, comprender y obsesionarme con el arte de otras personas. Volver a trabajar con materiales diferentes, producir y crear era más emocionante de lo que había previsto.

Así que redescubrí facetas de mí misma a las que les había perdido la pista y aprendí todo lo que había que saber sobre esa página. Me abrí camino entre palabras en latín, entrecerré los ojos ante letras angulosas y ornamentadas y memoricé cada trazo de la decoración. Incluso busqué la traducción, dado que sentía que, si iba

a pasar tanto tiempo pendiente de un trozo de papel, qué menos que saber lo que decía. Resultó ser del libro de Levítico. Decía..., bueno, decía muchas cosas, pero la que se me quedó grabada fue: «Ninguno de vosotros comeréis sangre, tampoco el extranjero que resida entre vosotros».

—Menos mal que tampoco teníamos intención de hacerlo, ¿eh?
—le dije a Cosimo.

Él se limitó a mirarme sin pestañear.



Para cuando terminé la falsificación, estaba a punto de acabar el primer semestre de mi cuarto año. Tenía previsto presentar la propuesta de tesis al cabo de un par de semanas y no estaba en condiciones de concentrarme en nada más que en mis estudios. Aun así, cuando Mortimer cogió un avión para ir a Cromwell con la página, estuve dos días enteros conteniendo el aliento.

¿Ves, Grace? Puede que sea una imprudente, pero tampoco soy tan ilusa como para no estar cagada de miedo.

Al tercer día, llegó la llamada.

—Sus expertos la han autenticado.

—¿Cuánto?

Una pausa.

—Noventa mil, Vero.

Se me cortó la respiración. Me abracé las rodillas contra el pecho y me quedé así durante varios minutos mientras el orgullo, la euforia, el pánico y el alivio se apoderaban de mí.

Así que aquí es donde empezó todo. Nuestro mayor error, por supuesto, fue pensar que también acabaría ahí.



No tardamos en descubrir que el dinero tenía una característica - peculiar: cuanto más se usaba, más rápido se agotaba. Y, llegados a

ese punto, había que conseguir más.

Qué mala suerte.

McManaman se mantuvo a flote durante unos meses, pero luego los fondos volvieron a escasear. Mortimer y yo habíamos estado de acuerdo en que solo los tontos se atreven a tentar al destino más de una vez, y que un golpe de suerte casi nunca se repite. Pero dadas las circunstancias...

Si nos hubiéramos ceñido al plan inicial, sin duda no estaría contando esta historia.

Aun así, tomamos precauciones. Mantuvimos nuestra actividad en secreto para el resto de los trabajadores de la empresa. No queríamos convertirlos en cómplices involuntarios. Ninguna de las falsificaciones posteriores fue tan llamativa o lucrativa como la primera, y tuvimos cuidado de actuar siguiendo una directriz importante: nunca creábamos una falsificación desde cero. Toda réplica tenía que llegar a nosotros con una procedencia acreditada.

—No estamos creando nuevas mentiras —me dijo Mortimer un día, con un tono sospechosamente defensivo. Solo le había preguntado cuánto tiempo llevaba hecho el café—. Nos limitamos a aprovecharnos de la deshonestidad de otros.

Era cierto. Más o menos. Yo veía las falsificaciones como mi tipo de delito preferido porque no había víctimas, y no, los bolsillos de los tres grandes coleccionistas que compraron las piezas, unos ejecutivos desalmados que seguramente donaban dinero a alguna organización conservadora para poder luego desgravárselo, no contaban como tal.

Así que seguí con lo mío. Una primera edición de *El capitán James Cook y sus aventuras por el Pacífico*. Otra de *El gran Gatsby*, aunque sin sobrecubierta. Una tercera de *El origen de las especies*. Un grimorio francés del siglo xvi lleno de inquietantes dibujos de grotescas criaturas demoníacas. Un autógrafo de John Adams debajo de un exlibris, solo para aumentar el valor de un atlas.

Cuantas más piezas trabajaba, más conocimientos acumulaba y mejor se volvía mi técnica. Mi pequeño y cutre apartamento tenía

una habitación pensada para ser un vestidor en la que puse unas estanterías metálicas y un escritorio que alguien había abandonado en la acera. Empecé a referirme a la estancia como «mi estudio», aunque el término le quedara grande. Incluso cuando no estaba trabajando activamente en una réplica, me pasaba horas rubricando con tinta azul y roja, perfeccionando mis conocimientos de interletraje, practicando errores intencionados y técnicas antiguas de encuadernación.

En retrospectiva, pienso que fueron buenos tiempos. No me imaginaba que se estaba fraguando mi perdición.

Mortimer: Venta testamentaria.

El mensaje de Mortimer llegó un par de semanas antes de que empezara el primer semestre de mi quinto y último año. Aquella mañana me había despertado inusualmente cansada, con un sabor metálico en la boca y la cabeza aún aturdida con sueños que no lograba recordar.

Mortimer: ¿Estás libre hoy?

Tenía la piel tostada y cubierta de pecas después de haber pasado algunos días sueltos a lo largo del verano en una cabaña junto al lago con Roxanne y Rorie. Las tardes seguían siendo calurosas, a veces incluso insoportables. Las noches, no obstante, eran templadas, con el cielo cargado de estrellas. Los únicos indicios del otoño que se acercaba eran las multitudes, cada vez más densas, de estudiantes universitarios que avanzaban a paso lento por el campus.

Vero: ¿Quién ha muerto?

Mortimer: Una señora. La conozco porque hace un par de décadas decidió que solo quería coleccionar monedas y puso a la venta un Primer Folio. Pero puede que se quedara algo interesante.

«Algo interesante» eran las palabras clave que utilizábamos para la comunicación escrita no cifrada. Podía significar un cofre lleno de oro, una judía mágica o un manuscrito de poca monta con potencial para convertirse en uno escandalosamente caro.

Vero: ¿Dónde?

Mortimer: A veinte minutos de aquí.

¿Te parece bien si salimos sobre las cinco?

Así que me subí a su Nissan Altima, fijé la mirada al frente para no marearme, contemplando las pintorescas carreteras de Vermont, y reflexioné sobre una realidad inquietante: a pesar de que nos conocíamos desde hacía cuatro años y de que habíamos cometido varios delitos juntos, Mortimer y yo seguíamos sin poder evitar sumirnos en un silencio tenso.

Qué incómodo.

La vieja casa de piedra era una monstruosidad de estilo neogótico. A mí me gustaban los edificios históricos, pero esas paredes de piedra con hastiales pronunciados irradiaban una quietud opresiva que me erizó el vello. En la puerta, el encargado de la liquidación arqueó una ceja al ver mis vaqueros cortos y deshilachados y el top de encaje que llevaba. No me habría sorprendido que me dijera que mi indumentaria era demasiado informal para asistir a la venta, pero el hombre conocía a Mortimer, por lo que me permitió pasar para curiosear entre las posesiones terrenales de una tal señora Loretta Lefebvre. Había muchas y no parecían guardar demasiada coherencia entre ellas.

—Hablando de mentes eclécticas... —murmuré, fijándome en una lámpara con forma de seta venenosa.

—Era rica —comentó Mortimer, como si eso lo explicara todo.

Observé un angelito de bronce particularmente feo y di un paso atrás.

—Demasiado rica, tal vez.

Solo había un puñado de personas merodeando por allí. Mortimer y yo nos abrimos paso por las salas, intercambiando comentarios sobre lo improbable que era que esas figuritas de terracota fueran auténticas, sobre los sellos postales extranjeros y sobre el cráneo de zarigüeya amarillento que nos miraba fijamente desde una vitrina polvorienta. Para cuando divisé la piedra rúnica de Kensington, la sala ya estaba teñida de un tono amarillo dorado y largas sombras se extendían por el suelo.

—Ni de coña. —Negué con la cabeza, riéndome entre dientes. El artefacto era una réplica barata, comprada quizá en la tienda de regalos de un museo. La propia piedra rúnica, la original, no era más que una farsa, una losa de arenisca tallada que algún granjero de Minnesota del siglo XIX intentó hacer pasar como prueba de que una expedición nórdica había llegado en su día a Norteamérica. Aun así, había algo entrañable en las copias que ni siquiera se molestaban en disimular. Aquel era un intento tan ingenuo que no pude evitar inclinarme para estudiar las líneas marcadas de las letras y la textura desgastada de la losa.

—El alfabeto rúnico es fascinante —dije cuando Mortimer se colocó detrás de mí. Había tirado la toalla en su búsqueda de tesoros ocultos y no había apartado la vista del móvil en los últimos diez minutos—. Ojalá no se hubieran apropiado de él todos los movimientos nazis habidos y por haber.

—Me atrevería a decir que los vikingos estarían de acuerdo con usted —dijo Mortimer a mi espalda. Espera, no. Ese no era Mortimer. La voz era demasiado grave y tenía un acento demasiado refinado para ser él.

Me di la vuelta y me encontré con un amplio pecho cubierto por una camisa negra y una americana gris oscuro. Para ver el rostro, tuve que levantar la mirada varios centímetros, algo poco habitual en mí, tanto con hombres como con mujeres. Capté automáticamente, casi en contra de mi voluntad, la forma de una mandíbula marcada, un cabello oscuro peinado con obediencia a

ambos lados de una raya exageradamente pulcra y unos profundos ojos verdes entornados que me observaban con atención.

Vikingo, pensé.

Pero no, no lo había pensado. Era que él había pronunciado esa palabra apenas unos segundos antes y ahora la estaba repitiendo, con ese acento británico y señorial.

—Los vikingos tenían rutas comerciales que abarcaban tanto Europa como Asia. Eran una sociedad bastante diversa étnicamente, lo cual no termina de encajar con el argumentario de los supremacistas blancos. Aunque de por sí no es que sean muy partidarios de darle importancia a la precisión histórica. —Hablaba con calma y claridad, alargando las vocales y con una profundidad hipnótica en su voz que poco tenía que ver con el timbre. Incluso ahora, después de tanto tiempo, no sé muy bien cómo explicar el efecto que me provocó. De todas formas, lo intentaré: sentí como si lo estuviese escuchando, en vez de con los oídos, con el cuerpo entero; con la carne, los ligamentos y la médula. Sus palabras, igual que su mirada, resonaban en mis huesos como un batir de alas.

Se me aceleró el corazón y tuve la sensación de que él era capaz de oírlo. Instintivamente, retrocedí hasta que me topé con el borde de una mesa, lo cual me obligó a detenerme.

Mi vista no se apartó en ningún momento de su rostro bien afeitado. Poseía unas facciones jóvenes, aunque no infantiles. Una leve cicatriz le atravesaba el lado derecho de la frente, pero se notaba que era antigua por el tono descolorido. Otras dos se extendían por su nariz recta y prominente y su mentón definido. La más profunda, sin embargo, era la que le recorría el dorso de la mano derecha. Mano que en ese momento me estaba tendiendo.

—Soy el doctor Viktor Ashworth —dijo en un tono cortés—. Imparto clases en el Departamento de Historia de la Universidad de Rockhaven. Es un placer conocerla.

Me quedé mirando sus dedos, inmóvil. Algo me inquietaba.

¿Por qué me inquietaba? Era un hombre de lo más agradable. Tendría un par de años más que yo y seguramente solo buscaba

entablar conversación durante cinco minutos para pasar el rato. O quizá pretendía ligar. Aunque no era el tipo de tío que normalmente me iba detrás; se le veía demasiado estirado como para querer flirtear con alguien cuyos *piercings* activaban los detectores de metal allá donde iba. Parecía un hombre meticuloso y reprimido, de los que se molestan si masticas chicle delante de ellos.

Pero eso no lo convertía en una amenaza, ¿verdad?

Al final, todo se reducía a una reacción instintiva. Tenía la extraña sensación de que me estaba analizando y evaluando. Una oleada de alarma me había invadido el estómago.

Decidí que no quería seguir en su campo de visión ni un segundo más.

—Encantada de conocerlo —dije como acto reflejo, sin sonreír ni decir mi nombre—. Disculpe, mi novio debe de estar buscándome. Ah, ahí está.

Me alejé mientras por el rabillo del ojo lo veía asentir una única vez, con precisión milimétrica, y juntar las manos a la espalda. Sentí que me seguía con la mirada y reprimí el impulso de correr o de andar marcha atrás para evitar darle la espalda.

—Ahí estás —dijo Mortimer mientras tecleaba algo en el móvil sin levantar la vista.

—Tenemos que irnos —susurré.

—Sí. Solo he visto chatarra. Echemos un ojo rápido a las salas que nos quedan y...

—Tenemos que irnos *ya*.

Si me hubiera preguntado por qué, no habría podido darle una explicación. Pero mi inquietud se hizo evidente y Mortimer asintió sin protestar. Me siguió el paso, que era de todo menos pausado.

—Vero, ¿qué...?

—Luego.

Aceleré el paso. Esto de actuar sin una razón aparente era nuevo para mí. Me estaba dejando guiar por el instinto. Aunque, pensándolo bien, mi instinto nunca antes me había gritado tan

fuerte. Cuando llegamos al coche de Mortimer, solté un suspiro de alivio.

Hasta que oí pasos sobre la grava.

—Abre la puerta —le susurré agarrando la manilla de la puerta del copiloto.

—Eso intento. Es que el botón a veces se atasca y...

—Señorita Mercer —me llamó una voz desconocida. Era un hombre. Acento extranjero, aunque no británico. No era el de antes, y eso me provocó una sensación de alivio extraña—. ¿Podemos hablar un momento?

—No —dije sin darme la vuelta. Pero entonces vi a otro hombre. Este era alto y pálido, llevaba unas gafas de sol completamente negras y se estaba acercando por detrás de Mortimer, al otro lado del Nissan.

—Señorita Mercer —repitió el primer hombre—. Nos gustaría hablar un momento con usted. Y la verdad es que no tiene otra opción.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo jodidos que estábamos.



Mortimer y yo habíamos hablado muchísimas veces sobre qué hacer si nos veíamos confrontados acerca de nuestras actividades no muy legales. Habíamos barajado situaciones en las que nos descubrían las autoridades, los coleccionistas u otros expertos, y habíamos establecido protocolos bien ensayados que consistían en fingir sorpresa, negar rotundamente todas las acusaciones y contratar a un abogado lo antes posible.

Por supuesto, nunca imaginamos que quienes vendrían a pedir explicaciones serían otros delincuentes.

Porque eso es lo que eran. Aquellos hombres sacaron sus armas con discreción, nos obligaron a subir a la parte de atrás de dos coches distintos y luego nos ataron las manos y nos vendaron los

ojos. Delincuentes. La diferencia era que a ellos se les daba mejor que a nosotros aquel oficio.

El trayecto duró veinte minutos. Intenté llevar la cuenta de los giros, pero la perdí enseguida. Aunque el corazón me latía con fuerza y me veía capaz de chillar, sabía que no serviría de nada montar un escándalo. Decidí esperar el momento oportuno y me tragué las ganas de gritar mientras me conducían al interior de una casa que olía a cítricos y madera de cedro. Tras setenta y tres escalones y dos giros a la izquierda, me obligaron a sentarme en una superficie blanda.

Sospechaba que ya habría tiempo de gritar más tarde.

Después de quitarme la tela de la cara, mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la luz del atardecer que se filtraba por las ventanas. Estaba en una amplia y luminosa habitación orientada al oeste, con suelo de parqué de roble blanco. Pensé que probablemente era un despacho. Levanté la cabeza para contemplar los techos altos, los muebles de estilo *art nouveau* y un altillo con una biblioteca que rodeaba toda la estancia.

Esta gente tenía dinero, lo cual nunca era buena señal.

Me habían sentado en un sofá de terciopelo verde y todavía tenía las muñecas atadas delante de mí. A solo unos metros de distancia se encontraban los dos matones que se nos habían acercado al llegar al coche. Bueno, qué coño, que nos habían *secuestrado*. Y, agachado frente a mí, más cerca aún, estaba el hombre que se había presentado dentro de la casa de subastas.

El doctor lord McRefinado.

Se aclaró la garganta y, con el mismo tono perfectamente articulado y calmado de antes, dijo:

—No pretendo hacerle ningún daño, señorita Mercer.

—Vaya, quién lo diría —espeté. Debería haber estado - aterrorizada, y lo estaba, pero la emoción principal que me invadía era una rabia latente—. Mire, antes de hacer lo que sea que tiene pensado hacer conmigo, tenga en cuenta que, en cuanto mi gente descubra que he desaparecido, rastrearán la última ubicación de mi

teléfono y acabarán llamando a su puerta, así que... —Dejé la frase en el aire al ver que se sacaba mi móvil del bolsillo de la americana. Estaba apagado y le habían quitado la batería.

Mierda.

—El coche de Mortimer...

—Ahora mismo está aparcado frente a su casa.

—Hay cámaras de seguridad por todas partes.

—No. No por todas partes.

Entonces sí, me invadió un miedo real y sin filtros.

—¿Cree que se me ha podido pasar algo más, señorita Mercer?

—Sonaba educado y paciente.

—Suélteme. Ahora. Mismo.

—Lo haré. Pronto. Y usted será libre de denunciarme a las autoridades tan pronto como le sea posible. Aunque, claro, eso requeriría explicar cómo llegó a encontrarse en esta situación, lo cual sospecho que también sería de sumo interés para dichas autoridades.

Apreté la mandíbula. ¿Tenía la suficiente mala leche como para estar dispuesta a pasarme dos décadas en una prisión federal solo por fastidiar a este tío?

Me lo iba a pensar.

—Como le he comentado, la he traído aquí para mantener una conversación privada, no pretendo provocarle ningún daño. No obstante, su reticencia es más que natural. Quizá convendría pedirle disculpas.

—Quizá.

—Cuando pedí que la trajeran ante mí, no era mi intención que se hiciera de esta manera.

—Tampoco es que especificaras mucho —intervino el hombre que estaba detrás de él, con un elegante encogimiento de hombros—. Así es como solemos llevarnos a la gente. —Se trataba del hombre rubio tan apuesto que había aparecido detrás de Mortimer. También tenía la mandíbula definida y varias cicatrices de la viruela en el rostro. Su acento era leve, francés o quizá portugués.

—Pierre tiene razón. De ahí el... malentendido. —No había ni rastro de remordimiento en su expresión.

Que te jodan, pensé, sintiendo cómo se me subía la bilis a la garganta.

—Claro. Bueno, estoy cansada de masticar este chicle. Tiene cinco segundos para soltarme o lo escupiré en su bonita alfombra de Isfahán.

Se puso de pie y se abrochó con destreza el único botón de la americana. Luego extendió la mano abierta, dejándola a la altura de mi barbilla.

Que te jodan, pensé de nuevo. Pero me incliné hacia delante y dejé que el chicle cayera en su palma, intentando no sentirme demasiado decepcionada al ver que no le daba asco. Con unos movimientos pausados, fue a tirarlo. Después volvió, se desabrochó la americana de nuevo y, una vez más, se agachó para quedar a mi altura.

Inmutable. Era imposible perturbarlo.

Fingí que me dolían las muñecas para girar un poco los brazos y comprobar si las cuerdas cedían, pero no fue el caso. Él me observó estoica y plácidamente, y a continuación dijo:

—Señorita Mercer, quiero que sepa que soy un admirador suyo.

Resoplé.

—Estará de broma.

—Me temo que ser bromista no se encuentra entre mis virtudes.

—¿Es que se ha confundido con el significado de la palabra «admirador»?

—Cuando me he presentado en la casa de subastas, parecía-usted... abstraída. Así que, a riesgo de sonar repetitivo: soy el doctor Viktor Ashworth. —Una pausa—. Puede dirigirse a mí como doctor Ashworth.

Sonreí.

—Qué alegría conocerlo, Vicky. ¿Qué coño le ha hecho a Mortimer?

Me respondió como si nada:

—Mis socios han acompañado al señor McManaman a esa esquina. —Seguí el lento movimiento de su dedo y divisé un bulto tembloroso sujeto a una silla cuyo estilo combinaba a la perfección con el sofá. También tenía las manos atadas, pero a la espalda. Además de la venda en los ojos, una ancha tira de cinta plateada le tapaba la boca.

Evidentemente, él no había esperado al momento oportuno para gritar.

Al percibir que teníamos la atención puesta sobre él, Mortimer empezó a retorcerse como si estuviera haciendo una prueba para entrar en el equipo olímpico de *breakdance*. Su manera de contorsionarse era tan inquietante y a la vez cautivadora que acabé más fascinada que preocupada. *Esto da para un cortometraje de los que se llevan premios*, pensé, y capté un atisbo de diversión en el rostro de Ashworth.

—Algo me dice que a él no lo admira tanto, ¿me equivoco? —dije.

—No especialmente. Pero le garantizo que no ha sufrido ningún daño. Arlo, por favor, permite que el señor McManaman demuestre que goza de buena salud.

El tercer hombre, de pelo rizado y complexión robusta, cruzó la habitación para quitarle la cinta adhesiva de la boca. Un segundo después, Mortimer comenzó a gritar:

—¡Fue ella! ¡La que hizo las falsificaciones fue Vero, no yo! Suéltense, puedo devolverles el dinero, es ella la que...

Arlo volvió a ponerle la cinta en la boca de un manotazo y le dio una patada de advertencia en la espinilla.

—Como puede ver, su... —hubo una breve vacilación— *novio* está sano y salvo.

Por Dios, Morty. Qué bochorno.

—Menuda falta de clase. Usted, señor, no se merece echar un polvo —le recriminó el tipo rubio, que al final resultó que era francés. Acto seguido, me señaló a mí con el dedo—. Y usted debería plantearse buscar un novio que no la venda a la primera de cambio.

—¿Por qué? —pregunté sin romper el contacto visual con Ashworth—. ¿Es que querría usted presentarse como voluntario para ocupar el puesto?

—Perdóneme si ha habido algún malentendido, señorita Mercer, pero su cuerpo no me suscita ningún tipo de interés. —Sonaba sincero, y quizá un poco avergonzado.

—Lo he supuesto por las amenazas veladas y el secuestro al más puro estilo «saco de yute en la cabeza y a correr», pero gracias. ¿Qué es lo que quiere entonces?

Desde el rincón, Mortimer soltó una serie de gemidos ahogados, y Ashworth dijo:

—Arlo, ¿podrías trasladar al señor McManaman a otra habitación? Ya no necesitamos sus servicios. —Tras una pausa, añadió—: Pierre, tú también.

Fruncí el ceño, dado que para mover a Mortimer no hacían falta dos personas. De hecho, Arlo ya lo estaba sacando con un solo brazo y con tanta facilidad que parecía que estuviese transportando a un gatito recién nacido. Mientras seguía sus movimientos con la mirada, no me di cuenta de que Ashworth me estaba desatando las manos.

—¿En serio? ¿Así sin más?

—Quiero que esté cómoda. —Deshizo la cuerda sin llegar a tocarme la piel y, mientras yo me frotaba las muñecas, él se acomodó en el otro extremo del sofá. Su postura era impecable, erguida y relajada a la vez.

—En ese caso... —Me senté sobre las rodillas sin quitarme las zapatillas y me recosté contra el reposabrazos. Después me tomé mi tiempo para rebuscar en el bolsillo hasta que conseguí otro chicle. Tenía el pelo revuelto, así que me lo peiné con la mano.

Ashworth no dejaba de mirarme fijamente, si bien su expresión no delataba ni una pizca de emoción. Su proximidad resultaba... inquietante. Sobria. Era como una sugerencia de que había algo diferente en él; algo oculto bajo una superficie fina y frágil como el papel.

—¿Es usted alguien que ha comprado alguna de nuestras falsificaciones? —Todas estaban en manos de tres coleccionistas a los que detestaba. Ninguno había mencionado que quisiera revenderlas, pero tal vez habían cambiado de opinión.

—Así es.

—Supongo que querrá que le devolvamos el dinero. —Este tipo no era un ejecutivo petrolero ni el director general de una empresa de seguros médicos. Aunque me hubiese secuestrado, me sentía mal por haberlo estafado—. Yo no me he llevado comisión con las ventas. Mortimer es el que sabe dónde ha ido a parar la pasta, pero puedo ayudarle a averiguarlo. Quizá puedan acordar un plan de pago para...

—No será necesario. Sabía que eran falsificaciones cuando las compré.

—Ah.

—Soy difícil de engañar cuando se trata de réplicas. Aunque me atrevería a decir que puede que usted sea la que más cerca ha estado de conseguirlo.

—¿Ha dicho «falsificaciones»? ¿En plural?

—Hice ofertas muy generosas a todos los coleccionistas. Desde la semana pasada, estoy en posesión de toda su obra. Un trabajo extraordinario, señorita Mercer. —Tras una pausa infinitesimal, frunció el ceño—. ¿Prefiere que me dirija a usted como doctora Mercer?

Una nueva oleada de alarma me recorrió el cuerpo. Debía de haber investigado mucho sobre mí.

—Eso sería prematuro, ¿no cree?

—Considero que las defensas de tesis no son más que una formalidad.

—Bueno, quién mejor que usted para opinar, ya que es profesor. O eso dice. —Bajé la mirada hacia su traje a medida de mezcla de lana; la camisa de debajo, con el primer botón desabrochado. Todo de alta calidad. No es que Rockhaven fuera un campus informal, pero la vestimenta del profesorado solía consistir en tonos marrones

y mucho *tweed*. Este hombre claramente tenía dinero, y no quería saber de dónde lo había sacado.

¿Cuánto le había costado comprar todas mis falsificaciones? Solo de pensarlo me entraron náuseas.

—¿Nos hemos visto antes por el campus? —pregunté.

—¿No cree que se acordaría de ser el caso?

—Debería, pero no me acuerdo, y usted parece saber mucho sobre mí. A lo mejor me resultó demasiado aburrido como para recordarlo.

—Diría que la gente me considera bastante memorable.

—Un ego bien alimentado, ¿eh?

—No es por eso. Es la inquietud que genero lo que rara vez se olvida.

Fruncí el ceño.

—Bueno, me alegro de que sepa que da miedo, pero tener capacidad de introspección no le va a dar puntos extra después de haberme secuestrado. —Me puse en pie. Él no, ni tampoco intentó detenerme. Lo miré desde arriba y me pareció ver algo en esos ojos inexpresivos: un destello de curiosidad, una emoción que podría clasificarse como intriga. Un parpadeo y había desaparecido—. Por cierto, aún no me ha dicho por qué me ha secuestrado, doctor - Ashworth.

Asintió con calma, con el rostro ladeado hacia mí.

—Tiene razón, aún no lo he hecho. —Él también se levantó, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás. Y entonces, con esa formalidad propia de otra época que lo impregnaba a él y al espacio que ocupaba, añadió—: Me gustaría contratar sus servicios, señorita Mercer.



Caminamos uno al lado del otro por un largo pasillo, con los pasos extrañamente sincronizados. Su andar decidido de alguna manera combinaba con el mío, más errático. Observé las estanterías

flotantes repletas de libros con marcas de uso y un puñado de cuadros clásicos, en su mayoría de estilo romántico. Había conocido a Ashworth hacía menos de media hora, pero, si alguien me hubiera pedido a punta de pistola que adivinara qué estilo elegiría para decorar su casa, habría sido capaz de nombrar cinco como mínimo.

De hecho, sospechaba que ahí era donde me había llevado. Alguien vivía en esa gigantesca mansión histórica y, a juzgar por la deferencia con que la mujer con la que nos cruzamos lo había saludado, apostaba por que era él. La señorita en cuestión estaba frente a una puerta de acero ultramoderna que desentonaba con el resto de la decoración, mucho más clásica.

—¿Nos disculpas? —le preguntó Ashworth, y ella se hizo a un lado para dejarle espacio y que pudiera teclear algo en una interfaz digital. Me quedé mirando sus dedos largos y elegantes, y, cuando la puerta se abrió con un clic, me indicó que pasara.

—Que tengas una buena sesión, Viktor —dijo la mujer, y luego cerró la puerta, dejándonos solos.

De repente, un escalofrío se apoderó de mí. Llevaba poca ropa y no pude evitar un tembleque.

—Le pido disculpas. —Los ojos de Ashworth se fijaron en mis hombros desnudos y descendieron hasta mis piernas—. La sala está deshumidificada y climatizada para mantener una temperatura óptima.

—¿Aquí es donde guarda sus libros?

—Entre otras cosas.

El espacio era seco y carecía de ventanas. Había manuscritos, sí, pero también grabados, algunos tejidos y una variedad de objetos. A diferencia de la mayoría de las salas de conservación que había visitado anteriormente, esta lograba evitar una apariencia aséptica y resultaba un lugar acogedor y agradable.

—Por favor —dijo Ashworth. Me giré y vi que me estaba tendiendo la americana. La sostenía abierta, preparada para que yo metiera las manos por las mangas, como si estuviéramos en una película de Hollywood y esto fuera una cita algo macabra.

Pensé en negarme con un comentario mordaz, algo sobre que tampoco tenía tanto frío como para aceptar la ropa de mi secuestrador. Sin embargo, sí quería que él tuviera frío, y tener acceso a su americana me pareció una buena idea, aunque, cuando metí las manos en los bolsillos, los encontré vacíos. Ni móviles ni navajas ni una mísera pelusa.

Puse los ojos en blanco y decidí dejarme envolver por la tela, aún calentita.

—Conque le gustan las antigüedades —dije pasando junto a él para examinar un pequeño tapiz.

—Creo que pocas cosas son capaces de transportarnos al pasado con tanta eficacia como sostener un objeto de otra época.

—Y, sin embargo, compró mis falsificaciones, cuya vida útil se podía medir en minutos.

—Albergo incontables mundos dentro de mí, señorita Mercer.

Era cierto que poseía todas mis obras. Estaban dispuestas sobre un escritorio de nogal en el centro de la habitación, a la vista de todos, incluida la Biblia de Gutenberg.

Al menos medio millón, quizá más, pensé. Eso es lo que ha debido de gastarse para conseguirlas todas. ¿De dónde demonios sale ese dinero?

Desde luego que no de su trabajo en la facultad. Mi tutora era catedrática y una vez la oí bromear sobre que, a menos que los jóvenes se obsesionaran de repente con su monografía de dos mil quinientas páginas sobre caballeros medievales que luchaban contra caracoles, nunca iba a poder terminar de pagar la hipoteca.

—Veo que le ha gustado el grimorio —dije acercándome al escritorio y recorriendo con el dedo los bordes irregulares en los que había trabajado durante meses. Era el único libro abierto. *Les secrets du sang*, que significaba «Los secretos de la sangre». No hablaba ni papa de francés, pero había buscado la traducción.

—Quizá la palabra «gustar» no sea la más adecuada para describirlo. El grimorio fue para mí la puerta de entrada al resto de su obra.

—Pero si la venta fue hace meses. Y no se hizo pública. ¿Cómo supo que...? —Me giré y me quedé en silencio. Ahora que lo veía con camisa y las manos entrelazadas a la espalda, no es que pareciera más accesible que antes, pero sí que se apreciaba mejor lo corpulento que era. Al ver cómo sus bíceps tensaban la tela de las mangas no pude evitar dar un paso atrás.

—La gente como yo tiene sus métodos para obtener información. —Esperé una aclaración sobre la parte de «la gente como yo». ¿Se refería a los mafiosos? ¿A los británicos? ¿A los lunáticos cuyo concepto de ejercicio de cardio consistía en secuestrar a doctorandas? Por desgracia, la aclaración nunca llegó—. Lo cual nos lleva a la razón por la que la he invitado a venir.

—¿Invitado? Ese no es el significado correcto de la palabra.

Un ápice de diversión. Fugaz, descartada al instante. Con fluidez pero sin prisa, se quitó el reloj de pulsera y lo dejó sobre el escritorio, formando una línea perfectamente paralela con el borde. A continuación, se dirigió a una estantería cercana y, tras una breve búsqueda, sacó un códice. Lo colocó encima de la mesa y luego me hizo un gesto con la cabeza, como animándome a estudiarlo.

Así que eso hice.

Empecé por examinar la encuadernación, que era de un hermoso cuero teñido de caoba, tallado con diseños insulares que habría situado en la Baja Edad Media, de no estar tan bien conservados. Cuando levanté la cubierta, el manuscrito se abrió casi por voluntad propia, como para mostrar su contenido, y con razón. Parecía estar escrito en algo similar al latín, aunque no reconocía ninguna palabra. La caligrafía uncial había sido recreada con tinta estándar y fluía con pulcritud sobre el pergamino. Sin duda, era el resultado de un minucioso trabajo por parte de un escriba erudito que había dedicado su vida a difundir conocimientos y que incluso había dejado algunas notas garabateadas en los márgenes. Hojeé las páginas con cuidado, disfrutando de la textura aterciopelada y de la frescura de la piel animal al tacto, tan diferente del papel moderno. Luego volví al principio para buscar el título.

Ars moriendi.

—¿Significa... «La muerte del arte»?

—Casi. «El arte de morir».

—Entiendo. —Me ajusté la americana que me había dejado—. Si me ha arrastrado hasta aquí, digo, si me ha invitado a venir aquí para que haga una evaluación o un presupuesto, primero tendré que llevar a cabo algunas pruebas adicionales con un equipamiento especial. Pero mi instinto me dice que es auténtico.

—¿Su instinto?

Asentí, con los ojos y los dedos aún fijos en el libro; no era capaz de soltarlo. Era sencillamente espléndido, una de esas cosas que solo se ven una vez en la vida. Algo que sabía que nunca volvería a tocar.

—Tiene que ser de... hace mucho tiempo. La sencillez de las decoraciones, la encuadernación... ¿copta? Me recuerda a una pieza que Gr..., que una amiga me enseñó una vez. Me invita a situarla en el primer milenio, aunque es muy improbable. Tenemos pocos datos que se remontan tan atrás, y está en demasiado buen estado...

—Es del siglo IX, señorita Mercer —dijo con solemnidad—. Fue entonces cuando se copió. Y no, no es una falsificación. Cuando he dicho que quería contratar sus servicios no me refería a una tasación.

—Entonces, ¿qué...? —Abrí la boca de repente. Levanté la vista hacia él. Exhalé con brusquedad—. No. Ni hablar.

—Pero si no he...

—Venga ya. Si no busca una tasación, es que quiere que falsifique una réplica. De un libro que probablemente se venderá por millones y atraerá la atención a nivel mundial, además. —Mi risa sonó temblorosa, llena de incredulidad—. El secuestro debería haberme dado una pista, pero esto lo confirma.

—¿Qué es lo que confirma?

—Que está completamente desquiciado.

Percibí un leve tic en la comisura de sus labios, pero no perdió la compostura en ningún momento.

—Un punto de vista totalmente razonable. No obstante, me gustaría que reprodujera *Ars moriendi*.

—¿Es consciente de...? ¿Por qué querría...? ¿Sabe que no soy la única que...? —Me tapé los ojos y respiré hondo para calmarme antes de seguir—: Nunca he hecho nada con pergamino. Tengo poca práctica con la escritura uncial. Ni siquiera he visto jamás una encuadernación tallada de tal complejidad. Porque hay algo de mí que quizá no sabe, que tal vez ha pasado por alto al investigar mi vida, y es que nunca he creado una falsificación desde cero. Y, aun si lo hubiera hecho, un proyecto así llevaría meses y costaría decenas de miles de dólares...

—No lo había pasado por alto —se limitó a responder.

—¿Qué?

—Que soy consciente de que usted solo trabaja con réplicas - preexistentes. —Este hombre parecía intocable, como si nada de lo que pudiera decir fuera a sorprenderlo.

—En ese caso, también debe de ser consciente de que no sabría por dónde empezar. Esto me viene grande. —No tenía ni idea de lo que decía de mí el hecho de que me sintiera más indignada porque me hubiese propuesto semejante idiotez que por haberme atado y secuestrado. Debían de ser los genes de mis padres: podía pasar por alto los delitos violentos, pero no estaba dispuesta a que me acorralaran para que admitiera mis propias deficiencias—. Tío..., perdón, doctor Ashworth, esto es una idea horrible. Si solo puedo elegir entre pudrirme en su sótano hasta que los gusanos me devoren y hacerle este favor, me quedo con la primera opción, así que...

—Es una tarea titánica, lo sé. Pero yo la ayudaría.

—Ya, claro, me ayudaría...

Arqueó una ceja ante mi escepticismo. ¿Contaba eso como una emoción por su parte? Probablemente no.

—Tengo cierta experiencia en lo que se refiere a libros antiguos.

—Entonces, ¿por qué no lo hace usted?

Se dirigió hacia las estanterías que cubrían la pared más alejada de donde estábamos. Por un momento, lo único que vi fue el volumen de su ancha espalda y la precisión con la que llevaba recortado el pelo de la nuca. Cuando regresó, sostenía varias hojas sueltas de pergamino y algo que parecía una cubierta.

—Lo intenté. Los resultados fueron decepcionantes. —Hojeó el libro, mostrándome algunas páginas—. Como puede ver, mi letra no es del todo perfecta. También traté de encuadernarlo; eso sí que se me da bastante bien. En cuanto a la cubierta, el proceso de teñir la piel de oveja fue sencillo, si bien mis grabados son... ¿Considera que «amateur» sería una palabra demasiado suave para la monstruosidad que he producido?

No lo era. De hecho, más bien era demasiado dura. Esa réplica no estaba nada mal, aunque nunca pasaría por el original. Un evaluador competente habría visto que era una falsificación a un kilómetro de distancia. Sin necesidad de usar prismáticos.

—Señorita Mercer, quizá no sepa por dónde empezar, pero tiene un talento inmenso —dijo con calma—. Yo tengo el problema contrario. Los conocimientos están a mi alcance, sé cómo remojar y envejecer el pergamino, cómo producir la tinta ferrogálica, cómo coser la encuadernación... En cambio, carezco de la destreza y el talento artístico necesarios para llevar a cabo una falsificación de este calibre.

No recordaba haber visto nunca a nadie con ese color de ojos verde oscuro. Al menos no en ese tono. Con esa profundidad. Todo él era como un lienzo pintado con tanta moderación que no me podía ni imaginar qué sentía respecto a lo que estaba sucediendo.

No me gustaba esa sensación. O quizá lo que no me gustaba era él.

—De acuerdo. Pongamos que nos asociamos para falsificar una réplica. Mientras me afano en completar su proyecto favorito, lo cual me llevará meses, ¿se me permitirá salir de esta habitación? ¿Va a instalar una ranura para pasar las bandejas de comida? ¿Qué

modelo de cadena tiene pensado para mis tobillos? Es demasiado pronto para hablar de opciones de vestuario, ¿no?

Se alisó una arruga invisible de la manga.

—Aunque reconozco que el secuestro ha sido un —se aclaró la garganta— comienzo accidentado, nunca fue mi intención que descuidara sus otras actividades. Sus prácticas en Rockhaven, su tesis sobre iluminaciones, sus... —dudó, y luego pronunció las palabras como si fueran un hechizo que estuviera aprendiendo en su primer semestre en la escuela de magia— encuentros privados. Con su novio.

Se refería a Morty. Dios, mi reputación estaba por los suelos.

—También tengo un trabajo. En el que, de hecho, me pagan por cometer delitos graves.

—Sobra decir que este también sería un puesto remunerado.

—No, no sobra lo más mínimo. —Crucé los brazos—. ¿Cuánto?

—¿Cuánto quiere?

—Diez mil millones de dólares.

No ocultó que aquella respuesta le había hecho gracia. Conque sí que era capaz de mostrar más estados afectivos que el predeterminado. Me alegré por él.

—No hay forma de hacerle una transferencia de tal magnitud —dijo con paciencia, como si estuviera negociando con una niña pequeña que se niega a lavarse los dientes—. No sin activar todo tipo de alarmas. Por favor, dígame una suma viable.

—Un millón —solté solo para molestarlo.

En vez de eso, asintió.

A la mierda, pensé. Pero Ashworth se había sacado un móvil del bolsillo trasero y estaba tecleando algo. Segundos después, alguien llamó a la puerta. Era Pierre, que venía a entregarme mi teléfono, encendido y completamente cargado.

Cuando lo cogí, vi varias notificaciones del banco.

—Es la mitad de lo que ha pedido. La otra parte la ingresaré en su cuenta cuando termine el encargo.

Era una broma. Tenía que serlo. Abrí la aplicación del banco, buscando alguna pista de que se trataba de una artimaña, pero...

—¿Esto es de verdad?

—Puede verificarlo con su entidad bancaria si lo prefiere.

—Me está tomando el pelo. —Debí de gesticular con demasiada vehemencia, porque su americana se me deslizó por los hombros y cayó al suelo. Ambos la ignoramos—. Dependiendo de cómo esté el mercado, es posible que la réplica ni siquiera se venda por más de un millón. Teniendo en cuenta los materiales y las comisiones, no obtendría ningún beneficio.

—Señorita Mercer, el dinero no es un problema. No pretendo obtener beneficios. De hecho, en un escenario ideal, ni siquiera querría vender la réplica.

—Ya. Claro. Ajá. Así que me pagará una fortuna por producir algo que suena a broma, con el fin de... ¿De dónde sale el dinero, por cierto? ¿Qué ha hecho para conseguirlo? ¿Cómo...? ¿Sabe qué? No me lo diga. Es evidente que forma parte de alguna organización criminal, y prefiero no tener nada que ver con ese tema.

Me giré para marcharme, pero Ashworth me agarró con firmeza del antebrazo para detenerme. No me soltó hasta que volví a mirarlo.

—No es propio de usted darle tantas vueltas a la legalidad de ciertos asuntos, señorita Mercer.

Fruncí el ceño.

—Ah, ¿no? Yo diría que no tiene ni idea, ya que no me conoce lo más mínimo. Para mí, existe una diferencia entre robarles a grandes corporaciones y capullos despiadados, y trabajar para alguien que, hasta donde yo sé, podría ser traficante de drogas, armas o personas.

—Esperaba que una mujer pragmática como usted viera las cosas de otra manera.

Me acerqué y le di un golpecito en el pecho con la fuerza suficiente para que mi uña dejara una marca en la tela.

—A una mujer pragmática como yo le importa poco si algo es legal o no y mucho el daño real que causan sus acciones.

Reflexionó sobre mis palabras y luego asintió, como dándome la razón.

—Aunque formo parte de una organización que en ocasiones debe eludir la ley, no soy un criminal. La falsificación no provocará, directa o indirectamente, ningún perjuicio a inocentes. Más bien al contrario. El origen de mi riqueza es complicado, pero no implica el incumplimiento de ninguna ley contra el crimen organizado. Aun así, prefiero no entrar en detalles sobre el motivo por el cual deseo contratar sus servicios.

—¿Qué pasa, que si me lo cuenta tendrá que matarme?

Su mirada se ensombreció.

—No haría bromas si supiera lo desagradable que puede resultar, señorita Mercer.

—¿El qué?

—La obligación de matar.

Era una afirmación tan lúgubre y exagerada que la única reacción aceptable habría sido reírme en su cara. Sin embargo, el aire que desprendía era tan sincero que se me puso la piel de gallina. Retrocedí y aparté la mirada de forma instintiva, con el único fin de alejarme un poco de tanta intensidad. Me encontré frente a la estantería donde había estado Ashworth, la que ahora tenía un solo hueco del tamaño de *Ars moriendi*. Había varios manuscritos más a su alrededor que parecían igual de raros y bellos. Alargué la mano hacia uno y...

—Disculpe —dijo Ashworth, deteniéndome antes de que pudiera sacarlo de la estantería. Posó la palma sobre mis dedos, inmovilizándolos contra el lomo de cuero, y se colocó a mi espalda, tan cerca que su camisa me rozaba los hombros. Noté que la tela estaba cálida gracias a su calor corporal. Atrapada entre él y los libros, los pulmones se me llenaron del aroma a enebro y papel viejo—. Me temo que esos están vetados.

—¿Por qué? —Liberé la mano con delicadeza y giré medio cuerpo para encararlo—. ¿Por la misma razón por la que no me dice para qué necesita la falsificación?

Me miró fijamente, impasible, con una quietud intimidante, y entonces decidí que no solo quería, sino que *necesitaba* saber cuál era el motivo detrás de su petición, qué contenían los manuscritos de esta habitación y quién demonios era este hombre.

—Consideraré su oferta —dije con firmeza—, pero necesitaré consultarlo con la almohada.

Tras una pausa, dio un paso atrás y me tendió una tarjeta de visita sujetándola entre el índice y el dedo corazón. En el centro, reconocí el lobo del logotipo de la Universidad de Rockhaven.

—Mi chófer les llevará a usted y al señor McManaman a casa.

¿Qué pasa con el dinero que ya me ha dado si al final digo que no? ¿De verdad acaba de darme su tarjeta de visita sabiendo que podría ir a entregársela a la policía? Además, ni de coña le voy a dar mi dirección a su chófer. Estas fueron todas las respuestas que se me cruzaron por la cabeza y que descarté. Apenas acababa de conocerlo y, aun así, sabía qué me iba a contestar: «Me lo puede devolver». «Sé que no se lo dirá a nadie», y, por supuesto, «Ya la sabe». Caminé hacia la puerta tratando de aparentar normalidad, pero me detuve cuando él murmuró:

—Que pase una buena noche, señorita Mercer.

Me volví hacia él.

—Por cierto, nadie hace eso —dije. Él levantó una ceja, algo que empezaba a reconocer como una discreta petición de que le diera más detalles—. Nadie me llama «señorita Mercer». Mi nombre es Veronica, puede usarlo si quiere.

Esbozó una leve sonrisa.

—Lo sé.

—Pues que se note, por favor.

—¿Sabe lo que significa su nombre?

Hice un gesto con la mano.

—Algo sobre traer la victoria.

—Esa es la etimología macedonia. ¿Nadie le ha contado nunca la derivación latina?

—¿Por qué? ¿Cambia mucho?

—Sí. Significa «imagen verdadera». —Su rostro se volvió más serio y clavó la mirada en mis ojos—. Un nombre muy acertado para la mejor falsificadora que he conocido jamás, ¿no le parece?



CAPÍTULO 3

De camino a casa, le mentí a Mortimer. No sabría decir por qué lo hice, pero, cuando me preguntó por qué nos habían llevado a aquel lugar, me inventé que Ashworth quería que evaluara una obra. Como explicación no tenía sentido, aunque Mortimer nunca había sido el más listo de clase, ni de un tugurio clandestino, por lo que se lo creyó. O quizá no, pero prefirió callárselo.

—Hay que... Esto está dando un giro demasiado serio para mi gusto. Se acabaron las falsificaciones, Vero.

Yo me sentía notablemente tranquila. Mortimer, en cambio, parecía a punto de dejar un charco de diarrea en el coche del doctor Ashworth.

Pensándolo bien, a lo mejor la que iba corta de inteligencia era yo.

—Creo que... Uf, quizá no deberías acercarte a la tienda durante un tiempo. Quiero decir, ¿y si vuelve a pasar? ¿Y si más gente viene a por ti? Pondrías a todo el mundo en peligro.

—¿Por qué yo soy un peligro y tú no?

—En fin, es evidente que esta gente te buscaba a ti. —Un rubor se le extendió por el cuello—. Sobre lo que he dicho ahí dentro... Lo siento. Es que... Bueno, a ver, era la verdad, y no es que no me importes, es solo que...

Suspiré. Por aquel entonces ya casi había tomado una decisión.

—Me mantendré alejada un tiempo.

A juzgar por la velocidad con la que Mortimer salió disparado del coche cuando el chófer llegó a su casa, sospeché que estaba barajando la posibilidad de quemarse las huellas dactilares y huir del país. Arlo me miró a los ojos por el espejo retrovisor y dijo con un acento mucho más difícil de rastrear que el de Pierre:

—Le has mentido. —Me contempló fijamente con una concentración capaz de provocar una hernia. Su cara redonda y su corte de pelo al cero le hacían parecer una hemorroide muy contemplativa y muy enfadada.

—Sí.

—A tu novio.

—Eh... Sí.

—Eres una mentirosa.

—Supongo.

Me pregunté si se lo contaría a su... ¿jefe? ¿Marido? ¿Amo? Daba lo mismo. Me llevó a casa, le dije adiós con la mano al bajar y él respondió con una mirada que habría reducido a cenizas a un alma más inflamable.

Esa noche pasé un buen rato en JSTOR, pero no hubo éxito. Aun así, era incapaz de dejarlo estar: consulté algunos libros de texto antiguos y especializados, archivos más pequeños e incluso llamé por teléfono a un viejo profesor que ahora trabajaba en la costa oeste y que estuvo más que encantado de responder a mis preguntas. Pese a todo, no encontré nada. A medianoche, mi decisión estaba tan clara que casi podía palparla.

—Está bien —dije mirando al techo—. Si es lo que quieres, que así sea.

Al día siguiente fui al banco y saqué más dinero del que jamás pensé que ganaría en toda mi vida. Más tarde, después de asegurarme de que no me habían seguido, llamé a la puerta de Roxanne.

—Hola. —Su sonrisa era de sorpresa, pero también de alegría. Detrás de ella vi a Rorie persiguiendo a su nuevo cachorro, decidida a ponerle un lacito en el cuello. Ya me caía bien cuando era

pequeña, pero ahora que se estaba haciendo mayor e iba desarrollando una personalidad explosiva, opiniones sin tapujos sobre el mundo que la rodeaba y gustos y aversiones muy marcados, no podía evitar adorarla—. ¿Habíamos quedado? —preguntó Roxanne.

—No.

—Bueno, pasa, pasa. A Rorie no le ha gustado nada el brócoli que he preparado al vapor, así que puedo ofrecerte una deliciosa y saludable cena que...

—No puedo quedarme, pero necesito darte esto. —Le entregué una bolsa de lona.

—Vale. ¿Qué hay dentro?

Como no respondí, la abrió. Levantó la cabeza de golpe con la boca abierta.

—¿Es...?

—¿De verdad? Sí.

—¿Cuánto?

—Mucho. Necesito que lo repartas entre los demás. Excepto con Morty, claro.

—Joder. Has atracado un puto banco.

Una voz aguda surgió desde el salón.

—Mamá, ¿por qué la tía Vero ha atracado un puto banco?

—No ha... No es... Rorie, no digas palabrotas. —Nerviosa, Roxanne salió y cerró la puerta tras de sí—. Por Dios, Vero. Dime que no has hecho ninguna tontería.

—No he hecho ninguna tontería —respondí, y justo cuando ella bajaba los hombros aliviada, añadí—: Pero estoy a punto.

—¿De qué tipo de tontería estamos hablando?

—Voy a colaborar con un... coleccionista que está forrado.

—¿Quién? Conozco a todo el mundo de la zona. Y de fuera también. Te...

—No puedo decirlo. Probablemente esté metido en asuntos turbios. Blanqueo de dinero, quizá. Necesita a alguien en su equipo. Y paga bien.

Ella murmuró algo que se parecía a un «me cago en la puta».

—Voy a estar un tiempo sin pasarme por McManaman. Hasta que termine este trabajo. Pero diles a los demás que los veré en la noche de juegos, ¿vale? Y quizá vuelva cuando haya acabado con la tontería suprema en la que estoy a punto de meterme.

—Joder, Vero. Si la tontería es tan suprema, ¿por qué coño lo haces?

Me lamí la parte posterior de mis dientes torcidos y opté por ser sincera.

—Porque, al final, resulta que soy más curiosa que lista.



Le envié un mensaje a Ashworth y su respuesta llegó en un santiamén.

Vero: Arlo la recogerá esta tarde a las 5.

Y así fue. Pero, cuando salí del ascensor, vi que el doctor Ashworth también estaba allí, erguido bajo la luz dorada de la tarde. Me abrió la puerta trasera antes siquiera de saludarme y luego se subió por el otro lado, desabrochándose la americana.

Curiosa, lo observé abrocharse el cinturón mientras Arlo se incorporaba al tráfico.

—¿Qué hace aquí?

—¿Qué hago en *mi* coche? —Su expresión era impasible. Su voz, ligeramente hipnótica.

—Habría bastado con enviar al chófer.

—Debería abrocharse el cinturón de seguridad.

—Si es porque disfrutó mucho de mi compañía el otro día, puede decírmelo. No pensaré que es un perverso. —Hice una pompa con el chicle hasta que explotó—. Al menos no más de lo que ya lo pienso.

—El cinturón, señorita Mercer.

Tras darle varias vueltas al tema, había llegado a la conclusión de que mi sensación de inquietud ante aquel hombre se debía precisamente a eso: a que el doctor Viktor Ashworth era un hombre. No era mucho mayor que yo; según su currículum, que había encontrado con facilidad en la página web del Departamento de Historia de Rockhaven, había terminado su doctorado hacía un par de años, lo que debía situarlo a finales de la veintena. Sin embargo, transmitía una sensación diferente: no era un torpe doctor recién graduado, sino un adulto con obligaciones profesionales y un equipo de contables detrás. Los chicos que conocía en las aplicaciones eran niños, al menos en espíritu. Mortimer no contaba y nunca lo haría, y la mayoría de la gente con la que me cruzaba en el negocio de las antigüedades y los libros raros no solía desprender sensualidad.

Ashworth era de una especie diferente y desconocida, y lo más probable era que él opinase lo mismo de mí. Dudaba que normalmente se rodeara de gente que se emborrachaba mirando lámparas de lava, cultivaba setas alucinógenas bajo el fregadero de la cocina y elegía a chicos que compartían piso y usaban sábanas azul marino para tener rollos de una noche.

—¿Temía que me acobardara? —pregunté—. ¿Que cambiara de opinión?

—No —respondió con convicción. Y me di cuenta de algo.

—Lo tenía claro, ¿verdad?

Me miró con curiosidad.

—Que aceptaría su oferta.

—Cuando empezamos a hablar, no. Pero cuando la vi tocando el libro pensé que era... probable.

Suspiré y me apoyé contra el asiento, echando la cabeza hacia atrás.

—Roxanne tenía razón. No soy más que una friki de los libros.

—No es usted la única —dijo Ashworth. Luego se inclinó hacia mí y me abrochó el cinturón con un brillo indulgente en los ojos que, hasta donde yo sabía, era lo habitual en las relaciones entre quien encarga una falsificación y quien falsifica.

Después de eso, permanecemos en silencio durante el resto del trayecto.



La contribución de Mortimer a las réplicas había consistido en fijar plazos, quejarse del coste de los materiales y distraerme mostrándome fotos de las pobres mujeres que conocía en las aplicaciones de citas y que pronto se arrepentirían de haber deslizado a la derecha. Ashworth, en cambio... Bueno, no tenía nada que ver.

Dejó dos cosas muy claras: que estaba a mi entera disposición y que era yo la que mandaba.

—Es probable que ya tenga cualquiera de las herramientas que vaya a precisar —dijo la primera noche. No estábamos en la sala de conservación, donde me había llevado la última vez. Al final, la magia iba a suceder en lo que él denominaba «el taller», un par de puertas más allá. Un lugar repleto de suministros y equipado con mesas de trabajo ergonómicas que podrían haberme librado de la tortícolis crónica que llevaba arrastrando desde hacía un año—. Si no es así, avíseme y la consigo. Para lo que necesite, estoy a su disposición.

—Hay una cosa que quería preguntarle —dije juntando las yemas de los dedos. Sus ojos se posaron en mis manos, en los múltiples anillos que las adornaban y en el esmalte de uñas negro descascarillado. Lo había retocado con un rotulador, pero el tono no terminaba de ser el mismo. Rorie era la que me había enseñado ese truco.

Rápidamente apartó la mirada.

—Por favor. —Arrastró un taburete para sentarse frente a mí y ambos cruzamos nuestras largas piernas entre nosotros.

En ese instante me vino un pensamiento tan repentino y carente de consecuencias como una tormenta de verano: Ashworth era la clase de hombre que la mayoría de la gente consideraría atractivo.

Por mi parte, esta revelación probablemente se había retrasado por el hecho de que parecía alguien capaz de avisar a su pareja de un orgasmo inminente mediante un artículo en *The Times*.

No era mi tipo. La constatación de que podía serlo para otra persona me resultaba ajena. Un hecho registrado y olvidado con la misma rapidez.

—He buscado por todas partes y no he encontrado nada sobre *Ars moriendi*.

Ashworth no reaccionó.

—Entiendo que ser prudente y mantener cierto secretismo es crucial cuando uno forma parte del submundo académico y delictivo en el que se mueve usted, pero necesito que me dé más.

Silencio.

—Obviamente, en parte es porque me muero de curiosidad —dije con franqueza—, pero no es la única razón. Lo que haya por ahí afecta al proyecto. ¿Existe alguien que tenga una foto del original? ¿Voy a tener que reproducir la ubicación de ciertos agujeros de gusano? ¿Van a comparar los pigmentos de las ilustraciones? ¿Hay algún registro de las notas marginales? Necesito saber la procedencia del...

Él negó con la cabeza.

—No puedo revelar fácilmente nada de lo que ha enumerado —dijo con solemnidad.

—Entiendo. En ese caso, revélelo difícilmente.

Se aclaró la garganta.

—¿Se le da bien la escritura uncial?

—Tanto como a usted las evasivas.

Una leve sonrisa torcida. Cada vez que estaba a punto de darlo por perdido, me descolocaba.

Se quedó en silencio, esperando mi respuesta. Era evidente que, de los dos, siempre iba a ser él el que ganara un concurso de paciencia.

—No mucho —murmuré al final.

—Lo ideal sería que se familiarizara con ella mientras yo consigo los materiales.

—Sería lo ideal, sí. ¿De qué trata el texto?

—Típicos fragmentos de evangelios.

—¿Cuáles?

Pasó el pulgar por el borde de la mesa con aire distraído, pero se detuvo al darse cuenta de que lo miraba.

—Cualquier falsificador debería ser capaz de hacer una copia sin necesidad de entender su contenido. —Se levantó.

—Ya, pero yo no soy cualquier falsificador y quiero saberlo.

—Eché un vistazo al texto—. Esto no es latín. Está escrito para que lo parezca, pero...

Ashworth depositó tres plumas de ave junto a mi mano derecha. Entonces, como si yo no estuviera a mitad de una frase, asintió con aplomo y se marchó. Me dejó preguntándome si me había mandado escribir líneas como castigo por ser demasiado curiosa.



Faltaba una semana para el inicio del semestre y yo había entrado en una rutina: durante el día trabajaba en mi tesis, asistía a las reuniones del profesorado y orientaba al estudiante de primer año de doctorado que me habían asignado como mentora. Luego, a última hora de la tarde, Arlo venía a recogerme rezumando un desprecio tan palpable que temía que dejara una mancha permanente en el camino de entrada a mi casa. Me odiaba con semejante visceralidad que llegué a la conclusión de que debía existir algún motivo. Quizá mi padre había robado a su familia. Quizá había pisado sus preciadas rosas Juliet sin darme cuenta.

Debería haberme dado igual, pero no soportaba cargar con la incertidumbre de *dos* misterios.

—Sabes que no tienes ninguna razón para odiarme con tantísima intensidad, ¿verdad? —le dije la segunda tarde—. No pretendo robarte el puesto de trabajo como secuestrador. Tampoco me estoy

tirando a Ashworth; tienes vía libre, si eso es lo que buscas. Y este coche es eléctrico, lo que significa que no puedes enfadarte en nombre del medio ambiente. Ya sé que siempre llego tarde, pero son cinco o diez minutos como mucho. Y me desprecias desde antes de tener que venir a recogerme a diario. Puede que te parezca la chica tonta que en primaria siempre era la última en elegir figura en el Monopoly y le tocaba quedarse con el cochecito, pero...

—¿Ves? —gruñó él.

—¿Qué tengo que ver?

—Las mujeres como tú... siempre lo estropeáis todo.

Vaya, sexismo a la antigua usanza. No era lo que esperaba.

—Mujeres como yo, es decir..., ¿de metro setenta y cinco? ¿Ambidiestras? ¿De moral flexible? No sé a qué te refieres exactamente...

—Viktor es muy importante. Está muy ocupado con asuntos cruciales. Es necesario para el bienestar de... —Quizá el acento fuera de Europa del Este. No había viajado lo suficiente como para estar segura—. No debería perder el tiempo contigo.

—Joder, tienes razón. No debería haberlo secuestrado y obligado a contratarme para un proyecto que... ¡Ah, no, espera!

—¿Ves? —repitió, esta vez con más rencor—. No te tomas las cosas en serio. Eres una distracción y este plan solo lo pondrá en peligro.

—¿Qué plan? —Me desabroché el cinturón y me incliné entre los dos asientos delanteros.

La expresión de Arlo era de horror.

—Siéntate bien.

—Arlo, ¿qué plan?

—No se habla con el chófer.

—Si me lo dices, me callo. ¿A qué plan te...?

El coche frenó de golpe y derrapó hasta detenerse. El impulso me lanzó hacia atrás con una fuerza capaz de provocar un latigazo cervical.

—Hemos llegado —declaró Arlo con sorna.

Me masajeeé el cuello dolorido.

—Escucha, puedes echarme la culpa de lo que te dé la gana, de distraer a Ashworth, del declive de tu franquicia de superhéroes preferida... Me la suda, pero haz el favor de decirme cuál es el plan.

—Fuera.

Salí y di semejante portazo que una bandada de golondrinas que había cerca alzó el vuelo alborotada.



La casa de Ashworth era peculiar por muchas razones, la principal era que costaba discernir quién vivía ahí y quién no. Entraba y salía mucha gente, pero ninguna de las personas con las que me crucé por los largos pasillos parecía ser miembro de la familia. Algunas cargaban bolsas de la compra o aspiradoras, lo cual me llevaba a pensar que eran empleadas de la casa. Otras eran más enigmáticas: hombres y mujeres que permanecían en el mismo lugar durante horas, sentados en sillas junto a las ventanas, haciendo llamadas telefónicas breves y en voz baja. Me saludaban con la cabeza, a veces me devolvían la sonrisa, pero jamás se presentaban. Nunca parecían interesados en socializar. No fue hasta que me di cuenta de que siempre había al menos una persona de pie junto a la puerta de la sala de conservación que caí en la cuenta.

Seguridad.

El doctor Viktor Ashworth contaba con un equipo de seguridad las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Lo normal en un académico en vías de obtener una plaza fija, claro que sí. *Y una mierda no forma parte de una organización criminal*, pensé. Y entonces me fijé en lo demás: había cámaras vigilando cada centímetro de la casa, ventanas selladas y puertas que, una vez cerradas, no se podían volver a abrir desde dentro ni desde fuera sin meter una llave, incluidas las que daban al jardín privado, con lo cual estábamos todos atrapados. En mi primer día, Arlo me dio a

regañadientes una llave para las puertas correderas de cristal que llevaban desde el pasillo y la cocina al patio.

—Por si quieres un poco de aire fresco —dijo con el tono de alguien que estaría encantado de meterme uranio enriquecido en los bronquios—. Pero acuérdate de cerrar las puertas al salir.

Aquella situación debería haberme hecho salir por patas. O, como mínimo, me debería haber servido para recordar que si estaba allí era para ganar una cantidad inmoral de dinero. Nada más. Sin embargo, debido a mi puñetera amígdala, propensa al riesgo y carente de instinto de supervivencia, no podía dejar de lado mi ansia por saber más. El problema era que, si se lo preguntaba a Arlo, probablemente me sumergiría en ácido muriático, y el repertorio de respuestas de Ashworth se limitaba a lanzarme miradas vacías y soltar alguna que otra patraña.

Así que decidí intentarlo con Pierre.

Lograr que dejara atrás su actitud cortés y distante requirió algo de esfuerzo. La primera noche lo vi desde la ventana del baño: estaba sentado en el jardín, solo, apenas visible salvo por el puntito rojo de lo que fuera que estuviese fumando. La noche siguiente me tomé un descanso de «practicar cómo escribir las malditas letras» y salí a dar una vuelta. Le pregunté si tenía un cigarro de sobra y fingí que no me daba asco cada calada mientras permanecíamos en un silencio cómplice, sentados uno al lado del otro. Al día siguiente repetí, no porque me estuviera aficionando al tabaco, sino porque Pierre se estaba aficionando a mí.

A la mayoría de los hombres los desconcertaba mi forma de ser, pero a algunos les gustaba, y con Pierre había tenido suerte. Veía cómo se le desviaban los ojos hacia mis piernas desnudas. Cuando me reía, su mirada se prolongaba más de lo habitual. Nos divertimos echando pestes de Unilever y de los turistas de otros estados que venían a Vermont sin un 4x4. Media hora más tarde, me sentí lo suficientemente cómoda como para soltar como quien no quiere la cosa:

—Tío, la cantidad de seguridad que hay en esta casa es una locura.

Pierre se encogió de hombros.

—Es que dentro hay ciertos artefactos históricos que valen una fortuna.

—¿Es por eso? —No me lo tragaba—. ¿No sería más fácil guardarlos en otro sitio?

—No es decisión mía. —Volvió a elevar los hombros, le dio una última calada al cigarrillo y luego lo apagó.

Cuando saqué el paquete de chicles, le ofrecí uno.

—Bueno, ¿estamos ya en el punto de poder hablar mal de nuestro jefe?

Se rio.

—Arlo es un borde, sí, pero tiene sus razones. Como que una vez se metió un palo enorme por el culo y ahora no hay forma de sacárselo. La medicina moderna le ha fallado.

—Espera, ¿tu jefe es Arlo? —Puse cara de espanto.

—Sí. Por antigüedad.

—¿No es Ashworth?

—¿Viktor?

—Anda, ¿te deja llamarlo por su nombre de pila?

Pierre se rio.

—Nos conocemos desde hace mucho. Tú eres una cría comparada con nosotros.

Resoplé.

—¿Qué dices? Si tú no debes de tener más de veintiséis. —Se le ensombreció el rostro. No tenía ni idea de por qué, pero intenté arreglarlo preguntando—: ¿Cómo os conocisteis? ¿Tú también estudiaste en Rockhaven?

—¿Rockhaven? Ah, la universidad. No. No es lo mío. Nunca he sido muy buen estudiante. —Esbozó una sonrisa burlona.

—¿En serio? —Tenía una mancha de tinta en la rodilla. Me la limpié con indiferencia—. Entonces, ¿os conocisteis gracias a su otra línea de trabajo?

—¿Qué otra línea de trabajo?

—Bueno... Ya sabes. —Debería haber argumentado que los profesores no tenían coches blindados ni un Caravaggio auténtico colgado en el salón. Solo quería una confesión, algo así como: «Sí, lo conocí cuando trabajábamos como asesinos a sueldo. Le gustaba mi forma de blanquear dinero, así que me contrató».

No obstante, lo que dijo Pierre fue:

—Él se hizo cargo de mí cuando mi... padre se desentendió

No tenía sentido. Quería preguntarle: «¿Te refieres a cuando estabas en Francia? ¿A cuando él tenía cinco años y tú dos?». En lugar de eso, con toda la diplomacia de la que fui capaz, dije:

—No es muy divertido trabajar con él.

Pierre abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Por qué?

—Es muy poco comunicativo. No me da nada con lo que jugar.

—Recordé los comentarios de Arlo—. ¿Es por una cuestión de sexismo? Estaría bien saberlo.

—¿Qué? No, no, Viktor no... —Pierre se detuvo y reflexionó—. Bueno, quizá, pero no en el sentido que tú crees. Es solo que le cuesta tomar confianza y mostrarse tal y como es.

—¿En serio? —Dudaba que fuera a quedarme deslumbrada por la inesperada profundidad de Ashworth, pero él parecía convencido.

—Y creo que contigo aún le cuesta más porque... Ni siquiera recuerdo la última vez que lo vi interactuar durante tanto tiempo con una... —Apretó los labios.

—¿Una mujer?

—No. Sí. Bueno, con alguien que... no trabaje para él.

No era eso lo que iba a decir.

—Pero si trabajo para él.

—Claro. Sí. Pero tú eres diferente.

—Ah, ¿sí? ¿En qué sentido?

Silencio. Y luego:

—Se está haciendo tarde. Creo que deberíamos volver adentro.



Incluso yo, alguien que rara vez cocinaba platos más complejos que unos macarrones con queso, no pude evitar quedarme impresionada con la cocina de Ashworth, con sus vigas rústicas, su isla con patas torneadas y sus sartenes de cobre colgadas. Era tan amplia que solo la despensa ya le hacía sombra a mi apartamento entero.

Tras mi charla fallida con Pierre, volví a entrar y me aseguré de que las puertas quedaran cerradas.

—Veronica, ¿verdad?

La pregunta, pronunciada con tono alegre, provenía de una chica menuda que jugaba con el único imán de nevera que Ashworth había permitido en esa casa. Tenía el pelo castaño corto y la expresión más parecida a la de un cervatillo que había visto jamás en un ser vivo que no fuera un cervatillo.

—Ah, sí. Hola.

Ella asintió, pero no respondió. Pensé en alargar la mano para darle un apretón, pero cambié de opinión en el último momento. Daba la sensación de que un simple roce podía romperla.

—Lláname Vero, por favor. —De nuevo, no hubo respuesta—. ¿Eres la... pareja del doctor Ashworth?

—Uy, no. No, yo solo... ayudo en casa, se podría decir. —Sonrió con timidez. Sus prominentes incisivos eran de un blanco brillante—. Me gusta cocinar. Si te apetece un tentempié, un plato de algo...

—Estoy bien. Pero gracias. —No era buena adivinando edades, pero me di cuenta de que, a la cálida luz de las lámparas colgantes, parecía bastante joven, y tomé nota mental de que debía hacerle algunas preguntas a Ashworth para ver hasta qué punto era consciente de las regulaciones laborales y los derechos de los trabajadores.

—¿Qué tiempo ha hecho hoy? —preguntó ella.

Parpadeé, confundida, y señalé la puerta.

—¿Te gustaría salir y comprobarlo tú misma? Pierre está ahí fuera, así que...

—No, me refería a... durante el día. No me encontraba bien. No he tenido oportunidad de salir. —Su acento era vagamente sureño y fluía como una canción. Sin embargo, había algo en esa conversación que me provocaba una sensación escalofriante.

—Ah. Ha hecho buen tiempo, creo.

—¿Mucho sol?

—Sí. Algunas nubes por la mañana. —Eché un vistazo a mi alrededor, luego me acerqué a ella y le susurré con preocupación—: ¿Estás bien?

Ella asintió lentamente.

—¿Estás aquí por tu propia voluntad?

La pregunta hizo que arrugara la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Solo me quiero asegurar de... ¿Estás a salvo?

—Sí. Por supuesto. ¿Por qué...?

—¿Necesitas algo? —preguntó una voz hostil detrás de nosotras. Era Arlo, de pie junto a la puerta de la cocina—. Porque, si no, deberías dejar a Samantha en paz.

Observé atentamente la reacción de la chica ante la llegada de Arlo. Su expresión se transformó en una sonrisa tan amplia que no podía ser otra cosa que sincera.

—¿Te llamas Samantha? —pregunté, ignorando a Arlo mientras se colocaba a su lado con actitud protectora.

—Así es.

—¿La gente te llama Sam?

La pregunta pareció sumirla en un mar de confusión.

—Ah, pues... Algunas personas me llaman Sammie, pero nadie me ha llamado nunca...

—Sammie es precioso —la tranquilicé—. Voy a llamarte así, si te parece bien.

Cuando salí de la habitación, bastante convencida de que, a diferencia de mí, la chica estaba en buenas manos con Arlo, ella seguía susurrando la palabra «Sam» para sí misma, con los labios fruncidos, como si estuviera formulando un nuevo sonido.



No sabía muy bien qué opinar de mi nuevo lugar de trabajo. Echaba de menos el ambiente acogedor de McManaman y las tazas de té calentito de Wanda. Y también poder cotillear con Roxanne, burlarme de Elias por las chicas que venían a la tienda a coquetear con él o reírme de las ruidosas palabrotas de Lucille cada vez que se clavaba una astilla mientras restauraba una pieza que «ni siquiera merece mi puto tiempo». Me acordaba de las miradas de reprobación de Cosimo cuando nos atrevíamos a perturbar su sueño. Suspiré y volví al taller, centrándome una vez más en la razón por la que estaba allí: *Ars moriendi*.

Aprendía rápido y ya me sentía capaz de elegir la plumilla adecuada para reproducir las letras anchas y el grosor uniforme de los trazos de la caligrafía uncial. Lo que realmente quería en ese momento era descifrar el código en sí.

Tenía razón: no era latín ni ningún otro idioma. Estaba segura de que era un sistema cifrado, compuesto principalmente por sustituciones y transposiciones. Saqué algunas fotos de las páginas escondidas, confiando en que, a base de prueba y error, incluso alguien tan torpe para las matemáticas como yo podría descifrarlo. Pero lo que no podía sacarme de la cabeza, la verdadera razón por la que no iba a poder alejarme de *Ars moriendi* hasta saber más, eran las iniciales ornamentadas. Todo en la forma en que se había transcrito el texto apuntaba a un evangelio, incluidas las decoraciones que rodeaban las letras mayúsculas al comienzo de cada sección. Y, desde un punto de vista técnico, el arte era de una belleza cautivadora. Los temas, por otro lado...

Por regla general, las ilustraciones medievales eran bastante extrañas. No obstante, estas resultaban más inquietantes que las habituales imágenes de monos defecando en un plato o de árboles frutales cargados de penes maduros. El tema de *Ars moriendi* era la muerte, lo cual no suponía ninguna sorpresa. Sin embargo, aquí, parecía estar rodeada de violencia y descomposición. Las inofensivas

letras B, O y C se habían transformado en cadáveres humanos devorados por animales, mientras ellos se comían a esos mismos animales. Bestias con rostros de doncellas atraían al lector con tentadoras sonrisas. Hermosas mujeres desnudas mostraban las espinas afiladas como navajas que cubrían sus pechos. Había abdómenes derramando tripas que se enredaban alrededor de flores, colmillos goteando sangre, dagas rajando gargantas abiertas, bosques cada vez más densos que se retorcían en paisajes infernales... Cuando me topé con una boca abierta vomitando una sustancia roja oscura, un escalofrío me recorrió la espalda.

Aquello era nuevo para mí. Nunca me había interesado el ocultismo, la religión ni la espiritualidad, tal vez porque la practicidad de mis preocupaciones materiales me mantenía los pies en el suelo. Con una infancia como la mía, podría haber ido en cualquiera de esas direcciones. Una persona más espiritual quizá habría encontrado refugio en la creencia de que hay una vida después de la muerte en la que no existen las facturas. Pero considerar la opción de tener un alma corrompible o de que mis antepasados se enfadasen por mis ocasionales episodios de promiscuidad siempre me había parecido absurdo. Estaba donde estaba, y lo único en lo que me podía centrar era en hacer los deberes para evitar la libertad condicional y en conseguir unos cuantos dólares para comprarme un par de zapatos que realmente fueran de mi talla. No iba a preocuparme por la presencia de demonios o monstruos debajo de la cama cuando tenía a los amigos de mis padres colocados hasta las cejas justo al final del pasillo; ese era un peligro mucho más palpable e inminente.

En el fondo, era una nihilista, y la idea de que Satanás me estuviera pisando los talones me intimidaba entre poco y nada. *Ars moriendi*, sin embargo, había logrado aquello en lo que innumerables historias de terror habían fracasado: darme mal rollo. Quizá fuera por el silencio inquietante que envolvía esa casa por la noche, o por el hecho de que ignorara la verdadera razón por la que me pagaban el equivalente a una película de bajo presupuesto.

Quizá solo necesitaba un descanso.

Me levanté y estiré la espalda sin apartar los ojos de una serpiente de aspecto amenazador que estaba estrangulando a un bebé. Cuando levanté la vista, Ashworth estaba en la puerta, con la mirada fija en la franja de piel de mi cintura que había quedado al descubierto.

Esperé un instante antes de bajar los brazos poco a poco.

—No me diga que usted también tiene uno.

—¿Perdón?

—Un *piercing* en el ombligo.

Me pareció ver cómo se le movía la garganta al tragar saliva.

—No, no tengo ninguno.

—Uf, menos mal. Habría sido raro. —Sonreí, y su única respuesta fue un largo parpadeo. Cuando volvió a abrir los ojos, su rostro era más inexpresivo que nunca.

—Pierre ha mencionado que tenía algunas preguntas para mí, ¿puede ser?

Vaya, vaya, pensé con cierta diversión. *Se ha chivado*.

—Qué detalle por su parte —respondí sin dejar de sonreír.

Como de costumbre, Ashworth iba con un traje idéntico al que llevaba el día que nos conocimos, salvo que este era de un tono gris ligeramente más oscuro, y tenía pequeñas diferencias en la confección que solo un profesional del sector habría podido detectar. Como era de esperar, no tenía ni una arruga. La formalidad resultaba ridícula, sobre todo porque yo iba vestida con pantalones cortos de chándal y unas Birkenstock de imitación, y llevaba un parche para granos con forma de estrella en la mejilla.

—¿Alguna noticia sobre el pergamino? —pregunté. Cualquier casa de subastas de alto nivel que se hiciera con la réplica podía optar por realizar pruebas de radiocarbono o espectroscopia, por lo que Ashworth estaba en proceso de conseguir manuscritos de la misma época que *Ars moriendi* para reaprovechar los materiales.

—Debería llegar este fin de semana.

—Genial. —Por algún motivo que desconozco, me pregunté qué más habría hecho ese día. ¿Trabajar en su programa de estudios? ¿Ir de club de estriptis en club de estriptis? ¿Secuestrar a un par de posdoctorandos?—. Ya falta poco para que empiece el semestre, ¿eh?

—Así es —asintió con esa voz maravillosamente enigmática.

—¿Va a dar muchas clases?

—Solo un seminario.

—¿De grado?

—De posgrado.

—Ah, ¿debería matricularme?

—Tenía la impresión de que ya había terminado sus estudios.

—Haría una excepción por usted. Que sepa que me han dicho más de una vez que es un placer tenerme en clase. —No me devolvió la sonrisa juguetona que yo le dediqué ni cambió su expresión para dejar de parecer estoicamente resignado ante la idea de que mi presencia en clase le resultara placentera.

Aun así, dijo:

—Ya, me imagino por qué.

—¿Debería llamar a secretaría, pues? —Se quedó en silencio. Con un aire lánguido, me acerqué a él hasta que el oxígeno que respiraba se impregnó de aromas cítricos y de madera—. ¿No? Entonces le propongo un trato: yo no invadiré su aula si usted responde a tres preguntas sobre el manuscrito.

Me evaluó con la mirada.

—Señorita Mercer, no la he traído aquí para satisfacer su curiosidad personal.

—¿Traído? Querrá decir «invitado».

—No la he contratado a cambio de información. Ya se le está compensando económicamente por sus servicios.

—Tómeselo como si fuera la propina.

Sus ojos se desviaron hacia un lado. Justo ahí, en su mejilla, se produjo un pequeño tic. Como si estuviera conteniendo algo, tal vez algo tan trivial como una sonrisa.

—Debo negarme.

—¿Debe? —Puse los ojos en blanco y luego levanté las manos en señal de rendición—. Está bien. Mantenga su secreto y yo me guardaré mi teoría sobre para quién trabaja.

—Vuelvo a repetir que lo del crimen organizado no es...

—Ah, no, ya he descartado esa idea hace una hora.

Aparecieron unas ligeras arrugas entre sus cejas. Curiosidad. Nueva emoción desbloqueada.

—Creo que ya lo he calado —afirmé apoyando un hombro en el marco de la puerta y jugando con un mechón de pelo. Podría haber continuado, pero decidí esperar a que él hablara para ver si me equivocaba.

—Por favor —dijo al fin. Oculté mi satisfacción y seguí mirándome las puntas abiertas—. Ilumíneme.

—Si insiste...

—Tampoco hace falta exagerar.

—No estoy exagerando.

Nuestras miradas se cruzaron, tensas, hasta que un ligero atisbo de diversión le suavizó el rostro.

—Discrepo. Si es tan amable, señorita Mercer...

—Está claro que es el líder de una secta.

Tosió. Luego se aclaró la garganta. Dos veces. Me pregunté si tantos sentimientos le estarían provocando un infarto.

—No lo soy.

—Pero es una especie de religión, ¿no? En plan, tanto secretismo, tanta estructura jerárquica, el tema del secuestro, la extraña obsesión con un manuscrito pseudosatánico, esta finca... Por cierto, ¿a qué viene tantísima seguridad? ¿Ha habido algún conflicto interno reciente? Todo esto huele a sectario.

Abrió los labios y luego los cerró, como si no encontrara las palabras.

—A ver, si cree en alguna mierda rara, puede contármelo. Mi padre fue líder de una secta durante un tiempo, cuando yo era pequeña.

—¿Perdón?

—Quizá llamarlo «secta» sea algo exagerado. Nunca llegué a conocer los detalles de la historia. Creo que se infiltró en un grupo poliamoroso de la zona de la bahía y se inventó una historia sobre que si se envolvían en un capullo, que en realidad no era más que un edredón, se convertirían en mariposas. Luego les estafó veinte dólares y un montón de electrodomésticos. Sospecho que todos estaban colocados.

—Comprendo. —Ashworth parecía interesado en contra de su voluntad y sonó decepcionado consigo mismo cuando preguntó—: ¿Y su madre...?

—Ah, ella pasaba olímpicamente. De hecho, puede que esto sucediera mientras cumplía condena por haber malversado en una organización benéfica del estilo Make-A-Wish.

—Una... historia genealógica fascinante.

Me reí.

—Ni que lo diga. En fin, si forma parte de algún tipo de secta apocalíptica o sostiene la creencia de que puede volverse inmortal bebiendo un vaso de plasma agitado cuatro veces en el sentido de las agujas del reloj o decide cuál de sus cinco mil trajes oscuros idénticos se va a poner leyendo las entrañas de las palomas..., bueno, pobres palomas. Soy vegetariana, no sé si lo sabía. Pero el caso es que, mientras no le haga daño a nadie, no me importa.

Un parpadeo lento.

—¿Ha terminado?

—No lo sé. ¿Necesita más garantías de que pertenezco a la escuela de pensamiento de «vive y deja vivir» en lo que respecta a este tipo de cosas?

—No. Su inmensa tolerancia ha quedado patente.

—Bien. Ahora que hemos establecido que, en efecto, soy la hostia: ¿de qué coño va todo esto de *Ars moriendi*?

Esta vez no pudo ocultar una media sonrisa ni el solitario hoyuelo que parecía reestructurar todo el tejido del continuo espacio-tiempo a su alrededor.

Vaya, pensé. Eso sin duda ha sido una emoción.

Quizá fugaz, pero esa chispa en sus ojos seguía presente cuando dijo:

—Que pase una buena noche, señorita Mercer. Arlo la llevará a casa cuando lo desee. —Me dejó apoyada contra la puerta. Me llegó una última bocanada de enebro mientras se alejaba con paso firme.

Hasta que exclamé:

—¡Doctor Ashworth!

Se detuvo. Su espalda, perfectamente recta, era un prodigio arquitectónico. Esperó un segundo más de lo debido antes de volverse hacia mí. La máscara de indiferencia había vuelto a aparecer, pero ladeé la cabeza.

—¿Puedo asistir a su clase igualmente?

Se mordió el interior de la mejilla.

—Lo consultaré —dijo con tanta solemnidad que dudé si aquella sonrisa había sido fruto de mi imaginación.

Lo observé mientras se alejaba, pensando que quizá no era tan horrible como creía, y luego me eché la bronca a mí misma por ello.

Era absurdo pensar que me caía bien. Sobre todo porque solo iba a conseguir sentirme culpable por lo que planeaba hacer al día siguiente.



Había urdido muchos planes retorcidos durante mi juventud desaprovechada y sin supervisión, y este no era ni una obra maestra ni el colmo del ingenio y la sofisticación.

Aun así, funcionó.

Al menos durante un rato.

Era el último viernes antes del comienzo del semestre y no tenía nada que hacer en el campus. Había llegado parte del pergamino y Arlo me había pasado a recoger a mediodía. Nunca había estado en la casa tan temprano y, aunque supuse que estaría bulliciosa, mucho más que por la noche, reinaba un silencio inquietante. Caminé hacia

el taller pensando que la quietud de los pasillos y el sol abrasador de finales de verano formaban un extraño contraste.

Da igual, me dije. Encaja con el plan.

No había ni rastro de Ashworth. Arlo había desaparecido después de dejarme, lo que significaba que solo tenía que encargarme de una persona: el hombre que en ese instante estaba de pie junto a la sala de conservación. Era el único lugar que tenía un guardia apostado frente a la puerta en todo momento, lo que parecía un claro indicio de que, probablemente, algunas de las respuestas que buscaba se hallaban ahí dentro. Además del recuerdo de la palma de Ashworth cubriéndome los dedos contra los lomos de los códigos que se encontraban en la misma estantería que *Ars moriendi*.

No me parecía el tipo de hombre que toca a los demás así como así. Solo en circunstancias extremas.

En un giro inusual de los acontecimientos, tenía que agradecerle algo a mi madre: el consejo que me había dado cuando yo aún iba a primaria. «Si en algún momento ves a alguien introducir una contraseña, memorízala». Sorprendentemente, era la primera vez que esa habilidad me resultaba útil.

Llevaba unos treinta minutos trabajando cuando oí un ruido que ya sabía identificar: el guardia yéndose al baño. Esperé a que sus pasos se desvanecieran, luego salí con sigilo del taller, miré a izquierda y derecha para asegurarme de que no hubiera nadie...

Mierda.

Samantha giró el cuello para mirarme por encima del hombro con especial lentitud, como si la cabeza le pesara cien kilos.

—Hola —dijo con una sonrisita, antes de desviar la vista hacia el jardín.

—Hola. —Será posible... ¿Cuánto tiempo tenía antes de que el guardia volviera? La cocina estaba al final del pasillo, ¿era allí a donde se dirigía Samantha, o pensaba quedarse para charlar? ¿Por qué estaba ahí parada?—. ¿Cómo estás?

Su «bien» sonó apático, como si estuviera de todo menos bien. Debía de haber tenido un día duro, porque su tez pálida y sus ojeras

la hacían parecer mucho mayor que la otra noche.

—Hace un día espléndido. Todo lo que hay ahí fuera parece tan... vivo.

—Ah, sí. Hace demasiado calor para mi gusto, pero, si eres de las que disfrutan de sentirse como si estuvieran dentro de un horno, no está nada mal.

—Sí que lo disfruto.

—Fantástico. Si te sientas a la sombra, se está muy a gustito.

Ella asintió. Un pintoresco sendero de piedra flanqueado por arbustos de flores en pleno esplendor atravesaba el jardín, y ella lo contemplaba con la nostalgia propia de una huérfana de Dickens.

Tenía que deshacerme de ella antes de que volviera el guardia, así que se me ocurrió sugerir:

—Deberías ir a probar. Incluso dar un paseo. Puedes ponerte un sombrero o sentarte debajo de ese gran arce.

—No, no puedo. —Agarró el pomo de la puerta y tiró de él con poco ímpetu—. Está cerrada con llave.

—Yo tengo una copia. —Rebusqué en el bolsillo y se la tendí.

Samantha alargó la mano con vacilación, como si se estuviera decidiendo sobre la marcha. Cuando por fin cogió la llave, se le pusieron los nudillos blancos por la fuerza.

—¿De verdad?

—Claro. Me la puedes devolver más tarde.

Sonrió, y la alegría le quitó diez años de encima. Eché un vistazo atrás para ver si el guardia había vuelto. Cuando volví a mirar al frente, Samantha ya había abierto las puertas.

—Por cierto —dijo agarrándome la mano y dándome un apretón afectuoso—. Ya me he decidido.

—¿Sobre qué?

—Quiero ser Sam. —Se marchó tras dedicarme una última sonrisa. Esperé a que desapareciera de mi rango de visión, luego fui hasta la puerta de la sala de conservación, tecleé el código y entré.

Esta vez, el aire frío no causó efecto en mí. Me moví haciendo el mínimo ruido posible hasta llegar a los manuscritos de la estantería.

Sabía perfectamente que, a menos que completara mi cometido en treinta segundos exactos —lo cual era improbable—, y a menos que el guardia estuviera sufriendo un grave problema gastrointestinal —soñar es gratis—, me iban a pillar al salir. No obstante, venía mentalizada por si sucedía: siempre a favor de pedir perdón antes que permiso. Mi objetivo final no era cumplir con una misión sin ser descubierta, sino averiguar lo que quería averiguar.

Con delicadeza, abrí los libros sobre el escritorio del centro de la sala. Había seis: todos auténticos, muy antiguos y en una variedad de idiomas y longitudes. Protofrancés, una versión del latín que se asemejaba bastante al italiano, inglés antiguo, más latín, algo que podía ser árabe, runas... En conjunto, esos textos probablemente valían una cantidad de millones que habría hecho palidecer al banco central del país. Y, a pesar de estar muy metida en el mundo de los libros raros, nunca había oído hablar de ellos.

—¿De dónde demonios salís? —murmuré.

Uno de los manuscritos estaba decorado con múltiples pigmentos; los otros, en cambio, eran más sencillos. Cuadernos, o tal vez diarios. En dos de ellos encontré una página con el título: *De ne pas mourir; De rerum maledictionis*. El árabe se me escapaba, pero el italiano solía ser muy similar al español, y ese manuscrito parecía el más reciente, así que hojeé las páginas de pergamino y leí los títulos de los capítulos. *S'incontra nel buio. La condanna oscura*.

No entendía ni papa.

Lo único que todos parecían tener en común —entre sí y con *Ars moriendi*— era que trataban sobre cosas arcanas. Monstruos. Sangre. Rituales macabros. Magia. Igual que el grimorio que me había puesto en el punto de mira de Ashworth.

—*Sabía* que esto era algún tipo de secta —murmuré. Probablemente era tan preocupante como pertenecer al crimen organizado, pero no lo sabría hasta que averiguara qué decían los textos, y no podía quedarme esperando a que un semidiós misericordioso me bendijera con el don de hablar todas las lenguas. Saqué el móvil y grabé un vídeo mostrando varias páginas de los

manuscritos. Unos cinco minutos más tarde, guardé los archivos en la nube, devolví los libros a la estantería y me preparé para salir y hacerme la tonta. «No sabía que estaba prohibido entrar en esta sala», diría masticando un chicle de forma exagerada. «La puerta estaba entornada». Con un poco de suerte, el guardia pensaría que había sido él quien la había dejado abierta y nunca le mencionaría el incidente a Ashworth.

Y entonces una carpeta me llamó la atención.

Si no hubiera sobresalido una esquina algo doblada del estante superior, no la habría visto. Pero sobresalía. Y era algo tan mundano, tan atípicamente descuidado para la casa de Ashworth, que decidí ponerme de puntillas y meter la mano detrás de una fila de libros altos para sacarla de su escondite. Era un expediente grueso, raído, y tan pronto como lo abrí se me resbaló de las manos y se esparcieron los papeles por el suelo. Porque lo primero que vi fue la foto de una chica muerta.

Durante unos largos segundos me quedé inmóvil, como si esperara que mi cerebro se pusiera en marcha y me corrigiera: *No es lo que crees. Relájate, idiota. Céntrate.*

Pero sí que era lo que pensaba. Y cuanto más la miraba, más sangrienta se volvía la imagen. Era una fotografía analógica y de baja calidad, pero se distinguía fácilmente el lugar donde la palidez antinatural de la piel de esa mujer estaba marcada por múltiples y profundas laceraciones. Los labios y las uñas eran de un color blanco azulado, y sus extremidades estaban abiertas de par en par, como si la muerte la hubiera alcanzado en medio de un forcejeo.

Siendo sincera, incluso a día de hoy no estoy segura de si lo que vino después fue una decisión consciente. No quería saber más, mi primer impulso fue salir corriendo y fingir que no había pasado nada. No obstante, como guiada por una mano invisible, me agaché para coger el resto de los papeles y examinarlos. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había una chica muerta, sino más de una docena. Y chicos también. Mujeres y hombres de todas las edades. Las fotos eran forenses, tomadas por una cámara profesional en la

escena del crimen, y la mayoría iban acompañadas de informes policiales que, a juzgar por los diferentes idiomas y estructuras, provenían de todas partes del mundo.

Lo único que todas tenían en común era el estado de los cuerpos. La carne cenicienta. Las heridas profundas que solo podía describir como desgarros. Eran compatibles con una escena sangrienta, pero apenas había sangre por ningún lado. Un chico alemán de diecinueve años casi había sido decapitado por completo. Y, sin embargo, el suelo estaba lo bastante limpio como para ponerse a cocinar encima.

Esa idea me revolvió el estómago. Una parte de mí quería gritar, la misma que tenía ganas de echar la pota y llamar a emergencias, pero logré mantener la calma gracias a una única cosa: que, a juzgar por las fechas, los expedientes no eran actuales. Empezaban en los sesenta y los más recientes databan de principios de los noventa. Antes incluso de que Viktor o Pierre nacieran. Arlo no era más que un niño por aquel entonces.

Porque, sí, mi primer pensamiento había sido que uno de ellos tenía que ser el responsable. Que el expediente era una caja de trofeos retorcida de un asesino en serie.

Tranquila, me dije. Mantén la calma. Y funcionó. Con eficacia y serenidad, decidí que tenía que haber otra explicación. Con una mano sorprendentemente firme, saqué el móvil y grabé otro vídeo. Volví a esconder la carpeta. Salí, dispuesta a fingir ante el guardia que no quería arrancarme los ojos después de ver aquello.

Sin embargo, fuera no había nadie. En su lugar, se escuchaban voces y gritos a lo lejos. Me aseguré de que no había moros en la costa, cerré la puerta en silencio y empecé a andar en dirección al ruido. En la cocina, encontré a Ashworth, Pierre, Arlo y al guardia encargado de vigilar la sala de conservación. Puse mi mejor cara de «no he estado husmeando», me detuve bajo la puerta de entrada a la cocina y pregunté:

—Hola. ¿Va todo bien?

Volvieron la cabeza hacia mí.

—¡Vero! —dijo Pierre alterado—. ¿Has visto a Samantha hoy?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hará unos minutos.

—Gracias a Dios.

Juntó las palmas de las manos, como para darme las gracias, justo cuando Arlo preguntaba bruscamente:

—¿Dónde estaba?

—Frente a la puerta del taller. Junto a las ventanas.

—Espléndido. —A diferencia de los demás, Ashworth estaba de lo más sereno—. Entonces debe de seguir dentro.

—Eh... No.

—¿Disculpe? —preguntó. Cuatro pares de ojos me observaron con recelo.

—Creo que está fuera.

Arlo palideció.

—Eso es imposible —dijo Pierre—. Las puertas están cerradas con llave.

—Le he dejado la mía.

Pierre y Ashworth intercambiaron una mirada.

—¿Qué coño has hecho? —espetó Arlo.

—Le he prestado la llave porque quería dar un paseo. ¿Qué problema hay?

Mi pregunta pareció sumir a esos hombres en el caos. Pierre echó a correr y se detuvo frente a las puertas del jardín. Se palpó los bolsillos, maldijo entre dientes al no encontrar sus llaves y, sin siquiera echar el brazo atrás para tomar impulso, golpeó el cristal con el puño.

El vidrio se hizo añicos, como si estuviera hecho de azúcar caramelizado.

Yo me quedé ahí plantada parpadeando, desconcertada. Había usado esa puerta varias veces y sabía lo mucho que pesaba. Intenté entender lo que había pasado, pero no había tiempo para que mi mente, aún aturdida, lo asimilara: Pierre salió disparado al exterior a

una velocidad vertiginosa y Arlo avanzó hacia mí, gritando palabras en un idioma que no conocía.

—Basta —ordenó Ashworth, interponiéndose entre nosotros. Le puso una mano en el pecho y lo empujó para apartarlo. Después le dio varias órdenes escuetas en el mismo idioma que él había usado.

Con un gruñido animal, Arlo retrocedió. Tanto él como Ashworth siguieron a Pierre hacia el jardín —¿cómo coño podían moverse tan rápido?—, dejándome sola con el guardia.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —pregunté patidifusa.

El hombre se limitó a mirarme con los ojos muy abiertos y llenos de... ¿terror?

—¿Por qué Sam no puede salir? ¿Va en contra de las reglas de vuestra extraña secta? ¿Es alérgica al sol o algo así?

Tragó saliva y se cubrió los ojos con la palma de la mano.

—No lo... —«entiendo», quise decir, aunque no era del todo verdad.

De repente, aparecieron los tres con Sam y se metieron dentro a toda prisa. Y en ese instante se me cayó el mundo encima.

Pierre llevaba a Sam en brazos, pero no era la misma Sam que había visto hacía unos minutos. Le colgaban las extremidades sin vida y tenía la piel, que un rato antes estaba impecable, toda chamuscada, en carne viva y llena de ampollas. La sangre se filtraba, abundante, a través de la ropa. Cuando abrió los labios agrietados para intentar decir algo, vi que tenía un agujero en la mejilla a través del que se veían sus dientes y encías.

«¿Qué coño...?», dije. Bueno, no, lo pensé. Me llevé las manos a la boca y retrocedí varios pasos, hasta que me di un doloroso golpe contra la isla de la cocina. Sam había estado fuera solo unos minutos y parecía que la hubieran bañado en ácido. Mi cerebro ya había empezado a estructurar la situación en términos comprensibles.

Alergia al sol. Tenía que ser eso. Joder. *Joder.*

—¡Tenemos que llamar a una ambulancia! —grité, pero nadie hizo caso.

Arlo pasaba la mano por los restos de pelo chamuscado de Sam mientras Pierre murmuraba algo sobre...

¿Sangre, puede ser?

Ashworth, que se estaba quitando la americana, respondió:

—La mía es mejor. Estoy más fuerte. —Tan sereno como siempre, le dijo a Arlo—: Levántale la cabeza.

Luego, metódico, se desabrochó el puño derecho, se lo remangó y se llevó la muñeca a la boca.

Para desgarrarla con los dientes.

Me temblaron las piernas. Grité para mis adentros mientras lo veía acercar la muñeca abierta a los labios de Sam.

—... válido la pena —balbuceó Sam antes de aferrarse a la herida.

La boca de Ashworth, de un rojo vivo, se curvó con indulgencia.

—Bebe —dijo con ternura—. Pronto te sentirás mejor.

Sam gimió de alivio, tragando una y otra vez. El ruido del líquido espeso y meloso deslizándose por su garganta me golpeó como una bofetada.

Sangre. Estaba bebiendo sangre. La sangre de Ashworth.

—Ve a buscar a Corbett —le ordenó Ashworth al guardia de seguridad con una calma imposible, a pesar de que su muñeca aún estaba... Tenía ganas de vomitar—. Arlo, tenemos que quitarle la ropa. Pierre, tumbala sobre la mesa. —Continuó exponiendo un plan, pero yo dejé de escuchar. Porque, aparte de que Sam estaba bebiendo puta sangre, el agujero de su mejilla... quizá me lo había imaginado, porque ya no quedaba ni rastro.

Arlo tiró al suelo una docena de objetos para hacerle sitio a Sam. Su cuerpo era una masa de carne roja y pegajosa que manchaba el mármol veteado. Estuve a punto de caerme cuando el guardia de seguridad chocó contra mí al pasar para ir a buscar a quienquiera que fuera Corbett. Me dio un codazo en el hombro y el dolor me despertó de golpe. Mi instinto de supervivencia se activó, una ráfaga de aire me llenó los pulmones y me oxigenó el cerebro, y por fin me di cuenta de que aquello estaba mal.

Se suponía que yo no tenía que ver nada de eso.

Debía largarme ya, en ese mismo instante, o no iba a salir viva de esta.

Di un paso atrás. Luego otro. En el momento en que crucé el umbral de la cocina, Ashworth levantó la vista y nuestros ojos se encontraron. Me aguantó la mirada sin pestañear, incluso mientras se llevaba el antebrazo a la boca para agrandar la incisión, y también cuando volvió a bajar la muñeca para que Sam siguiera bebiendo.

Di media vuelta y eché a correr.

Dos minutos después estaba fuera, el mundo me resultaba extraño y frío, incluso bajo el sol de mediodía.



CAPÍTULO 4

Aquel fin de semana no hubo ningún momento en el que me cuestionara si lo que había visto era real.

Me preocupaba el estado de Sam. Me recriminaba haberla puesto en peligro. Me preguntaba si alguien del equipo —¿manada? ¿aquellarre?— de Ashworth vendría a por mí, y si las puertas y ventanas atrancadas de mi apartamento, exageradamente mal equipado, resistirían ante su extraordinaria fuerza. Intenté encontrar explicaciones alternativas para el consumo de sangre que encajaran con mi visión del mundo. No toqué ni una sola sustancia, dormí a ratos, estuve a punto de llamar a Roxanne tres millones de veces y me mantuve alejada de cualquier líquido que no fuera agua y de cualquier sólido cuyo color se acercara mínimamente al rojo.

Pero sabía lo que había visto y nunca intenté convencerme de lo contrario.

No, no era supersticiosa ni creía en lo paranormal. Sí, estaba dispuesta a revisar esa postura escéptica si se me presentaban pruebas contundentes.

No fue hasta la mitad del sábado cuando recordé los vídeos que había grabado en la sala de conservación.

Lo primero que hice fue introducir los nombres de las víctimas de los expedientes policiales en los motores de búsqueda, lo cual resultó infructuoso. Por otra parte, la mayoría de los asesinatos —y los informes coincidían en esto: eran asesinatos— se habían cometido en la era anterior a internet. Aun así, hallé pruebas de que la carpeta no era solo un morboso proyecto de manualidades de

Viktor. Una familia del Reino Unido había creado una página web en la que pedía información sobre el homicidio sin resolver de su hija, ocurrido en 1978. Un artículo informaba de que el caso de Tailandia que había encontrado en poder de Ashworth se consideraba parte de un grupo más amplio de accidentes ocurridos en todo el sudeste asiático a finales de los ochenta, y que la policía local creía que eran ataques de animales. Algunas publicaciones especulaban con que una mujer asesinada en 1982 había sido víctima de un asesino en serie español, pero el hombre insistía en que él no tenía nada que ver con aquello. Las autoridades se habían negado a presentar cargos contra él por falta de pruebas.

Los informes policiales eran reales. Las fotos eran reales. Y pertenecían a una... una *cosa* que poseía una fuerza extraordinaria y cuyas habilidades para desgarrar la carne había comprobado con mis propios ojos. Que los asesinatos hubieran ocurrido antes de que dicha *cosa* supuestamente naciera ya no era motivo de consuelo, porque... ¿y si no?

Ars moriendi y la falsificación deberían haberme parecido triviales en comparación, pero tenía que haber una relación entre los monstruos ficticios de los manuscritos y los reales. Así que empecé a revisar las grabaciones, lo que me dio algo que hacer que no fuera morderme los nudillos.

Para el lunes por la mañana, la conmoción y el horror de lo que había ocurrido... no habían remitido, si es que era posible que remitiesen en algún momento, sino que se habían estancado, como si mi sistema nervioso reconociera que no era el momento adecuado para desmoronarme y tener un ataque de histeria. Estaba agotada por la falta de descanso y frustrada por la falta de respuestas. Y, sin embargo, me vestí y fui al campus.

Tras pensarlo detenidamente, había decidido no hacer las maletas ni usar mis habilidades de falsificación para improvisar un pasaporte y desaparecer. Huir podría parecer la opción más sensata, pero odiaba tomar decisiones cuando me sentía acorralada. Además, siendo realista, Ashworth tenía medios casi infinitos. Si estaba en su

lista de personas de las que deshacerse, me encontraría fuera donde fuera. Era probable que Arlo ya se hubiera presentado como voluntario para llevarlo a cabo.

Así que me dirigí a clase, plenamente consciente de que podían matarme por el camino. Al menos esos niños pijos disfrutarían del espectáculo.

Era el primer día del semestre. Pasé esa fresca mañana y húmeda tarde con una neblina mental, viendo cómo el campus rugía con una nueva hornada de estudiantes que, al igual que todos los otros agostos, parecían más ruidosos, más maleducados y más creídos que el año anterior. Normalmente disfrutaba de esta época de la vida académica, cuando las bibliotecas bullían con novatos que iban a por sus libros de texto y el ambiente era una mezcla de nervios y ambición que aún no se había corrompido por la desesperación que traerían los parciales. Me encontré haciendo cola en la cafetería, escuchando cómo el futuro estudiante de primer año que tenía delante discutía la alegoría de la caverna de Platón. En el pasado, esa charla pretenciosa de intelectuales me habría hecho sonreír. Ese día, solo podía imaginarme a Wanda, a Roxanne y a mi tutora del doctorado de pie, hombro con hombro, mientras bajaban mi ataúd.

Si es que encontraban mis restos, claro está.

Hacia las cuatro, tras un largo y agotador día en el que las sombras no dejaban de sobresaltarme, asistí a un seminario por la única razón de que me parecía más seguro que volver a casa.

—No pensé que tanta gente estuviera interesada en la ciudad-estado de Cananea —murmuré echando un vistazo al auditorio abarrotado.

Analizar manuscritos con lupa parecía haber acentuado mi miopía, así que me senté en las primeras filas y esperé a que comenzara la conferencia. Desenvolví una piruleta que había encontrado en mi despacho, saqué el móvil y apenas me di cuenta de que alguien se sentaba a mi lado porque estaba demasiado absorta revisando el vídeo de los manuscritos.

Para alguien que se consideraba una medievalista, mis conocimientos sobre lenguas muertas eran patéticos. Aun así, había ido traduciendo poco a poco el código latino, que parecía ser una historia de ficción acerca de la creación de un ejército para proteger una... tumba, suponía, aunque la calidad de la imagen no era lo suficientemente buena como para estar segura, y no quería involucrar a otros expertos en el tema, lo que me ralentizaba bastante.

Luego estaba el manuscrito árabe y sus dibujos, cuyo estilo era inquietantemente similar al del grimorio en el que había trabajado el año anterior. Aquello había sido una falsificación, pero algunas secciones parecían más auténticas que otras, hasta tal punto que tanto Mortimer como yo sospechamos que se trataba de un libro Frankenstein, compuesto por dos tipos de textos distintos.

En el código árabe había una ilustración a la que volvía a menudo: una mujer con el pelo oscuro y reluciente que le llegaba hasta la cintura. Estaba inclinada sobre un cadáver esquelético acariciándole la mejilla, como si le diera una última bendición, o eso pensaba cuando aún no había salido de la sala de conservación. Ahora me preguntaba si no estaría haciendo una ofrenda a los muertos, y si el pigmento de cinabrio que ocupaba la mayor parte de la página representaba...

—La opción de aceptar el trabajo sin intentar averiguar tanto como pudiera sobre *Ars moriendi* nunca estuvo encima de la mesa, ¿verdad? —dijo alguien a mi lado con un acento británico conciso y perfectamente articulado—. Es usted tan curiosa y obstinada como buena en lo que hace. Fue un error por mi parte no tenerlo en cuenta.

Se me hizo un nudo en la garganta. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, pero los obligué a relajarse uno a uno y miré a Ashworth con una serenidad fingida. No parecía haber cambiado lo más mínimo: tenía las mismas mejillas recién afeitadas, el mismo traje caro y las mismas gafas de sol en la mano. El puño de la camisa le cubría la muñeca, sin que se apreciara por debajo ningún

vendaje. Sus labios tenían un tono rosado normal y corriente. Y, sin embargo, era muy probable que no fuera humano.

Lo único en lo que podía pensar era en Sam y en si estaría viva. Quería preguntárselo a Ashworth, pero su presencia me había paralizado.

Hasta que dijo:

—Veronica.

Respiré. Tragué saliva.

—Viktor.

—Por fin me llamas por mi nombre. —Curvó los labios, complacido—. Me preguntaba cuándo empezarías a tutearme.

—La primera vez que nos vimos me pediste que te llamara «doctor Ashworth».

Silencio.

—Me cogiste por sorpresa. —Desvió la mirada hacia un lado. Tardé un segundo en reconocer aquel movimiento como un signo de vacilación—. En ese momento, la idea de que me llamaras Viktor me parecía abrumadora.

Sonaba demasiado serio para ser una broma. Aun así, le respondí con una.

—Bueno, llevo toda la semana refiriéndome a ti como «el psicópata ese», así que casi que me quedo con ese apodo.

Las luces se atenuaron y el profesor comenzó a hablar. Miré hacia delante, doblando y redoblando el envoltorio de la piruleta con los dedos, preguntándome si esos iban a ser los últimos cuarenta y cinco minutos de mi vida.

Dios, qué manera de pasarlos.

—¿Sabías que en los días previos a conocerte —dijo Ashworth con naturalidad—, es decir, antes de lo de la piedra rúnica de Kensington, estuve a punto de optar por no acercarme a ti? Me preocupaba asustarte.

—Me alegra saber que doy la impresión de ser una blandengue.

—Cuesta descifrarte. Creía que eras..., una blandengue no, pero una persona reservada quizá sí.

—¿Reservada?

Él asintió. En las sombras teñidas de azul por la luz del proyector, los huesos de su mandíbula y pómulos parecían armas letales.

—Puede que incluso tímida. Dudo que vuelva a cometer ese error.

—¿El de pensar que soy tímida?

—El de hacer cualquier tipo de suposición sobre ti.

Solté un suave resoplido.

—Bueno, si alguno de los dos se ha equivocado con respecto al otro, diría que yo me llevo la palma.

Una mujer de la fila de delante se giró para hacernos callar... y luego se quedó mirándonos con sorpresa. Alternaba la mirada entre Ashworth — *Viktor*— y yo como si no pudiera conciliar el aspecto impecable de él con la forma en que yo estaba encogida en mi asiento, matando el tiempo hasta la cena con una piruleta de Halloween sin ser siquiera la época.

Me la saqué de la boca para ofrecérsela y ella se dio la vuelta con un bufido que hizo que Viktor y yo intercambiáramos una mirada de diversión... hasta que caí de nuevo en la cuenta.

Sangre, me recordó mi cerebro. *Carne quemada. Sam. Fotos de gente muerta.*

Fijé la vista en mi regazo. De repente estaba mareada.

No sé si fue curiosidad, resignación o simple agotamiento, pero cuando preguntó: «¿Puedo hablar contigo unos minutos, Veronica?», mi respuesta fue asentir y salir del auditorio detrás de él.



Acabamos en uno de los bancos del extremo norte del campus, donde el cuidado césped terminaba abruptamente y el bosque tomaba el relevo. Los arces, robles y abetos balsámicos densamente agrupados me recordaban a una de las ilustraciones de *Ars moriendi*. Era posible, incluso probable, que haberlo seguido hasta allí fuese un error, pero Viktor había parado a comprar un par de cafés de camino, así que decidí tomármelo como una victoria.

—Me resulta cuando menos interesante —dijo tras dar un sorbo. *Vaya, pensé. Está bebiendo. Bebe cosas normales*— que estés más preocupada por el bienestar de Samantha que por si voy a matarte.

¿Le había preguntado por Sam? No lo recordaba. Todo era una nebulosa y estaba medio paralizada por el terror.

—Puedo hacer ambas cosas. Albergo incontables mundos dentro de mí.

Vi cómo arqueaba las cejas por encima de las gafas de sol al escucharme citarlo. Me dirigió uno de esos asentimientos comedidos, el que parecía usar para todo, desde para hacer apuntes sin importancia hasta para desplegar una violencia letal, y dijo:

—Se recuperará. En realidad, ya lo ha hecho. Corbett, nuestro médico, es muy precavido.

—Me alegro. —Tomé un poco de café para tranquilizarme. Sentía tanto alivio que podría haberme ahogado en él. O en mi miedo—. ¿Le puedes decir que lo siento por...? —Hice un gesto abstracto.

—No fue culpa tuya.

—Aun así. —Eché un vistazo a su cuerpo de hombros anchos y largas extremidades. Luego a la luz brillante y difusa del sol de media tarde—. ¿Estás...? ¿Te duele estar aquí fuera conmigo? ¿Sufres de lo mismo que Sam?

—No. Samantha es joven en comparación con los demás.

«Los demás».

—Entiendo.

—La luz del sol a mí no me hace daño. La tolerancia se adquiere con el tiempo. La única excepción son los ojos, que siguen siendo algo sensibles, pero se pueden proteger fácilmente con unas gafas. Yo soy considerablemente mayor que Sam.

Por alguna razón, dudaba de que con eso se refiriera a solo diez años.

—Bueno, vamos al grano: ¿tienes que deshacerte de mí ahora que sé lo de...? —Durante las últimas setenta y dos horas le había estado dando tropecientas vueltas a algo que él había dicho.

«No haría bromas si supiera lo desagradable que puede resultar, señorita Mercer. La obligación de matar».

Casi esperaba un «sí» adusto o una negación compasiva seguida por un crujido en el cuello. En vez de eso, preguntó:

—¿Qué crees que sabes, Veronica?

Qué curioso que alguien insistiera en llamarme por mi nombre completo. Y, sin embargo, eso era lo menos raro que me estaba pasando en ese momento.

—Sé que no eres humano, que eres otro tipo de criatura.

—Dios —murmuró entre dientes.

Abrí mucho los ojos.

—¿Dios en el sentido de que eres Dios o...?

—No. Dios en el sentido de que has metido el dedo en la llaga. Sin intención, supongo.

—¿Porque te he llamado criatura? ¿O porque he dicho que no eres humano?

Tensó los labios.

—Vaya. —Conque era lo segundo—. Lo siento. No pretendía ofenderte. Si te soy sincera, me sorprende que seas capaz de sentir una emoción tan mundana como esa.

Él soltó un elegante resoplido.

—Y eso no es nada. ¿Qué más sabes?

—Veamos. A los de tu especie les afecta en cierta medida la luz solar directa. Bebéis sangre y eso os ayuda a curaros, incluso de quemaduras de undécimo grado. Sois anormalmente fuertes y rápidos. Doy por hecho que lleváis mucho tiempo vivos. Y hay un puñado de manuscritos que abarcan siete u ocho siglos y contienen información sobre vuestra especie.

—Ah, cierto. Con tanto tumulto, casi se me olvida tu reciente incursión en la videografía. —Se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño—. Las cámaras de la sala de conservación están ocultas, pero existen, y se registran todas las visitas. Aunque, en este caso, asumo la responsabilidad.

—¿Por qué?

—Debería haber sabido que no ibas a estarte quieta con solo pedírtelo. ¿Los textos fueron tan reveladores como esperabas?

—Para nada. Aunque supongo que ahora sé más que nunca.

—¿Como qué?

—Parece que hay algún... ¿elixir que desafía a la muerte? Quizá solo se refiere a la sangre. El caso es que, si te lo bebes después de fallecer, te convierte en... ¿un monstruo? ¿El yeti? ¿Un hombre lobo? ¿Un vampiro? ¿Una...? ¿Cómo se llama...? ¿Criatura feérica? No estoy muy versada en el ámbito de los críptidos. Dímelo y acabaremos antes.

Viktor parecía estar a punto de volver a mostrar ese hoyuelo solitario, pero me negué a sentirme avergonzada porque mis preguntas le resultaran graciosas. Si igualmente me iban a matar por saber demasiado, exigía saberlo todo. No quería terminar bajo tierra sin antes aclarar si mi asesino era un caníbal o un hijo descarriado del Señor.

—Si no me lo explicas —dije con tono seco—, moriré pensando que eres una especie de hombre-sanguijuela. Para que lo sepas.

—Eso no se puede permitir —murmuró con un atisbo de calidez en la voz—. No somos ninguna de esas cosas que has enumerado. Puede que «vampiro» sea lo más parecido, pero no es así como nos vemos a nosotros mismos.

—Comprendo. ¿Y qué implica ser un no-vampiro?

—Preferimos la palabra «Aptrgangr». Aquellos que vuelven a caminar. —Una pausa—. «Renacidos» en vuestro idioma.

—Tomo nota.

—En cuanto a lo que abarca, parte de ello es lo que ya has mencionado. Otras cosas seguramente puedas deducirlas. Las más sensatas, al menos. La última vez que tuve esta conversación, alguien aludió al agua bendita y los crucifijos.

—Qué raro por su parte.

Ocultó una sonrisa tras el vaso de café.

Está bien, pensé, sintiéndome como si estuviera observando mi propio cuerpo desde una rama a cuatro metros de altura. *Todo está*

bien. El mundo sigue girando. Los pájaros cantan. La clorofila se está sintetizando en este preciso instante.

—¿Nacéis así o...?

Él negó con la cabeza.

—Nos convertimos. Pero todos fuimos como tú, en su día.

—¿Cuándo?

—¿Cómo?

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste humano? —Tardé un segundo de más en recordar su reacción anterior al insinuar que no era humano. Frunció el ceño y volvió a desprender una determinación férrea.

—Somos humanos, Veronica.

—Lo siento, es que... ¿de verdad lo sois? Quiero decir, ¿envejecéis siquiera?

Él negó con la cabeza y me invadió una oleada de náuseas tan intensa que tuve que pensar en otra cosa para no potar. *Las abejas. Zumban sobrevolando las flores y crean miel con el néctar. Los osos les roban la miel. Cosas normales.*

—¿Podéis morir? —pregunté aturdida.

—Si nuestras heridas son lo suficientemente graves, sí. —Apareció en mi mente una imagen de la piel en carne viva de Sam, y Viktor debió de vérmelo en la cara, porque añadió—: Unos minutos más y el daño habría sido irreparable.

—¿Todos los que están en tu casa son vam..., renacidos?

—Excepto tú.

—¿Incluso los guardias de seguridad? Pues menuda manera de proteger y vigilar a Sam.

—No estoy contento con su desempeño del otro día, pero sí, son renacidos.

Quizá no iba tan desencaminada: eran una secta. Aunque, en lugar de adorar a monstruos voladores con forma de macarrones, adoraban a...

—¿Eres su... rey?

—¿El rey de quién?

—El rey de los renacidos.

Soltó una risotada, un sonido grave, profundo e inesperado que me hizo estremecer a pesar del calor.

—No. No tenemos rey, ni tampoco un sistema formal de gobierno. Pero sí tenemos un líder *de facto*, cuyo poder es aceptado por la mayoría de los renacidos y con quien yo trabajo de cerca.

—¿Eres asesor político?

—A veces. —Su expresión se volvió vagamente melancólica—. Algunos me llamarían «solucionador de problemas».

—Un solucionador de problemas. ¿Cómo si fueras un... policía?

Su mirada asesina me dejó claro lo que opinaba de mi comparación. No pude evitar soltar una carcajada... hasta que recordé lo que había dicho sobre matar por obligación.

—¿Te envían a castigar a la gente?

—A menudo, sí. Pero mi jurisdicción incluye exclusivamente a otros renacidos.

Me costaba imaginarlo. E imaginármelo a él/ ejerciendo violencia. Siempre respondía con mesura y serenidad, aparentaba tener tanto control sobre sí mismo que aquello parecía imposible. No obstante, había algo bajo esa coraza de contención, un núcleo de pragmatismo despiadado, que decía lo contrario.

Recordé su mano frente a mi cara, esperando a que escupiera el chicle.

El crujido de su muñeca al desgarrarse.

—¿Os... alimentáis de nosotros? —pregunté en voz baja—. ¿Os servimos de sustento?

Él respondió con un tono similar al mío.

—No necesitamos sangre para sobrevivir, pero potencia algunos de nuestros rasgos y nos vincula de una forma que es difícil de explicar a los mortales.

—Entonces, ¿no chupáis la sangre de la gente hasta dejarla seca?

—Como he dicho, podemos sobrevivir sin...

—Creo que lo que quiero saber es si tú, concretamente, lo haces o no.

Asintió y me sorprendió al quitarse las gafas de sol para mirarme a los ojos.

—No. Yo no lo hago. Pero has revisado la carpeta. Sabes que otros sí.

—¿Cómo puedo estar segura de que no mientes?

—No puedes. Lo único que tienes es mi palabra de que nunca he hecho nada parecido a lo que has visto en esas fotos. Aunque...

—añadió con sorna y un tono humorístico— quizá empiece pronto, si sigues causando estragos en mi casa. —Se volvió a poner las gafas de sol y yo solté una carcajada.

—¿Por qué iba a volver a su casa, doctor Ashworth?

Dejó a un lado el vaso de café.

—Por *Ars moriendi*. —Otra vez se puso serio—. Quieres trabajar en ese proyecto. Y te mueres por averiguar más.

—Pero, cuanto más sepa, mayor será la probabilidad de que quieras deshacerte de mí.

—Venga ya, Veronica.

Fruncí el ceño.

—¿Me estás diciendo que no elimináis discretamente a quienes descubren vuestro secreto?

—No. Es algo que ocurre muy pocas veces. Los renacidos suelen mantenerse al margen de la sociedad.

—Para evitar ser descubiertos.

La inclinación de su cabeza sugería que no estaba del todo en lo cierto.

—Porque los mortales no nos resultan muy interesantes. Su perspectiva suele ser limitada. Sin ánimo de ofender.

—Oye. Creía que lo nuestro era especial.

Me ignoró.

—Y, aunque alguien nos descubriera... —Se encogió de hombros. Puede que fuera la primera vez que lo veía hacer algo tan banal, pero seguía siendo tan elegante como siempre—. ¿Qué podría hacer al respecto?

No capté lo que quería decir al momento, pero entonces consideré la situación por primera vez desde el viernes. Podía hacer público lo que había descubierto. Podía llamar a los medios de comunicación locales y nacionales, correr la voz por redes sociales, escribir un libro... y nadie me creería. Incluso aunque tuviera un vídeo de Sam bebiendo sangre, probablemente pensarían que era un montaje.

Nunca iba a poder hablar de esto con nadie. Me tacharían de loca, destruiría mi carrera, preocuparía a mis amigos, ¿y para qué? Me daba igual si el mundo sabía o no que existían criaturas inmortales. Lo que me importaba...

Me incliné hacia delante, acortando la distancia entre ambos.

—En ese caso, cuéntamelo todo. Mi intención no es acabar en el Canal Historia hablando de extraterrestres, quiero *saber* cosas. Los manuscritos, la sangre, las fotos...

—Lo sabrás.

Todo a nuestro alrededor se quedó en silencio.

—¿De verdad?

—Si me disculpas por haber tenido unos inicios tan... tumultuosos y me das otra oportunidad para retomar nuestra colaboración, sí.

—Vaya. ¿Es esto una disculpa?

Un atisbo de diversión.

—Es una recalibración.

—Ajá, una recalibración. ¿Cuándo?

Me miró de reojo. De repente, era consciente de los latidos de mi corazón.

—Esta noche. Si estás libre.

No es mortal, me recordé. No está hecho de lo mismo que tú. Las palabras no tienen el mismo significado para él que para ti. No puedes confiar en él.

Y, sin embargo, sonreí y contesté:

—Vale.



Arlo vino a recogerme esa tarde, con una expresión tan parecida a un puchero que no pude evitar inclinarme hacia delante desde el asiento trasero y darle una palmadita en el hombro. Él se apartó de mí y soltó un siseo propio de una serpiente venenosa. No pude parar de reír hasta llegar a casa de Viktor.

—Ahora que lo sé —le dije— podemos empezar a mejorar nuestra relación.

—No hay ninguna relación que mejorar.

—El odio no es lo que define una relación.

—No me importas lo suficiente como para odiarte —mintió.

—Ya. Lo que pasa es que cada vez que me ves coincide que te has levantado con el pie izquierdo, ¿no?

—Mira, justo estas bromitas estúpidas son la razón por la que te odio.

Cuando llegamos, Pierre me estaba esperando en la puerta con una sonrisa amplia y coqueta.

—Me alegro de que Viktor decidiera sincerarse —dijo complacido—. Mi plan era decirte que Samantha había tenido una mala reacción al sol, que Viktor se había cortado accidentalmente y que tú habías alucinado todo lo demás.

—Habría funcionado.

—¿En serio?

—No. Pero te felicito por el intento de manipulación psicológica.

Hizo una mueca.

—Es que solo me relaciono con renacidos, y hace tiempo que no soy como tú, así que...

Me detuve en medio del pasillo y él hizo lo mismo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que fuiste como yo?

—Uf. —Tragó saliva—. Como te he dicho, hace tiempo.

—¿Antes del siglo XVIII?

Se limitó a quedarse en silencio.

Madre mía. Esto no podía ser verdad. Tenía que ser una broma muy elaborada.

—¿Y cómo pasó? ¿Cómo dejaste de ser como yo y...?

—En realidad —me interrumpió con una expresión de conflicto—, será mejor que te pare ahí.

—¿Por qué?

—El caso es que Viktor ha sido muy... específico sobre ti.

—¿Qué significa eso?

—Desde que encontramos el grimorio, se ha mostrado inusualmente controlador en todo lo que respecta a... ti. Y dado que nuestro código nos prohíbe hablar de nosotros con personas ajenas...

—Lo que Pierre intenta decir es que, si quieres saber algo, es mejor que me lo preguntes a mí.

Los dos nos volvimos hacia Viktor, que estaba fuera de la sala de conservación, con un aspecto... No sabría muy bien cómo describirlo, pero si alguien me hubiera obligado a hacerlo, habría dicho: satisfecho, contento, complacido. Antes, en el campus, había un atisbo de tensión en su actitud que ahora había desaparecido. Me pregunto hasta qué punto tenía que ver con la posibilidad de que yo no accediera a volver.

—Justo —dijo Pierre.

Puse cara de tristeza.

—Pero si no me cuentas cuál es tu cumple de renacido, ¿cómo voy a comprarte un regalo?

Pierre me lanzó una mirada de indiferencia antes de marcharse, y yo le dediqué una amplia sonrisa a Viktor, que estaba aguantando la puerta para que entrara. Al pasar junto a él, apareció una taza en mis manos.

La acuné entre los dedos e inhalé profundamente. Té *oolong*.

¿Cómo lo había...?

—Ven —dijo, y ambos nos adentramos en la sala.



Sobre el escritorio de nogal, había dispuesto los libros que había grabado en vídeo, tal vez para usarlos como atrezo mientras

explicaba cómo el primer grupo de investigación de nigromancia de la historia había descifrado la inmortalidad.

—Hay ciertas cosas de las que no estoy en posición de hablar. —Sonaba menos formal que antes, como si el hecho de no tener que fingir ser mortal lo ayudara a relajarse—. Pero necesito una réplica de *Ars moriendi* y tú eres la única persona que confío que puede conseguir un buen resultado. Así que seré lo más transparente posible.

—Me tienes en vilo.

Esperaba que Viktor empezara a dar preámbulos. En cambio, dijo:

—Pretendo usar tu falsificación para sacar de su escondite a un hombre peligroso.

Vale. Una sola frase y ya tenía un millón de preguntas. Opté por empezar por:

—¿Con «hombre» te refieres a...?

—Un renacido.

—Ajá. ¿Y peligroso para quién?

—Para muchos. —Se dio cuenta de que había enarcado una ceja y añadió—: Para ti no. Tranquila, estás bajo mi protección.

—Mientras trabaje para ti. Pero ¿podría venir a por mí después?

Su expresión se ensombreció.

—Estás bajo mi protección, Veronica —repitió, como si eso cambiara algo. Si decía la palabra «protección» una tercera vez, sería invocada con éxito.

Lo dejé estar y pregunté:

—¿Sabe esa persona que la estás buscando?

—Es complicado. Ha cometido varias infracciones y ya no es bienvenido en el mundo de los renacidos, pero tampoco es que le importe. Aunque llevamos mucho tiempo jugando al gato y el ratón, no tiene ni idea de que ahora mismo estoy intentando sacarlo de su escondite.

—¿Cuando dices «mucho tiempo», te refieres a... meses?

Me miró en silencio.

—¿Años?

Silencio.

—Décadas.

Nada.

—Son siglos, ¿no?

—Así es. —Parecía sentir cierta culpa por cargarme con el peso de la verdad. Y, sinceramente, la idea de que Viktor tuviera al menos varios siglos de edad me revolvió un poco el estómago.

—Entiendo. —No lo entendía. Para nada. Pero pensé que lo mejor era seguir—. ¿Actúa solo?

—Si le conviene. Tiene un puñado de socios.

—De acuerdo. Y... ¿de qué tipo de peligro estamos hablando?

—De varios tipos. Siendo sincero, las acciones de este hombre tienen el potencial de arruinar muchas vidas. Pero las consecuencias pueden ser incluso peores.

—¿Peores que arruinar muchas vidas? —pregunté escéptica.

Viktor se pasó la lengua por los dientes, pensativo.

—Hoy, cuando has dicho que yo no era humano, te he corregido.

—Lo recuerdo, sí.

—Silas, que es uno de los muchos nombres por los que se conoce a ese hombre, estaría de acuerdo contigo. Diría que quienes sobreviven al cruce trascienden la humanidad y son superiores a los mortales. Que los humanos son insectos efímeros que se mueven por el mundo con escasos conocimientos y poca conciencia, y que no hay que preocuparse por su seguridad, bienestar o deseos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí con la cabeza, imaginándome cómo debía ser que alguien fuerte, poderoso y ancestral te tuviera en su punto de mira. Alguien como Viktor. *Si Viktor quisiera hacerme daño, podría, pensé. Ahora mismo. En un abrir y cerrar de ojos me podría matar y nadie...*

—Yo no estoy de acuerdo con él —dijo, interrumpiendo mis divagaciones, con los ojos fijos en los míos—. Y tampoco lo están los demás renacidos de esta casa. Puede que seamos inmortales, pero también somos humanos. ¿Entiendes por qué es importante que nos refiramos a nosotros mismos en esos términos?

Asentí. Tragué saliva. Y de repente caí en la cuenta.

—Los expedientes policiales. Las fotos. Él...

—Silas lleva décadas asesinando a mortales. Y durante mucho tiempo sus víctimas fueron el único rastro que dejaba.

—Pero los expedientes se interrumpen en los noventa.

—Porque fue cuando empezamos a llevar un registro digital. La carpeta que encontraste era una especie de reliquia. Silas nunca ha dejado de matar mortales por puro placer y no cesará a menos que alguien lo obligue. Como he dicho, os considera insectos efímeros.

Tanta crueldad ante una situación tan desequilibrada como la de los renacidos y nosotros me hizo hervir la sangre.

—¿Es eso lo que piensas cuando me miras?

Me observó con curiosidad.

—¿Que soy un insecto efímero? Ya sé que has dicho que no me harías daño, pero... ¿soy como un insecto para ti?

Su mirada se quedó clavada en mí durante tanto tiempo que sentí como si me rozara la piel.

—No. —Una respuesta simple. Clara. Definitiva. No añadió ninguna explicación, aunque tampoco me hacía falta.

—De acuerdo. —Intenté esbozar una sonrisa que dijera: «Supongo que te creo». ¿Y a los renacidos? ¿También hace daño a los que son como él?

—Silas mata a toda persona que se interponga entre él y sus objetivos, ya sean renacidos o mortales. Es antiguo, poderoso e inteligente. Y, por encima de todo, disfruta con la violencia.

Me mordí el interior de la mejilla.

—¿Y quiere el *Ars moriendi*?

—Correcto.

—¿Por qué?

—Porque narra ciertas partes de nuestra historia y considera que puede contener respuestas a algunas de sus preguntas existenciales.

—¿Es así?

—A algunas, quizá.

—¿Él sabe que tú tienes el libro?

Negó con la cabeza.

—De hecho, ni siquiera está seguro de que el libro sea real. Su existencia no está documentada como es debido.

—Entonces, ¿cómo sabes que lo quiere?

—De hecho —se recostó contra la mesa y se cruzó de brazos—, es gracias a ti, Veronica.

Solté un suspiro exagerado.

—Todo tiene que ser culpa mía.

—Eso parece. —Sus ojos verdes destacaban en la penumbra y, contra todo pronóstico, encontré aceptación en ellos. Cuando se mostraba así, más amable, más tierno, más receptivo, me costaba apartar la mirada de él—. Llevo siete décadas intentando localizarlo sin éxito. Lo único que me guiaba para determinar su paradero eran sus víctimas, a las que normalmente encuentran semanas después de que él haya visitado un sitio. Sin embargo, reapareció hace poco, cuando un coleccionista empezó a difundir la noticia de que había adquirido un nuevo texto...

—El grimorio —susurré—. Mi falsificación.

Viktor asintió.

—Siente un gran aprecio hacia los textos que tratan sobre estos temas, igual que yo.

—¿Y estos temas son...? —Eché un vistazo a los manuscritos que había sobre el escritorio—. El folclore medieval y los chupasangres.

—Y cosas por el estilo, sí.

Silas y Viktor, unos señores eternos y todopoderosos, compartían obsesión con los adolescentes de pelo azul que viajaban a mansiones de otros estados para pasar los fines de semana jugando a juegos de rol en vivo. Me parecía entrañable.

—Así que quieres que haga una falsificación de *Ars moriendi* y luego... Supongo que te ofrecerás a vendérsela. Bueno, no, eso le daría una pista de que vas tras él y sabría que es una trampa. Recurrirás de forma anónima a una gran casa de subastas y, cuando él aparezca para comprarla... ¿Estás seguro de que lo hará?

—Sí.

—¿Por qué?

—Fue a por el grimorio.

—Y, sin embargo, aquí está. Lo acabaste comprando tú.

—Eso es porque, al igual que yo, Silas identificó al momento que era una falsificación.

—Joder. Bueno, supongo que si vosotros estabais vivos y leíais libros durante el periodo en cuestión...

—Jugamos con ventaja.

—Menos mal que lo reconoces. —Intercambiamos una media sonrisa—. Y cuando nuestro amigo Silas aparezca para comprar *Ars moriendi*, ¿tu idea es...?

—Lo sabes perfectamente, Veronica.

—¿Eso crees? ¿Y si te enfrentas a él y te gana?

—Como ya he mencionado, es muy poderoso. La derrota es una posibilidad. Una que no influye en mi deber.

Parecía tan decidido, tan inquebrantablemente comprometido con hacer lo que fuera necesario, que un pensamiento inoportuno me atravesó como un rayo: *¿Cómo pude tragarme que este hombre fuese profesor de Historia?*

Puede que incluso lo dijera en voz alta. Los labios de Viktor se torcieron en una sonrisa burlona, y de repente supe que Pierre tenía razón: lo de este hombre no era una simple cuestión de cortesía y autocontrol, se trataba de algo más, y había sido una necia al creer que me había convertido en una especie de experta en comprenderlo.

¿Cómo era su vida, su vida real? ¿Tenía familia? ¿Tenía una mujer y niños esperándolo en casa —en un hogar, un hogar de verdad—, que eran los que le habían enseñado a sonreír así? ¿Calificaba los exámenes según la media de la clase?

—Tengo un doctorado. Varios, de hecho. Llevo unos meses trabajando en Rockhaven y me pagan por ello. Imparto clases, llevo a cabo investigaciones y asesoro a estudiantes. Por definición, soy profesor.

—¿Y según otros parámetros?

Extendió la mano hacia el código latino, pasando el pulgar con cuidado por la esquina de una página.

—Me considero un investigador. No siempre disfruto de las formalidades del mundo académico.

—Hmm... Y una vez que todo este asunto con *Ars moriendi* haya terminado, ¿qué pasará? ¿Optarás a una plaza fija?

El hoyuelo volvió a asomarse.

—Desapareceré con discreción.

Claro. Cómo no. Qué cosa más rara. A lo mejor todo había sido un sueño. A lo mejor podía engañarme a mí misma pensando que Silas y Viktor no eran criaturas sedientas de sangre con un historial de víctimas, sino hombres influyentes que se peleaban entre sí. Miembros de una logia masónica. Templarios. Sociedades secretas de la Ivy League. Ese campamento de verano con árboles altísimos para viejos ricos en el norte de California.

Yo no era más que una humilde falsificadora que se había visto atrapada entre sus luchas de poder.

—Hay algo que no entiendo —dije.

—Por favor.

—Parece que Silas tiene muy buen ojo. —Me mordí el labio inferior durante un rato, repasando mentalmente todos los errores que podía haber cometido en el grimorio, tratando de no caer en una espiral de actitud defensiva, vergüenza e indignación.

Cuando Viktor interrumpió mi angustia, parecía un poco demasiado entretenido.

—Esta vez no se dará cuenta, Veronica.

Me obligué a dejar de poner mala cara.

—Tienes mucha fe en mis conocimientos como falsificadora.

—Esta vez me tienes a mí. Lo que él notaría, yo también lo aprecio. Y tú eres quien se encargará de arreglarlo.

—Quizá te pasas de optimista, pero gracias. Sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿por qué necesitas una falsificación? ¿Por qué no usas el original como cebo?

Tardó mucho en responder y por un momento me pregunté si estaría pensando qué inventarse. Igual estaba formulando una excusa para hacerme callar y convertirme en una abejita obrera discreta. En cambio, cuando habló, sus palabras nítidas y precisas fueron sombrías:

—Si algo no sale según lo planeado, el libro no puede caer en sus manos.

—Porque, de ser así, ¿qué pasaría?

Cerró los ojos con fuerza, solo por un instante. Comprendí que no era algo que estuviera dispuesto a plantearse.

—Nada bueno.

—Nada bueno —repetí. Contemplé el bosque que escondían sus iris y cómo relucían en la penumbra. Bajé por el puente de la nariz y me encontré observando fijamente sus labios. Aparté la mirada, irritada conmigo misma, y dije—: De acuerdo.

—De acuerdo —repitió él.

—Sí. Te he mirado a los ojos y me he tragado todo el paripé. Ahora siento que puedo confiar en ti, aunque seas un no-muerto y tal. —Aquello era puro teatro: no se me daba mejor descifrar mentiras que a mis padres, lo cual, dada la cantidad de veces que se habían engañado mutuamente, no significaba nada bueno.

Y, sin embargo, había una sensación persistente, como un tamborileo, en mis entrañas. Todo iba a salir bien. Mi instinto, al que rara vez le daba el crédito que merecía por haberme mantenido con vida durante décadas, me decía que aquello era buena idea.

—De acuerdo —dijo de nuevo Viktor, un poco desconcertado, y yo empecé a reírme.

Ante la curiosa inclinación de su cabeza, hice un gesto con la mano.

—Es solo que, ¿te acuerdas de cuando nos conocimos? —Esperó a que continuara—. Me sentí tan... intimidada por ti. Tan inquieta. Y ahora aquí estoy, haciendo chanchullos contigo.

—Chanchullos —murmuró él, apenas audible.

Sonreí y le tendí la mano. Una ofrenda de paz. Estaba accediendo a meterme en lo que él había comenzado frente a la piedra rúnica de Kensington. Me pareció simbólico: un nuevo comienzo, esta vez con las cartas sobre la mesa.

Viktor miró mi mano como si fuera un cubo de Rubik hecho de carne y cartílago. Aun así, me la estrechó. La suya era firme, cálida, áspera y un poco vacilante. Todavía no entendía por qué, pero era consciente de lo mucho que me costaba soportar el contacto físico con él durante mucho tiempo. Fui yo quien lo rompió. Me froté la parte baja del vientre, donde, por algún motivo, se me había despertado una sensación extraña.

Él no me devolvió la sonrisa. Me pareció ver algo en su rostro, tal vez un cierto rubor en los pómulos, pero, cuando volví a fijarme, ya se había dado la vuelta y estaba devolviendo los libros a su sitio.



CAPÍTULO 5

Criaturas inmortales y todopoderosas caminaban entre nosotros y, aun así, llegó septiembre. El cielo se volvió gris de repente; para compensarlo, los árboles estallaron en rojos ardientes y dorados intensos que evocaban retablos y pigmentos antiguos.

O tal vez solo es que eso era lo que yo tenía en mente.

Era estudiante de doctorado —en mi año de tesis, nada menos—, pero *Ars moriendi* acaparaba mi atención de una forma que ni siquiera la sexta revisión de la introducción de mi tesis conseguía, sobre todo después de que empezara a trabajar en serio en la falsificación.

Durante el día estaba en el campus, en mi minúsculo despacho, ahora abarrotado con otros cuatro doctorandos, o en una de las bibliotecas menos populares entre los estudiantes universitarios. Hojeaba ediciones de páginas quebradizas de obras pioneras y garabateaba palabras ilegibles en mi cuaderno de cuero, con la esperanza de que alguna teoría teológica abstrusa me resultara útil para construir una transición fluida entre el subcapítulo sobre las influencias carolingias y la sección sobre bestiarios. Por la noche, iba copiando el *Ars moriendi* en el pergamino que Viktor había conseguido, dedicando largos ratos a completar una sola letra del alfabeto. Me acurrucaba sobre la hoja, ajustaba la lámpara de mesa en un ángulo perfecto y avanzaba de forma tortuosa pero constante mientras los grillos cantaban fuera. Las ventanas del triforio que había en el taller se podían abrir y, a veces, antes de que el otoño se

volviera más crudo, las abría y respiraba hondo con el ulular de los búhos o el susurro de las hojas secas de fondo.

Era increíble la paz que sentía mientras hacía algo que me podía costar la cárcel. Palo, astilla, bla, bla, bla.

Mi rutina era anodina, sobre todo teniendo en cuenta que ahora poseía conocimientos que hacían temblar los cimientos del mundo y sus habitantes, pero no tardé en adaptarme. Básicamente porque no tenía otra opción. A lo largo de los años, había aprendido que, ante un cambio de paradigma, dejarme llevar era lo que mejor me funcionaba. A decir verdad, podría haberme dedicado a impartir seminarios en línea a precios desorbitados sobre el arte de dejarse arrastrar por la inercia de la vida.

Veía a Viktor todas las noches. Normalmente se pasaba a verme cuando llegaba al taller; el ligero golpeteo de sus nudillos contra el marco de la puerta me hacía levantar la vista de la línea que estaba caligrafiando. Disfrutaba de su presencia, aunque solo fuera porque era la única persona con la que podía hablar de *Ars moriendi*. Al igual que cuando Mortimer y yo cometíamos delitos juntos, se creaba una especie de campo magnético entre nosotros por estar involucrados en algo que nos aislaba del resto del mundo. Pero, mientras que mi cuerpo y mi cerebro habían rechazado a Mortimer de manera violenta e instintiva, Viktor me resultaba más fácil de digerir, incluso en su versión más distante y formal.

Algunas noches, solo venía a ver cómo estaba. Otras, se quedaba por allí. La mejor forma de predecir cuál de las dos tocaba era estar atenta a lo que yo había bautizado como «el ritual del reloj de pulsera».

Para empezar, se quitaba la americana del traje y la colgaba cuidadosamente del respaldo de una silla. (La primera vez que lo hizo, solté un grito de escándalo y le pregunté: «Pero ¿tú dónde te crees que estás? ¿En un burdel?». Su expresión de desconcierto fue adorable. La mirada fulminante después de darse cuenta de por dónde iban los tiros, no tanto).

A continuación, colocaba su reloj sobre la mesa con una precisión meticulosa, digna de un especialista en desactivación de bombas.

Luego, tras observarme durante unos instantes, empezaba con sus críticas.

La primera vez fue con cuidado de no ser demasiado efusivo; al fin y al cabo, era británico. Por cada problema con la forma o el trazo de una letra, se sentía obligado a dedicarme algún elogio.

«La tinta está muy bien conseguida».

«El espaciado es correcto».

«Sí. Bastante aceptable».

—Sé que probablemente hayas encontrado este método en una publicación de Reddit en la que se recopilan consejos para docentes —le dije al fin un día, tratando de no reírme en su cara—, pero no es necesario.

—¿Perdón?

—Soy capaz de tragar verdades sin importar lo amargas que sean. No hace falta edulcorarlas. Sé tan exigente como te nazca.

—En ese caso... —Apretó los labios—. Las bes te salen fatal.

Estudié la última que había escrito desde todos los ángulos posibles.

—¿De verdad?

—No.

Intercambiamos una sonrisa: la mía divertida, la suya tenue pero amable.

—No te preocupes, las pruebas infernales de la universidad me han preparado para esto —dije.

—¿Para qué?

—Para aceptar críticas. Quiero decir, seguro que tú también has pasado por momentos en los que, si cometías un error tipográfico por la mañana, para la hora de cenar ya estabas guillotinado, pero, según los estándares modernos, soy una experta en encajar comentarios duros.

—Comprendo. —Recorrió el borde de mi pluma con el dedo—. ¿Es ahí donde aprendiste todo?

—¿Todo el qué?

Hizo un gesto amplio y difuso que parecía significar: «Los libros».

—Ah, no. Me lo enseñó Grace. Era una anciana de buen corazón que se aseguraba de que comiera cuando mis padres se iban en una de sus aventuras delictivas. Ya sabes cuál es el arquetipo.

—¿Ella también se dedicaba a falsificar obras?

Me eché a reír.

—Por Dios, no. Era restauradora. Si viera lo que hago con todo lo que me enseñó, se enfadaría muchísimo.

Él asintió, comprensivo.

—El peso de la decepción de un pseudoprogenitor puede ser aplastante.

—Ah, no. Grace se cabrearía, pero no se decepcionaría. Para esto último primero tendría que creer que soy capaz de mantenerme alejada de los problemas, y ella me conocía demasiado como para pensar tal cosa.

—¿Ella es la razón por la que fuiste a la universidad?

—La razón por la que solicité plaza en la universidad, sin duda. Ella se aferraba a la quimera de que iba a ser la próxima gran promesa de la historia del arte o algo así. Al final todo se volvió muy confuso.

Los ojos de Viktor mostraban curiosidad, aguzados por una nueva clase de atención. No preguntaba solo para llenar el silencio. Escuchaba, asimilaba la información y recalibraba. Eso me provocó una sensación tierna y agradable en el pecho.

Giré mi taburete hasta quedar frente a él y apoyé el codo en el borde de la mesa.

—Se puso enferma cuando yo estaba en la carrera. Era partidaria de que tener un título de posgrado podía evitar que siguiera los pasos de mis padres. Supongo que no había leído las últimas estadísticas; ¿te imaginas creer que un doctorado en cualquier especialidad te garantiza un trabajo? —Me froté la cara, pensando en los estudiantes que se habían graduado antes que yo, en los cientos de currículums que habían enviado para no recibir ninguna

respuesta a cambio. Yo estaba en mi quinto año y debería haber empezado a mandarlos también. Mi tutora no paraba de preguntarme acerca de mis planes—. En fin, alguien me habló de Rockhaven, se lo comenté a Grace y, ¡oh, sorpresa!, ella había estudiado ahí la carrera. Cuando presenté la solicitud, ella ya había muerto. Aunque no tenía claro si me iban a admitir.

—Pero te las arreglaste para que así fuera.

—Por supuesto que sí. —Sonreí. Me incliné unos milímetros hacia delante, inhalando el aroma a enebro y a libros antiguos, y le aguanté la mirada hasta que él negó con la cabeza con una sorpresa notablemente genuina.

—¿Hiciste trampas?

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—No fue nada del otro mundo. Más que nada, copié en los exámenes. ¿Qué pasa? —Alargué la mano y le di un golpecito en el antebrazo para borrar su expresión de reproche—. No necesito saber las propiedades de los triángulos escalenos para entender por qué el arte de Giotto fue revolucionario.

—¿Cómo se hace eso de copiar?

—Una señora nunca revelaría esos detalles. —Pensé en si decir o no algo más, pero ya que estaba...—. Es posible que también hiciera algún que otro cambio en mis cartas de recomendación.

Hizo una mueca de dolor. Y tal vez estuviera en medio de un delirio febril, pero habría jurado que también vi intriga.

—Vamos, Viktor. Dado que soy la única estudiante de mi promoción que sigue en pie, creo que podemos dejar atrás el pasado. No me digas que en tus miles de millones de años nunca has hecho trampa.

Su mirada se posó en mi rostro mientras pensaba.

Y pensó.

Y pensó.

Luego preguntó, como si mi respuesta le importara:

—Define «trampa».

—¿Para alguien que domina quince lenguas muertas? Ni hablar.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio, pensativo, a solo unos centímetros de mi codo.

—Hacer trampa requiere un acuerdo mutuo previo entre dos partes sobre lo que constituye una conducta aceptable. En presencia de códigos éticos contradictorios, no puede haber trampa.

—Eso suena mucho a que estás intentando salirte con la tuya después de que te hayan parado en un control de alcoholemia.

Sus labios se crisparon.

—No tengo ninguna necesidad, para eso está Arlo, un chófer muy eficiente.

—Y afable, además.

Su sonrisa se amplió.

—Estoy seguro de que he hecho muchas cosas malas, pero nunca he traicionado mi propio código ético. Al menos de momento.

—Por eso te puedes permitir esa actitud de superioridad moral mientras hablas con la chica a la que has contratado para cometer fraude por ti. —Le sonreí y, antes de cambiar de idea, le pregunté—: ¿Y tú?

—¿Hmm?

—O sea...

—Me encogí de hombros, sintiendo nervios de repente. Estaba empezando a acumular conocimientos generales sobre los renacidos, datos sueltos que recogía por el simple hecho de andar cerca de ellos. Me había dejado llevar por lo mortales que parecían: comían, bebían y dormían con la misma frecuencia que yo, bostezaban y se cansaban, tenían dolores de cabeza y se les saltaban las lágrimas al estornudar; pero recordaba su verdadera naturaleza cuando un guardia de seguridad corría por el pasillo a velocidad de deportista olímpico o Viktor levantaba un mueble de ciento treinta y cinco kilos con una sola mano para recuperar una pluma que se me había caído.

Sin embargo, cuando se trataba de su vida personal, me daba cosa indagar. Con la cantidad de tiempo que llevaban vivos, debían de haber sufrido más tragedias y pérdidas de las que podía imaginar. No me parecía buena idea sacar el tema de los hermanos que quizá habían muerto en una época en la que la gente creía que la cura para la disentería era la amputación de un dedo del pie. Intentaba tenerlo en cuenta.

—¿Cómo te interesaste tú por la historia? —le pregunté a Viktor con un poco de torpeza—. ¿Fue simplemente por... haberla vivido? ¿O ya había clubes de lectura para hablar de historia cuando eras adolescente, allá por el Renacimiento?

—No lo sé. Mi educación temprana fue en un monasterio.

Casi me atraganto.

—¿Un monasterio? ¿En plan para... sacerdotes, monjes y esas cosas?

Asintió sin inmutarse ante mi evidente sorpresa.

—¿Te obligaron tus padres?

—No. Nunca conocí a mis padres.

—Ah. Entonces, ¿la figura pseudoparental a la que decepcionaste fue...?

—Fueron muchas. A la Iglesia le encantan las jerarquías.

—Claro. Bueno... No te imagino decepcionando a nadie —dije, y un segundo después añadí—: Aunque *sí* te imagino en un monasterio. En realidad, no me sorprende en absoluto. Encajas de maravilla en ese tipo de entorno hiperre restrictivo, con mucha disciplina y una moralidad muy de blanco o negro.

Él negó con la cabeza y empezó a ponerse el reloj de pulsera.

—No hay nada malo en tener disciplina y moderación, Veronica.

—Tampoco hay nada malo en tener fluidez ética, Viktor.

Suspiró, quizá incluso con cariño. Últimamente era más fácil saber qué pensaba. O eso, o estaba dejando que sus expresiones se manifestaran con más libertad. Esa gélida sensación de distancia e impenetrabilidad se estaba resquebrajando, o más bien derritiendo lentamente.

¿Cómo cojones había acabado alguien como yo formando equipo con un antiguo sacerdote? Agarré la pluma, acerqué el tintero y murmuré:

—Tenía razón.

—¿En qué?

—En que estabas metido en algún tipo de secta.

Viktor me miró con indiferencia y luego me pasó el dorso de la mano por la mejilla. Al principio pensé que era una caricia y el corazón me dio un vuelco, hasta que noté que presionaba con los nudillos y me giraba la cabeza para que mirara hacia el pergamino.

—Vuelve al trabajo —murmuró en voz baja y con un tono alegre.

—¡Qué grosero! —grité mientras se marchaba. Resultaba desconcertante lo fácil que se había vuelto hablar con alguien que, hasta donde yo sabía, había participado en la segunda conjuración de Catilina.

A mediados de septiembre, Samantha (o Sam, como ahora insistía en que todos la llamaran) volvía a estar en plenas facultades. Nuestro primer encuentro tras el incidente había sido una avalancha de abrazos y disculpas mutuas, que se hicieron aún más emotivos por la efervescencia periférica aunque indiscreta de Arlo. Sam estaba intacta, impecable, sin ninguna cicatriz que aludiera el inmenso dolor que debía de haber sufrido. Quería preguntarle por qué había salido sabiendo que el sol le haría daño, pero me pareció que era una cuestión tan invasiva que me conformé con:

—Estás... ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Bajé la voz, aunque sospechaba que los renacidos tenían un oído más agudo. Qué le íbamos a hacer—. ¿Eres feliz aquí?

Su sonrisa era melancólica.

—Ay, Vero. —Mi parte racional sabía que esa mujer llevaba vagando por ahí desde mucho antes de que yo fuera un blastocisto en la mente del Creador. Aun así, no podía dejar de sentir que era más joven que yo. Me invadía el impulso de protegerla. Y, sin embargo, cuando me tomó las manos entre las suyas, fui yo la que se sintió como una niña ingenua—. Soy tan feliz como puedo serlo.

Estoy rodeada de gente que se preocupa por mí. Y las cosas... mejorarán. Algún día.

Intenté pedirle consejo a Roxanne sobre cómo ayudar a Sam, pero tuve que ser tan vaga y ocultar tanta información que el tiro me salió por la culata de una forma espectacular.

—Espera. ¿Esto tiene algo que ver con ese coleccionista rico? ¿Crees que está maltratando a alguien que trabaja para él?

—No, no. Para nada.

—¿Estás segura? Porque tengo un bate de béisbol y mucha rabia que canalizar.

—Yo también tengo un bate de béisbol —dijo Rorie sin levantar la vista de su libro para colorear—. ¡Es rosa!

Le sonreí.

—Podemos jugar con él durante la fiesta de pijamas de la semana que viene, cuando tu madre esté de viaje de negocios en Boston.

—Mi sonrisa se desvaneció y volví a mirar a Roxanne con mala cara—. El coleccionista la trata bien. Y no están juntos. No es... No es un capullo.

—¿Estás segura? Los hombres tienden a serlo. Y si hablamos de hombres con dinero ya ni te cuento.

—Lo sé, pero... No te sabría explicar por qué, pero este chico no es así. —Me quedé mirándome los dedos. Últimamente siempre los llevaba manchados de tinta.

—Vero, ¿por qué tengo un mal presentimiento? ¿Uno de esos que me invade cada vez que mi mejor amiga está a punto de hacer una estupidez con el tipo poco fiable que le ha dado una cantidad de dinero propia de un ladrón de guante blanco?

—Tampoco es que esta situación pase con tanta frecuencia como para merecer un mal presentimiento específico.

Me lanzó un *pretzel*.

—Haz el favor de tener cuidado.

Eso hacía. Siempre. Pero es que, a veces, *no* confiar en Viktor era más complicado que hacer lo contrario. Tanto era así que, hacia

finales de mes, cuando lo vi cruzar el campus a paso ligero con un chaquetón negro y gafas de sol oscuras, no dudé en llamarlo:

—¡Doctor Ashworth!

Se detuvo y se volvió hacia mí enseguida, esperando pacientemente mientras yo corría casi dando saltitos por el estrecho sendero que conducía a una de las cafeterías del campus. Cuando estuvimos cara a cara, lo miré sin saber qué decir, preguntándome por qué lo había llamado en vez de dejar que pasara de largo.

A lo mejor solo quería comprobar qué hacía. Si se ponía tenso, como le ocurría a veces cuando parecía desconcertado o sorprendido. Una manía mía.

—Doctor Ashworth.

—Señorita Mercer.

Nos miramos como si estuviéramos orgullosos de aquel intercambio tan sumamente ingenioso. Para entonces ya había aprendido que a él se le daba genial dejar que nuestros silencios se alargaran. Pensé que tal vez fuera porque le interesaba escuchar lo que quería decir.

—¿Hoy te has atrevido a salir al exterior? —pregunté al fin.

—Con un poco de ayuda. —Señaló sus gafas de sol—. ¿A dónde te diriges?

—Al Wilton Hall.

Asintió con la cabeza. Su rostro anguloso y de labios carnosos contrastaba con aquel lúgubre día de otoño.

—Te acompaño.

—No hace falta —dije, aunque ya nos habíamos puesto en marcha. Nuestras largas piernas iban al mismo ritmo y tuve que ocultar la sonrisa que me brotaba del pecho tras el borde de mi vaso de plástico. En el pasado, me habían dicho alguna vez que era desagradable caminar conmigo: andaba demasiado errática, un paso me movía perezosa y al siguiente rebosante de energía, pero a Viktor no parecía importarle—. ¿No te meterá en problemas?

—¿Qué?

—Bueno, ya sabes. —Nuestros brazos se rozaron, el acrílico peludo contra la mezcla de cachemira—. Pasear por el campus con una doctoranda. Una que no es tuya.

Un leve movimiento de cabeza, desconcertado.

—¿Por qué iba a meterme en problemas?

—No sé, aunque supongo que te dará igual, ya que este trabajo solo es una tapadera para ti.

—Pero ¿por qué iba a meterme en problemas?

—Porque sí.

—Porque... —Vi el instante justo en que se dio cuenta de lo que quería decir. Su pálida piel se sonrojó y apareció una mancha tenue pero evidente en sus mejillas—. Entiendo.

Tenía que ser por culpa de su pasado monástico. No había otra explicación. Había vivido innumerables vidas y conocido a incontables personas. Me había secuestrado y luego me había ingresado medio millón de dólares en la cuenta bancaria. No podía conciliar todo eso con el hecho de que hubiera tardado tanto en caer en las posibles implicaciones turbias de nuestro vínculo.

Una mujer joven. Un hombre en una posición de poder. ¿De verdad nunca se había planteado cómo se veía desde fuera? ¿Había sido cruel por mi parte señalarlo?

—Era broma —lo tranquilicé—. A nadie le importa. Y, aunque les importara, dudo que creyeran que soy tu tipo.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Me miré a mí misma con un gesto exagerado. Llevaba unos vaqueros anchos y descoloridos y un jersey gordito con un estampado similar al de cuadros vichy; botas militares y el pelo suelto en una maraña de mechones plateados revueltos por la brisa.

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—No comprendo a qué te refieres.

—¿No lo comprendes? ¿Me está diciendo que le van las chicas con *piercings* en lugares ocultos, doctor Ashworth?

Me dio la sensación de que se ponía rígido.

—Supongo que depende de cuáles sean esos lugares.

—Ya, claro. —Resoplé.

Se detuvo. Volvió el cuerpo entero hacia mí con el ceño fruncido, visible a pesar de las gafas de sol.

—Veronica. ¿Alguna vez te he dado la impresión de que no me gusta tu aspecto, tu estilo o tu actitud en general?

—Bueno, dijiste que mi cuerpo no te suscitaba ningún tipo de interés —bromeé.

—Para tranquilizarte y que supieras que no corrías peligro alguno por mi parte. —Su elegante dicción sonaba más seca de lo habitual. Casi cortante. Quizá esa frialdad fuera su forma de arremeter contra mí—. ¿Y después?

—¿Después de... qué?

—¿He dicho o hecho algo que pudiera interpretarse como una crítica a tu aspecto o a cualquier otra cosa sobre ti?

—No, pero...

—Entonces eres consciente de que esto dice más de ti que de mí, ¿no?

Me tocaba a mí preguntar:

—¿Por qué?

—Porque estás haciendo suposiciones sobre mí. Después de que yo prometiera que no volvería a hacerte eso.

—Pero es que... —Me rasqué el cuello, sintiéndome de repente avergonzada—. Tú eres muy preciso. Y refinado.

—Y tú también. Tanto tu oficio como tus estudios requieren niveles de precisión inalcanzables para la mayoría de las personas.

—No es a eso a lo que... Son los trajes. Y el peinado que desafía a los elementos. Y ese aire aristocrático, de la vieja escuela, de erudito autoritario que... Viktor, sabes, tienes y has visto de todo. Yo compro la ropa de segunda mano, me como dos paquetes de chicles al día y ni siquiera tengo pasaporte, así que... —Me encogí de hombros, pensando que eso zanjaría el asunto. Estaba claro que había sido un error sacar ese tema.

El tono de Viktor se volvió más suave y, sin embargo, cada palabra pesaba toneladas.

—¿Crees que me importa si te haces la cama por las mañanas o si los calcetines y la camiseta te combinan? ¿Crees que saberlo, tenerlo y haberlo visto todo hace que te respete menos, en lugar de más?

Eso pensaba, sí. A pesar de que, si me paraba a meditarlo, Viktor nunca me había dado una sola razón para creerlo.

—Lo siento.

Tardó unos segundos, pero acabó asintiendo. Relajó la postura.

—Deberías sentirlo. Aunque solo por lo que tus suposiciones dicen sobre cómo te ves a ti misma.

Estuve tentada de poner los ojos en blanco, pero entonces me di cuenta de algo. Me acerqué a él y sonreí.

—O sea, estás diciendo que sí soy tu tipo, ¿no?

Señaló las escaleras detrás de mí.

—Wilton Hall. Tu parada.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Que tengas un buen día, Veronica —dijo alejándose, y yo sonreí mientras seguía con la mirada sus pasos firmes y su figura en movimiento. Me toqué el vientre al sentir ese cosquilleo que se negaba a desaparecer.

—Qué mono —comentó alguien, sobresaltándome. Cuando miré a mi lado, me encontré con un chico pelirrojo que sonreía. Era larguirucho, parecía unos años más joven que yo, y no recordaba haberlo visto nunca.

—¿Perdón?

—Ah, nada. Lo siento, yo... —Bajó la cabeza, claramente avergonzado—. Solo quería... No pensaba que el doctor Ashworth se... involucrara tanto.

Arqueeé una ceja.

El chico parecía querer que lo tragara la tierra.

—Te prometo que puedo ser una persona normal —dijo con un quejido, y no pude evitar reírme.

—¿Conoces a Viktor? —Era la primera vez que alguien que no fuera un renacido hablaba conmigo de él. Por fin una prueba de que

no era solo producto de mi imaginación.

—Sí. De hecho, es mi tutor.

—Ah. ¿Estudias Historia?

El chico asintió. Debía de ser un estudiante de primer año de posgrado.

—¿Tú eres profesora?

Me hacían esa pregunta a menudo. A la gente le costaba calcular mi edad por culpa de mi pelo canoso.

—Soy estudiante de doctorado. Historia del Arte.

—Ah.

—¿Ah?

Se sonrojó.

—Bueno, es que el doctor Ashworth siempre me ha parecido que era más de... —Hizo un gesto con la mano.

—¿De?

—De teología y filosofía. Supongo que alberga incontables mundos. En fin... Me alegra saber que tiene una amiga. —Se despidió con un asentimiento complacido y amistoso, y yo procedí a subir las escaleras de mi edificio, preguntándome si era cierto que Viktor y yo éramos amigos.



CAPÍTULO 6

El sol de octubre ya no brillaba tanto y los cafés con hielo habían dado paso a los termos con el logo de Rockhaven. Los abrigos de *tweed* y las bufandas de punto habían salido de su escondite tras el verano para invadir el campus, a menudo aún impregnados de olor a naftalina. Era mi quinto año en esa ciudad, pero aquel frío mordaz todavía me pillaba por sorpresa. Caminaba entre los edificios, con el gorro de lana a la altura de los ojos, observando con incredulidad a los estudiantes de grado que aún se congregaban en el césped. Cada vez que veía a alguno temblar, me permitía una sonrisa de satisfacción.

—Por cierto —me dijo mi tutora aquella sombría tarde de jueves—, el otro día te vi charlando con Viktor.

Me detuve justo cuando iba a abrir el bolso.

—Ah.

—¿Sabes a quién me refiero? ¿Viktor Ashworth? Ese profesor de Historia británico tan inteligente, tan educado y tan... alto. Siempre va muy elegante.

—Pues... Ah, perdona, sí, ya sé de quién me hablas. ¿Cuándo nos viste?

—La semana pasada, creo. ¿Sabes que me preguntó por ti cuando vino a hacer la entrevista el año pasado?

—¿En serio?

—Sí. Bueno, no sobre ti de forma directa... Dios, eso ha sonado fatal. Me preguntó acerca de tu trabajo. Por ese artículo que escribiste sobre el ciclo de la Pasión.

—¿Y eso?

—Creo que sentía curiosidad por tu investigación. Sospecho que estaba valorando si pedirte que colaboraras en un proyecto de investigación con él, porque quería saber cuál era tu ética de trabajo.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Espero que le dijeras la verdad.

—¿Cuál es?

—Que soy la mejor estudiante con la que has trabajado jamás.

Ella soltó una risita, pero se inclinó sobre el escritorio.

—Sé que lo dices de broma, Vero, pero no te equivocas. —Buscó algo entre los papeles que tenía encima de la mesa—. En fin, aquí te he apuntado lo que cambiaría de este último capítulo.

Astuto, pensé aquella noche, durante ese silencio gélido tan característico de los trayectos en coche con Arlo. Llegamos a la casa mucho después de que se hubiera puesto el sol, algo habitual ahora que los días eran más cortos. Sam había encendido una tenue luz para darnos la bienvenida y, en el porche, tres polillas confundidas libraban su batalla nocturna.

Mientras subía por el sendero hacia la entrada, envuelta en la oscuridad, me di cuenta de que ya no podía admirar la hiedra que trepaba por las paredes de ladrillo. La mayoría de los días, mi aliento se condensaba en una nube de vapor blanco. Para cuando alguien me abría la puerta, mis dedos congelados se negaban a ponerse manos a la obra hasta que no les dejaba acunar una taza calentita durante al menos diez minutos. Por suerte era un remedio bastante fácil. No recordaba haber hablado nunca de Wanda con nadie de la casa, pero se me debía de haber escapado algo en un arrebató de nostalgia, pues en el taller había aparecido un nuevo carrito equipado con un hervidor de agua y varias cajas de té *oolong*.

Normalmente me ponía nada más llegar con *Ars moriendi*, sin embargo, la tarde de la conversación con mi tutora rompí la rutina y llamé a la puerta del despacho de Viktor. No estaba enfadada ni molesta. No me sentía traicionada porque me hubiera observado

durante meses antes de acercarse a mí, ya que me había dado multitud de razones para sospechar que nuestro primer encuentro llevaba mucho tiempo fraguándose. El Viktor que conocía y apreciaba era metódico, preciso y, obviamente, estaba imbuido de un profundo sentido del deber. Silas había supuesto una gran amenaza durante décadas, y si quería usarme para contratacar, tenía sentido que Viktor se asegurara de que me ajustaba a sus necesidades.

Él lo sabía casi todo sobre mí.

El problema, o al menos la fuente de la opresión que se me había instalado en el pecho tras charlar con mi tutora, era que yo no sabía casi nada sobre él. Y llevaba así un tiempo. Sin embargo, aquella noche de octubre no logré obviarlo y hacer como si no me importara.

Tras llamar a la puerta, se escuchó la voz de Viktor al otro lado, pero no conseguí entender la respuesta. Cuando metí la cabeza, lo encontré sentado en su escritorio, ocupado con una llamada telefónica. Aun así, me hizo un gesto para que entrara, y eso hice.

Su conversación duró varios minutos más. Hablaba un idioma extranjero, uno con un ritmo relajante. Durante un rato me senté en el sofá y me entretuve tratando de adivinar cuál era. Cuando empezó a entrarme sueño, subí a la biblioteca del altillo, preguntándome si la sensación de que unos ojos seguían mis movimientos eran solo imaginaciones mías.

La planta de arriba era un espacio acogedor con un reconfortante olor a pegamento y papel viejo. Los libros estaban apilados en doble fila, iluminados por suaves focos y escritos en más idiomas de los que nadie debería saber. Al sacar los volúmenes, descubrí que alguien había anotado en los márgenes un puñado de preguntas, notas y pequeños resúmenes en los mismos idiomas en los que estaban escritos.

Soplé para apartar el polvo y ver mejor. La caligrafía era obsesivamente pulcra y estaba alineada con el texto incluso en los espacios entre párrafos. Era el tipo de letra que pertenecía a alguien

que organizaba las corbatas por color y orden alfabético. Me resultaba tierno, conmovedor y familiar. Noté una sensación extraña en el estómago, algo que se oprimía y un escalofrío.

—Veronica.

Alcé la vista, apretando el libro contra el pecho. Viktor se hallaba plantado frente a mí como solía estar cuando venía a saludarme: con una leve sonrisa de bienvenida y un halo de calidez a su alrededor. Debería haber estado acostumbrada —de hecho, me estaba acostumbrando—, pero el espacio en ese altillo era reducido, y la anchura de sus hombros lo encogía aún más, tensando el ambiente. Me sentí como si estuviera suspendida, disuelta en el tiempo, andando sobre el filo de un cuchillo.

Viktor parpadeó. Su silencioso placer al verme era evidente.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me sentía aturdida.

Asintió una única vez.

—Cuando la gente te pregunta cuántos años tienes, ¿qué les respondes?

—Veintinueve —dijo sin vacilar.

—Y si te preguntaran dónde naciste..., dirías que en el Reino Unido, ¿verdad?

—Correcto.

Asentí y me llevé una mano a la nuca, como para masajearme, pero al final decidí no hacerlo. No tenía ni idea de por qué necesitaba saber sobre la vida de Viktor en ese preciso instante. Era extraño. Me estaba comportando de forma insólita, y él también se había dado cuenta. Sin embargo, había algo ahí, atascado en mi garganta, e iba a estallar si no lo dejaba salir.

Así que pregunté:

—¿Cuántos años tienes?

Sus ojos se oscurecieron. Cuando habló, sus palabras sonaron como si estuviera recitando.

—Nuestro código nos prohíbe revelar nuestros orígenes por encima incluso que la existencia de los renacidos. Por mucho que nos esforcemos en borrar nuestras huellas, cualquier individuo

malintencionado podría usar registros históricos e información biográfica para desvelar nuestra naturaleza y actuar en nuestra contra. Cuando cruzamos, dejamos atrás quienes éramos. Para siempre.

Asentí de nuevo, porque tenía razón. Toda la razón. Una cosa era que un chiflado publicara algo en Reddit sobre unos seres que no son-vampiros-pero-casi, y otra que un chiflado utilizara fuentes primarias para demostrar que el árbol genealógico del doctor Viktor Ashworth tenía más bien forma de tocón. Aun así, se me formó un nudo en el estómago, una especie de decepción que no recordaba haber experimentado antes.

—Por supuesto. Lo entiendo. —Me armé de valor y traté de esbozar una sonrisa—. Disculpa. —Dejé el libro al que me había estado aferrando e intenté pasar por al lado de Viktor, pero me detuvo poniéndome una mano en el hombro.

¿Me había tocado alguna vez antes? Una. Solo una.

—¿En serio? —sonaba entretenido. Y otras cosas también.

—¿Qué?

—¿No vas a volver a preguntarlo, Veronica?

Levanté la vista hacia él, ansiosa por descifrar su expresión. Pero estaba demasiado cerca y a contraluz. Me mordí el labio inferior y repetí:

—¿Cuántos años tienes?

—Nací a finales del siglo VIII. No sé la fecha exacta.

—¿Dónde?

—En Jumièges, un pueblecito de Normandía.

—¿Viktor es tu verdadero nombre?

—Sí, aunque con una grafía diferente.

Intenté imaginármelo. No pude. No al cien por cien, no todavía, pero descubrí que tampoco me importaba. Eso no hacía que Viktor me pareciera menos cercano, real o de carne y hueso.

—¿Algo más? —añadió en voz baja, amable.

Debería haber habido más. Debería haber preguntado muchísimas cosas. Sin embargo, lo que realmente necesitaba era

asegurarme de que él y yo podíamos estar en igualdad de condiciones. Algo que sirviera como prueba. Una base de partida para... para lo que fuera. La sensación en mi estómago había desaparecido, se había disipado. Sonreí, esta vez de verdad, y dije:

—Tenemos que decidir qué hacemos con la tinta roja. Si usamos el cinabrio o el bermellón.

—Ah. Sí, cierto.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro. Busqué algún indicio de incomodidad, pero no encontré ninguno. Quizá solo estaba demasiado cansada.

—Ven —dijo con los labios curvados de esa forma asimétrica—. Te prepararé un té.

Al pasar junto a él en dirección a las escaleras, su enorme mano me rozó ligera, casi imperceptiblemente, la parte baja de la espalda.

No tenía claro que lo hubiera hecho a propósito, porque, cuando exhalé un suspiro repentino, él hizo lo mismo.

Y cuando me detuve y me quedé quieta como una estatua, él hizo lo mismo.

Después de varios latidos retumbando en mis sienes, miré hacia atrás y descubrí que tenía los ojos fijos en mí.

Ninguno de los dos dijo nada, pero el mundo a nuestro alrededor cambió, y puede que nuestro mundo interior también.



A mediados de octubre ya había copiado aproximadamente la mitad del manuscrito y estaba ganando tanto confianza como velocidad. Una noche me encontraba en el taller, dando los últimos retoques a una C formada por gusanos retorciéndose en un charco de sangre, cuando Viktor entró y se quedó paralizado.

—Vaya —dijo con la mirada fija en la diminuta figura que entrecerraba los ojos y sacaba la lengua a mi lado. Estaba escribiendo su nombre una y otra vez en un trozo de pergamino con una pluma que yo misma le acababa de enseñar a usar.

—Ay, hola, Viktor. Esta es mi amiga Rorie. Rorie, este es el doctor Ashworth.

Viktor carraspeó.

—Encantado de conocerla.

Rorie me lanzó una mirada de «este señor habla raro», propia de una niña de siete años.

—Esta noche Rorie ha venido a ayudarme, ¿verdad?

Ella asintió con vehemencia y luego volvió a la urgente tarea de poner el punto sobre la I.

—Siento no haber avisado —le dije a Viktor, que se frotaba el puente de la nariz como señal de su tremenda confusión—. Es una larga historia. Su madre, Roxanne, ha tenido una emergencia en el trabajo y su padre acaba de mudarse a Boston, así que yo soy la única que se podía encargar de cuidarla, pero ya estaba en el coche de Arlo cuando me han llamado, así que hemos quedado a un par de manzanas de aquí y... —Me encogí de hombros para resumir el resto de la divagación. A Arlo no le hizo gracia el cambio de planes... hasta que conoció a Rorie. Como no podía ser de otra manera, le pareció adorable y terminó dándole unas chuches que no tenía ni idea de dónde había sacado.

¿Y yo qué, Arlo?, pensé. ¿Acaso no soy adorable? ¿Dónde están mis putas chuches?

—En fin, voy a terminar esta inicial ornamentada y luego nos iremos de...

—¿Eres el coleccionista rico? —me interrumpió Rorie.

Viktor pareció tomarse la pregunta muy en serio.

—Supongo que soy rico. Y colecciono ciertos objetos, sí.

—Mamá dijo que Vero ya no viene tanto por tu culpa.

—Me temo que no se equivoca. —Se enderezó el puño, que ya estaba recto, nervioso. Me pregunté si habría conocido a alguna niña antes. Desde luego, no lo parecía.

—No hueles a mofeta —afirmó Rorie.

—No, supongo que no. ¿Debería?

—Normalmente, los amigos de Vero huelen a mofeta.

—Qué manera tan sutil de anunciar que la mayoría de mis ex eran fumetas —dije entre dientes.

—¿Qué es un fumeta? —preguntó ella.

—Nada, déjalo.

—¿Es alguien que hace volar cometas con forma de F?

—Claro.

Por el rabillo del ojo, vi a Viktor asentir con rigidez y retirarse del taller. Contuve la risa, pero, más tarde, en la cama, incapaz de conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en aquella conversación.

La mayoría de las noches seguía pasando los descansos con Pierre. El día después de la visita de Rorie le confesé mi odio hacia los cigarrillos, lo cual le hizo muchísima gracia y le llevó a suponer que él me gustaba tanto y desde hacía tanto tiempo que estaba dispuesta a arriesgar la salud de mis pulmones solo por el privilegio de conocerlo.

No era una conclusión particularmente graciosa, pero me vino de perlas para preguntar:

—¿Acaso ocurre eso?

—¿El qué?

—Que los renacidos y los mortales se líen entre ellos.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna amiga que quieras presentarme?

Lo estudié de arriba abajo.

—No te imagino en una cita.

—¿Quién ha hablado de citas? —Cuando puse los ojos en blanco, se rio—. Bueno, cuéntame más sobre esas amigas.

—Oye, no seas malo. ¿Y si la que quisiera ofrecerse soy yo?

Él resopló.

—Ya, claro.

Me giré hacia él, molesta.

—¿Qué significa ese «Ya, claro»?

—Significa que no estoy para juegos. Haz la pregunta que realmente quieres hacer.

—No tengo ni idea de...

—No te importa si yo u otros renacidos nos acostamos con mortales. Lo que te interesa es saber si lo hace él.

Se me revolvió el estómago. En esa fresca noche de octubre, se me pusieron la garganta y las mejillas al rojo vivo. No solía sentir vergüenza a menudo —de hecho, Grace solía decirme que era una sinvergüenza—, pero, cuando pasaba, lo detestaba.

—No es...

—Lo es. Y es obvio para cualquiera con dos ojos funcionales.

—¿Por qué? —repliqué con un tono débil—. No me conoces. No sabes cómo me comporto cuando...

—No me refería a ti. Es él quien resulta obvio. Y, ya que preguntas, sí, algunos de nosotros, en ocasiones, nos acostamos con mortales.

—Ah.

—Pero él no.

Se me formó un nudo en el pecho.

—¿Es por el tema del monasterio o...?

—Joder, ¿te lo ha contado? Es peor de lo que pensaba. —Pierre suspiró e inclinó la cabeza hacia atrás, contemplando las estrellas—. Arlo tenía razón.

—Arlo nunca tiene razón.

Se rio entre dientes; sin embargo, su expresión era sombría cuando me miró.

—Esta vez sí. Esto es nuevo, Vero. Lo conozco desde hace casi mil años y... —Se frotó los ojos—. Debería haber sabido que la cosa se ponía seria cuando te quedaste dormida en tu escritorio y lo pillé tapándote con una manta.

—Anda. Pensé que había sido Sam.

Él resopló.

—Ni siquiera sé qué esperar.

—¿Qué quieres decir?

Se quedó en silencio durante un rato.

—No estoy seguro. Quizá me equivoque. Espero que sí. Pero es que no consigo imaginarme un escenario en el que este lío no acabe

mal.



Quiero dejarlo claro: desde un primer momento me tomé muy en serio lo que dijo Pierre. Nunca pensé que su preocupación fuera infundada, y me esforcé por tenerla presente. Pero...

Pero: Viktor.

No es que mi mundo se hubiera reducido a él. Seguía teniendo una vida plena entre el doctorado y mis amigos, y solo lo veía un par de horas al día, siempre para trabajar codo con codo. No obstante, su presencia se hacía notar incluso en su ausencia.

Es probable que, en algún lugar, en un rincón en lo más profundo de mi ser, ya supiera lo que estaba pasando. Pero, a lo largo de mi vida, cualquier tipo de relación romántica, por remota que fuera, se había definido de forma tajante e inequívoca: nos besamos tres veces después de clase, tenemos una segunda cita, llevamos quedando de manera informal desde hace una semana y media. Por aquel entonces, pensaba que si algo no se podía expresar con palabras era como si no existiera. Anhelaba establecer límites y definiciones y, pese a ello, esa sensación que flotaba, dulce y tentativa, entre Viktor y yo... era imposible de verbalizar. Era demasiado fluida para atarla con frases, y tan efímera que se resistía a cualquier categorización. Lo suficientemente difusa, casta y embriagadora para poder decirme a mí misma que... no.

No me estaba enamorando de una criatura centenaria.

Así que unas noches después de mi conversación con Pierre, cuando nos trajo una bandeja de aperitivos preparados por Sam y se marchó murmurando: «Os dejo solos, ya que se os ve muy ocupados haciendo buenas migas», le grité:

—¡Estamos trabajando! ¡No sé si esa te la sabes!

Pero Pierre ya había salido del taller. Mordisqueé resignada una minizanahoria.

—¿Por qué te molesta que haya dicho que estamos haciendo «buenas migas»? —preguntó Viktor sin levantar la vista de mi última página, que estaba revisando.

—Por nada. Quiero decir, solo estamos... —«Trabajando en equipo, en un ambiente distendido y cordial». Si hubiera dicho alguna de esas palabras no me habría molestado. Pero «haciendo buenas migas» sonaba íntimo, como algo por lo que debería preocuparme. «Hacer buenas migas» requería un cambio de rumbo que no me apetecía—. Tampoco es que nos estemos preparando tartas el uno al otro —dije—. Nos pasamos la mayor parte del tiempo sentados en silencio, trabajando codo con codo.

—¿Y eso no es «hacer buenas migas»? —Levantó la vista y me di cuenta de que, para alguien tan reservado y autosuficiente como Viktor, tan acostumbrado a ocultar sus pensamientos y proteger su espacio personal como si fuera una fortaleza, quizá aquello sí que era un acto íntimo.

Sin duda yo lo sentía más íntimo que cualquier relación sexual que hubiera tenido en... toda mi vida, probablemente.

—Sí. Lo es. —Me recosté en el taburete, inquieta. Cogí una de las plumas, pero luego cambié de opinión y empujé dos frascos de cristal llenos de tinta hacia él—. Para el último tercio del manuscrito, ¿con qué rojo prefieres que hagamos la rubricación? El pigmento cambia en el original, así que también deberíamos cambiarlo nosotros.

—Permíteme. —Me quitó la pluma de los dedos con cuidado. Su piel rozó la mía, igual de áspera, con callos en el mismo sitio. Qué extraño que dos personas tan distantes como él y yo tuviéramos mapas idénticos en las palmas de las manos—. Por cierto, la última página te ha quedado perfecta —me felicitó en voz baja.

—¿Ningún error?

—Ningún error.

—Hmm. —Lo observé escribir dos bonitas emes en el pergamino donde practicábamos para luego secarlas con un papel y comparar los colores.

Mientras esperábamos a que se terminara de secar la página, me preguntó:

—¿Qué vas a hacer después de esto?

—Lo de siempre. Irme a casa. Dormir. A menos que Arlo decida que vale la pena sacrificarse solo para librar al universo de mi presencia y meta el coche a propósito en un socavón.

Sus ojos brillaron con humor irónico.

—Me refería a después de terminar esta falsificación.

—Ah. —Nunca habíamos hablado de ese tema. Me enderecé—. Bueno, si cumples con lo del dinero, y eres demasiado virtuoso como para no hacerlo, probablemente nada. Siempre he querido ser una dama que se dedica al ocio y al disfrute.

Se recostó contra la mesa y me observó. A veces, no siempre, ni siquiera a menudo, pero a veces sentía su atención sobre mí a un nivel molecular. Como si me estuviera rozando la piel con los dedos. Tenía la sensación de que hojeaba el aire entre nosotros como si fuera un libro, ansioso por llegar a lo que estaba escrito en la última página.

—Antes de conocernos, ¿qué pensabas hacer después de graduarte?

—Bueno, antes de que me *secuestraras*, no le había dado muchas vueltas al tema. Así es como suelo funcionar. —Había podido comprobar que las personas con un pasado tan aventurero como el mío a menudo se decantaban por una de las dos cosas: o bien se esforzaban al máximo por tener el control de su futuro, o bien ni siquiera lo intentaban.

—¿Nunca planeas qué harás en un futuro?

—No. Me limito a vivir el momento. O sobrevivirlo, según cómo lo veas. Y voy tirando. —Su reloj de pulsera estaba sobre la mesa, como de costumbre. Sin pensarlo, lo cogí para jugar con él, observando cómo la malla de la correa plateada se deslizaba entre mis dedos—. ¿Qué utilidad tiene este reloj? —pregunté.

Arqueó una ceja.

—Da la hora.

—Ya, pero eso lo hacen casi todos los aparatos hoy en día. Los teléfonos, los microondas...

—Valoro la singularidad de un instrumento que se limita a darme la hora en vez de intentar informarme de las vidas románticas de actores que no conozco o recalentarme el almuerzo.

—Cómo no. —No podía dejar de sonreír—. ¿Cómo era tu vida antes de que se inventaran los relojes de bolsillo?

—Me las apañaba. Aunque, como persona que aprecia la puntualidad, me sentí complacido cuando empezaron a estar disponibles.

—¿«Me sentí complacido» es la forma que tiene Viktor de decir «me la puso muy dura»? —Me fulminó con la mirada y yo solté una carcajada—. ¿Dirías que es tu invento favorito de todos los tiempos?

—Creo que las vacunas merecen llevarse el podio, pero los relojes tienen reservado un lugar especial en mi corazón.

—Mmm... Quizá debería probar a usar uno.

—La verdad es que te cuesta mucho ser puntual.

—No seas grosero. Una reina nunca llega tarde.

Se le curvaron los labios.

—Si llegaras a tiempo, podrías estar más rato en el taller por las noches.

Lo que quería decir era «podrías estar más rato conmigo». Estaba casi segura, porque sus mejillas habían cambiado ligeramente de color y porque sentía un cosquilleo en las venas y el estómago.

—¿Y tú? —pregunté en voz baja—. ¿Qué pasará cuando te deshagas de Silas?

Esperaba una evasiva, pero me sorprendió al decir:

—Me gustaría tomarme un descanso.

—¿De los libros y la historia?

—Los libros y la historia serían justo lo que haría para descansar. Es del resto de lo que podría prescindir.

Se refiere a descansar de ser un solucionador de problemas, pensé. Lo medité mientras cerraba el reloj alrededor de mi muñeca, imaginándome que aún conservaba su calor corporal.

—¿Puedes tomarte unas vacaciones?

—Es complicado. No hay muchos renacidos en los que se pueda confiar para lo que hago.

—¿No podrías formar a alguien?

—No es solo una cuestión de habilidades.

—¿Qué más, entonces?

—Lo que hago conlleva cierto poder y reconocimiento. Algunos renacidos podrían abusar de ello.

No era ninguna ingenua: sabía que su trabajo incluía imponer castigos e incluso matar. Aun así, la idea me inquietaba.

—Si necesitas un descanso y tu jefe no te deja tomártelo, siempre tienes la opción de mentir.

—¿Mentir?

—Sí. Di que estás enfermo o algo así. —Parecía tan poco impresionado con mi sugerencia que me eché a reír—. Necesitas que alguien te enseñe a ser malo cuanto antes.

—Y puede que tú necesites a alguien que te enseñe a ser buena.

—Lo reconozco, sí. Deberíamos formar un equipo. Tu disciplina y mis soluciones al margen de la legalidad. Seríamos imparables.

—Puede que ya seas imparable, Veronica. —Inclinó la cabeza, como para ocultar una sonrisa. O tal vez para evitar decir lo que vino justo después—: Dudo que al señor McManaman le hiciera gracia cualquier tipo de asociación entre nosotros —masculló en voz baja.

—¿A Mortimer? —Casi me había olvidado de su existencia. No solía estar por la tienda cuando iba de visita. Wanda había decidido jubilarse a finales de año y, como Roxanne colaboraba cada vez menos con él para poder aceptar trabajos más lucrativos, no tenía a nadie que me hiciera memoria—. ¿Por qué le iba a importar?

Sus ojos se encontraron con los míos, reticentes.

—¿No estás... emparejada con él?

—¡Puaj! —exclamé—. No.

—Cuando nos conocimos... —Se aclaró la garganta—. Me dijiste que era tu novio.

—Porque pensé que me estabas tirando los tejos. No sé si lo recuerdas, pero eso fue justo antes de que me informaras de que te parecía un callo malayo.

—Yo nunca...

—Lo sé. —Le di un golpecito en el antebrazo—. Solo estaba de broma.

Viktor tragó saliva.

—Entonces, vosotros dos ya no...

—Nosotros dos *nunca* hemos estado juntos. Y me ofende mucho que pienses que sería capaz de acostarme con él.

Volvió a apartar la mirada. Giró tanto la cara que solo le veía el saliente del pómulos, y... se estaba sonrojando. De manera muy evidente.

Se nota que te formaste en un seminario, pensé. Tras unos segundos, el rubor se intensificó, y... no pude evitar preguntarme cómo actuaría en una situación que realmente fuera vergonzosa. ¿Cómo sería tener una relación con él? A lo mejor querría esperar hasta la duodécima cita para cogerte de la mano. Aunque sin entrelazar los dedos, claro. Sexo solo después del matrimonio, con las luces apagadas, una oración antes de empezar, otra al terminar. Rezar el rosario durante. Un rechazo rotundo al sexo oral porque es pecado.

¿Qué más daba? No era asunto mío. Y, sin embargo, sentía la piel caliente y sonrojada, y, mientras observaba el color que le teñía el rostro, no pude evitar decir:

—Qué rojo más bonito.

Se volvió hacia mí tan rápido que casi se desnucó, buscando mis ojos con una intensidad que era incapaz de igualar. De momento.

—Me refiero al segundo bermellón. —Señalé el pergamino y las dos emes que había escrito—. Pero el primero es el que más se parece al original, así que puede que sea la mejor opción. ¿Algún inconveniente?

Me olvidé por completo de que me había puesto el reloj hasta más tarde, cuando llegó la hora de darme una ducha. Me dije a mí

misma que se lo devolvería la noche siguiente, y luego la otra. Hasta que decidí que esperarí a que Viktor me lo pidiera, pero nunca lo hizo. Quizá porque, desde que había empezado a llevarlo, llegaba al trabajo un poco antes de lo habitual.



Una ráfaga de viento trajo consigo noviembre, con su aroma a lluvia y leña. Con el aire frío del invierno los jerséis se volvieron más gruesos y las campanas del campus sonaban como solemnes advertencias. En las salas de estudio, los animados debates escatológicos se hacían más escasos, sustituidos por las sesiones de estudio frenéticas que siempre precedían a la recta final del semestre. Justo al comenzar el mes, llegó la primera nevada: un día de un blanco cegador seguido de hojas embarradas y aceras traicioneras. Nadie, ni siquiera los estudiantes más entusiastas, parecía feliz de estar en clase.

—Menuda putísima mierda —maldije mientras me quitaba las botas en el vestíbulo de la casa de Viktor. Una vez que estuve segura de que no iba a dejar un rastro de fango reseco por todo el pasillo, me dirigí al taller. Arlo se me había adelantado y me había quitado mi sitio habitual. Pierre y Viktor estaban de pie en el centro de la sala, con cara seria.

Era evidente que me estaban esperando.

—Sí, hombre —solté señalando a Arlo—. ¿Me vais a sustituir por este?

Él echó un vistazo a la réplica y murmuró algo así como «pues podría hacerlo perfectamente y sin tardar tantos meses».

—Tengo una propuesta que hacerte —dijo Viktor. Su expresión era sombría, no como la que ponía antes de sentirse a gusto conmigo, sino de auténtico malestar.

—¿Te has olvidado del protocolo? Tienes que secuestrarme antes de ofrecerme un trabajo.

Mi intención era animarlo, pero él se mantuvo impassible.

—No es una decisión que haya tomado a la ligera, Veronica. Lo que te voy a pedir conlleva un nivel de riesgo que...

—Viktor. —Me acerqué a él, lo bastante como para notar el aroma a enebro. Tuve que inclinar el cuello para mirarlo—. Pídeme lo que me tengas que pedir. Se me da genial decir que no si algo no me apetece.

Me miró desde arriba con una sonrisa torcida y cruzó los brazos.

—Está bien. Ya casi has terminado la réplica, y pronto tendremos que presentar el libro a una casa de subastas para que...

—Esa parte me la sé. —Yo también crucé los brazos—. Dime qué necesitas.

Parecía a la vez molesto y a punto de sonreír. Intenté no sentirme demasiado orgullosa de mí misma.

—Tengo que beber la sangre del director de la casa de subastas más grande de Boston, y necesitaré que tú me ayudes.

Parpadeé.

—Pensaba que me ibas a pedir que te falsificara una copia de un manuscrito de Da Vinci.

—¿Habría sido mejor?

—Aún no lo sé. Explícame bien eso de la sangre. ¿Es porque te pica el gusanillo en general o porque te apetece probar la de ese tío en concreto?

Mis bromas no consiguieron más que una mirada fría.

—Tomar la sangre de alguien me da acceso a esa persona. Me facilita localizarla si desaparece y, en según qué situación, si estamos lo bastante cerca, me permite leer sus pensamientos y saber sus intenciones.

—Ja. Tenía mis dudas.

—¿Sobre qué?

—¿Qué tipo de ventajas curiosas conlleva ser un renacido?

—¿Aparte de la inmortalidad? —preguntó Pierre, ofendido. Se me había olvidado que Viktor y yo no estábamos solos. Últimamente me pasaba mucho.

—Aún no sé muy bien qué opino de eso —respondí sin desviar la mirada de Viktor—. ¿Es el director que se encargará de vender la réplica cuando la termine? —Asintió—. ¿Y por qué quieres vigilarlo y anticipar sus movimientos?

—Él será el puente entre nosotros y Silas. No hay margen de error: debemos observarlo y saber desde un primer momento cuáles son sus verdaderos objetivos.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

Por un instante, se le tensaron los tendones del cuello.

—Le gustan las mujeres guapas.

—¡Anda! —exclamé—. Bueno, gracias. No quisiera menospreciarme, pero no sé yo si soy el tipo de mujer que...

—Lo eres —contestó Viktor con tono sombrío. ¿Estaba frunciendo el ceño?

—Viktor lo está pintando peor de lo que es, Vero —dijo Pierre, uniéndose a la conversación—. Lo que queremos pedirte no es que te acuestes con él ni que lo toques ni nada de eso. Viktor ha sido muy claro al respecto.

Eché un vistazo a Viktor, que parecía estar apretando mucho los molares.

—Solo necesitamos que coquetees con él y te lo llesves a un lugar algo más privado —continuó Pierre—. Entonces Viktor le chupará un poco de sangre y lo dejará algo... aturdido. Arlo y yo también estaremos por ahí, y una docena de guardias de seguridad.

—¿Dónde será eso?

—En una galería en Burlington. La semana que viene. Su mujer hace una exposición ese día.

—¿Su mujer?

—Mantienen una... una relación abierta, creo que así es como se llama. —Viktor parecía desconcertado por el concepto—. No tienes por qué acceder, Veronica. Hay otras formas de hacerlo.

—Las hay —asintió Pierre—. Formas que tienen muchas más probabilidades de acabar con víctimas.

Me lo podía imaginar.

—Y, después de que te hayas bebido un chupito con la sangre del director, ¿cuánto dura el efecto?

—Toda su vida. Aunque se irá desvaneciendo con el tiempo.

—Pero no le haréis nada, ¿verdad? Es solo para vigilarlo hasta que vendáis la réplica de *Ars moriendi*.

Viktor asintió.

—Correcto. No nos entrometemos en los asuntos de los mortales.

A diferencia de Silas, pensé, recordando las imágenes de los archivos. No me costó decidirme. Si este extraño plan ayudaba a detenerlo, entonces...

—Sí —dije—. Lo haré.

Pierre aplaudió, y Arlo murmuró algo incomprensible, como de costumbre. Viktor, por su parte, cerró los ojos, como si necesitara un momento para recomponerse.

Nunca había sido muy expresiva, y podía contar con los dedos de una mano las veces que Grace y yo nos habíamos mostrado afecto físico. Y, sin embargo, mientras observaba a Viktor y su evidente aversión, me moría de ganas de abrazarlo.

Pero no podía hacer tal cosa, así que aparté la mirada.

—Genial. Ahora que ya está decidido, ¿alguien quiere un poco de té? —Seguía teniendo los dedos entumecidos. Eché un vistazo al carrito, pero cambié de opinión—. ¿Sabéis qué? Hoy me apetece un chocolate caliente. Estaré en la cocina.

Salí del taller, pero me quedé paralizada al oír la voz de Pierre al otro lado de la puerta.

—... dijiste que, si aceptaba, no pondrías trabas.

—Lo sé. —La voz de Viktor sonaba fría, llena de ira—. Pero no tiene por qué gustarme la idea.

—Estará bien. No es una situación peligrosa.

—Nadie puede garantizarnos eso. Veronica es frágil y demasiado importante como para ponerla en peligro.

—Ha tomado una decisión consciente. Le has dado toda la información y ella ha dicho que sí.

—De hecho, le has dado *demasiada* información —dijo Arlo con sorna—. Le cuentas demasiadas cosas, Viktor. Sabe mucho más de lo necesario.

—No le cuento las cosas porque crea que necesita saberlas.

—Entonces, ¿por qué?

—Me gusta hablar con ella.

—Venga ya. ¿Qué edad tiene, veintiséis? Nació ayer.

—No sé a qué te refieres.

—Tú no retozas con gente como ella.

Retozas, repetí mentalmente, mordiéndome las mejillas para que no se me escapara la risa. Quizá Viktor y yo estuviéramos hechos el uno para el otro, porque su respuesta fue decir con fastidio:

—¿«Retozas»? ¿En serio?

—Detestas pasar tiempo con los mortales. ¿Por qué con ella no?

Viktor suspiró, lo suficientemente fuerte como para que yo lo oyera.

—No sabría explicártelo, ni yo mismo le encuentro sentido.

—No es buena para ti. No deberías...

—Cierra el pico, Arlo —dijo Pierre, irritado—. Viktor no necesita tu permiso; tú necesitas el suyo.

Él y Arlo empezaron a discutir. Unos segundos después, Viktor salió del taller, pero se detuvo en seco al verme allí.

—Eh —susurré.

Me respondió con un asentimiento brusco.

Debería haberme avergonzado por que me hubiese pillado, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

Tras dudar un poco, asintió. Sonreí, le agarré el antebrazo y lo llevé a la cocina.

No era un abrazo, pero me conformaba.



Durante la semana siguiente, la casa de Viktor parecía más tranquila bajo el suave zumbido de la calefacción central.

—¿Debería preocuparme? —le pregunté a Arlo—. ¿Es esto la calma que precede a la tormenta? ¿Estamos a punto de recibir una emboscada?

Él arrugó la nariz, como si mi pregunta oliera a pescado podrido.

—Si haces tu trabajo tan bien como Viktor afirma —contestó con escepticismo—, entonces, no. No tienes nada de qué preocuparte.

—¿Es eso una amenaza?

—Es un recordatorio de que tus acciones tienen consecuencias. Y de que quizá deberías dedicar menos tiempo a hacerle ojitos a la gente y más a terminar la novela.

Al decir aquello, me di cuenta de que Arlo creía que lo que estábamos haciendo Viktor y yo era escribir una obra de ficción, y no me molesté en corregirlo. Al día siguiente, cuando me lo encontré contemplando a Sam mientras ella tocaba el piano, sin rastro de su furia habitual en favor de algo mucho más tierno, me pregunté si *alguien* no estaría coladito por *alguien*. Me planteé la opción de hacerle alguna bromita al respecto, pero decidí que no valía la pena arriesgarme a ser atropellada y abandonada en un charco de sangre en medio de Vermont a cambio de un ratito de entretenimiento.

Para entonces, ya sabía que *Ars moriendi* era algo más que la simple suma de sus partes. No había logrado descifrar el código, pero una noche le pregunté a Viktor qué decía el texto y él se acercó a mi mesa, se apoyó sobre una mano y se pasó horas leyéndomelo en voz alta. Nos quedamos allí, inclinados el uno hacia el otro, con el manuscrito original en el espacio que nos separaba, mientras él traducía pasaje tras pasaje. Aquello era un batiburrillo sobre filosofía hermética, el destino del hombre y la reconciliación de las tradiciones cristianas con el paganismo. No podían faltar palabras como «éter», «fluidos» o «expiación». Tres putas páginas enteras sobre el alma, algunos párrafos acerca de la naturaleza que me recordaron a san Agustín, un capítulo divagante dedicado a la inmortalidad de ciertos tipos de carne...

Típicas mierdas de renacidos, supuse.

La falsificación estaba casi terminada, y presentía que la echaría de menos cuando la acabara. Este había sido mi proyecto más ambicioso y, durante meses, había sentido un cosquilleo de emoción desde que me despertaba por la mañana hasta que llegaba al taller. No sabía muy bien cómo conseguiría pasar página.

Viktor también parecía sorprendido por lo rápido que se acercaba el fin. Empezó a recibirme en la puerta principal todas las noches. La abría antes incluso de que pudiera levantar el puño para llamar. Me acompañaba hasta el taller, a veces en silencio, a veces preguntándome por mi día o contándome un par de cosas sobre el suyo. A estas alturas del proyecto, él ya no tenía mucho que hacer y, aun así, se pasaba la tarde sentado en la silla de respaldo alto, perpendicular a mi escritorio, observándome trabajar, sin apenas mediar palabra.

No me molestaba su presencia, vigilante como la de un halcón. Al contrario, de hecho. En ocasiones, aunque cada vez con menos frecuencia, se inclinaba hacia mí y me señalaba descuidos o imperfecciones. Pero, en su mayor parte, se limitaba a sentarse y observar. De vez en cuando, levantaba la vista y lo veía, con las manos agarradas a los reposabrazos, y chasqueaba la lengua.

—Relájese, doctor Ashworth —le dije una vez—. No voy a empezar a escribir en Comic Papyrus.

—No las tengo todas conmigo.

—Vaya por Dios.

Tragó saliva, aunque su expresión era serena.

—Me gusta contemplarte. Incluso cuando copias algo que no es fruto de tu imaginación, hay algo salvaje en tu manera de crear arte. Como si no fuera del todo civilizado.

—No estoy segura de que esto cumpla los requisitos —dije riendo para disimular que mi corazón acababa de dar un vuelco.

—¿Para considerarse arte, te refieres?

Asentí.

—¿Por qué?

—No es una creación original.

Se quedó pensando un momento.

—No creo que eso te haga menos artista. De todas formas, quizá deberías planteártelo.

—¿Plantearme el qué?

—Crear algo original.

De repente, sentí que me ardían las mejillas.

—Bueno... Puede.

—Espero que algún día lo hagas —añadió con delicadeza.

Me volví hacia él. Su rostro serio parecía sincero.

Había pasado por varias etapas: dibujo, acuarela, caligrafía. Incluso aprendí a encuadernar. Las había disfrutado todas, pero, con el tiempo, *crear* arte había pasado a un segundo plano para dar prioridad a *estudiar* arte. No había tiempo para todo. Los materiales eran caros. Y, no sé muy bien cómo, había acabado metida en una trama de falsificación de libros y documentos.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No puedo evitar pensar que cualquier cosa que salga de tu mente sería algo digno de contemplar.



El día de la exposición de arte, descubrí cómo era Viktor cuando estaba de mal humor.

—Está que trina —dijo Arlo al recogerme para reunirnos con los demás en la galería—. Ten mucho cuidado. No te conviene cabrearlo cuando está así. Ahórrate las tonterías.

—¿Con quién está tan enfadado?

Resopló.

—Con Pierre, por idear el plan. Consigo mismo, por dejar que Pierre te lo propusiera. Con el universo, por permitir tu existencia. En fin, hay para elegir.

La galería era blanca, ultramoderna y fea de cojones. Ya había docenas de invitados deambulando, cogiendo copas de champán de bandejas de plata y pisándose los unos a los otros mientras buscaban desesperadamente ángulos de visión que lograran que los cuadros dejaran de parecer manchas amorfas.

—Hay que ver cómo cambias cuando vas arreglada —comentó Pierre al reunirse conmigo en la entrada, lo cual podía considerarse un cumplido o un insulto, dependiendo de cómo lo miraras. Había decidido no quitarme la mayoría de los *piercings*; volver a ponérmelos podía llevarme casi una hora, y algunos de mis cartílagos aún tendían a cerrarse a pesar de haber pasado años. Aun así, me había rizado el pelo y había rebuscado en el cajón del baño hasta encontrar el pintalabios más rojo que tenía. Como era poco probable que mi estilo personal impresionara a alguien como el director, me había puesto un vestido con un escotazo que Roxanne ya no podía llevar porque, como bien me recordaba a menudo, a diferencia de mí, ella sí que tenía tetas.

Sabía que estaba guapísima. Simplemente no parecía yo misma, pero en una noche como esta no era nada malo.

—¿No prefieres quitártelo? —preguntó Pierre—. No pega mucho con el resto del conjunto. —Estaba mirando el reloj de hombre que llevaba en la muñeca con el ceño fruncido. Decidí ignorarlo.

—¿El director ya está aquí?

—Sí. Se apellida Wiegand. Es ese hombre alto y corpulento que lleva un traje demasiado grande. Junto a la escultura de plata de la derecha. Pelo canoso. Está coqueteando con la pelirroja.

—Ya lo veo.

—¿Tienes claro a dónde hay que llevarlo? ¿Recuerdas el pasillo y el despacho de los que hablamos?

Asentí con la cabeza. Pierre se alejó y me quedé sola. Pasé unos minutos contemplando los cuadros —demasiado abstractos para mi gusto, aunque me gustaban las atrevidas elecciones de color de la señora Wiegand— y dando un par de vueltas, fingiendo que no reconocía a dos de los guardias de Viktor que se hacían pasar por

invitados. No se me daba muy bien entablar conversación con gente nueva, así que, cuando llegué a la zona donde se encontraba Wiegand, hice lo único que se me ocurrió: le di un codazo.

El señor Wiegand se dio la vuelta. Su rostro cuadrado ya estaba arrugado por la ira y yo solté un grito ahogado teatral.

—Lo siento muchísimo, señor. Estaba admirando la escultura de resina y... —Le puse una mano en el antebrazo en señal de disculpa y, dos minutos después, me estaba contando toda la historia del *objet trouvé*.

—Pero ¿quién decide cuánto debe costar una obra de arte? —pregunté con los ojos muy abiertos.

Por la cara que puso él, era como si acabara de ganar la lotería.

—Bueno, eso es harina de otro costal. Mejor no hablemos del tema, porque podría estar horas. —Y procedió a hablar del tema. Aquello me iba de perlas.

Por suerte, tenía mucha experiencia en eso de saber qué cosas les cortaban el rollo a los hombres. Lo único que tenía que hacer para atraer a Wiegand era todo lo contrario de lo que me dictaba el instinto, incluyendo fingir que no me daba cuenta de que parecía dirigir su sermón sobre el genio de Picasso a mis tetas. Atraer a este tipo de gente nunca me había interesado, pero fue sorprendentemente fácil interpretar el papel. Era como ponerse una piel distinta por una noche. Era una impostora nata, igual que mis padres. Me pregunté cuánto más sencilla habría sido mi vida en el instituto y la universidad si lo hubiera aprovechado más a menudo. Entonces intenté imaginarme utilizando esta nueva personalidad para seducir a alguien con quien de verdad quisiera acostarme.

Por ejemplo, Viktor.

Nos imaginé a los dos en el taller y yo lanzándome a por todas: gestos coquetos, un movimiento de pelo en el momento justo, un atuendo especialmente sugerente... La nueva y mejorada Vero. A él, sin embargo, no podía imaginármelo haciendo otra cosa que no fuera ponerme los nudillos en la frente para comprobar si tenía fiebre, y esa idea me calentó el pecho como una supernova.

—Ay, es usted *tan* gracioso... —adulé al señor Wiegand después de que soltara algo que probablemente no tenía la más mínima gracia, y asentí cuando una de sus ayudantes se acercó para llevárselo un momento.

—Disculpa, cariño —me dijo—. No te vayas a ningún lado, enseguida vuelvo.

Así que me quedé allí, contemplando la misma escultura de mierda durante cinco minutos. Casi me convencí de que era una obra maestra.

—No tienes cara de estar pasándotelo muy bien —comentó una voz seca y calmada a mis espaldas.

Miré por encima del hombro. Vi una figura corpulenta y rígida, con la mandíbula apretada y una mirada vidriosa.

—Tú tampoco.

El silencio de Viktor era tan denso que sonaba como un grito.

—¿Es que no me vas a decir nada sobre lo mucho que cambio cuando voy arreglada?

Frunció el ceño y luego entreabrió los labios, como si fuera a decir algo, pero, antes de emitir palabra, Wiegand regresó, pidiéndome disculpas por haber tenido que ocuparse de un pequeño asunto y llamándome «cariño». Me aseguró que ya estaba libre para continuar haciéndome la visita guiada. Viktor ya se estaba alejando, y me fijé en cómo la asistente de Wiegand, una mujer guapa, lo seguía con la mirada. Sentí algo parecido a la envidia. O tal vez eran celos.

Quería acabar con esto cuanto antes, así que, tras ver un puñado de cuadros más y escuchar una explicación totalmente errónea sobre la evolución histórica del *trompe-l'œil*, dije:

—Hace mucho calor aquí.

Era mentira, y la mirada que me lanzó Wiegand denotaba tal sorpresa que temí haberme precipitado. Pero no: aquel era un hombre mayor y rico, con una noción inflada de sí mismo y de lo que se merecía. Daba por hecho que yo había caído rendida a sus pies.

—Hay un balcón —me ofreció.

Mierda.

—¿No hará demasiado frío afuera? —pregunté con inocencia, intentando fingir que el concepto de temperatura era algo nuevo para mí.

—Ah, sí, sí. Podemos tomarnos un pequeño descanso lejos de la multitud. —Nos abrimos paso en dirección al fondo de la galería, dejando atrás a los asistentes y los cuadros sin sentido. La mano de Wiegand rozó la mía y el estómago me dio un vuelco.

Ya estábamos solos en el pasillo. Al final había un despacho, y se suponía que debía llevarlo allí.

—¿Pinta usted, señor? ¿Es artista?

—Bill, cariño. Te he dicho que me podías llamar Bill.

—Ah, sí. —Solté una risita mecánica—. ¿Pintas, Bi...?

Fue error mío. Tenía en mente que Wiegand esperaría hasta que hubiera una puerta cerrada entre nosotros y su esposa, pero debería haberlo sabido: los hombres ricos siempre toman lo que quieren sin tener en cuenta lo demás. Así que me pilló por sorpresa cuando me agarró de la cintura y me empujó contra la pared. No reaccioné con la suficiente rapidez. Su aliento olía a alcohol puro y su piel desprendía un aroma empalagoso, como a colonia podrida. Cuando presionó el estómago contra mí, por un momento me sentí asfixiada, sin aire, como si me hubiera hundido en unas arenas movedizas.

Que te jodan, pensé, recomponiéndome y girándome para darle un rodillazo en los huevos, pero justo antes de hacerlo, su pesado cuerpo se apartó de mí y pude volver a respirar. Wiegand seguía ahí, pero ya no me oprimía. De hecho, ni siquiera me tocaba. Estaba a unos centímetros de distancia, con los ojos desorbitados, emitiendo sonidos ahogados mientras su cuerpo se tensaba como si sintiera un gran dolor.

Viktor estaba detrás de él, inclinado, con los dientes clavados en su cuello. Fue un trabajo limpio y terminó asombrosamente rápido. O tal vez el tiempo pasó volando porque Viktor no rompió el contacto visual conmigo en ningún momento, ni mientras tragaba

dos o tres veces ni después de apartarse y sacarse un pañuelo del bolsillo para limpiarse los labios. Luego lo dobló y se lo guardó, y cuando pareció satisfecho de volver a estar presentable, se acercó con naturalidad a un Wiegand aún aturdido para...

Romperle el brazo por la mitad.

El espantoso crujido del hueso resonó por todo el pasillo. Incluso en ese estado semihipnotizado, Wiegand soltó un gemido y se llevó el brazo colgante al pecho. Aun así, no parecía terminar de despertar.

—Estabas buscando el baño, te has mareado y te has caído. No había nadie contigo. Ahora vete —le ordenó Viktor, haciendo un gesto a uno de los guardias que merodeaban cerca para que lo acompañara desde una distancia segura.

—¿Acabas de...? —Me tapé la boca con la mano. Conté hasta cinco—. ¿Acabas de romperle el brazo?

Asintió una única vez.

—¿Por qué?

Sus ojos se posaron en mi cintura, donde Wiegand me había manoseado con tan poca delicadeza que sabía que me iba a salir un moratón.

—Sabes perfectamente por qué.

—Pero... no puede volver así. Se darán cuenta de que ha pasado algo. Y él también.

—No. Ahora mismo, las sustancias químicas de mi saliva lo han dejado en un estado muy sugestionable. Ya le he dicho cuál era su coartada. Vamos. —Me agarró del codo y empezamos a andar.

—¿A dónde vamos?

—A la salida trasera. Voy a acompañarte fuera. Arlo está esperando para llevarte a casa.

—Entonces... ¿ya está? ¿Lo hemos logrado? ¿Has conseguido lo que necesitabas?

—Sí.

—¿De verdad? —Quizá fuese la adrenalina, pero sentí que me invadía la emoción—. ¿Ahora puedes leer los pensamientos de

Wiegand?

Tensó los labios.

—Sí. Por muy comprensibles que sean, me resultan bastante desagradables.

—¿Ha estado bien?

—¿Cómo?

—La sangre de Wiegand. ¿Estaba buena?

Viktor exhaló.

—No.

—¿En serio?

Se quitó la americana y me la tendió.

—Era repugnante.

—Ah, vaya. —Me envolví con la cálida tela mientras Viktor abría la puerta. En la calle, hacía un frío insoportable—. Entonces, eh..., ¿hay sangre que sabe bien y sangre que sabe mal?

—Por supuesto. —Me miró como si nunca le hubieran hecho una pregunta más tonta. Sin embargo, al ver que empezaba a temblar, me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia él mientras íbamos en dirección al coche de Arlo.

—Qué guay. ¿Cuál es la mejor sangre que has probado?

Apartó la mirada. No respondió.

—Venga, tengo curiosidad. ¿Existe alguna correlación específica? Por ejemplo, ¿sabe mejor si la persona tiene los ojos marrones? ¿O si es virgen? Porque, si es así, la mía debe de saber a vinagre...

—Hostia puta.

Me quedé paralizada en medio de la acera.

Esa voz era la de Roxanne.

Alcé la vista.

Y esa cara era la de Roxanne también.

Sorprendida, intenté poner algo de distancia entre Viktor y yo, pero él no se movió ni un milímetro.

—¿Ese vestido no era mío? —me preguntó mi amiga con una sonrisa burlona.

—Toda la ropa que tengo fue tuya en algún momento, Roxanne —respondí con un suspiro. Decidí que tenía demasiado frío, que aquello me había pillado con la guardia demasiado baja y que tenía demasiada adrenalina en el cuerpo como para manejar adecuadamente aquel encuentro fortuito, así que me rendí—: Viktor, esta es Roxanne, la madre de Rorie. ¿Te acuerdas de mi pequeña aprendiz de escriba? Roxanne, este es Viktor Ashworth. Es... Trabajo con él.

—Sí. Entre otras cosas —murmuró ella. Dios, cómo odiaba esa sonrisita de suficiencia—. Encantada de conocerte, Viktor. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

—Hay una exposición...

—¿La de Alanna Wiegand?

—Ah. ¿La conoces? —El arte contemporáneo no solía ser lo suyo.

—Sí. Bueno, trabajo mucho con su marido; básicamente tiene el monopolio de la joyería georgiana y victoriana. El peloteo está a la orden del día. —Miraba a Viktor como si fuera un broche de plata esperando su evaluación—. Vaya, vaya —dijo al fin—. Rorie ya me comentó que era guapo. —Desvió la vista del rostro de Viktor a su mano, que casualmente estaba aferrada a mi cintura. Ensanchó aún más la sonrisa.

—Roxanne...

—Estás guapísima hoy, Vero. ¿Verdad que está guapísima?

La pregunta iba dirigida a Viktor. En ese momento me di cuenta de que aún no había dicho una sola palabra desde el comienzo de la conversación. Su respuesta impertérrita fue:

—No más de lo habitual.

—Cierto. —El brillo en los ojos de Roxanne me indicó que estaba satisfecha con esa respuesta—. Bueno, espero que paséis una noche fantástica. Llámame mañana, ¿vale?

—Preferiría esnifar veneno para ratas.

—¡Ja! Me lo imagino. Llámame de todos modos. Adiós, doctor Ashworth. —Pasó junto a nosotros a paso ligero.

Dimos unos pasos más y por fin llegamos al coche de Arlo.

—Lo siento —dije—. Creo que mi amiga se piensa que...

—Deberías subir —espetó Viktor, tenso.

—¿Por qué? Si quieres puedo volver adentro y...

—Porque lo digo yo.

—Eso no es...

—No me hagas repetirlo, Veronica.

—No te...

—Porque quiero que salgas de aquí *ya*. —Me alejé un poco de él y vi que tragaba saliva—. Lo siento. —Sacudió la cabeza. Tomó aire y soltó un suspiro lento. Vi el odio hacia sí mismo reflejado en su rostro.

Ay, Viktor.

Sonreí, le acaricié una mejilla con la mano y luego me puse de puntillas para darle un beso prolongado en la otra. Cuando volví a apoyar los talones en el suelo, vi que él había cerrado los ojos, como si no pudiera soportarlo. Como si no pudiera soportar nada de lo que estaba ocurriendo ese día.

—Que pases buena noche —susurré.

Me metí en el coche y él cerró la puerta. Antes de que Arlo doblara la esquina, miré hacia atrás. Seguía donde lo habíamos dejado, pero su pelo, perfectamente peinado hasta hacía unos segundos, ahora estaba revuelto, como si se hubiera pasado ambas manos por él.



Durante veinticuatro horas, me olvidé de respirar, dormir y comer. Solo podía sentir la expectación y la certeza, arraigadas en lo más profundo de mi ser, de que algo estaba a punto de suceder. Cuando Arlo al fin vino a recogerme, llevaba quince minutos esperando fuera, en medio del frío.

—¿Te lo ha contado Viktor? —me preguntó, incorporándose al tráfico.

—¿Qué? ¿Cómo? —Se me encogió el corazón—. ¿Es algo relacionado con Wiegand? ¿Algo ha salido...?

—No, no es eso.

No quiso decirme nada más. Por primera vez en dos semanas, Viktor no me recibió en la puerta. Ni en el taller. Trabajé durante casi una hora, inquieta, nerviosa, y luego dejé de intentar ser productiva y fui a buscarlo a su despacho. No estaba. Desanimada, volví al taller y lo encontré esperándome, con las manos en los bolsillos y su habitual postura erguida.

El pulso se me aceleró de alegría.

—Hola.

—Tengo que marcharme unos días —dijo con una voz despojada de toda calidez. Sus ojos se encontraron con los míos y luego se desviaron. Me sentí como si me hubieran cortado con un bisturí.

—Ah. —Faltaba menos de una semana para Acción de Gracias. Quizá por eso me sentí traicionada. En cualquier caso, noté un nudo pesado en la garganta—. ¿Me... me lo habías comentado en algún momento?

—No. No estaba planeado.

Asentí y entonces me vino un pensamiento horrible.

—¿Tiene que ver con...? —Ese era el problema de hablar con un tío inmortal con superpoderes sobre algo que desafiaba las etiquetas, ¿no? Sin palabras, no había forma de hacerlo bien.

Sin embargo, Viktor me entendió de todos modos y negó con la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. Mi sire me necesita, pero no tiene nada que ver con... lo que está ocurriendo aquí. —«Entre nosotros», quería decir.

Su sire lo necesitaba. Me imaginé a Viktor montando una estantería de Ikea para una criatura parecida a Nosferatu.

—¿Va todo bien?

—Ha habido un ataque. Dos renacidos han salido heridos. Aunque se recuperarán, hay que investigar la brecha de seguridad para poder... No debería contarte nada de esto.

—No, probablemente no. ¿Ha sido Silas?

Apretó los labios.

—Es una posibilidad.

—Ya veo. ¿Cuándo te vas?

—Esta noche.

El corazón me dio un vuelco.

—De acuerdo. Bueno, pásatelo bien.

—Lo dudo. Te he dejado eso. —Me señaló algo que había sobre la mesa—. Ojalá tuviera más tiempo para explicártelo, pero, cuando llegues a la penúltima página de *Ars moriendi*, sustituye el texto del manuscrito por el que te he escrito ahí.

Arqueeé una ceja.

—¿Quieres que cambie las palabras de la réplica?

—Sí. Cuando vuelva, te lo explicaré mejor. —Se humedeció los labios—. Cuando vuelva, tendremos varias conversaciones pendientes.

—¿Sobre cosas buenas?

Tras una pausa, dijo:

—No lo sé. —Sus ojos, sin embargo, me miraban con ternura—. Espero que sí.

—De acuerdo. Yo... Yo también lo espero. —Intenté esbozar una sonrisa. No dio el pego.

—Aparte de eso, ¿estarás bien?

—Creo que sí. —Dependiendo de cuánto tiempo estuviera fuera, quizá empezaría con la encuadernación de la cubierta sin él. Luego añadiría algunos signos de envejecimiento y después... ya habría terminado y nunca volvería a ver a Viktor. Así es como iba esto, ¿no?

Sí. Y lo sabía desde un primer momento.

Por primera vez en años, me entraron ganas de llorar.

Por favor, pensé. Que esas conversaciones sean sobre cosas buenas.

—O sea, sí —me corregí, tratando de sonar alegre—. Claro que estaré bien. A estas alturas soy una profesional consumada y, seamos sinceros, ya casi no te necesito, así que... ¿Qué?

Había una leve sonrisa en sus labios, apenas contenida.

—Nada.

—Mmm... No te creo. ¿Por qué te ríes de mí?

Él negó con la cabeza con un ligero movimiento, pero sus ojos no se apartaron de los míos. Alzó la mano, acortando la distancia entre nosotros, y me rozó la mejilla con el pulgar.

—La consumada profesional tenía una mancha de tinta en la cara —dijo en voz baja.

Ignoré el latido que se acababa de saltar mi corazón.

—¿Se ha quitado?

Volvió a pasar el dedo por el mismo sitio. Negó con la cabeza. Entonces bajó el pulgar hasta detenerlo frente a mi boca, y no estaba segura de qué iba a...

Ah.

No intercambiamos palabras, pero ambos nos entendimos. Sentí un ardor en la piel al notar la suya en contacto con mis labios. Saqué la lengua y le lamí delicadamente la yema del pulgar.

Me salió como algo natural. Prohibido. Y despertó una sensación en mi vientre.

Viktor se quedó tan quieto que me pregunté si la había cagado, si había ido demasiado lejos. Sus ojos se pusieron vidriosos y bajó la mirada a mis labios aún entreabiertos. Por un instante, estuve segura de que eso no era lo que él pretendía que hiciera. Nos había incomodado a los dos y ahora quería morirme. Necesitaba salir corriendo, buscar una pala y empezar a cavar el hoyo donde enterrarme viva.

Pero entonces dijo:

—Más.

Sonó brusco y sincero, una mezcla entre súplica y orden. Mi cuerpo entero latió. Dejé de pensar e hice exactamente lo que él quería, observando cómo ese rubor familiar se extendía por su pálida piel. La yema de su pulgar volvió a mi mejilla, estaba cálida y húmeda, y en esa caricia estaba todo lo que lo hacía ser él.

El contacto no duró ni de lejos el tiempo suficiente.

—Ahora sí —murmuró. Su mano, no del todo firme, se quedó oscilando entre nosotros por un segundo, hasta que la dejó caer a un lado—. Ahora sí.

Se marchó un instante después, pero yo seguí mirando fijamente el lugar que había dejado vacío, sintiéndome como si una presa se hubiera roto y yo estuviera justo debajo del torrente.



CAPÍTULO 7

Ese año pasé el Día de Acción de Gracias con Roxanne y Elias en casa de Wanda, quien me hizo bromitas acerca de mi «don Coleccionista Rico» mientras me rellenaba el plato.

—¿Ya está coladito por ti? —preguntó Wanda.

—Sí —respondió Roxanne. Rorie se quedaba con su padre durante esas vacaciones, lo que significaba que estaría fuera de la ciudad toda la semana. Roxanne echaba de menos a su hija, y eso me partía el corazón. También me provocaba un cierto dolor en el pecho que no hubiera dejado de hablar de Viktor ni un solo minuto desde la noche de la exposición—. ¿Lo está?

—Por supuesto —mentí, llenándome la boca de boniato—. Se resistió con todas sus fuerzas, pero no pudo evitarlo.

—Roxanne me contó que no parecía ser tu tipo —dijo Elias.

Le lancé una mirada de reproche a Roxanne.

—¿Qué pasa? ¿Que como lleva trajes de cinco mil dólares y habla con acento refinado no puede estar con la clase de chica que nunca ha tenido seguro dental y que ha crecido bebiendo alcohol clandestino?

—No es tu tipo porque te mira como si el resto del mundo no existiera y a ti te suelen gustar los hombres que ni siquiera se saben tu nombre porque sufren daños en la memoria a corto plazo provocados por las drogas —replicó Roxanne con sarcasmo.

—Uy, uy, uy... —Wanda se abanicó—. Entonces, ¿cuándo y dónde será la boda?

—En primer lugar, no corráis tanto. Y, en segundo, ni siquiera me habéis preguntado si yo siento lo mismo.

—Ay, cariño, es porque no nos importa.

—No se trata de encontrar al amor de tu vida —coincidió Elias—. Solo necesitamos que nos compres una casa en una isla tropical.

Intenté no darle importancia a que Viktor se hubiera ido. De hecho, me esforcé por no pensar en ello en absoluto. Pero en el fondo sabía que, si me hubiera dicho cuándo pensaba volver, probablemente habría estado contando los días. Me centré en la tesis. Cuando ya no podía más, le enviaba un mensaje a Arlo, que venía a recogerme de mala gana. Me pasé horas concentrada en las últimas páginas de *Ars moriendi*, y luego en la encuadernación y la cubierta. Y así una y otra vez, durante una semana interminable y sombría. Entonces, ocho días después de que se hubieran ido, Sam abrió la puerta de casa con una sonrisa y dijo:

—Viktor y Pierre han vuelto.

—Me cago en Arlo por no decírmelo —murmuré mientras avanzaba con paso pesado por el pasillo. Soñaba con un futuro en el que ese hombre y yo fuéramos capaces de olvidar nuestros respectivos nombres.

Estaba al caer. Pronto llegaría. Por desgracia, puede que coincidiera con la salida de Viktor de mi vida.

Me detuve junto a la ventana para mirar el jardín, que estaba cubierto de nieve y cuervos. Los conté. *¿Son suficientes para considerarse una bandada?*, me pregunté, hasta que me di cuenta de que estaba evitando enfrentarme al asunto.

Me sentía inestable, insegura de qué esperar de una conversación sincera con Viktor, y no solo porque fuera un ser inmortal. Mi experiencia con las relaciones se limitaba a tener sexo intermitentemente bueno o a emborracharnos con cerveza mientras veíamos dibujos animados juntos, y no lograba imaginarme a Viktor haciendo ninguna de esas dos cosas: ni manteniendo relaciones ni haciendo travesuras de borrachos. Éramos tan diferentes que no tenía ni idea de cómo podíamos siquiera respirar el mismo aire. Pero

lo habíamos estado haciendo. Durante meses. Con resultados bastante espectaculares.

Oí unas voces familiares que provenían de una habitación que aún no había explorado, probablemente porque no era relevante para mi trabajo: un gimnasio. Había alguien dentro, así que empujé la puerta con cuidado y me quedé inmóvil.

Viktor y Pierre estaban allí, entrenando algún tipo de disciplina marcial. Ignoraba si sería un rasgo común entre los renacidos o algo específico de ellos, pero enseguida me quedó claro que eran unos luchadores impresionantes: tenían una rapidez sobrenatural, arremetían con una fuerza inmensa y se recuperaban con agilidad tras cada golpe.

No podía apartar la vista de Viktor, quizá porque, por primera vez desde que nos habíamos conocido, no llevaba traje, sino unos pantalones negros que se le ceñían a los cuádriceps y una camiseta gris sin mangas que estaba empapada de sudor. Blandía algo parecido a una espada de kendo para atacar a Pierre, y este sostenía en sus manos una idéntica. Aquella escena me resultó casi demasiado apabullante. Me provocó una sobreestimulación audiovisual repentina, imposible de procesar mientras escuchaba los sonidos guturales de Viktor al balancear el arma, junto con los movimientos borrosos y los músculos tensos bajo su piel sudada. Me fijé en los huecos de sus axilas al sostener la espada en alto, en la piel enrojecida por el esfuerzo, en el pelo que se le pegaba a la nuca...

—¡Vero! —gritó Pierre al verme, y detuvo la pelea. Viktor se volvió hacia mí, con el pecho subiendo y bajando por la respiración y la camiseta adherida al cuerpo.

Tragué saliva.

—Hola —saludé. Mi voz sonaba firme, pero me sentía... amonestada. Abrumada por un recuerdo. Por la conciencia sexual y tangible de Viktor. Solo quería ir hacia él y tocarlo.

—Veronica. —Su voz hizo que el cálido y retorcido rumor en mi vientre fuera aún más empalagoso. Nos quedamos mirando y él

parecía tan desconcertado como yo. Aquel era un nuevo escenario, un nuevo guion, y ninguno de los dos sabía cómo actuar.

¿Y si me acerco a él?, pensé.

¿Tiene el pelo húmedo?

¿Cómo de acelerada tiene la respiración?

¿Su sudor debe de saber a...?

Se giró para agacharse y coger una toalla, se secó la cara y luego se la echó por encima del hombro con una violencia similar a la empleada para la autoflagelación.

Me aclaré la garganta.

—Ya he terminado la réplica. Tengo algunas preguntas sobre las notas al margen.

—Vale. —Tenía los músculos tensos, como si quisiera ocultar algo—. ¿Puedes...? Iré yo a verte.

—Sí. Claro. No hay prisa. —Me dirigí al taller tan rápido como pude, hecha un lío, y me recosté contra una pared. Necesité tomarme un minuto para lidiar con... *¿Es esto deseo?, me pregunté. ¿Esta necesidad física y sobrecogedora es deseo? Cuando la gente usa la palabra «lujuria», ¿se refieren a este apetito?* Sí. Tenía que ser así.

Qué apropiado, pensé con amargura, que quien me lo esté enseñando sea un tío inmortal que se dedica a chupar sangre. En mi línea.

Un cuarto de hora más tarde, cuando entró vestido con otro puto traje, con sus gestos británicos y sus preguntas educadas sobre cómo me había ido Acción de Gracias, ya me había recuperado. Más o menos.

—Está perfecto —dijo inspeccionando lo que había hecho en su ausencia.

—No te sorprendas tanto.

—Es admiración.

—Ah. En ese caso, adelante.

Curvó los labios y deseé poder coger una lupa para estudiarlo. Quería examinar su arco de Cupido, esa peca escondida entre sus

arrugas de expresión, las gotas de agua que aún se apreciaban después de la ducha, la zona microscópica que se le había pasado al afeitarse, el pelo húmedo y rizado a la altura de la sien. Distinguía pequeños detalles que sugerían que, mientras se preparaba, cabía la posibilidad de que hubiese estado tan nervioso como yo.

Había que estar cerca de Viktor para encontrar rastros de su humanidad, pero existían.

—Entonces, ¿quieres que copie las notas al margen? —Señalé los comentarios que el transcriptor de *Ars moriendi* había dejado en los márgenes de las páginas.

—No será necesario —respondió él.

—¿Qué dicen siquiera?

Negó con la cabeza.

—En su mayoría, tonterías.

—Ahora tengo aún más curiosidad.

Suspiró y volvió a hojear las primeras páginas.

—Aquí dice: «Mi pobre mano. Empieza a doler».

—¿En serio? Pensaba que sería alguna fórmula alquímica o la ubicación del Santo Grial.

—Por desgracia, ninguna de las dos cosas. —Vi un destello en sus ojos—. «La peor página hasta ahora». «Espero que mi vela se acabe pronto». «¿Por qué hace tanto frío?».

—Pobre hombre.

—«¿Terminará esto alguna vez?». Y aquí, justo al final: «¿Qué es máspreciado: el agua para un árbol o la última línea para un escriba?».

Me reí.

—Me cae bien este tío.

Viktor arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—Tiene un buen sentido del humor.

—Estoy seguro de que a él también le habrías caído bien.

—Sospecho que, si un monje del siglo IX viera mis mallas, abogaría por quemarme en la hoguera para purgar el pecado

original de Eva. Pero gracias.

Viktor cerró los ojos. Luego, tras respirar hondo, dijo:

—Veronica...

No terminó la frase. Llamaron a la puerta —era Pierre, que pedía hablar con él un momento— y Viktor se marchó, asegurándome que volvería pronto, lo que me hizo preguntarme qué derecho tenía yo a sentirme abandonada. Trabajé en la encuadernación durante un par de horas, pero mi cerebro en ningún momento llegó a centrarse por completo en los dedos. El corazón también iba por libre. Viktor aún no había vuelto. Pensé que quizá se había quedado dormido. ¿Los renacidos sufrían *jet lag*? Me estaba pasando de intensa. De obsesiva. De rara. Era media tarde y decidí irme a casa. Echar una siesta. Aclararme las ideas.

Podíamos hablar al día siguiente. Si él quería. Sinceramente, me conformaba con haber pasado unos minutos con él.

Dios, estaba jodida.

Antes de irme, le escribí una nota a Viktor («¿Qué es máspreciado, el agua para un árbol o la siesta para una falsificadora?»), pero me sentí tan cohibida que decidí tirarla a la basura, solo para cambiar de opinión cuando ya me encontraba al final del pasillo. Volví corriendo y la dejé sobre el escritorio. Como no pude encontrar a Arlo, me despedí de los guardias de seguridad y salí para coger un Uber a casa.

Con suerte, a Viktor no le disgustaría. La nota, claro.

Suspiré y seguí andando por el caminito de piedras que daba a la carretera, debatiéndome entre si debía regresar y tirarla por el retrete o no, y recordando con melancolía la época en la que me enorgullecía de no darle vueltas a las cosas.

Fue entonces cuando algo pesado me golpeó y me tiró al suelo.



CAPÍTULO 8

El dolor fue tan agudo como la sorpresa. Había un animal encima de mí, una bestia enorme que gruñía y jadeaba con fuerza contra mi oído. Grité pidiendo ayuda y me retorcí en la nieve, tratando de escapar de su cuerpo hambriento y repugnante.

Estoy muerta, pensé. Me estoy muriendo.

Las situaciones peligrosas no eran nada nuevo para mí, pero nunca me habían atacado con tanta violencia ni me habían dominado con tanta facilidad. Mordí, di rodillazos, escupí, arañé y me intenté alejar a gatas. Nada funcionó. Estaba atrapada, indefensa bajo ese... ese *monstruo*. Tenía que ser un oso, tan alto como yo y tres veces más pesado, gruñendo, rasgándose la ropa para llegar a mi cuello, como si fuera comida, como si llevara siglos muriéndose de hambre y...

Pasé de estar acabada a, un segundo después, sentir que podía volver a respirar y ver el sol en lo alto del cielo. Tomé una gran bocanada de aire y me incorporé a toda prisa hasta quedar sentada. Estaba magullada y arañada por todas partes, pero mis extremidades seguían en su sitio. Me apresuré a girarme en dirección a los ruidos.

Eran terribles. Huesos rotos. Carne desgarrada. Cráneo partido. Y, cuando mi cerebro al fin descifró lo que mis ojos estaban captando, vi que la bestia no era una bestia en absoluto, sino un hombre. Dos, de hecho.

Uno —con un pasamontañas, aún retorciéndose, irreconocible— yacía muerto en el suelo, con la materia gris de su cerebro derramándose sobre la nieve, que ahora parecía haber sido pintada con pigmento de cinabrio.

El otro tenía la mitad inferior de la cara manchada de sangre.

Y llevaba traje.

Con calma y naturalidad, se pasó una mano por el pelo, como para asegurarse de que lo tenía en su sitio.

Viktor.

No eran hombres, entonces. Eran renacidos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

La adrenalina jugaba a mi favor, porque conseguí ponerme en pie con un movimiento rápido. O no tenía ningún hueso roto, o no estaba sintiendo el dolor.

—¿Te ha hecho daño? ¿Quién coño era ese?

Miré a mi alrededor, pero no había vecinos cerca que pudieran haber presenciado aquello. Tampoco pasaba ningún coche. El cadáver... Joder. Íbamos a tener que deshacernos de él.

—Viktor, ¿qué...? —Por primera vez desde que había terminado la pelea, lo miré a los ojos y me quedé paralizada—. ¿Viktor? ¿Eres... Viktor?

Quizá no. Quizá no lo era. El hombre que me miraba fijamente a unos pasos de distancia, con un cadáver destrozado a sus pies, tenía el cuerpo, el rostro y la ropa de Viktor. Sin embargo, su expresión... era diferente. Era la de un depredador.

Un depredador que ya había matado a su presa, pero que seguía hambriento.

El terror se apoderó de mí y eché a correr. Fue un acto impulsivo y absurdo (nunca iba a ser más rápida que un renacido), pero solo me di cuenta de que estaba huyendo cuando oí el crujir de la nieve bajo mis botas.

Tonta, me dije. Eres tonta.

Pero ya casi había llegado a la casa. ¿Dónde coño estaba mi móvil? Si me alcanzaba...

Un cuerpo fuerte me empujó contra la puerta principal y grité.

—*No. Corras.*

La voz era un gruñido sibilante en mi oído, extraña y, sin embargo, inconfundible. Apreté los ojos con todas mis fuerzas. Cerré el puño. Intenté golpear la puerta para pedir ayuda, pero él estaba demasiado pegado a mí y me impedía moverme.

Joder.

Joder.

—Por favor —grité. Enfadada. Frustrada. El aire olía a resina de árbol. A enebro y sangre.

—*No. Puedes. Correr.*

Me retorcí debajo de él, pero su cuerpo no cedió. En cambio, gruñó y empujó más contra mí. Sus músculos rígidos estaban magullando los míos, y la presión de su...

Estaba empalmado. Preso de algún tipo de frenesí. Notaba su erección contra mi culo, dura, inmensa. Gemí, desesperada por zafarme.

—*Veronica. Para.*

—¿Que pare? —Solté un sonido histérico entre lágrimas—. ¿Se supone que debo quedarme aquí esperando a que tú...?

—Puedes irte —gruñó en mi oído—. Pero no puedes *correr*.

Dejé de forcejear.

—¿Por qué?

—Porque, si corres, no podré controlarme. Si corres, yo también correré. Tras de ti. ¿Quieres adivinar quién es más rápido?

Su voz estaba cambiando. Transformándose. Volviendo a la que pertenecía al Viktor que yo...

Bueno. A ser Viktor.

Cálmate, Vero. Cálmate.

Respiré hondo.

Cálmate y ya.

—Mejor —dijo él. Mi corazón volvió a acelerarse con una nueva oleada de pánico y él gruñó como si pudiera sentirlo—. Joder... Veronica. Mírame.

Lo hice. Tardé unos segundos, pero obedecí. Giré el cuerpo debajo del suyo, y allí estaba él, Viktor, con esos ojos vacíos y voraces, con sangre por todo su hermoso rostro, cubriéndole los labios y la lengua. Era el Viktor Ensangrentado.

—No tienes nada que temer —murmuró—. Nunca te haré daño.

—Acabas de decirme que si corro vendrás a por mí y me matarás, así que...

—He dicho que iba a ir a por ti. No he dicho nada sobre matar.

Ah.

¿Eso significaba que...?

Ah.

Joder.

—Si quieres irte, puedes —dijo sin apartar la mirada de mí—, pero tienes que alejarte poco a poco. Y preferiría que no lo hicieras.

—¿P-por qué?

—Porque quienquiera que fuera ese hombre, puede que no esté solo. Alguien tiene que protegerte. Como yo ahora mismo no puedo, quiero que entres y busques a Pierre.

No estaba en mi momento más racional, pero había algo ahí que no me cuadraba.

—¿Por qué...? ¿Por qué no puedes protegerme tú?

—Porque... —El rostro de Viktor se contrajo en una mueca de dolor—. Mierda.

—¿Mierda?

—Veronica, entra.

—¿Qué? Viktor, ¿estás... estás bien?

—Cuchillo. Veneno. Entra...

Y entonces se desplomó sobre mí.



—Bueno —susurré unas dos horas más tarde, mirándome las manos y preguntándome si en algún momento dejarían de temblar—,

supongo que es demasiado ilusorio esperar que ese cadáver resucitado del jardín sea el de Silas, ¿no?

Pierre, que estaba sentado frente a mí, con su silla al otro lado de la cama de Viktor, se frotó la cara y murmuró:

—Ya hemos quitado al cadáver de ahí. Y no, no era Silas.

Parecía tan conmocionado como yo, lo cual no me tranquilizó en absoluto. Cuando nos encontró a Viktor y a mí fuera, maldijo y luego palpó la herida en el abdomen de Viktor. Tras llevarse un dedo empapado de sangre a los labios, volvió a maldecir y metió el cuerpo inconsciente de Viktor dentro antes de llamar a Corbett. Toda la casa se había activado y estaba sumida en un caos absoluto, pero Pierre no. Él había mantenido la calma, tal y como Viktor hubiera querido.

Y, sin embargo, ahora que estábamos solos, se cubría el rostro con las manos.

—Pero no importa —añadió—. Silas es el que ha enviado a ese tío, de eso no hay duda.

Eché un vistazo al rostro dormido de Viktor, ahora limpio de sangre. Le habían vendado la herida, pero, a pesar de que yo se lo había pedido, Corbett no se había molestado en cosérsela ni le había inyectado ningún tipo de antídoto. Cuando insistí, me miró a los ojos y dijo:

—No sabía que tuvieras un título en Medicina especializada para renacidos. —Luego me informó de que era demasiado pronto para saber qué iba a pasar. Lo único que podíamos hacer era darle tiempo para que se curara.

Odiaba esta mierda de situación.

Y, sin embargo, ahí estaba Viktor: durmiendo plácidamente para recuperarse de su herida mortal. Al parecer, eso era lo que hacían los renacidos.

Quería gritar. Quería hacer *algo*. Cualquier cosa menos esperar.

—¿Alguna vez había pasado algo así? Me refiero a lo de envenenarlo.

Pierre hizo una mueca.

—Sí. No es raro; nosotros también usamos ese método.

—¿Es...?

—¿Mortal? A veces. —Debió de ver que me ponía blanca, porque se apresuró a añadir—: Pero Viktor es excepcionalmente poderoso, y nuestros cuerpos tienen sus propios mecanismos para curarse a gran velocidad. Hay factores metabólicos que influyen, y la edad es muy importante, con lo cual... —Hizo un gesto con la mano. Era evidente que sentía que contarme aquello era como explicarle los logaritmos a una nutria, y no lo culpaba.

Se me revolvió el estómago.

—No me gusta —dije apretando los dientes.

—¿El qué?

—Que eso de «inmortal» sea falso. —Tenía la mirada fija en Viktor. En reposo se veía joven, guapo y... Le tenía tanto cariño que tuve que apretar los puños para evitar acercarme a él—. ¿Beber sangre lo curaría? ¿No podemos darle un poco, como hicimos con Sam?

—Con Sam era diferente. El daño solar es devastador, pero fácil de revertir. Sam solo necesitaba que se le repusiera la sangre; Viktor tiene que combatir una infección.

—Pero ¿le haría daño darle un poco? Podemos probar con la mía. Puede beber tanta como quiera. No estoy... No tengo ninguna enfermedad ni nada por el estilo y soy donante universal. Quizá lo ayude.

Pierre bajó la cabeza.

—Qué pena.

—¿Qué?

—Que él no haya oído eso.

—¿Por qué?

—Lo habría puesto cachondísimo.

—¿Cómo lo sabes?

Soltó una risa grave e inesperada.

—Que te ofrezca sangre la mujer a la que... Mira, lo sé porque lo sé y punto. Confía en mí.

—No deberías confiar en nada de lo que él diga.

Era Viktor quien había hablado. Ambos giramos la cabeza hacia él. Sonaba ronco y dolorido, pero, aun así, no pude evitarlo: me puse de pie de un salto y me acerqué al borde del colchón. Deseé que no percibiera el alboroto de mi corazón; el sabor amargo del miedo en mi boca.

—Hola —dije, intentando esbozar una sonrisa.

—Hola.

Estaba más pálido de lo habitual, con los ojos apagados e inyectados en sangre. Y en ese instante decidí que nunca volvería a llamar a ese caos que sentía por él de otra forma que no fuera amor.

—¿Estás, eh..., vivo?

—Por ahora.

—Bueno, menos mal que siempre podemos re-renacerte.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Veo que Pierre te ha dado información inexacta.

—De eso nada —protestó Pierre—. Se lo ha inventado todo ella solita.

—Déjanos solos, por favor —dijo Viktor con suavidad.

Se lo decía a Pierre, pero yo lo malinterpreté. Cuando me dispuse a levantarme, la mano de Viktor cubrió la mía, reteniéndome cerca de él con una firmeza inquebrantable. Y, cuando Pierre salió y cerró la puerta, ocurrió algo que había logrado evitar durante mucho, muchísimo tiempo: unas lágrimas gruesas y silenciosas me inundaron los ojos, convirtiendo mi visión de Viktor en un desastre húmedo y centelleante.

—¿Te vas a morir? —pregunté—. Porque eso me pondría muy triste.

—¿De verdad?

Asentí. Tenía algo en la punta de la lengua, algo que amenazaba con salir a borbotones. Lo contuve y, en su lugar, dije:

—Estaría feo por tu parte dejarme sola ahora que hay que terminar de encuadernar.

—Por fin reconoces lo importantes que son mis aportaciones.

—Tenía unas gotas de sudor en la frente. Se las sequé. Le pasé la

mano por el pelo. Era la segunda vez que lo veía despeinado.

—¿Por eso casi te matas? ¿Para obligarme a admitir que te necesito?

—Ha merecido la pena.

Apreté los párpados con fuerza, como para alejar todos esos sentimientos que me asaltaban sin piedad. Estaba sitiada. No tenía ni idea de cómo defenderme.

—¿El veneno...? ¿Estás bien? ¿Necesitas medicación o algo?

Él negó con la cabeza.

—Mi cuerpo lo está metabolizando. Quiero disculparme por haber perdido el control y haberte puesto en peligro...

—No, no. Pero... —Le acaricié la cabeza con la palma de la mano, tanto para calmarme a mí como para consolarlo a él. Cuando se inclinó hacia mí, el nudo que sentía en el pecho emitió un calor abrasador—. ¿Podrías, por favor, no volver a hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Dejarte apuñalar para salvarme.

Su sonrisa se amplió.

—No te puedo prometer nada.

—Sé que llevas vivo más de mil años, pero te garantizo que morir para salvar a una idiota como yo es lo más estúpido que has hecho en toda tu vida.

—Quién quisiera tener la confianza de la juventud.

—Cállate. Reconozco una idiotez cuando la veo. —Me sequé las lágrimas con la palma de la mano. *¿Debería decírselo?*, me pregunté. *¿Debería decirle lo mucho que me gusta? ¿Que le quiero? ¿Que la idea de despertarme mañana y descubrir que se ha ido me está destrozando en un millón de pedazos?*—. ¿Qué puedo hacer por ti? —susurré.

—Ya estás haciendo mucho, Veronica. —Deslizó una mano hacia mi costado y me acarició la cadera—. Quédate conmigo.

No recuerdo en qué momento me quedé dormida. Cuando desperté, la noche era oscura y no había luna. Estaba tumbada junto

a Viktor, con la cabeza acurrucada bajo su barbilla y su pesado antebrazo sobre mi cintura, justo debajo de la caja torácica.

Apreté su camisa con la mano y dejé que el latido constante de su corazón me arrullara de nuevo hasta conciliar el sueño.



Durante varios días, no salí de la casa de Viktor. Le pedí a un amigo que me sustituyera en las clases y le dije a mi tutora de tesis que no me encontraba bien y que trabajaría desde casa. Y eso fue justo lo que hice, aunque no fue en la tesis en lo que trabajé. La réplica, a la luz de los recientes acontecimientos, tenía prioridad.

Viktor parecía estar recuperándose bien. La seguridad se había incrementado hasta un nivel asfixiante y todos en la casa se preocupaban por él, yo incluida. Lo visitaba entre sesiones de trabajo y siempre lo encontraba recostado, con las largas piernas estiradas y los brazos cruzados sobre el estómago.

—Duerme como un vampiro, la verdad —le dije a Arlo.

—Por enésima vez, que no somos vampiros, hostia.

—Claro, claro.

Pasaba los días trabajando en la encuadernación y asegurándome de que cada parte tuviera un aspecto sutilmente envejecido, como correspondía. Por la noche, cuando me tumbaba en la cama, soñaba con hilos de lino y plumas que se disolvían en tinta sangrienta sobre mis propias manos.

—Puedo prepararte una habitación —me ofreció Sam un día, pero rechacé la oferta. Solo había un lugar donde estaba dispuesta a dormir, y, aunque nunca había recibido la aprobación verbal del legítimo dueño de la cama, sabía que él también quería que estuviera allí. De hecho, las únicas veces que Viktor abandonaba su postura de ataúd era cuando me estiraba a su lado, normalmente para cogerme y acercarme más a él o para hundir la cara en mi pelo, que a esas alturas ya olía a su champú.

Porque, cómo no, también me había adueñado de su cuarto de baño.

Se despertó de forma definitiva la mañana del cuarto día. Abrí los ojos y lo encontré mirándome fijamente. Los iris habían recuperado ese verde tan vivo y tenía una sonrisa de satisfacción en los labios. Me apoyó los dedos en la sien para apartarme los mechones grises y revueltos detrás de la oreja, y se detuvo un instante cuando me giré para bostezar contra la almohada.

Me pregunté si mi presencia lo había desconcertado, pero solo parecía curioso y encantado.

—¿De dónde has sacado esa camiseta? —preguntó.

—De tu armario.

—Ya decía yo que me sonaba.

—Pensaba que solo tenías trajes y camisas Oxford. Imagínate mi sorpresa cuando descubrí que corriste una carrera de cinco kilómetros a finales de los ochenta y tienes el botín para demostrarlo.

—Inigualable, me imagino.

—Sí. Bueno..., tampoco tanto. Mientras estabas KO, prácticamente me he mudado a esta casa y permíteme decirte que he averiguado un montón de cosas alucinantes sobre tus amigos.

—Me lo imagino.

—¿Sabías que Arlo ayudó a construir el Big Ben? ¿Y que Pierre ha visitado todos los países del mundo dos veces?

—Sí, lo sabía.

—Claro. Cómo no ibas a saberlo. En fin... —Me giré sobre la espalda y me arqueé para estirarme. Cuando volví a mirar a Viktor, tenía los ojos fijos en mí con un ligero rubor en los pómulos. Le sentaba bien. Le daba un aspecto más saludable.

—¿Crees que ya estás completamente recuperado?

Se levantó la camiseta y vi que la herida se había convertido en una simple cicatriz rosada.

—Sí.

—Bien. Genial. Porque odio a Silas y quiero hacerle tanto daño como él te ha hecho a ti y a todas las demás personas. Quiero que sufra. La réplica está prácticamente terminada. Estoy segura de que te encantará ponerte quisquilloso cuando la revises, pero...

—Estará perfecta. —Sentí como su mano rozaba la mía. Me trazó la palma con los dedos y luego los entrelazó con los míos. Mi vientre se llenó de un anhelo cálido—. Las cosas que haces tú tienden a estarlo.

Me dio un vuelco el corazón. No había suficiente aire en el mundo, y el poco que había se consumió en el momento en que levantó la mano con la que tenía agarrada la mía y se la llevó al rostro. Frotó la nariz contra mi palma, subió hasta la muñeca e inhaló el aroma de mi piel. El pulso. Donde la sangre estaba más cerca de la piel.

—¿Tienes hambre? —le pregunté acariciándole la mejilla. El corazón me latía con una fuerza insoportable.

—No sabes cuánta. —Separó los labios contra mis venas y las rozó con la lengua. Un calor sorprendente y abrumador me hizo emitir un leve gemido. Aun así, no hubo mordisco. Ni dientes blancos ni olor metálico a sangre.

—¿Te da miedo que sepa mal? —pregunté algo tensa.

La respuesta de Viktor fue un gruñido grave y dolorido que no parecía provenir de él. Soltó una exhalación contra mi piel y se apartó despacio. Me tragué la decepción mientras su mano me subía por el brazo, deteniéndose en el reloj de pulsera que ahora llevaba puesto cada segundo de cada día. Ascendió con los dedos hasta mi hombro y luego bajó de nuevo, trazando los contornos de mi cuerpo sin rumbo fijo, explorando. Sin prisas, aunque algo temblorosos. Su respiración se hizo más profunda. Se aceleró y volvió a ralentizarse mientras exploraba. Cuando me rozó el costado del pecho con la palma, brotó un gemido de su garganta.

—¿Viktor?

Nuestras miradas se encontraron, desenfocadas. Ninguno de los dos estaba del todo en sus cabales. Temblábamos y vibrábamos

juntos.

—¿Sigues sin pensar que soy un insecto efímero?

A través de la tela, me acarició con el pulgar los espacios entre las costillas.

—No, Veronica. Pienso que eres atemporal. Desde el primer momento supe que perdurarías. Tanto es así que me daba hasta miedo.

El calor irradiaba de él, abrasando mis pensamientos. Apenas nos estábamos tocando, pero me sentía plena, inquieta, estirada hasta el infinito, y entonces me arqueé hacia él. Nuestras bocas respiraban la una contra la otra. No era un beso, pero casi. No recordaba haber deseado tanto algo nunca. Y, sin embargo, Viktor se apartó y se dio la vuelta sobre su espalda. Murmuró un «joder» suave y conciso.

Las consecuencias de la excitación abultaban sus pantalones, obscenas. Vi cómo se movían con un espasmo.

—No —dijo con el rostro contorsionado. Se lo cubrió con la palma de la mano y repitió—: No.

—¿No?

—No hasta que te lo haya contado.

—Hasta que me hayas contado... ¿qué?

Se volvió hacia mí.

—No te va a gustar.

—¿No?

Él negó con la cabeza. Aun así, no pude evitar acercarme y acariciarle el entrecejo con los dedos, como para borrar la tensión.

—Bueno, ya tengo todo el pelo lleno de canas. Dudo que la cosa pueda ir a peor.



Por desgracia, se mantuvo firme en que debíamos hablar en cualquier sitio menos en la cama, y no cedió. Un rato después nos sentamos el uno frente al otro en el taller, como habíamos hecho docenas de veces. Había dos tazas de café entre nosotros, Viktor iba

blindado con otro traje, y yo, indefensa con su camiseta de la maratón y unos pantalones de pijama.

Él dijo:

—Te he chupado sangre, Veronica.

Rara vez me quedaba sin palabras, pero lo único que podía hacer en ese momento era observar cómo la resignación se extendía por su rostro.

—No es la primera vez que tomo la sangre de un mortal sin pedir permiso, y no será la última. Incluso en tu caso, lo volvería a hacer, sobre todo si la seguridad de mi gente dependiera de ello. —Apartó la mirada—. Pero esto es diferente.

—Diferente. ¿Por qué?

Una pausa.

—Porque eres tú —fue su única respuesta. Y, aunque debería haberme indignado, solo sentí una oleada de ternura.

—¿Fue, eh..., como lo que hiciste con Wiegand?

Un breve asentimiento.

—¿No debería tener un mínimo recuerdo? ¿Cuándo fue?

—La noche antes de la venta del patrimonio.

—¿Te refieres a antes de la piedra rúnica de Kensington? ¿Esa venta del patrimonio? ¿Antes incluso de que nos conociéramos? —Leí la respuesta en sus ojos y la ternura se convirtió en hielo—. ¿Dónde?

—En el campus. Detrás del Wilton Hall. Ibas de camino a casa.

Tenía suficiente experiencia con estar colocada como para que perder intervalos de tiempo no fuera nada nuevo para mí, pero no estaba segura de qué hacer con esto. Levanté instintivamente una mano hacia mi garganta, palpando la base en busca de... ¿qué? Lo de Wiegand había sido tan limpio... Aunque, a juzgar por lo que había visto en las fotos de aquellas escenas del crimen, podría haber sido un corte profundo y abultado que me atravesaba el cuello de extremo a extremo.

—No fue ahí —dijo en voz baja, y tomó mis dedos entre los suyos para guiarlos hacia la nuca y después un poco hacia la izquierda. Ahí

estaba, en la parte superior del omóplato: dos protuberancias. Entre ellas, una línea corta y dentada.

Inspiré bruscamente.

—¿Tú...? ¿Cómo?

Me soltó la mano.

—Rompí la piel con los dientes —explicó con tono neutro—. Y luego bebí. Mi saliva tiene propiedades analgésicas y coagulantes que se activan con la sangre.

—¿Cuánto?

—¿Cómo?

—¿Cuánto tomaste?

Pareció sorprendido por la pregunta.

—No hacía falta mucho para lo que yo necesitaba.

—Entonces... ¿cuánto?

—Unos cuantos tragos.

—¿Cinco? ¿Diez?

Silencio. Y a continuación:

—Más cerca de diez que de cinco.

—Eso es más de lo que le sacaste a Wiegand.

Era una afirmación sincera. Intentaba entender cómo funcionaba todo aquello. ¿Necesitaba más sangre en mi caso porque estaba más diluida? ¿Había alguna tabla de conversión para eso? Viktor cerró los ojos y apareció ese color en sus mejillas, más intenso que nunca, como si se sintiera profundamente avergonzado por sus propios actos.

—Lo sé —murmuró al fin.

Algo se retorció en mi estómago.

—¿A qué sabía?

—Veronica...

—Me sacaste sangre sin preguntarme primero —señalé—. Creo que merezco saber si estaba buena. O, al menos, qué hace que la sangre sepa bien. ¿Es según el tipo? ¿El AB es tu favorito?

—No. Es complicado. Y, en el fondo, ni siquiera tiene que ver con la sangre.

—¿Con qué tiene que ver entonces?

Respiró hondo.

—Tu sangre se ve afectada por quien eres. Tus emociones, sentimientos, experiencias, miedos y esperanzas..., todo ello se combina para alterar su sabor neuroquímicamente. El sabor de tu sangre es tan único e indescriptible como tu esencia.

—Ah. —Me rasqué la sien. «¿Y te gustó la mía?», me moría de ganas de preguntar, pero el cuerpo de Viktor ya se había puesto rígido, y... Quizá otro día—. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Debes entender que tomar la sangre de un mortal forma parte del protocolo siempre que trabajamos en estrecha colaboración con ellos. Es una medida de precaución. Normalmente no les informamos de...

—Lo sé. Y, en ese caso, ¿por qué me lo estás contando?

—He querido hacerlo. Casi desde el principio. Y luego, después de que te enteraras de nuestra existencia. He pensado en contártelo... muchas veces.

—Pero ¿por qué?

Tenía las manos entrelazadas entre las rodillas y se las miraba fijamente.

—Porque, por primera vez, sentía que era una traición.

—Comprendo. Entonces..., ¿ahora podrías encontrarme en medio de un mercadillo italiano?

Una breve vacilación.

—Si quisiera, tendría cierto acceso a ti, sí. Podría localizarte si desaparecieras o leer tus intenciones.

Debía de tener el cerebro hecho papilla, porque me había olvidado por completo del pequeño detalle de...

—Puedes leerme la mente. —Me eché hacia atrás en el asiento, sintiéndome invadida.

Él apartó la mirada.

—No en el sentido que...

—¿Puedes leerme los putos pensamientos? —Me tapé la boca, recordando todos los pensamientos curiosos, extraños, lujuriosos,

maliciosos y admirativos que había tenido sobre Viktor. Y me di cuenta entonces de que probablemente él también los había escuchado. Un ciclo vertiginoso e interminable de pensamientos crueles, vergonzosos e inapropiados...

—Veronica. —Su tono era a la vez severo y compungido—. No es necesario que...

—Uy si lo es.

—No es como te imaginas. No escucho todos tus pensamientos. Tengo que concentrarme para sintonizar con tu mente. A veces, si te propones transmitirme algo, o si formulas un pensamiento en frases completas, puede que lo capte accidentalmente. Pero eso ocurre en contadas ocasiones. La mayoría de los humanos, tú incluida, no pensamos de forma ordenada.

Me encantan los conejos, pensé dirigiéndome a él. *Me encantan los conejos. Conejitos. Me encantan. Me encantan los conej...*

—Estoy seguro de que podemos conseguirte uno. Sam podría prepararlo, o quizá Pierre conozca algún restaurante...

—No para *comer*. Soy vegetariana y... Joder, Viktor. — *No me puedo creer que me chuparas la sangre y me hayas estado leyendo la mente*, pensé para él. Y luego, en voz alta, no con tanta vehemencia como me hubiera gustado—: Sinceramente, vete a la mierda.

Reprimió una mueca de tristeza.

—Me lo merezco.

—Dios. Por favor, dime que nunca me escuchaste pensar que...

—No te voy a mentir. Algunas veces sí lo escuché. —Bajó la mirada, las pestañas le rozaron la mejilla—. Sobre todo al principio, tenía que asegurarme de que no nos ibas a causar daño. Pero tus pensamientos eran de lo más naturales.

Me puse como un tomate.

—Ah, ¿sí? —pregunté con voz ronca.

—Sí. No soy mortal, y algo dentro de ti lo percibió: la discrepancia entre lo que soy y lo que debería ser. Cuanto más viejos son los

renacidos, más distantes se vuelven. Tu inquietud es una reacción común.

Esos no eran los pensamientos a los que me refería. En absoluto.

—Ah —dije.

—Es la razón por la que la mayoría de nosotros no nos entremezclamos con los mortales excepto para asuntos breves.

Y eso es lo que eran la falsificación y todo lo demás. Asuntos breves.

Debí de transmitirle ese pensamiento, porque Viktor asintió y se dirigió al escritorio. Empezó a examinar la réplica, y yo lo seguí unos minutos después, sintiendo un nuevo dolor que se me formaba detrás del esternón.

—Espectacular —dijo en voz baja.

—Gracias. Reescribí las últimas páginas tal y como me pediste.

—Quería explicártelo. —Me miró a los ojos, solemne—. Si tú quieres. No pretendo agobiarte con...

—Fuiste tú el que escribió *Ars moriendi*, ¿verdad? El original. —La posibilidad se me había ocurrido dos días antes, de repente. Y, mientras consideraba las implicaciones, empecé a preguntarme por qué me había llevado tanto tiempo darme cuenta. Simple estupidez, supongo.

Viktor apretó los labios.

—No debería haberlo hecho. Estaba prohibido difundir estos conocimientos al mundo, y por una buena razón. Pero era joven.

—¿Qué tenías? ¿Unos cien años más o menos?

Soltó una risa amarga.

—Me crie con los monjes. Y después enfermé. Y luego ya no. Tras conocer a mi sire y cruzar, dejé atrás la Iglesia y sus juicios morales, pero seguía queriendo justicia y equidad. Consideraba que no tenía derecho a saber más que los demás, así que pensé que debía compartir lo poco que sabía. —Pasó a las últimas páginas—. La mayor parte del código no tiene ningún valor. Es como mi diario de adolescente, por así decirlo. —Sacudió la cabeza, divertido.

—Sí que me pareció que la parte sobre el alma era algo exagerada. —Le di un codazo y él también se inclinó hacia mí. Se quedó un rato así, cerquita.

—El problema es el final.

—¿Qué hay ahí?

—Los pasos para cruzar. Cómo convertir a un mortal en un renacido. El ritual, las condiciones.

—Ah. ¿No lo sabéis la mayoría de vosotros?

—Antes sí. Pero eso cambió hace dos milenios, mucho antes de que yo me convirtiera. Y sería una catástrofe si Silas lo descubriera.

Sabía que Viktor no era dado a la hipérbole. De repente, caí en la cuenta:

—Los expedientes policiales. Las escenas del crimen. Esos muertos... No lo hacía solo por diversión, estaba... ¿Está intentando crear nuevos renacidos?

Viktor asintió con solemnidad.

—Joder. Qué grotesco. ¿Así que para él no es más que una cuestión de... prueba y error?

—Silas es de mi linaje, unos cuantos siglos mayor que yo. Hace unos quinientos años, decidió que el mundo era suyo y tenía derecho a tomarlo.

Me pregunté si Viktor consideraba a Silas un hermano.

—¿Por qué quiere crear nuevos renacidos?

—Sin duda para formar su propio ejército y arrebatarse el liderazgo a mi sire.

—¿Y hay algún límite en el número de renacidos que pueden existir en un momento dado?

—No, no como tal, pero el proceso no es tan sencillo como decidir a quién convertir y punto. El renacido debe ser antiguo y poderoso para crear a otro. De lo contrario, incluso tras realizar el ritual correctamente, el mortal acaba muriendo con un dolor indescriptible. No todos los renacidos son conscientes de sus limitaciones. Y luego..., al igual que en vuestra sociedad, en la nuestra hay un código ético que se ha ido desarrollando a lo largo de la historia. El

paso no se puede imponer, sino que debe acordarse previamente entre el renacido y el mortal. El sire más anciano del linaje debe dar su permiso. Y lo más importante: no todo el mundo es psicológicamente capaz de aceptar la inmortalidad, y no todos los recién convertidos tienen una transición fácil.

—¿Qué significa eso?

Eché un vistazo a la puerta cerrada del taller.

—La transición de Sam fue hace más de ocho décadas y aún no se ha adaptado.

—Ah. ¿Por eso...? ¿El sol? ¿Aquella vez?

—Sí. La convirtieron contra su voluntad y sin preparación alguna. No sabía nada de los renacidos antes de convertirse en uno, y su sire la sometió porque la consideraba bella y quería quedarse con ella. Tras el paso de los años, la acabó desechando porque seguía sin ser capaz de pensar de forma racional, y Pierre la encontró hambrienta y confundida poco después. Aún no ha recuperado los recuerdos de su vida mortal. De hecho, puede que nunca lo haga. Y, en momentos de confusión, es un peligro para sí misma.

—¿Quién la creó?

—Su sire es el mismo que el de Arlo. Un antiguo renacido que desde entonces ha sido castigado por sus crímenes.

—¿Castigado por ti?

Viktor asintió, como el solucionador de problemas que era. Ejecutor. Asesino. Aunque no uno feliz, precisamente.

Dios, sí que necesitaba un descanso urgente.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿A cuántos renacidos has creado?

—A ninguno. Ni pienso hacerlo. —Bajó la barbilla—. Aprendí las reglas del ritual de joven, pero solo porque estaba donde no debía y vi a mi sire convertir a alguien. Tenía las mejores intenciones cuando escribí *Ars moriendi*, pero la existencia de personas como Silas hace que esos conocimientos sean demasiado peligrosos como para quedar escritos y difundirlos. Cuando se corrió la voz sobre la existencia del código, los renacidos libraron guerras para conseguirlo, y pasé siglos convenciéndolos de que había sido destruido. *Ars*

moriendi no ha traído más que caos y muerte. Como su autor, es mi deber utilizarlo para eliminar al renacido más peligroso de la historia reciente.

Cerró la réplica y observé el suave movimiento de su mano al acariciar el lomo.

—Lo que no entiendo es: si fuiste tú quien escribió el original, ¿por qué no has forjado tú mismo la copia?

Dejó el libro a un lado y se quitó la americana, un gesto que a esas alturas me resultaba tan familiar que podía reproducirlo en mi mente. Se desabrochó con cuidado el puño de la camisa para mostrarme una larga cicatriz blanca que se extendía desde el nudillo de su dedo índice derecho hasta la muñeca. Recordé haberla visto la primera vez que nos conocimos.

—Fue hace varios siglos, durante una pelea. Sanó rápido y bien, pero debieron de usar una hoja ligeramente envenenada, porque algo pasó mientras los músculos y los tendones se regeneraban. Ya no puedo transcribir con la misma destreza que antes. Y no podía arriesgarme a que el original cayera en manos de Silas.

Extendí el brazo. Con el índice, recorrí de arriba abajo la línea de su cicatriz. Sentí cómo se le aceleraba el pulso. O quizá fuera el mío.

Retiré la mano y cerré el puño a mi lado, permitiendo que brotara una ráfaga de valor.

—Tengo una pregunta. Ya se la hice a Pierre una vez, pero su respuesta fue... Bueno, ya conoces a Pierre.

Viktor me miró con curiosidad.

—¿Los renacidos se casan entre ellos? ¿Pasan la eternidad juntos, forman parejas, tríos..., ese tipo de cosas?

—Algunos sí.

—¿Muchos?

—No he hecho una encuesta desde hace siglos.

¿No lo sabe?, me pregunté. *¿De verdad no se da cuenta de lo que le estoy preguntando?* Y entonces recordé que podía leerme la mente, que no tenía sentido andarse con rodeos.

—Y me han dicho que también tenéis relaciones sexuales.

En el silencio, oí los sonidos lejanos de Sam revoloteando por la cocina.

—Imagino que sí —respondió con cautela.

Semanas atrás, cuando lo hablé con Pierre, me dijo una verdad indiscutible: no me interesaban en absoluto las costumbres generales de los renacidos. *Pero me han dicho que tú no, Viktor.*

La única señal de que había captado mi pensamiento fue un movimiento oscilante en su garganta.

—No, yo no.

Por supuesto, por supuestísimo que quería preguntarle el motivo. Pero habría sido una pregunta demasiado indiscreta...

—Porque nunca me ha... interesado.

—¿Por el tipo de educación que recibiste?

—Al principio, sí. Y fue así durante mucho tiempo. Incluso después de alejarme de la Iglesia, me resultaba difícil no considerarlo un fallo moral o un pecado.

—¿Sigues pensando que es un pecado?

—No. Pero me he pasado los últimos cientos de años compensando un absurdo error que cometí en mi juventud, por lo que desear ese tipo de actos me parecía... inconveniente.

—Inconveniente.

—Y fácil de evitar.

¿Era eso lo que estaba pasando entre nosotros? ¿Yo era un inconveniente para él? ¿Estaba intentando dejar de desearme? Mi corazón —estúpido, débil, traicionero— dio un vuelco, sobrevenido por la tristeza. Obligué a mi mente a quedarse en blanco, le supliqué que no dejara que Viktor supiera que yo...

Pero ¿por qué? No había hecho nada malo, ¿verdad? Simplemente me había enamorado. Un poco.

—Creo que... Quizá me imaginé que había algo entre nosotros que en realidad no existía.

Él cerró los ojos brevemente.

—No, Veronica. No era cosa de tu imaginación.

—Ah.

—Llevo vivo más de mil años. Sé cómo obligarme a mí mismo a dejar de desear algo —susurró—. Estaba ahí, pero sabía qué tenía que hacer para que desapareciera, y aun así...

Llamaron a la puerta y casi grité de rabia. Arlo se asomó y yo di un paso atrás, alejándome de Viktor, como si fuera una adolescente pillada con las manos en la masa. Aunque la realidad era que ya estábamos a una distancia respetable y Viktor se había quedado donde estaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Arlo con cordialidad, lo cual me indicó que no se dirigía a mí.

—Sí —murmuró Viktor, dándonos la espalda a ambos y agarrando un pergamino de práctica que ya debería haber tirado a la basura. Se puso a escribir algo en el papel con una de las viejas plumas, como un niño con un *spinner* de esos. Tenía la nuca de un color rosa intenso.

Estábamos a punto de... algo. Quizá algo malo, pero *algo*. Por fin estábamos teniendo esa conversación. No me importaba que Arlo pensara que se había hecho tarde o que se avecinara una tormenta o...

—¿Vero? —dijo Arlo desde la puerta. Me di cuenta de que era la segunda vez que se dirigía a mí, pero no lo había escuchado.

—Dime.

—Te preguntaba si quieres que te lleve a casa o si necesitas alguna otra cosa.

Estaba a punto de responder con un «claro» frustrado y resignado, pero, con un giro de muñeca, Viktor volteó el trozo de pergamino hacia mí. Allí, con la misma letra uncial que yo había estado usando durante los últimos meses, había escrito:

***Intenté dejar de desearte.
No lo conseguí.***

Arlo estaba hablando del cierre de calles. Levanté la vista para encontrarme con los ojos de Viktor y la determinación que vi en ellos

puede que fuese tan nueva para él como lo era para mí.

Así que sonreí y dije:

—Gracias, Arlo. Hoy no creo que haga falta que me lleves.



CAPÍTULO 9

Fue casi poético lo rápido que Viktor y yo pasamos de meses de roces casuales y toques tímidos a lanzarnos juntos sobre su cama. El rebote del colchón hizo que nuestros dientes chocaran y sentí un par de manos callosas tanteando bajo el dobladillo de mi camiseta.

El dolor, al menos, me recordó algo.

—Espera —dije, apartándome mientras me reía para mis adentros ante la súplica silenciosa y abatida que leía en sus ojos. Me decía: «No pares, no te vayas».

—¿Qué?

—Solo por curiosidad. —Posé la mano en sus labios y, cuando los abrió para mí, tracé el contorno de sus dientes con los dedos, presionando la yema del pulgar contra la parte inferior de un colmillo.

Se estremeció.

—Joder. Eres...

Los inspeccioné, intenté ver si mi piel se rompía. No pasó nada, salvo un suspiro apresurado de Viktor seguido de un rugido gutural.

—¿Soy... qué? —pregunté.

—Muy mala. O muy buena, no me decido.

Siempre había sido callado. Sereno. Alguien con mucho autocontrol. Quizá esa fuera la razón por la que disfrutaba tanto de ver cómo todo eso se disolvía. Observé su mirada ávida y nerviosa mientras me desnudaba para él. Era como si no pudiera concebir mi

existencia. Sentía un placer profundo y resonante ante la idea de complacerlo.

Aquello también era nuevo para mí. Antes de Viktor, el sexo nunca había sido algo particularmente consciente, solo algo que hacer a toda prisa. No me paraba a saborearlo.

—¿Bien? —pregunté sentándome sobre sus muslos y desabrochándole los pantalones. Su erección se estremeció ante el contacto con mis dedos, ansiosa.

Él asintió, tenso.

—Sí. Es solo que... —Me recorrió el cuerpo con la mirada: el cabello sobre los hombros, el balanceo de mis pechos, la V entre mis caderas—. Eres extraordinaria —dijo, y sonaba exactamente igual que el Viktor que me había encontrado junto a la piedra rúnica de Kensington, cuando las hojas de los árboles aún eran verdes.

—¿Recuerdas cuando dijiste que mi cuerpo no te suscitaba ningún tipo de interés? —me reí, acariciándolo a través de los calzoncillos mientras él ponía los ojos en blanco y se aferraba a la sábana.

—No estaba siendo sincero —dijo con voz ronca.

—Pero me lo dijiste con tanta seriedad... Quizá ni siquiera tú mismo eras consciente de que estabas mintiendo.

—Sí que lo era. Era... era plenamente consciente, Veronica. Dios, un segundo. Esto es... Uf. Necesito un momento.

Pero no pudimos frenar el impulso. Una vez que ambos estuvimos desnudos, la paciencia se esfumó. Me volví a sentar a horcajadas sobre él y moví las caderas para restregarme contra la parte baja de su abdomen. Se le aceleró la respiración y se le tensaron todos los músculos.

—Veronica... —susurró con voz insegura.

Tenía las manos suspendidas sobre la piel de mis muslos, como si no supiera a dónde debían o podían ir. Me rozó la curva de la cadera un par de veces y luego retiró la mano. Sonreí, lo cogí con cuidado de las muñecas y acerqué sus manos a mis pechos para que pudiera

acariciarlos. Viktor se estremeció y soltó un impropio. Los agarró con más seguridad y volvió a decir:

—Eres tan...

—¿Extraordinaria?

Su risa fue un suspiro incrédulo.

—Digna de mención.

Era inexperto, pero no ingenuo. Tímido, pero no cohibido. Se veía abrumado, pero en ningún caso se comportaba de forma egoísta.

—Sabes cómo va esto, ¿no? —le pregunté por curiosidad, y emití un gritito cuando la suave succión en mi cuello se convirtió en un mordisco.

—En los últimos cuatro meses, no he pensado en otra cosa que no fuera esto.

—Bien. —Me costaba respirar—. Bien, porque no hay por qué tener sexo como tal... Uf. —Me arqueé hacia él cuando su boca encontró mi pezón. Parecía fascinado por el *piercing* que lo atravesaba. Lo acarició con la lengua hasta que estuve tan mojada que me dio miedo preocuparlo—. Hay muchas cosas que podríamos probar y...

—Lo sé. —Sus ojos se posaron en el punto donde nuestros cuerpos podían unirse con demasiada facilidad en ese momento. Un ángulo equivocado, una embestida impaciente y lo tendría dentro—. Sé que no tenemos por qué, pero ¿podemos? Siento como si...

—¿Como si qué?

—Como si hubieras sido creada para darme exactamente el placer que deseo. —Soltó un sonido de pesar—. Es terrible decir eso, ¿no?

—No —respondí. Nunca había estado más excitada—. ¿Puedes... engendrar hijos?

Viktor negó con la cabeza y yo deslicé la mano entre nosotros. Agarré su erección, enorme y temblorosa, y observé cómo sus labios hinchados se abrían con asombro. No pude evitar inclinarme hacia delante y darle un beso suave. Aquel era nuestro primer beso. Y quizá el primero de toda su vida.

Viktor exhaló. Lamí sus labios carnosos mientras dibujaba círculos alrededor del glande.

—La primera vez que te vi tocar un libro —dijo entre jadeos entrecortados—, pensé...

—¿Qué? —Le agarré el pene por la base y noté que una ligera convulsión le recorría el cuerpo.

—Que me encantaría saber lo que se sentía cuando te tocaban esas manos.

—¿Y qué tal? ¿Están cumpliendo tus expectativas?

Asintió. Sus pensamientos se disolvían a medida que iba subiendo y bajando la mano.

—No lo había hecho —susurró—. Nunca.

—¿El qué?

—Pensar en las manos de alguien en esos términos.

El calor se expandió por mi vientre y me temblaron ligeramente los muslos. Cuando una de cada dos respiraciones de Viktor empezaron a ser gruñidos, lo coloqué entre mis labios menores y busqué sus ojos. Poco a poco, fui descendiendo sobre él.

—Despacio —dije, tanto para él como para mí misma, mientras seguía introduciéndolo—. Tenemos que... Vayamos despacio, por favor. —Vi cómo los primeros cinco centímetros desaparecían dentro de mí y el placer se acumuló en mi interior. Me sentía plena, con su piel resbaladiza contra la mía, su expresión aturrida y desesperada. Me obligué a respirar a pesar de todo—. ¿Bien?

Él asintió.

—Más que bien.

Me esforcé por bajar un poco más a pesar de que mi mente empezaba a nublarse.

—¿Extraordinario? —Gané otro centímetro y vi el momento en que el placer alcanzó tal punto que la mente de Viktor se quedó en blanco. Arqueó el cuello, ladeó las caderas y su polla me embistió de golpe, deteniéndose al llegar al fondo.

Perdí el equilibrio y caí sobre él. No podía respirar. Se me escapó un gemido de placer y dolor. Sentí como si aquella fuerte presión

dentro de mí, demasiado profunda, me partiera en dos y...

—Joder. —Viktor se estremeció. Un rubor ardiente se le extendió por la piel. Lo observé mientras se recuperaba hasta que se dio cuenta de que yo todavía me estaba adaptando. Mi cuerpo temblaba y vi que él era consciente de que quizá aquello estaba demasiado apretado y me estaba haciendo daño.

Maldijo de nuevo.

—Joder, perdona. Lo siento... Es que la sensación es tan...

—No pasa nada. —Las lágrimas se me acumulaban en los ojos, pero logré contenerlas y me incliné para besarlo. Él se arqueó para encontrarse con mi boca y apartarme el pelo hacia atrás. Su lengua rozaba la mía, torpe, descuidada y distraída. De repente, volví a sentir solamente placer.

—Lo siento —repitió entre besos—. Intentaré ir menos...

—¿Cachondo?

Soltó un gruñido y escondió una sonrisa en mi cuello. Me dio otro mordisco sin rasgarme la piel.

—Puede que eso sea imposible.

Aún me dolía un poco, pero me restregué contra él, haciendo círculos lentos, luego más amplios. Después de eso, la sensación era perfecta. Se oían sonidos húmedos entre nosotros por el sudor de su cuerpo deslizándose contra el mío. Probé diferentes ángulos, tomé nota de las reacciones de Viktor y las mías, y pensé en todas las cosas que podríamos hacer —y haríamos— juntos. Lo miré llena de amor. Escuché sus gemidos, apenas contenidos. Deslicé los labios por sus mejillas enrojecidas y sus sienes húmedas, sentí cómo las marcas de sus dientes florecían en mi hombro, saqué la fricción que él avivaba dentro de mí.

—No lo sabía —me dijo. Encontré un punto en su cuello donde se apreciaba el pulso desenfrenado de su corazón y succioné—. No tenía ni idea.

Estábamos yendo demasiado rápido. Yo quería alargar el momento. Pero ninguno de los dos podía evitarlo. Sentí cómo empezaba a sacudirse dentro de mí, incontrolable, mientras se le

entrecortaba la respiración. Bajé la mano para acariciarme el clítoris y Viktor la apartó para tomar el relevo.

—¿Así?

Negué con la cabeza, a punto de llegar, frustrada.

—¿Así?

Mejor, pero no del todo.

—Joder, Veronica. Enséñame.

Mi mano se unió a la suya, y bastó muy poco. En cuanto cogimos el movimiento y el ritmo justos, sé que él sintió cómo me empezaba a contraer y, sin que yo dijera nada, sin tener que leerme la mente, lo supo. Este hombre conocía mis señales, sabía cómo darme placer, y mi orgasmo fue tan intenso que sentí como si me reconfiguraran el cerebro y se crearan nuevas terminaciones nerviosas. Cuando recuperé la visión, observé a Viktor mientras se corría: la expresión de su rostro articulando mi nombre con los labios, la manera en que se aferraba a mí... Y en ese momento supe que, de entre todas las mujeres que habían existido en los últimos trece siglos, yo, sin duda, era la más afortunada.



Yacíamos con mi cuerpo aún encima del suyo, sintiendo algún espasmo que se había quedado rezagado. Nuestra piel estaba suave y sudorosa, y teníamos las manos, entrelazadas sobre nuestras cabezas, palma con palma. Me hizo reír al preguntar:

—¿Podemos hacerlo otra vez?

—Me alegro de que te haya gustado —murmuré, escondiendo mi sonrisa en su pecho. Sus dedos se aferraron a mi cadera como una plegaria.

—Sí. —Aún estaba recuperando el aliento—. Ha sido...

—¿Digno de mención?

Su risa fue un suspiro de pura diversión.

—Extraordinario.

La segunda vez fue un poco más lenta, un poco menos torpe, un poco mejor. Estábamos de costado, frente a frente, con las piernas entrelazadas, y, aunque ardíamos en llamas, no podíamos parar de sonreír, respirando contra la boca del otro, lamiendo el sudor de los músculos resbaladizos. Cuando me invadió semejante sensación de plenitud que creí que nunca volvería a ser la misma, me aferré con los brazos alrededor de su cuello y di paso al placer. Se me nubló la visión, estallaron fuegos artificiales tras mis párpados, saboreé el gemido que Viktor exhaló contra mi mejilla y no pensé en nada más que en el momento que estábamos viviendo.



—¿Y Mary Shelley?

—No.

—Gengis Kan.

—Tampoco.

—¿Shakespeare?

—Por desgracia, no.

—Alejandro Mag... Espera, él era de una época anterior a la tuya. Tacha eso. Malala. ¿Conoces a...?

—Malala está vivita y coleando. —Nos inclinó de modo que su cuerpo quedó ligeramente sobre el mío. Sus manos se volvían cada vez más atrevidas. Estaba a gusto con mi cuerpo, se demoraba en cada curva, me acariciaba el cabello con movimientos somnolientos y embriagados de felicidad—. Tú misma podrías conocerla.

—No, qué va. Esa tía es demasiado guay para mí.

—Igual que todas las personas que has mencionado eran demasiado brillantes para un monje redimido. Aunque estuviera vivo a la vez que ellos, no me habrían hecho ni caso. —Me dio un beso. Sonrió. Otro. Durante un rato, nos olvidamos del hilo de la conversación.

Hasta que me vino algo a la mente.

—¿Esto está bien? —pregunté.

Viktor me atrajo hacia él, aferrándose a mi cintura.

—Creía que estábamos de acuerdo en que era extraordinario.

—No, quiero decir, ¿vosotros...? ¿Está bien que hagáis esto con una mortal? —Pierre me había dicho que no había problema, pero no parecía tan dado a seguir las reglas como Viktor.

Se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—Está permitido, sí. Sin embargo...

Esperé, trazando el contorno de su rostro con los dedos: la línea de la mandíbula, el lóbulo de la oreja, el pelo revuelto, muy revuelto... Lo había mancillado.

—Iba en serio lo que dije sobre que no solemos mezclarnos con mortales. Os resultamos desagradables. Y está el tema de... —Se pasó la lengua por los dientes. Percibí que se volvía a encerrar un poco en sí mismo—. De que el roce hace el cariño.

—¿Te da miedo encariñarte?

Esos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía le hacían parecer más joven de lo que yo sabía que era.

—Ya es bastante tarde para eso.

—¿No deberíamos haber...?

—Si no lo hubiéramos hecho, seguiría estando encariñado igualmente. Esto ha sido... —Posó su cálida palma en mi espalda—. Yo quería que pasara —dijo, pero se le ensombreció el semblante.

No me costó adivinar por dónde iban sus pensamientos. Él y yo quizá nos sentíamos como si estuviésemos hechos de lo mismo, de sustancias compatibles destinadas a unirse. Sin embargo, si nos echaran al agua, uno de nosotros flotaría durante eones, mientras que el otro...

El otro se hundiría en un abrir y cerrar de ojos.

—Nunca he... —Viktor parecía confundido, como si, a pesar de la duración y la riqueza de su vida, esa noche hubiera sido demasiado singular como para comprenderla sin antes procesarla. Lo observé estudiar el problema, darle vueltas y vueltas, abordarlo desde todos los ángulos para descubrir dónde estaba el fallo, la grieta por la que

pasar. No existía ninguna, pero quise cederle el derecho a llegar a esa conclusión por sí mismo.

Al fin y al cabo, yo llevaba meses aceptando la discrepancia en nuestra esperanza de vida.

Por fin, sus ojos se encontraron con los míos. Había un rastro de desesperación mal disimulado en ellos, una inquietud nueva. Para que desapareciera, le transmití mentalmente: *No me importa que tú vayas a vivir para siempre y yo no. De verdad. Si esto funciona y yo me hago vieja y tú te quedas así de joven..., no me importa. ¡Ya tengo canas ahora! Podemos tomárnoslo con calma. Igual te hartas de mí en dos semanas y...*

—No —dijo con firmeza. Empujó mis pensamientos hasta que no tuve más remedio que dejarlos escapar.

—Podemos hablar de esto más tarde, si quieres —sugerí con delicadeza.

Viktor asintió, pero aun así dijo:

—He oído hablar de un renacido que una vez se enfrentó a esto.

—Ajá. —Le seguí acariciando la cara. El hueco bajo los pómulos era más pronunciado que antes. Quería alimentarlo. Tocarlos por todas partes un millón de veces, para asegurarme de que estaba entero.

—La mortal de la que se había encariñado... acabó pidiendo que la transformara.

—¿Y él accedió?

—Sí, pero no conocía el ritual.

—¿Así que se quedó con las ganas?

—No. —Viktor suspiró—. Le pidió a mi sire que la convirtiera, y aceptó. El renacido mató a su amada, llevó su cadáver recién fallecido ante mi sire y... El ritual no es infalible. A veces no funciona, y no sabemos por qué.

—Entonces, ¿el renacido mató a la mujer que amaba... para nada?

—Así es.

—Dios mío. Qué trágico.

Viktor echó la cabeza hacia atrás contra la almohada y se quedó en silencio. Me costó un rato entender por qué.

—¿Temes que yo también te lo pida? ¿Que quiera que me mates y luego me conviertas en una renacida?

—¿Lo harías?

Se me escapó la risa.

—No.

Levantó una ceja.

—Pareces muy segura.

—Porque lo estoy. Sinceramente, todo el tema de la inmortalidad me resulta agotador. Quiero decir, mira estas arrugas. —Le alisé el surco entre las cejas, primero con el pulgar y luego con un beso.

—A la gente suele atraerle el poder y la riqueza que conlleva la longevidad.

—Estoy segura de que sí, y lo entiendo, pero... ¿y después qué? Por lo que me has contado, parece que uno puede volverse loco durante el proceso o morir con un dolor brutal. Tendrán que esperar siglos hasta poder, por ejemplo, disfrutar del dinerito que habrán acumulado con los intereses de la cuenta de ahorro para irse de vacaciones a la playa. En mi opinión, ser mortal, igual que ser un renacido, tiene sus pros y sus contras. Lo primero puede ser chungo, pero ni me imagino tener que lidiar con lo segundo. —Me encogí de hombros—. Prefiero malo conocido que bueno por conocer. Como bien has dicho, la inmortalidad no es para todo el mundo. No estoy segura de si tengo lo que hace falta para prolongar mi vida más allá de lo fisiológicamente probable.

Pensé que mi respuesta lo complacería, pero sus ojos se apagaron. Aun así, me atrajo hacia él y me besó, y allí, en su cama, arropada por su calor, me quedé dormida repitiendo en mi mente las palabras que le había dicho, esperando que no oyera mi último pensamiento, aquel que me había olvidado de decir en voz alta.

No estoy segura de si tengo lo que hace falta para prolongar mi vida más allá de lo fisiológicamente probable. Aun así, por ti, creo

que lo intentaría. Me convertiría en lo que fuera necesario por pasar un poco más de tiempo contigo.



Dos días más tarde, y a través de una compleja red de intermediarios, Viktor envió de forma anónima la réplica de *Ars moriendi* a Wiegand para su tasación. Limpié mi puesto de trabajo sintiéndome vacía. Me pasaba siempre tras completar un gran proyecto.

—¿Y esto? —le pregunté a Viktor después de colocarlo todo en su sitio—. ¿Qué quieres hacer con el *Ars moriendi* original? ¿Lo devolvemos a la sala de conservación?

Él negó con la cabeza.

—Voy a destruirlo —respondió sin dudar.

Apreté el libro contra mi cuerpo con un gesto protector.

—¿Hablas en serio?

—Casi siempre, ya lo sabes.

—Pero ¿por qué? Has conservado los otros tomos.

—Esos no contienen información útil. El *Ars moriendi* ha causado mucho daño y ya ha dejado de ser de utilidad.

—Pero es una antigüedad. Eres coleccionista, sería una tragedia que... —Dejé la frase en el aire porque vi que Viktor no iba a cambiar de opinión. De hecho, entendía su posición—. De acuerdo. Pero deberíamos esperar, al menos hasta que se resuelva la situación con Silas. Puede que acabemos necesitándolo.

Lo pensó un momento y después declaró:

—Está bien, pero ni un segundo más.

Esa noche, decidí irme a dormir a casa para regar las plantas y revisar si me había llegado algún paquete. Sam había tirado mi abrigo rasgado y cubierto de sangre. Me envolví en una americana de una suavidad sobrenatural que había encontrado en mi nueva tienda de ropa favorita —el armario de Viktor— y me dirigí al garaje, resignada a pasar un rato de lo más soso con Arlo.

Al final resultó que me equivocaba.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté encantada de la vida.

Viktor me dio un repaso de arriba abajo. Dos veces.

—Qué atractiva —murmuró. Se inclinó y me dio un beso en la frente—. Te llevo yo.

—¿A mi casa?

Asintió y me abrió la puerta del copiloto.

—Creo que deberías saber que mi apartamento no es en absoluto lujoso. —No me avergonzaba mi casa ni mi estilo de vida ni nada de lo que había conseguido por mí misma, ya fuera por medios honestos o no tan honestos, pero Viktor tenía un cierto gusto estético: elegancia atemporal. Le gustaban los detalles discretos y ese tipo de cosas. Estaba bastante segura de que no le entusiasmaría que tirar de la cadena implicara abrir el depósito y rebuscar dentro de la cisterna.

—Sé cómo es tu casa —señaló.

—¿Cómo?

—He estado allí.

—¿Cuándo...? Ah. ¿Cuando me investigaste, antes de conocernos?

—Correcto. La visita fue muy...

Me preparé para lo peor.

—¿Muy qué?

—Agradable. —Parecía pensativo, como si estuviera repasando la impresión que le dio—. Tuve la sensación de que solo tú podías vivir allí.

Eso, junto con saber que había sobrevivido a épocas anteriores al alcantarillado, sumado a las miradas afectuosas y satisfechas que me lanzaba mientras subíamos las escaleras, apaciguó mi ansiedad. Cuando llegamos a mi piso, me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla, me giré para abrir la puerta y nos adentramos en el caos.



No había nadie en la casa, pero quienquiera que hubiera entrado no había tenido piedad ni de mis pertenencias ni de los electrodomésticos de mi casero. Las mesas y las sillas estaban patas arriba. Los cajones estaban tirados por ahí y las cortinas hechas jirones. El suelo estaba cubierto de pintura acrílica y libros medio destrozados. Habían arrancado la puerta de la nevera para arrojarla sobre el sofá, donde mi otrora impresionante colección de salsas picantes aún goteaba sobre la tapicería.

Viktor revisó todas las habitaciones, asegurándose de que los intrusos no hubieran dejado nada ni a nadie atrás. Mientras tanto, yo me quedé en la entrada, con la espalda pegada a la pared, demasiado mareada para seguirlo.

Había vivido en sitios donde este tipo de sucesos eran habituales. No era nueva en esto de los robos. Sin embargo, aquello no era obra de alguien que hubiera estado hurgando entre mis cosas en busca de algo de valor. Habían arrasado con el lugar donde vivía y, al igual que unos días antes en el jardín delantero de la casa de Viktor, me sentía expuesta y violada. Como una presa.

—¿Estás bien? —me preguntó Viktor, levantándose la barbilla con los nudillos y mirándome a los ojos. Cuando asentí, me apartó un mechón de la cara y ordenó—: Haz las maletas. Te vienes a vivir conmigo.



—¿Crees que Silas sabe lo de la réplica? —pregunté durante el viaje de vuelta, apoyada contra la ventanilla. La cuestión llevaba días rondándome la cabeza. El hecho de que varias personas que me importaban y yo estuviéramos en grave peligro me estaba afectando. Me dolía la cabeza. Y el corazón también.

—Lo dudo. Silas no sabe que yo soy el autor de *Ars moriendi* ni que tengo el original. —Reflexionó sobre el asunto un momento y luego esbozó una mueca—. ¿Has sabido algo de tu novio últimamente?

—¿Mi novio?

—No me refiero a mí. Al otro.

Me volví hacia él.

—¿Acaso eres tú mi novio?

—Bueno... —Frunció el ceño—. Ahora que lo mencionas, no estoy convencido de que tenga las habilidades necesarias para ser el novio de alguien.

Yo también frunció el ceño.

—¿En serio?

Asintió con solemnidad.

—¿Por qué?

—El término conlleva una ligereza que no sé si soy capaz de tolerar.

—Interesante. —Jugué con el extremo de la bufanda de cachemira que le había robado del cajón—. ¿Qué término preferirías?

Lo meditó durante casi dos manzanas.

—Creo que la palabra «amante» es la que mejor describe...

—No. Ni hablar. Rotundamente no.

—¿Por qué? —Sonaba un poco ofendido.

—Porque me da tanta grima como «viscoso» y «esmegma» y... ¿qué *otro* novio?

—Ese tal McManaman.

—Cómo no.

—¿Tienes alguna forma de ponerte en contacto con él?

Saqué el móvil, lo puse en altavoz y marqué su número. Tras varios tonos, una voz nasal y brusca respondió:

—¿Sí?

—Mortimer —dije. No conseguí que mi voz sonara contenta de hablar con él.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Quién es?

—Soy yo. —Qué raro. No me había cambiado el número.

—¿Quién? No tengo todo el día, señora.

—Soy Vero. —Silencio—. Vero Mercer. La que te ayudó a...

—Ah. Ah, sí. —Se aclaró la garganta. Tras el sonido de una, no, dos puertas cerrándose, susurró—: ¿Qué pasa? ¿Han vuelto a por ti? Viktor y yo intercambiamos una mirada y yo intenté no reírme.

—¿Habías borrado mi número, Morty?

—No. Bueno... Es que... Me pareció buena idea, eh..., cortar cualquier vínculo y tal. Por si alguien me revisaba el teléfono. Si hay una conexión entre nosotros, para la gente que quiera tomar represalias sería más fácil...

—Señor McManaman —lo interrumpió Viktor.

—Mierda —respondió Mortimer.

—¿Le ha contactado alguien en relación con sus falsificaciones?

—¿Qué... qué falsificaciones?

Viktor suspiró.

—Señor McManaman, esto es importante. ¿Se ha puesto en contacto con usted alguien sospechoso en relación con las falsificaciones o con Veronica en los últimos cuatro meses?

—No. Yo no...

—No me estará mintiendo, ¿verdad?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Quiero decir, después de lo que... No he sabido nada más sobre ese tema. Yo también me he mantenido al margen... Contraté a un nuevo gerente para la tienda y voy de visita a Vermont una o dos veces al mes para supervisar que todo vaya bien, pero la mayor parte del tiempo la paso aquí, en Boston, con mis padres. Con el objetivo de, eh..., distanciarme. En realidad, nunca quise hacer las falsificaciones. Fue... fue sobre todo idea de Vero y mi abogado...

Viktor me quitó el teléfono, colgó la llamada y luego lo guardó en el bolsillo de mi americana.

—Si Silas supiera lo de la falsificación, habría contactado primero con McManaman. Y él no estaría vivo para contarlo.

—Sería una pena.

—No sé si lograríamos recuperarnos del disgusto —añadió él meneando la cabeza—. Soy un renacido conocido entre nuestra sociedad. Me mantengo más en las sombras que la mayoría de los

ayudantes de mi sire, pero no sería descabellado que él hubiera contratado a investigadores y que hubiesen descubierto que he estado... deleitándome con tu compañía.

La forma en que hablaba a veces me mataba. En el mejor sentido posible.

—¿Eso significa que el ataque del otro día...?

—Mi hipótesis inicial era que iba dirigido a mí, y que tú simplemente tuviste la mala suerte de salir cuando el hombre de Silas estaba acechando. De hecho, puede que eso siga siendo cierto.

—Pero ¿por qué ahora?

—La semana pasada estuve con mi sire investigando un ataque a un renacido. No pude determinar con certeza que el culpable fuera Silas, pero es una posibilidad. Si se quedó por la zona, quizá me vio llegar y me siguió hasta Vermont. Pero hay más. Mi sire difundió algunos... rumores acerca de la reaparición de *Ars moriendi* para asegurarse de que Silas se enterara. Como soy la mano derecha de mi sire, Silas debe de haber dado por hecho que soy el encargado de recuperar el texto. Puede que su objetivo sea capturarte y después utilizarte como moneda de cambio, aunque sigo teniendo mis dudas sobre si sabe que tú eres la falsificadora.

Redujimos la velocidad ante un semáforo y volví a mirar por la ventana. Había una familia saliendo alegremente de una cafetería.

—¿Por qué no Arlo o Pierre? ¿Por qué yo?

—Silas es un jugador estratégico. Entiende qué detalles marcan la diferencia.

—¿Y cuáles son?

Se quedó en silencio durante un buen rato.

—Tú eres importante para mí, Veronica. Mucho más de lo que puedo permitirme.



Probablemente lo que voy a decir sonará extraño, incluso ahora que esta historia me queda tan lejos, pero allá va: aquella noche llena de

pavor, incertidumbre y violencia resultó ser el comienzo de la mejor época de mi vida. Porque, durante las semanas siguientes, Viktor y yo vivimos juntos como si fuéramos una pareja normal.

O, al menos, como imagino que viven las parejas normales. Entonces no tenía ni idea, y ahora menos aún, de cómo eran la mayoría de las historias de amor. Aun así, me pareció extraordinario lo rápido que dos personas que habían llevado existencias mayoritariamente solitarias se volvieron adictas la una a la otra. Fusionar rutinas. Aprender el uno del otro. Superar diferencias nada triviales en cuestiones como los hábitos de sueño, la limpieza, la alimentación, la ética laboral, los niveles de energía... Siempre había pensado que los sacrificios o concesiones necesarios para que una relación funcione acabarían matando mi afecto por la otra persona. Me imaginaba a una pareja como alguien que me pediría que tapara bien la pasta de dientes, que no fuera sin sujetador por casa, que hablara con él incluso cuando prefiriera estar colocada y mirando al techo preguntándome cómo sería ser un pájaro carbonero. Alguien que querría opinar sobre si debería depilarme el cuerpo, si debería intentar hacer más amigos, si debería acostarme más temprano para aprovechar las mañanas. Alguien que pretendería cambiarme poco a poco, y que aquello para mí supondría una muerte lenta y tortuosa.

Pero Viktor no era así. Y, cuando estábamos juntos, yo tampoco pensaba nunca en si me gustaría que él cambiara algo. Ni siquiera las partes más rígidas, reservadas y serias de su personalidad, esas que no lograba entender. Tampoco los gemelos de sus camisas ni la forma en que usaba la palabra «amante» para verme retorcerme. La sencillez de nuestra relación era sorprendente. Me preocupaba mucho por él y sentía cariño incluso hacia los aspectos de él que no comprendía. Yo le gustaba, lo que significaba que no le importaba si estaba colocada e intentando escribir una canción sobre un dedo del pie que se enamora de un riñón. Él igualmente me daba besitos en la mejilla y reseguía la curva de mi nariz con la yema del dedo mientras susurraba:

—¿Qué le deparará el futuro al dedo del pie, Veronica?

Durante los primeros días, con el semestre aún en marcha, Pierre me acompañaba en todos los recados por el campus y Viktor se unía a nosotros siempre que podía. Con *Ars moriendi* en proceso de evaluación, la mayoría de nuestros compromisos eran de tipo académico. Cuando mencioné que tenía que hacer algunas correcciones en mi tesis, Viktor pidió leerla. Le parecieron divertidísimas y acertadas mis opiniones sobre el arte de la Baja Edad Media, y luego se pasó una tarde enumerando todos los detalles en los que los historiadores se habían equivocado sobre la Alta Edad Media. Después terminaron sus clases y me entusiasmaba ver a un antiguo escriba monástico corrigiendo exámenes finales y horrorizándose ante la mezcla de plagio y descuido general que abundaba entre los estudiantes contemporáneos.

Para mi decepción, lo que dijo fue:

—Tampoco son tan malos. La cosa no ha cambiado mucho en los últimos diez años.

—¿Ya eras profesor hace diez años?

—Bajo otro nombre. En un campo ligeramente distinto. —Se encogió de hombros—. Una vez por década más o menos, el mundo académico es un excelente lugar de trabajo. Garantiza el acceso a material de investigación y requiere el contacto con mentes jóvenes y motivadas que me ponen al día sobre los puntos más destacados de cómo está evolucionando la sociedad.

—¿Así es como aprendiste sobre trajes a medida, relojes de pulsera y el término de moda para definir las relaciones, «amante»?

Me fulminó con la mirada.

—Tengo varios oficios que voy alternando, y el mundo académico es uno de mis favoritos. —Se puso serio—. Es mucho mejor que trabajar en finanzas, te lo aseguro.

—Me lo puedo imaginar —dije, preguntándome: *¿Cuántas cosas diferentes habrá hecho? ¿Cuántas vidas habrá vivido?*

Viktor me atrajo hacia él, me echó el pelo hacia atrás con los dedos y dijo:

—Últimamente, parece que ninguna.

Salíamos a pasear. Comíamos juntos. Admirábamos sus libros raros y hablábamos de historia. Tras contarme entre besos que había trabajado en el rodaje de una película muda, le exigí que la viera conmigo. Al principio, intenté actuar con discreción en casa. No porque no quisiéramos que se enteraran los demás: nuestra relación no fue una sorpresa para nadie, sobre todo después de pasarme días yendo por ahí con ropa que evidentemente no era mía porque me quedaba enorme. Hubo miraditas de felicitación (Pierre), de escándalo (Sam) y de puro desprecio (Arlo). El caso es que Viktor no estaba acostumbrado a que lo percibieran como parte de algo que excluía al resto, como alguien que disfrutaba de la intimidad con una mujer, como miembro de una pareja.

La primera vez que nos cogimos de la mano delante de los demás, estábamos en la cocina. Fue un reflejo, la conclusión lógica de que sus nudillos rozaran los míos y mi hombro chocara con el suyo. No pensé e hice lo que habría hecho si hubiéramos estado solos: entrelacé los dedos con los suyos. Noté el calor de su piel contra la mía al instante. Al mirarlo, vi que tenía las mejillas sonrojadas y la espalda rígida. Su vergüenza era palpable y me sentí fatal por hacerle pasar por eso. Así que traté de apartarme.

No me lo permitió.

Me agarró la mano con tanta fuerza que tuve que contener una mueca de dolor. Intenté buscar en sus ojos alguna pista de lo que debía hacer, pero Viktor no me miraba. Sam estaba hablando sobre la planificación de las comidas y las próximas vacaciones, pero se calló cuando Viktor carraspeó para decir:

—Disculpadnos.

Me sacó de la cocina, ignorando las preguntas dispersas y las miradas de desconcierto. Me llevó por el pasillo hasta el taller y me besó contra la puerta una vez dentro, presionándome contra ella mientras con la pierna se abría paso entre mis muslos.

La cabeza empezó a darme vueltas. Intenté hablar, pero no pude. No hasta que se arrodilló delante de mí y tuve unos segundos para recuperar el aliento.

—¿Esto es... es algo bueno? ¿O te estás vengando? ¿O...?

Me bajó los pantalones de chándal con decisión y destreza. Ya habíamos tenido sexo muchas veces. En ocasiones parecía que no pudiéramos parar, como si tuviésemos un problema, como si hubiera un lado salvaje y maniaco en esa necesidad que teníamos de tocarnos, pero es que ¿cuánto tiempo nos quedaba juntos?

Esto, sin embargo, era diferente.

—Me ha gustado —reconoció, hundiendo la nariz en mi entrepierna por encima de las bragas, para después apartarlas y lamerme por debajo, provocándome un estremecimiento—. Que hayas... que hayas hecho eso delante de ellos.

—¿Que haya hecho...? Uf, madre mía.

Su lengua se enroscó alrededor de mi clítoris y eché la cabeza hacia atrás.

—Lo de las manos. —Me estaba succionando y, por un momento, me quedé en blanco, temblando. Pero entonces pensé en lo prohibidas que debían de haber estado las muestras de afecto durante la mayor parte de la vida de Viktor. La importancia que tenían. Lo indecente y obsceno que debía de parecerle la idea de cogerse de la mano dentro de una residencia privada con alguien con quien no estaba casado.

Sonreí al techo, intentando no correrme.

—Ya que lo has disfrutado tanto, creo que voy a hacerlo todos los días —respondí, y esta vez fue él quien se estremeció. Le pasé los dedos por el cabello y percibí cómo separaba los labios hasta clavarme los dientes en la parte interior del muslo.

—¿Puedo? —preguntó—. Por favor.

«¿Qué?», estuve a punto de preguntar. Pero lo había entendido. Por supuesto que lo había entendido. Y por supuesto que eso era lo que él quería. Puede que incluso lo *necesitara*.

Sonreí.

—Puedes siempre que quieras. No hace falta que lo pidas.

Dejó escapar un gemido sordo y luego hubo un milisegundo de dolor, seguido de más placer del que jamás hubiera podido imaginar.

Sus dientes se hundieron en la suave carne de mi muslo y mi cuerpo se convulsionó hasta convertirse en algo oscuro y lleno de calor. Fueron sus manos sobre mis caderas las que me mantuvieron en pie, pero yo ya no era yo. Era un ser hecho de amor, gozo y electricidad; un ser indigno, desvergonzado y vivo.

No sé cuánto duró aquello, solo que después ambos nos lanzamos sobre el mismo escritorio donde nos habíamos enamorado, mi cuerpo esbelto presionado contra el suyo, y yo empecé a restregarme contra él, intentando acercarme más, deslizando mi mano por su pecho hasta...

—Cuando tu sangre está tan fresca en mí —susurró con voz áspera—, puedo sentir todo lo que tú sientes. —Bajé la mirada. El semen de su propio orgasmo, empujado por el mío, yacía sobre su abdomen.

Aún estaba duro.

—¿Puedo tomar más? —me suplicó. Yo ya estaba asintiendo con la cabeza antes de que terminara de formular la pregunta. *Sí, por favor.*

Dejé que me diera la vuelta y me tumbara en el escritorio. Se inclinó sobre mí y noté esa sensación de pellizco. Un calor creciente, retorcido.

Viktor reabrió la herida de mi hombro, la que me había hecho antes de que nos conociéramos. Sentí como si fuera un borrón y cuenta nueva, como si esta fuera la primera vez que lo hacíamos de verdad. Nos colocó de tal manera que mi cuerpo quedó arqueado hacia atrás y hacia arriba. Entonces la metió hasta el fondo, tan profunda que creí que me iba a reordenar los órganos internos.

—¿Es demasiado?

No. No lo es.

—Lo sé. Lo noto.

Me inclinó las caderas más hacia arriba y yo gemí, con una mejilla presionada contra la madera.

—¿Más? —preguntó, y yo asentí con entusiasmo.

—¿Me...? Joder. ¿Crees que podrías... pedírmelo?

—¿Pedirte qué?

—¿Podrías decir: «Quiero más, Viktor»?

Lo hice, y él soltó un gruñido profundo y gutural. Me di cuenta de que no iba a poder caminar en un buen rato.

Después, mientras escuchaba su corazón latir contra mi espalda y esperaba a que mis pulmones volvieran a funcionar, me susurró:

—Veronica.

—¿Sí?

Sus pestañas me hicieron cosquillas en el cuello.

—Sea lo que sea lo que está pasando entre nosotros, no siento que pueda controlarlo.

Tragué saliva. Palpé a tientas la superficie lisa del escritorio, pero no encontré nada a lo que agarrarme, así que me limité a responder:

—Lo sé.



La cosa fue así durante varios días. Y fue maravilloso.

Hasta que el lunes de la tercera semana de diciembre, mientras le enseñaba a Viktor a jugar a las cartas en su despacho, sonó el teléfono. Era la casa de subastas de Wiegand. Llamaban para informarle de que acababan de adquirir un libro muy muy raro que pensaban que le podría interesar.



CAPÍTULO 10

No pude evitar sentir una gran satisfacción por el hecho de que el manuscrito hubiera sido autenticado tan rápidamente por múltiples expertos. Se lo dije a Viktor y le pareció raro y adorable que estuviera tan orgullosa.

—¿Sabías que antes la falsificación se castigaba con la pena de muerte en el Reino Unido? Hasta bien entrado el siglo XIX, creo recordar.

Removí con altivez mi chocolate caliente.

—No lo sabía, pero esta información no empaña en absoluto mi sensación de logro.

Se rio, murmurando algo sobre que mi cabeza era demasiado bonita para ser guillotizada, luego me besó y me empujó contra la nevera de acero inoxidable. Arlo entró en la cocina e hizo un gesto de asco al vernos. Nos separamos al momento. La piel de Viktor adquirió ese tono rosado por una mezcla entre orgullo y vergüenza.

Los procesos de autenticación solían ser lentos, pero en esta ocasión no había sido el caso. También organizaron una exposición en tiempo récord, con lo cual era evidente que Wiegand sabía que lo que tenía entre manos iba a reportarle una suculenta suma de dinero y probablemente prefería cerrar el trato antes de las Navidades.

—El director me ha dicho que hay cinco coleccionistas interesados y con disponibilidad económica. Algunos de ellos han pedido una exposición privada antes de que comience la subasta.

—¿Silas es uno de ellos?

—Bajo otro nombre, pero sí. —Viktor se encogió de hombros y se quedó pensativo unos minutos—. El precio de salida es casi el doble de lo que esperaba.

—¿Te importa si me atribuyo el mérito?

—Adelante. —Su hoyuelo hizo acto de presencia—. Dudo que Silas tenga intención de pagar por el manuscrito.

—¿Qué quieres decir?

—Dada su visión sobre los mortales, no me sorprendería que decidiera llevarse el libro y punto.

Abrí mucho los ojos.

—Habrá salas blindadas, guardias, seguridad y... —Pensé en las fotos. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Eliminaré cualquier obstáculo sin ningún remordimiento. Un mortal menos no significa nada para él.

—Viktor, si le hace daño al personal de Wiegand al ir a por el libro...

—No lo hará —me prometió—. Lo atraparemos antes incluso de que entre en la casa de subastas.

Unos días antes de la exposición, Viktor y yo fuimos en coche a Boston, seguidos por Pierre y algunos guardias en otro coche. Arlo se quedó en Vermont para cuidar de Sam. Observé cómo las ramas cargadas de nieve pasaban borrosas por la ventana y saboreé el agradable peso de la mano de Viktor acariciándome la rodilla. A la luz del sol de media tarde, no me cansaba de contemplar su perfil ni de ver cómo sujetaba con naturalidad el volante.

Había considerado la posibilidad de quedarme yo también en Vermont, pero:

—Puede que Silas siga planeando utilizarte para llegar a mí. Me resulta más fácil vigilarte si vienes conmigo a Boston que si...

—Viktor se detuvo a mitad de frase, se frotó la cara con una mano y añadió—: Sinceramente, no es por eso. Es porque quiero que estés a mi lado.

Le di un abrazo con todas mis fuerzas. Llevaba días imaginando un sinfín de situaciones en las que Viktor acababa herido (o cosas

peores que me negaba a plantearme siquiera).

—No te preocupes —dijo—. Le tenderemos una emboscada antes de la exposición, lo capturaremos y en nada volveré a estar en el hotel contigo. Lo celebraremos quemando el *Ars moriendi* original en la chimenea.

—Estoy bastante segura de que no puede haber chimeneas dentro de las habitaciones de un hotel porque suponen un peligro de incendio, pero en general me gusta tu plan. —Sonreí, pese a que mi cerebro no podía evitar preguntarse: *¿Y luego, Viktor? ¿Luego qué?* Me lo repetía tan a menudo que estaba convencida de que él debía de haberlo captado. El problema era que no existía ninguna solución satisfactoria. Ambos lo sabíamos, y ambos tomamos la decisión de abstenernos de hablar del tema.

En algún lugar del mundo, Viktor tenía cosas que hacer: un trabajo, responsabilidades, mascotas..., a saber. Y tarde o temprano tendría que volver ahí. Quizá, una vez que se ocupara de Silas, regresaría con su sire. O tal vez esperaría hasta el final del semestre de primavera. En cualquier caso, Rockhaven no era su hogar.

Aun así, mantenía la esperanza de que quisiera quedarse unos años, y me propuse preguntárselo. Después de lo de Silas, le contaría todas las cosas de las que me había dado cuenta en esas últimas semanas: que estaba enamorada, que estaba dispuesta a seguirlo donde fuera que lo llevaran sus importantes asuntos de renacidos y que, aunque no pudiera tenerlo para siempre, estaría encantada de pasar todo el tiempo posible con él. O, al menos, tanto como él pudiera dedicarme.

Pensé que tal vez diría que sí. Sí, iba a decir que sí. Yo le importaba y, aunque ambos sabíamos cómo acabaría esta relación...

Noté el espasmo en la mandíbula de Viktor y detuve mi hilo de pensamientos. De momento, el futuro no tenía relevancia. Por ahora teníamos tiempo. Encontré su mano, entrelacé los dedos con los suyos y, al hacerlo, se me subió un poco la manga, lo suficiente para dejar al descubierto un destello plateado.

—Te queda mejor a ti que a mí —dijo Viktor.

—¿Tú crees?

Esbozó una sonrisa.

—Y sí que he notado que ahora eres más puntual.

—Quizá sea porque vivimos juntos.

—Quizá. Aun así, deberías quedártelo.

Había visto muchos de repuesto en la habitación de Viktor. Y, sin embargo, su muñeca continuaba desnuda desde que yo me había llevado este.

—Te lo devolveré.

—No tienes por qué.

—Lo haré. Cuando todo este lío haya terminado y nosotros... Te lo devolveré. — *Y entonces hablaremos.* Era una promesa, al igual que su firme asentimiento.

Intercambiamos una sonrisa y acto seguido nos pusimos a jugar al veoveo.



—Mi sire va a enviar a tres renacidos —me informó Viktor esa noche, después de colgar el teléfono—. La exhibición es pasado mañana, sobre el mediodía, y necesitamos a tanta gente como sea posible que pueda moverse bien bajo el sol, ya que por ahora solo estamos Pierre y yo.

—¿Cuándo llegan?

—Mañana por la noche.

Asentí y sonreí, porque esa era la única razón por la que me lo había contado: me estaba incluyendo en sus planes porque sabía que eso me tranquilizaría. Si lo pensaba mucho, me costaba respirar.

—¿Podemos pedir servicio de habitaciones? —pregunté, odiando lo débil que sonaba mi voz.

—Por supuesto.

—Genial. Nunca lo he hecho.

—¿Y eso?

—Es caro. Y el hotel suele tener guardada tu tarjeta de crédito, por lo que es complicado hacer un simpa. —Vi que me miraba de reojo en señal de reproche y le saqué la lengua, pero se lo perdoné cuando llegó el festín de comida, vino espumoso y una unidad de cada postre que había en el menú.

Esa noche me besó y se burló de mí porque mi boca sabía a naranja y chocolate y caramelo, y luego nos acostamos y entró con tanta facilidad que casi lloré al ver lo bien que nuestros cuerpos se conocían.

Después de que me corriera la primera vez, me mordió uno de los pechos hasta traspasar la piel. Había dejado de preguntar porque sabía que le diría que sí. Sus dientes se hundieron justo debajo de mi pezón. El dolor fue insoportable hasta que se convirtió en éxtasis, nublándome la visión y domándome. Mi alma se perdió en su cuerpo mientras tomaba lo que necesitaba.

—Tantos siglos —murmuró después, abrazándome con fuerza mientras se quedaba dormido—, tantas mentes leídas, y no sabía que fuera posible desear así a alguien.



A la mañana siguiente me arrastré hasta la sala de estar de la *suite*, aturdida y con los párpados pesados. Nada más verlo, supe que algo iba mal.

—Lo entiendo —dijo Viktor sentado en el sofá. Estaba hablando por teléfono y su boca formaba una fina línea—. No, no... Me preocupa más la posibilidad de que sea una trampa.

Debí de hacer algún ruido, porque se giró hacia mí. Observé su traje, el pelo peinado hacia atrás, los mocasines relucientes e impecables. No había ni rastro del desastre despeinado y con olor a sexo de la noche anterior, cuando nos acabamos los postres que quedaban.

—Estoy de acuerdo, pero tienes que admitir que es raro que cambie la cita para la exposición con tan poca antelación... ¿Iba solo

cuando aterrizó? Ya... No está claro. No me sorprendería que lo acompañara otro renacido.

Tragué saliva. Volví al dormitorio, me puse la camiseta de la maratón de Viktor y luego regresé para arrodillarme entre sus piernas justo cuando colgaba el teléfono. Mis ojos encontraron los suyos. Los escruté.

—¿Silas ha cambiado la visita para hoy?

Asintió.

—¿Crees que es una trampa?

Se mordió el interior del labio.

—No lo sé.

—Y los renacidos que ha enviado tu sire aún no han llegado, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Vale. Así que Pierre y tú sois los únicos que podéis tenderle una emboscada a Silas a plena luz del día, y no sabes si aparecerá solo.

—No me molesté en ofrecerme a ir con ellos. Sabía cuáles eran mis capacidades y entre ellas no se incluía ganar una pelea física—. ¿Qué opciones tenéis?

Me puso las manos en la cintura y me atrajo hacia él, entre sus muslos.

—Podríamos cancelarlo todo, pero eso implicaría dejar al personal de la casa de subastas a merced de Silas y perder la oportunidad de capturarlo. La otra opción es arriesgarnos.

Tenía tantas ganas de pedirle que eligiera la primera que casi le clavo las uñas en la carne de los muslos. Pero sabía que él jamás haría eso, y engañarme a mí misma me parecía un mal uso del tiempo que nos quedaba. Así que le tomé el rostro entre las manos.

—Los dos sabemos lo que vas a hacer. Y me parece bien.

Viktor no protestó. Giró la cabeza hacia un lado y apoyó la boca en el centro de mi palma.

—Tendré mucho cuidado. Me aseguraré de que la zona esté bien vigilada y...

—Lo sé —Le pedí a los músculos de mi cara que me regalaran una sonrisa más. Por él—. Lo sé. —Levanté la muñeca para mostrarle el reloj—. Estaré pendiente del tiempo. Más te vale no llegar tarde a casa.

Él y Pierre se marcharon dos horas después.



Me duché. Leí. Picoteé las sobras de comida y me depilé las cejas. Di vueltas por la *suite*. Vi la tele. Pedí un bloc de notas. Hice unos bocetos. Hojeé el *Ars moriendi* original, imaginándome a Viktor intentando tirarlo por el retrete. Comí un poco más. Deshice las maletas y luego volví a hacerlas.

Ninguna actividad duraba más de unos minutos. Estaba nerviosa, inquieta, aterrorizada y sobreestimulada a pesar de que había un silencio absoluto.

Me negué a llamar o enviar un mensaje a Viktor cuando lo último que necesitaba era que lo distrajera. Sin embargo, estaba desesperada por mantenerme ocupada de alguna forma que no implicara rechinar los dientes hasta dejarlos como astillas, así que llamé a Roxanne, que contestó de inmediato.

—¿Quién ha salido por fin de la cama del coleccionista ricachón?

Al parecer, yo era el tipo de persona que no se acordaba de su amiga durante más de una semana porque estaba enamorada. *Nunca más*, me juré a mí misma. *Sé mejor amiga*.

—Lo siento. Es que estaba...

—¿Teniendo orgasmos?

—Bueno, sí. ¿Es posible que hayan dañado la parte racional de mi cerebro que valora la amistad?

—Suele ocurrir, sí.

—Esto me pasa por suspender Biología.

Ella se rio.

—No te preocupes, yo también he estado ocupada. Y fuera de la ciudad.

—Ah. ¿Dónde estás?

—En Boston.

Me quedé paralizada, aunque no había motivos. Estaba en la misma ciudad que yo, igual que más de medio millón de personas. Tampoco era para tanto.

Sin embargo, en lugar de decir «¡Ah, yo también!», respondí:

—¿Cómo es eso, Roxanne?

—Respuesta corta: mi ex. —Podía oír el taconeo de sus zapatos contra un suelo de mármol—. La verdad es que no tengo mucho tiempo, pero ¿te acuerdas de que, técnicamente, a él le tocaba Rorie durante las vacaciones porque hicimos un intercambio el año pasado?

—Sí.

—¿Qué pasa? Que Rorie odia estar lejos de mí, así que dije: «Que le den, no pienso pasar dos semanas sin ver a mi hija». Por lo que, cuando me ofrecieron un trabajo para un par de exposiciones de última hora, acepté. Pagan bien, así que voy a usar el dinero para alquilar un Airbnb y estar cerca de Rorie antes de Navidad. Por cierto, este sitio te encantaría.

—Yo... ¿Por qué?

—Hoy exponemos un libro raro de cojones.

Noté una sensación fría y viscosa dentro de mí.

—¿Estás...? ¿Cuándo trabajas?

—Hoy y un par de tardes más esta semana. Y después de las fiestas...

—¿Ahora? ¿Estás trabajando ahora?

—Sí. En la casa de subastas de Wiegand. Y, a todo esto, por si no había ya suficientes motivos para pensar que mi ex es un absoluto desperdicio de espacio, ni siquiera ha sido capaz de cuidar de su hija, de la que se supone que está a cargo estos días, durante dos horas.

Estaba a punto de vomitar.

—¿Dónde está Rorie?

—Aquí conmigo. Está jugando con el iPad. No me explico cómo ese gilipollas pudo contribuir en la creación de una hija tan perfecta. Aunque, siendo sincera, lo más probable es que lo haya heredado todo de mí. Mierda, ha llegado el conservador. Me tengo que ir. Hablamos pronto.



Pierre no contestaba, a pesar de haberlo llamado diez veces. Sentía los latidos del corazón en las yemas de los dedos.

El teléfono de Viktor ni siquiera estaba encendido.

—Roxanne —le supliqué al buzón de voz—, si entra un hombre que no conoces, necesito que salgas fuera con Rorie. Ya te explicaré por qué, tú solo sal y saca a Rorie de ahí. —Pero sabía que no iba a mirar el móvil mientras estuviera trabajando.

Estaba a punto de romper a llorar.

Joder. *Joder.*

Mi teléfono vibró. Una llamada de Pierre.

—¿Vero? He visto las llamadas, ¿qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Fuera de la casa de subastas, esperando a que llegue Silas. ¿Por qué?

El suelo se me vino abajo.

—Hay una niña, Pierre.

—¿Qué?

—Rorie. Mi amiga Roxanne... Su hija está dentro.

Oí un «merde» contenido.

—Yo... Escucha, Vero, no pasa nada. El plan es impedir que Silas entre, así que...

Se oyó un estruendo, como si el teléfono se hubiera hecho añicos contra el asfalto, y a continuación varios sonidos terribles.

La voz de Pierre se convirtió en un grito, luego en gruñidos lejanos y después en silencio.



Era una estupidez, no me había parado a pensarlo bien y, sin duda, era lo peor que podía hacer. Cuando llamé a Arlo para contarle lo que estaba ocurriendo, incluso él me dijo:

—Joder, no te metas en esto, Vero. Si te pasa algo, Viktor va a arrasar con todo el maldito mundo. Voy para allá; no hagas ninguna tontería. —Escuchaba a Sam llorando de fondo.

Las reacciones de ambos me parecían válidas.

Al menos aquello me hizo repensarme el plan —o la ausencia del mismo— durante un par de minutos. Aun así, conduje hasta la casa de subastas porque no se me ocurría qué otra cosa hacer. Aparqué en la parte de atrás, escudriñando el desolado aparcamiento. Me daba miedo encontrarme el cuerpo inconsciente de Pierre tirado en el suelo.

No fue el caso, lo cual resultó un alivio, aunque efímero, porque poco después vi una amplia mancha de color rojo en el hielo cubierto de sal, como si acabaran de arrastrar un objeto grande e inerte.

Se me cayó el alma a los pies y el corazón me dio un vuelco. Tuve que decirles a ambos que no había tiempo para lamentaciones.

A lo mejor ya era demasiado tarde. Poco podría hacer por Pierre si... Mierda, Pierre. *Pierre*... Pero los demás... No podía evitar imaginarlos dentro, con los cuerpos esparcidos alrededor de la copia de *Ars moriendi*. Wiegand. El conservador al que no le ponía rostro. Roxanne. En Rorie no me permitía pensar.

Viktor.

Quizá Silas ya había llegado y se había ido. Cabía la posibilidad de que hubiese salido triunfante unos minutos antes de mi llegada, hojeando su puto manuscrito falso, y ahora estuviese a kilómetros de distancia. Quizá ahí solo estábamos algún que otro pajarito suelto y yo. A través de mi visión borrosa por las lágrimas, conté los coches que quedaban en el aparcamiento. Según mis cálculos...

La puerta de la casa de subastas se abrió y, tras un largo momento de silencio, un hombre emergió. Llevaba gafas de sol y un maletín, y lo único que pude distinguir desde la distancia fue el color óxido de su pelo peinado hacia atrás.

Los pájaros se alejaron volando, expresando su descontento con chillidos estridentes. Eran grajos. Uno se posó en un cable telefónico cercano.

Ese hombre tenía que ser Silas o uno de sus socios. Y, si estaba saliendo de la casa de subastas, de alguna manera había tenido que pasar por encima de quienes estaban dentro.

Pierre.

Roxanne.

Viktor.

Me quedé mirando el reloj y me dejé llevar por la desesperación durante exactamente tres segundos. Luego respiré hondo, cogí los dos objetos que había tirado al asiento del copiloto y salí del maldito coche.



El silencio cargado y eléctrico que se respiraba en el ambiente me decía dos cosas: que más tarde iba a nevar y que no tenía ninguna posibilidad de pillar a Silas por sorpresa. Al fin y al cabo, era pleno día. El hielo crujía bajo mis botas y, para colmo, mi abrigo era de color rojo sangre.

Así que cerré de un portazo la puerta del coche y me dirigí con paso firme hacia el centro del aparcamiento. Estuve a punto de tropezar con un bache lleno de aguanieve fangosa. Procurando mantener ambas manos escondidas en la espalda, grité:

—¡Tengo el libro!

El hombre se detuvo en seco, me miró con leve curiosidad y esbozó una amplia sonrisa.

—Anda, ahí estás —dijo una voz con acento americano—. La chica.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Dónde está Viktor?

—Qué alegría volver a verte. Espero que hayas estado bien.

Me costó un gran esfuerzo contenerme, no preguntarle qué coño quería decir. Pero entonces me di cuenta de que tenía razón: nos habíamos visto antes. Tuve que reprimir el impulso de mostrar sorpresa y enfado. Me negué a darle esa satisfacción.

El chico que me encontré un día en la entrada del edificio de Historia del Arte y Silas eran la misma persona. Era el estudiante al que Viktor tutorizaba, o eso había supuesto yo.

Justo después de que Viktor me pidiera que dejara de hacer suposiciones. Muy poético todo.

—Has sido un auténtico enigma para mí. Y desde hace bastante tiempo. Me intriga mucho la chica mortal que ha conseguido que incluso san Ashworth, el paradigma de la pureza, cayera tan rápido y tan...

—¿Dónde está Viktor?

Silas arqueó una ceja. Dio un paso lento y sin rumbo en mi dirección, con el pelo alborotado por el viento. Era, al igual que la mayoría de los renacidos que había conocido, guapo, estaba en forma y tenía algo que lo hacía ontológicamente diferente del mundo que lo rodeaba. Supongo que se le daba bien ocultarlo, al menos en encuentros breves.

—Dentro.

—¿Lo has matado?

Se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Tengo muy mala memoria para...

—¿Lo has matado sí o no?!

—Bueno, probablemente. —Otro paso más cerca—. Si lo he hecho, ha sido porque me ha obligado. Yo solo iba a matar a los mortales. Lo único que quería era el libro. Pero Viktor siempre ha sido muy así: un capullo santurrón y remilgado al que le encanta ser el favorito de...

—Tengo el libro. —No iba a dejar que ese hijo de puta soltara su discurso de villano y, desde luego, no iba a permitir que el nombre de Viktor saliera de su asquerosa boca.

—Ay, cielo. —Eché un vistazo a su maletín y después volvió a mirarme con expresión dubitativa, como si no confiara mucho en mi capacidad para llevar la cuenta de los objetos y su ubicación—. ¿Estás bien?

Lo odiaba. Como nunca había odiado a nadie.

—Lo que tienes en ese maletín es una falsificación. Una réplica que he hecho yo misma. Para tenderte una trampa.

Asintió sin creer ni una palabra de lo que le decía.

—¿Cómo piensas que nos conocimos Viktor y yo? Falsifiqué el grimorio que intentaste comprar hace meses. Viktor lo sabía. Me contrató para hacer una copia del *Ars moriendi* y sacarte de tu escondite. Pero cambiamos el final. Las instrucciones del ritual.

Me di cuenta de que Silas estaba sorprendido de lo mucho que sabía, y tal vez empezaba a dudar de sí mismo. Desde unos cuatro metros de distancia, vi la arruga en su frente y decidí que era el momento.

Saqué la mano izquierda de detrás de la espalda y le concedí el tiempo suficiente para fijarse bien en lo que sostenía.

—¿Qué es eso? —espetó.

—El auténtico.

Arrugó la nariz.

—No es que te crea, pero... pongamos que es verdad. ¿Por qué demonios vendrías a contármelo?

—Porque has matado al puto amor de mi vida —dije apretando los dientes—. No tengo nada que perder. Y quiero tener la oportunidad de acabar contigo.

—¡La oportunidad de acabar conmigo! —repitió lleno de regocijo.

—Sí. Y si quieres el libro auténtico, tendrás que venir a por él.

—Ah, ¿sí? —Empezó a acercarse lentamente, sin que su siniestra sonrisa se desvaneciera en ningún momento. Esta vez no se detuvo tras dar unos pasos—. Así que ¿este es tu plan maestro? Atraerme

con el libro para que puedas... ¿qué? —Inclinó la cabeza para ver qué más ocultaba detrás de la espalda, pero giré el cuerpo para evitarlo—. Venga ya. Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor. ¿Crees que no me he dado cuenta de que estás escondiendo algo? ¿Qué es, un cuchillo de cocina? ¿Una estaca? ¿Una daga? No es un arma de fuego, lo sé por cómo lo sujetas. —Sonaba como si estuviera preocupado por mí, como si fuera más probable que me hiciera daño a mí misma antes que a él. Quizá tenía razón.

—Te lo enseño si te acercas.

—Claro. Bueno, no quisiera romper aún más tu frágil corazón humano, pero, a menos que te hayas pasado por un reactor nuclear de camino aquí, no vas a poder hacer gran cosa con las armas que hayas conseguido. Aunque, si insistes...

—Por supuesto que insisto. Venga, ven. Más cerca.

Él se rio entre dientes. Avanzó.

—¿Más?

—Un paso más.

Lo dio. Dejó caer el maletín sobre los restos sucios de nieve y abrió las manos. Seguía estando fuera de alcance.

—¿Cuándo piensas atacar? —me preguntó con condescendencia—. Es que tengo ganas de descubrir cuál es esa formidable herramienta que va a acabar conmigo.

—Pues aquí la tienes. —Con más violencia de la necesaria, estiré el brazo derecho y le mostré el as que tenía bajo la manga.

—¿Qué coño es eso?

—¿De verdad no lo sabes?

Silencio.

—Es una rasqueta de goma.

—¿De dónde coño has sacado eso?

—Del coche de Viktor.

Me miró parpadeando.

—¿Has venido hasta aquí para matarme con una rasqueta?

—No, gilipollas. He venido a matarte con un mosquete.

—Ay, cariño, pero te falta el mosquete.

Por el rabillo del ojo, vi un destello de algo que reflejaba la luz del sol. Di un paso atrás.

—A mí me falta —dije sonriendo—, pero a mi amigo Morty no. Bang.



—Acabo de matar a un hombre —repitió Mortimer por enésima vez, si no más. A duras penas distinguía su voz del zumbido en mis oídos—. Acabo de matar a un hombre. Acabo de...

—No era un *hombre* —dije con amargura, mirando el cuerpo sin vida de Silas. La bala le había atravesado el cerebro, reventándole la mitad del cráneo. ¿Quién hubiera imaginado que Mortimer tenía tan buena puntería?—. Y se lo merecía.

—Me van a arrestar. Joder, Vero, ¿por qué me metes en estas mierdas?

—Me lo debías —murmuré distraída, agachándome para tomarle el pulso a Silas.

—Me van a matar. Joder, ¿esto es algo... algo relacionado con la mafia?

—No.

—Tiene que serlo... ¿En qué coño estás metida?

—¿Puedes callarte, por favor? Estoy intentando asegurarme de que está muerto. —Estaba casi segura de que sí. ¿Podía un renacido curarse tras haber perdido la mayor parte de la cabeza?

—Ay, mierda. Mierda. Aunque sobreviva, en la cárcel me van a matar. Vero...

—No vas a ir a la cárcel.

—Vero...

—Vas a estar bien...

—¡Vero!

—... porque nadie sabe siquiera que este tío existe, así que...

—No, no, Vero, hay... otro... Solo un cartucho...

Me di cuenta de que Mortimer no me estaba mirando a mí, sino a algo que había a mis espaldas. Me di la vuelta y...

Tenía razón.

Había otro.

Su puta madre, pensé mientras me lanzaban una vez más contra el suelo. Ahí estaba el ya familiar sonido de huesos rompiéndose, puños golpeando y carne desmenuzándose. Oí pasos sobre el asfalto cubierto de sal, era alguien que huía. Esperé, de verdad lo digo, que Mortimer saliera sano y salvo de esta. Y, conforme el dolor se volvía insoportable, llegué a la conclusión de que, aunque lo que me estaba pasando fuera una mierda (de las gordas), quizá todo iba a salir bien. Porque, al fin y al cabo, tampoco era tan malo, el dolor ya empezaba a desvanecerse, *todo* empezaba a desvanecerse, tanto que lo único que podía retener en mi mente confusa era el rostro de Viktor. Las últimas semanas. La forma en que a veces me miraba mientras trabajaba en silencio, tenso, feliz.

Ojalá hubiésemos tenido más tiempo, pensé codiciosa, con cierto pesar.

Aun así, cuando mi mente soltó su último pensamiento, tenía una sonrisa en la cara.

Ese fue el día en que morí.



EPÍLOGO

Me despierto y no me siento desorientada. Sé quién soy. Sé que he muerto. Sé que ya no estoy muerta. Podría estar en el cielo, supongo. La cama en la que me encuentro tumbada es tan suave que bien podría estar hecha de nubes y polvo de estrellas. En la habitación, todas las paredes que no están ocupadas por una ventana en arco están cubiertas de estanterías de madera de cedro repletas de libros antiguos. El olor a azúcar, harina y fruta horneándose y creando una mezcla exquisita se cuela por la puerta entreabierta. El reloj de Viktor me pesa en la muñeca. Qué momento más perfecto. Sí, en teoría esto puede que sea algún tipo de paraíso. No obstante, alguien como yo, con tendencia a reincidir, a cometer fechorías en general y a negarse a soltar las arañas fuera en vez de matarlas nunca acabaría en un buen lugar.

Por no mencionar que el camisón que alguien me ha puesto pica un huevo.

Aparto rápidamente las sábanas y me pongo de pie, preparándome para sentir dolor, pero me alegra comprobar que no es el caso. Quizá debería moverme con más cautela, dado que la última vez que me metí en una situación arriesgada sin ayuda... Bueno. Digamos que no fue una decisión acertada. Aun así, soy incapaz de contenerme. Camino descalza por un pasillo y mis dedos se hunden en suaves alfombras persas mientras recorro con la mano las paredes irregulares y desgastadas por el tiempo para mantener el equilibrio.

Dondequiera que esté, es bastante más grande que la casa de Viktor, y sus interiores se asemejan a las imágenes que vi una vez de antiguas mansiones europeas. Intento asomarme al exterior, pero parece que el sol ya se ha puesto y no logro ver mucho más allá de los amplios ventanales de vidrieras. No hay lámparas en el techo, aunque sí unos paliques ornamentados en la pared que emiten una luz tenue y me guían por el pasillo, hasta que me encuentro con una enorme puerta de madera.

Está abierta.

Dentro, en una silla azul medianoche, está sentada una mujer menuda. Tiene el pelo oscuro y liso como una tabla, la nariz respingona y un rostro tan geométricamente proporcionado que cuesta creer que sea algo orgánico. Parece joven, tal vez de la edad de los estudiantes de primer año a los que antes daba clase, pero, cuando levanta la vista de su grueso libro encuadernado en cuero, la expresión solemne de sus ojos marrón oscuro denota una sabiduría superior a su apariencia.

Por un momento, me resulta tan intimidante que casi doy marcha atrás. Pero entonces una sonrisa suave y acogedora transforma la energía que la rodea.

—Estás despierta —dice.

Debería responder, pero no sé cómo.

—Veronica, ¿verdad? Ah, aunque me han dicho que prefieres que te llamen Vero.

Su acento es una mezcla del inglés británico más refinado y algo más, un tono musical, atemporal y agradable al oído que casi me hace rogarle que hable más. Que diga algo. Lo que sea. Tonterías.

¿Qué? No, tonterías no. Tengo preguntas de verdad.

—¿Dónde...?

—En Irlanda. En una de mis casas. Estaré encantada de enseñártela cuando te hayas acomodado.

—¿Cuánto tiempo...?

—Unas seis semanas. —Cierra el libro con elegancia.

—¿Soy...?

—Has cruzado, sí.

—Roxanne y Rorie...

—¿Roxanne es... tu amiga? Y Rorie es la niña, ¿no? Ambas se encuentran sanas y salvas. Rorie está un poco afectada tras el incidente con Silas, pero me han dicho que está yendo a terapia y haciendo excelentes progresos.

—¿Pierre?

—Él también se ha recuperado. Sus lesiones eran graves. Estuvo entre la vida y la muerte durante un tiempo, pero lo ha conseguido. Sigue en Estados Unidos, arreglando todo tras la subasta y cerrando la casa de Vermont. También estamos intentando ayudar a las familias de las víctimas de Silas a cerrar heridas. Siempre hay más cabos sueltos de los que cabe esperar.

Asiento con la cabeza. Noto un nudo en la garganta.

—Gracias —digo, en lugar de lo que realmente quiero decir.

Viktor.

¿Y Viktor?

¿Qué hay de Viktor?

¿Dónde está Viktor?

Pero me quedo en silencio, mirando fijamente a la mujer de ojos negros con un algo que hace que parezcan de otro mundo. Ella ha respondido a todas mis dudas con amabilidad; si se lo pregunto, si menciono el nombre de Viktor, entonces tendrá que decírmelo. Y cuando me lo diga, cuando ya lo sepa, entonces el mundo, mi mundo, cambiará por completo, y no a mejor.

No estoy preparada. No quiero existir en un mundo en el que he sido tan tonta, tan soberanamente tonta, como para no reunir el valor para confesarle a Viktor lo mucho que lo quería. Ahora es demasiado tarde, nunca sabrá...

—Ese mundo no existe —dice una voz cargada de ternura desde la puerta. Me doy la vuelta, mareada—. Aún estás a tiempo de decírmelo.

Viktor está apoyado contra el marco, relajado, guapo, vivo, y no pienso qué hacer a continuación, simplemente corro desde donde

estoy y me lanzo a sus brazos con demasiada fuerza. Lo empujo contra la pared sin dejar de abrazarlo. Lo estrujo por la cintura y él me devuelve el gesto pasándome un brazo por los hombros y, con el otro, acariciándome la nuca.

—Te quiero —le digo entre lágrimas, y también se lo transmito con el pensamiento, porque necesito estar segura, deseo que lo sepa: *Te quiero, te quiero*—. Te quiero.

Yo te quiero más, dice él.

Excepto que no lo dice, sino...

Lo he pensado, oigo. Resuena en mi interior, un sonido profundo y cálido. Sus palabras están en mis huesos, grabadas en mi carne.

Ahogo un grito y me echo hacia atrás con los ojos como platos.

No solo sé que me quiere porque lo ha dicho; puedo *sentir* la emoción como si la estuviese experimentado yo misma. También percibo lo que sintió cuando me encontró sangrando en el aparcamiento de la casa de subastas. La sensación de que todo había perdido el sentido. Su ira incontenible mientras destruía al renacido que me hizo daño. Las semanas que pasó a mi lado. La profunda certeza de que, si no hubiera despertado, habría renunciado de buen grado a la inmortalidad. Su vida es un gris interminable, siglos de deber y disciplina, y luego yo. Le he enseñado a ser feliz. Estaría dispuesto a engañar, conspirar y traicionar su propio código moral con tal de no perderme. Sin dudar.

Espera. ¿Cómo sé todas estas cosas?

Hola, me dice en mi cabeza.

—¿Qué...? ¿Cómo?

Como parte del ritual, bebiste un poco de mi sangre.

¿Me has creado tú?

Por supuesto.

Pero dijiste que... no querías y que no podías imaginarte haciéndolo, y los riesgos...

Hasta que tuve que elegir entre eso y renunciar a ti. Sonríe. ¿De verdad crees que habría permitido que cualquier otra persona se

encargara de esto?

Mis dedos se enredan en su camisa. *Pensé que estabas muerto. Silas dijo que lo estabas.*

Estaba herido. Eran dos contra uno, y además yo quería mantener a salvo a los mortales. Pero entonces te oí gritar cuando el hombre de Silas te atacó. Me dio un beso en la sien. Siento no haberte pedido permiso antes de convertirme. Sobre todo después de que me dijeras que no estabas segura de querer vivir para siempre. Pero es que pensaste algo... No debería haber estado escuchando. Pero esa noche pensaste que quizá querías hacerlo si...

Viktor. Apoyo la mano sobre su pecho y lo miro a los ojos. *Sé lo que pensé entonces. Porque ahora estoy pensando lo mismo.*

Cierra los párpados. Siento su alivio, su amor y su esperanza con tanta intensidad que podría confundirlos con mis propios sentimientos. Lo son.

¿Así que ahora somos telepáticos?

Mientras sigamos bebiendo sangre el uno del otro, sí. Su boca se contrae. Soy consciente de que esto no encaja muy bien con tu estilo de vida vegetariano.

Me estiro hacia arriba, hasta quedar de puntillas, y le doy un beso y otro y otro.

Nunca pensé que diría esto, pero me muero de ganas de probar tu sangre.

Un gemido grave.

Veronica, no puedes decir...

—Acabo de caer en la cuenta —señala una voz divertida a nuestras espaldas— de que no has preguntado por el otro mortal, Vero. El que trajo el mosquito.

Me doy la vuelta, horrorizada. No solo había olvidado por completo que Viktor y yo no estamos solos en la habitación, sino también que...

—Ay, mierda. ¿Morty ha muerto?

—No, no ha muerto.

—Ah, ¿no?

—Lilit simplemente está desconcertada porque has preguntado por todos menos por él. —Viktor posa la mano en mi costado y me atrae de nuevo hacia su calor.

—En mi defensa diré que tiene un aire a cucaracha. Me lo imagino sobreviviendo incluso a un apocalipsis nuclear.

—Algo así ha mencionado Viktor.

Me da un beso en la coronilla.

—Veronica, te presento a Lilit. Mi sire.

—¿Tu sire? ¿En serio?

—En serio.

—Pero... —Hago una mueca—. Iba a decir que pareces demasiado joven para haber creado a alguien, pero... Dios mío. Entonces, ¿ahora soy como tú? ¿Con unos pocos miles de años de diferencia?

Ella asiente con la cabeza. Su sonrisa es compasiva.

—Te llevará un tiempo asimilar que vives en un mundo que se rige por unas reglas, una lógica y unos límites distintos. Te costará adaptarte, y no hablo de semanas. No comprenderás de verdad la realidad de tu inmortalidad hasta dentro de varias décadas. Tampoco podrás salir al exterior durante el día hasta mucho después. Durante años, interactuar con los mortales te resultará...

—Mierda —digo en voz baja.

Ella enarca las cejas.

—¿Pasa algo?

—Se supone que tengo que defender mi tesis esta primavera. Mi tutora se va a llevar un buen chasco.

Aparta la mirada de mí y la dirige un poco más hacia arriba, encontrándose con la de Viktor. Intercambian una breve sonrisa. Me pregunto si Viktor le habrá hablado a Lilit de mí. Y si Lilit ahora se está dando cuenta de que todo lo que él le ha contado es verdad.

—Estoy segura de que Viktor se inventará algo —dice ella.

—¿En serio? —pregunto girando el cuello para mirarlo.

—Creo que no hay nada que active más la capacidad de inventiva de Viktor que cumplir con tus deseos. —Suelta una suave risita—. Y,

para agradecerlos a ambos todo lo que habéis hecho, me aseguraré de que pueda centrarse en eso en un futuro próximo. —Vuelve a abrir el libro que tiene en el regazo—. Sospecho que querrá disfrutar de ti, Vero. Al menos durante un tiempo.

La sonrisa perdura en sus labios, pero sus ojos encuentran la línea en la que se había quedado y retoman la lectura. Entonces la mano de Viktor me rodea la cintura y me lleva afuera, de vuelta al dormitorio donde me he despertado, un dormitorio que, cómo no, solo puede ser el suyo. En el pasillo, me levanta para llevarme en brazos. Las alfombras amortiguan sus pasos y mi pelo, sus susurros.

Y ahora me doy cuenta de que esto no ha acabado. Al contrario.

Aquí es donde realmente empieza mi historia.

ALI HAZELWOOD

AGRADECIMIENTOS

Muchas muchas gracias a mi agencia (Thao Lee, Jenn Kim, Andrea Cavallaro, Nick van Orden, Lexi Dockery y mi asistente Debra Akins), al equipo de Spotify (Henna Silvennoinen, Bethany Strout, Colleen Prendergast, Kate Dilyard, Jessica Dugan, Taylor Barnes, Rinn Kraus, Leah Kleynhans, Kim Rutherford, Chris Sutton, Renata Burgett, y Jeffrey Jordan), al equipo de Berkley (Sarah Blumenstock, Bridget O'toole, Kim Salina-I, Kristin Cipolla, Liz Sellers, Jennifer Myers, Christine Legon, Emma Reh, Daniel Brount y Vikki Chu) y a la mejor ilustradora del mundo (lilithsaur). Os quiero 1 montón muak salu2.



INMORTAL

ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS



CAPÍTULO 1

No me enorgullece admitirlo, pero, en aras de la honestidad, debo advertiros: me han descubierto.

Se nota por la forma en que mi cuerpo lo manifiesta, que es siempre más o menos la misma: un vuelco en el estómago antes de dar paso a un hambre voraz, un runrún silencioso que me baja por la espalda, unos leves pinchazos en el pecho que aparecen de repente. En definitiva, un cortocircuito neuronal que prende con fuerza, pero que luego se calma y se estabiliza.

Me digo a mí misma que no es para tanto. Que no es nada que no pueda manejar. Aun así, una agitación biológica de estas proporciones me resulta bochornosa, sobre todo teniendo en cuenta mi edad.

Y sobre todo teniendo en cuenta que la provoca un hombre.

El lado positivo es que, si, pese a mi buen criterio y a mis siglos de sabiduría acumulada, debo sucumbir a la humillación somática de desear a alguien con tanta intensidad que me vea incapaz de reprimir las respuestas neurofisiológicas, supongo que podría haberme pasado con un hombre mucho peor que este.

Este me gusta. Con su risa contenida, sus manos hábiles y su desconcertante ausencia de preguntas. Me gusta que, cuando salimos a pasear, me señale las cosas bonitas que ve porque sus ganas de compartir la belleza de este mundo son demasiado impostergables como para esperar a que yo misma la descubra. Me gusta el aroma de su clavícula. Me gusta que trate a un paciente con un rasguño en las rodillas y a uno con una herida de bala con

idéntico cuidado y determinación. Me gusta tanto Roman Martin que me he permitido enamorarme de él.

Pero eso no significa nada.

Este hombre ni siquiera debería estar aquí. Según mi investigación preocupantemente fácil y en absoluto autorizada de la base de datos del personal del Hospital Infantil Comer, el turno del doctor Martin debería haber terminado hace varias horas, mucho antes de que mi avión aterrizara en el aeropuerto Chicago Executive. Sin embargo, los casos de gripe y bronquiolitis están aumentando, no quedan camas libres en el ala de urgencias pediátricas y, según un mensaje mordaz que ha mandado la enfermera jefe, dos de los médicos adjuntos «han debido de lamer el puto pasamanos de una escalera mecánica y se han puesto enfermos, así que a todos los demás os toca hacer turno doble. ¡Y no os olvidéis de que esta noche está previsto que haya tormenta de nieve! Las calles van a ser un caos».

Así que aquí está Roman, con veinticuatro horas de turno a sus espaldas. Si tuviera que adivinar, diría que se mantiene en pie gracias a una alta dosis de café rancio y a esa ética de trabajo que las personas mayores, generación tras generación, lamentan que se haya extinguido. Me lo encuentro de rodillas en la agitada sala de espera, probablemente para estar a la altura de los ojos de la niña que está sentada en el regazo de su padre.

Me quito las gafas de sol y me apoyo contra las paredes de color amarillo chillón para observar la nuca de Roman: está bronceada porque siempre se le olvida ponerse crema solar ahí cuando sale a correr, lleva una camiseta básica de algodón algo desgastada que le asoma por debajo de la bata y el pelo oscuro más corto y manejable que años atrás, con un corte casi militar.

Echo de menos cuando lo llevaba largo, debo decir. Hace un par de años, cuando el hospital le dio unos días de permiso por agotamiento, dejé que me convenciera para irnos a una cabaña que había alquilado en Shawnee Hills, Ohio. Estuvimos casi un mes, solo nosotros dos. Nada de peluquerías, maquinillas ni tijeras. Adquirió

un aspecto desaliñado que me parecía adorable. Durante el camino de vuelta en coche, su pelo era más claro y unos dos centímetros más largo. Brillaba a la luz de la tarde de finales de otoño y mi piel estaba cubierta de rozaduras por culpa de su barba.

Como es obvio, llevo más tiempo del que estoy dispuesta a admitir siendo una imbécil irresponsable con este hombre.

—¿Bien así? —le pregunta Roman con un tono solemne a la niña herida.

Un detalle que he notado desde el principio es que siempre espera una respuesta cuando pregunta algo, no importa lo que tarde en llegar. Hasta que la niña no contesta con un «sí» igual de serio, no sigue examinándole el bracito, delgado como un palillo. Roman asiente con la cabeza en señal de agradecimiento a la enfermera que le pasa el material desde el carrito. Si el personal está atendiendo pacientes en la zona de triaje es que debe de ser uno de *esos* días. A mi alrededor, el ruido es incesante: ruedas, máscaras de oxígeno y teclados que repiqueteen; padres discutiendo, niños llorando, residentes gritando órdenes. El olor a sangre, a carne enferma y a antisépticos lo envuelve todo y parece que la sala esté cubierta de un brillo enfermizo y ceroso. Sin embargo, soy capaz de controlar mis sentidos para aislar el jaleo y no me cuesta un gran esfuerzo desconectar de todo lo que no sea la relajante voz de Roman.

—No te duele, ¿verdad?

—No.

—Genial. Lo estás haciendo superbién. Si en algún momento te duele, puedes apretar la mano de la enfermera Melanie.

—¿Y si le hago daño?

—Uy, imposible. Está hecha de acero.

La enfermera Melanie se da un beso en el bíceps. La niña se ríe un poco y luego vuelve a poner una expresión seria.

—¿Va a...?

—¿A qué?

—¿Va a tener que pincharme con una aguja? —pregunta tímidamente.

—No. Nada de agujas. —Percibo la sonrisa en la voz de Roman —. Solo voy a ponerte esta férula para asegurarme de que tu brazo se esté quieto. A los huesos no se les da muy bien seguir instrucciones, así que usamos la férula para mantenerlos a raya. Hazme un favor, Rachel, mueve los deditos.

—¿Cuánto tiempo tardará en curarse del todo? —pregunta el padre con tono preocupado. Está bastante más alterado que la niña; a él quizá sí que le vendría bien que le inyectaran algo para tranquilizarse.

—De cuatro a seis semanas.

—¿Y después?

—Estará como nueva.

El padre exhala, aliviado, pero Rachel tiene la mente puesta en asuntos más importantes.

—¿De verdad me va a dar una pegatina cuando terminemos?

Roman la mira a los ojos.

—Yo nunca miento. Y menos si hablamos de pegatinas.

—¿Me dejará escogerla?

—Por supuesto.

—¿Aunque tarde mucho? Mi hermano dice que soy muy lenta.

—Mira, te has portado tan bien que te dejo llevarte tantas pegatinas como quieras.

La enfermera Melanie finge quedarse sin aliento y se tapa la boca con la mano.

—¡Doctor Martin! ¿Y si se lleva todas las pegatinas que tenemos en el hospital?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr por mi paciente más intrépida. —La carcajada de Rachel me hace preguntarme si Roman le habrá guiñado el ojo, lo cual, por experiencia, sé que es un espectáculo digno de contemplar. Ojos marrones y cálidos, con algunas arrugas en las comisuras; esa leve sonrisa que empieza poco a poco, siempre por el lado derecho de la boca; la forma en

que agacha la cabeza al final, como si no pudiera soportar dedicarle demasiado tiempo a un solo momento.

Un familiar y tímido calor se esparce por mi pecho con solo imaginarlo. Debo de estar disimulando mi admiración hacia el doctor Roman Martin fatal, porque, mientras el padre va haciendo preguntas sobre qué protocolo seguir para que la férula no se moje al duchar a la niña y cuál es la mejor posición para dormir, la mirada de Rachel se posa en mí.

Me contempla patidifusa, como suelen hacer la mayoría de los niños, como si algo sobre mí no les terminara de encajar. Es una reacción razonable, dado que no se equivocan. Los adultos también ven algo raro en mí. Cuando se topan conmigo, su cerebro registra la presencia de algo ajeno; sin embargo, a diferencia de los niños, tienden a inventarse justificaciones para combatir la incomodidad. Se dicen a sí mismos que es porque me muevo con demasiada elegancia. Que la combinación de mi cabello negro, largo y reluciente y mi tez morena les resulta un poco inusual. Rara vez sonrío y nunca con una sonrisa amplia. Si bien hablo con seguridad, mi tono de voz es demasiado bajo. Mi acento es indescifrable. Y hoy los tacones y el abrigo que llevo son demasiado formales para una visita vespertina a urgencias, por no hablar de que mi vestido corto no pega mucho con esta época del año.

Aunque, por supuesto, lo que en realidad les desconcierta no es ninguno de estos detalles. No parezco sobrenatural porque desentone; de hecho, es justo lo contrario. Pero ¿qué otra cosa puede hacer uno frente a una anomalía sino intentar diseccionarla según sus componentes básicos?

Sin embargo, los niños tan pequeños como Rachel todavía no son capaces de hacer tal cosa. Aun así, intuyen que algo no cuadra y por eso me miran raro.

—Doctor Martin —dice la niña en voz baja. Ahora que la han sobornado con las pegatinas, parece más curiosa que asustada.

—¿Sí?

—¿Quién es la mujer que lo está mirando?

—¿Hmm? —Roman se concentra en la gasa que está cortando con cuidado y no levanta la vista —. Quizá una paciente que está poco contenta por llevar más de... ¿Cuánto tiempo de espera hay, enfermera Melanie?

—Cinco horas, según he comprobado hace un momento.

—Ahí lo tienes. ¿Puedes quedarte quieta un momento, Rachel? Perfecto.

—Entonces, ¿no es su mujer?

—No.

La niña resopla.

—Ha dicho que no sin mirar de quién hablo.

—No me hace falta. A ver, mueve un poquito el codo. Estupendo, justo así.

—¿Tiene ojos en la nuca como la señorita Markov?

—La señorita Markov es su profesora de inglés —aclara el padre.

—No, no los tengo. Pero tampoco tengo mujer. Ya hemos terminado por aquí. Ahora mando a alguien para que se asegure de que tenéis todo lo que necesitáis antes de iros a casa —le dice al padre. Luego levanta la mano para chocar los cinco —. Bien hecho, Rachel. Has sido supervaliente.

La niña sonríe radiante y choca la palma contra la de Roman.

—¿Puedo decirle a mi hermano que he sido supervaliente?

—No. —Se yergue, alterando las proporciones de la habitación por culpa de su estatura. Le da un golpecito en la nariz a Rachel y añade en un tono cómplice —: Dile que has sido la más valiente del mundo. —Después se vuelve hacia mí.

Nada más verme, oigo cómo se le acelera el corazón.



CAPÍTULO 2

Interrumpen dos veces a Roman mientras viene hacia mí. En ambos casos son médicos más jóvenes que claramente llevan un rato esperando a que les preste atención.

—Voy a tomarme un descanso de tres minutos y luego estoy con vosotros —les dice con calma pero también firmeza, después de que hayan terminado su recital de información. El segundo médico se echa atrás, boquiabierto, como si la idea de que el doctor Martin descansa durante el tiempo que se tarda en tostar una rebanada de pan fuera lo nunca visto.

Tres minutos, pienso mientras se dirige hacia mí. Ese es el tiempo que va a dedicarme. No es suficiente —jamás lo es —, pero siempre me ha gustado más saberlo de antemano. Así me mentalizo.

—Dos visitas en dos meses —dice cuando estamos cara a cara y la punta de su zapato casi roza la mía. No sonrío. No le hace falta —. Debo de haberme portado muy bien.

Inclino la cabeza.

—Tú siempre te portas bien.

Se mete las manos en los bolsillos de la bata y respira hondo, como si estuviera buscando algo.

—Bueno, llevo un tiempo comiéndome las gominolas orgánicas que el hospital compra con intención de dárselas a los pacientes.

—Abominable.

—Copio y pego gran parte de la información con la que relleno los historiales médicos.

—Pura maldad.

—Y la última vez que tuve turno de noche me planteé seriamente atropellar a mi vecino, a quien le apasiona tocar la batería.

—¿No tiene doce años?

—Si hubiera sido capaz de salir de la cama, eso no me habría detenido.

Me río por lo bajo.

Nos quedamos en silencio y él se limita a observarme con esa expresión cariñosa y melancólica que ya forma parte de su esencia.

—Normalmente me envías un mensaje antes de presentarte —dice en voz queda.

—Sí. Ha sido una decisión de última hora.

—¿Has venido por una reunión de negocios?

Asiento.

—¿Una importante?

—No demasiado.

La verdad es que no tengo ninguna necesidad de estar aquí. Solo porque Wenceslaus el Desatado (apodo cortesía de Li Xiu) nos haya exigido a todos los líderes de linaje que vengamos a Chicago para deliberar con él sobre un asunto urgente, no significa que deba cumplir sus órdenes. Y, desde luego, tampoco implica que deba aprovechar la oportunidad para reunirme con los mortales que conozco en esta ciudad. Mi presencia aquí es, en el mejor de los casos, una prueba de mi falta de autocontrol. Y, cuando alguien tan antiguo y poderoso como yo pierde el control..., en fin, digamos que no presagia nada bueno.

Roman me mira con ojos tiernos. La vez anterior nos despedimos de una forma un tanto embarazosa, y eso no es habitual entre nosotros. En los últimos diez años hemos tenido una buena dosis de tensiones latentes, andares cautelosos, peticiones veladas y rechazos silenciosos. Nos hemos convertido en expertos en eludir preguntas difíciles y verdades incómodas. Lo nuestro es imposible. Puede que él no sepa por qué, pero lo acepta.

La última vez, sin embargo, tuve que irme de Chicago un día antes de lo planeado. Cuando subí al avión, lo hice con la extraña

sensación de que, si me hubiera quedado más tiempo, Roman habría aprovechado la oportunidad para pedirme algo que yo no estaba en condiciones de darle.

La verdad es que no debería haber regresado tan pronto. No tengo derecho a sentir este cosquilleo en el estómago cuando él inclina la cabeza hacia mí y dice:

—Hola, Lilit.

—Hola, Roman. —Solo tenemos unos noventa segundos antes de que vuelva al trabajo, y sé que los está contando —. ¿Estás ocupado más tarde?

—Siempre. Pero la situación ya está bastante controlada hoy; probablemente me echen de aquí en cuanto se den cuenta del tiempo que llevo despierto.

Bien. Al menos alguien se preocupa por él.

—Vale. Envíame un mensaje al llegar a casa y voy.

Aprieta los labios.

—¿Y si cenamos?

—Para cuando salgas, seguramente ya habré...

—En ese caso, puedes mirarme mientras ceno yo —dice con un tono decidido, como si estuviera imponiendo una ley o cobrando un impuesto por su tiempo.

Lo dejo pasar por dos razones: la primera es que, en el fondo, Roman cree que lo único que quiero de él es sexo, y no tiene ningún reparo en utilizarlo como moneda a cambio de mi compañía. Lo sé porque me he esforzado mucho por convencerlo de que es así. La segunda es que tiene los pómulos más marcados y las ojeras más profundas que hace unas semanas, y eso me genera un nudo de preocupación en el estómago.

—Muy bien. —Doy un paso atrás, ya que solo nos quedan unos cuarenta y cinco segundos.

Es una costumbre nuestra, forjada tras innumerables intentos fallidos: yo, yéndome unos instantes antes de que llegue el momento de despedirnos, solo para demostrarle a él y a mí misma que nuestros escasos ratos juntos no son un recurso que pretenda

acaparar. Roman, viéndome marchar en silencio, solo para demostrarme a mí y a sí mismo que es capaz de soportarlo.

Excepto que esta vez me detiene agarrándome del codo y dice:

—Lilit.

Intento que no se me note la sorpresa. Ni lo difícil que me resulta poner distancia entre nosotros, como si él fuera mi centro de gravedad.

—Dime.

Me contempla en silencio. Nos quedan treinta y siete segundos. Treinta. Veintiséis. Por razones que desconozco, pregunto:

—¿No debería haber venido?

Cierra los ojos y deja escapar un suspiro.

—Hubiera sido mejor que no, sí.

Lo malo de Roman es que miente. Aunque mucho menos que la mayoría de los mortales, y solo sobre asuntos muy concretos. En el entorno profesional, más que nada. Suele contar medias verdades para no herir los sentimientos de sus compañeros, soltar alguna mentirijilla para evitar que un paciente se preocupe más de lo necesario o maquillar un poco los hechos por el bien del departamento. A mí también me miente, pero solo sobre una cosa: sus sentimientos.

El principal objetivo, por supuesto, es restarles importancia. Roman está tan tontamente enamorado de mí como yo de él, aunque en su caso es con ese entusiasmo ingenuo tan propio de los mortales. Le he pillado mintiendo unas cuantas veces a lo largo de los años —parpadeos que duran más de lo que deberían, palmas frías, un trapecio tenso — y siempre era para ocultar algo que pensaba que me alejaría de él. «No, Lilit, no pasa nada si no me cuentas lo que haces cuando no estás conmigo», «No, no me importa que no te quedes a pasar la noche», «Por supuesto, para mí es suficiente con tener lo que sea que me ofrezcas, por poco que sea». Todas las mentiras tenían como objetivo tranquilizarme, hacerme creer que su corazón no estaba a punto de romperse y atraerme más hacia él, ya de paso.

Pero cuando dice que preferiría que no hubiese venido, lo dice de verdad.

—Aunque me alegro mucho de verte —añade con una media sonrisa. Una vez más, no detecto ninguna mentira—. Te enviaré un mensaje cuando termine.

Nos quedan quince..., no, catorce segundos, y no estoy segura de cómo proceder, de si debería alejarme, desaparecer y que esta vez fuera para siempre, o de si debería pedirle que mande el trabajo a la mierda y se venga conmigo.

—Tienes que irte —me recuerda con amabilidad.

Coge las gafas de sol del escote de mi vestido y me las ofrece. Es una broma interna que tenemos desde hace mucho: se mofa de mi obsesión con usarlas para protegerme los ojos. También de lo exigente que soy a la hora de comprar unas: deben ser polarizadas, de alta resistencia, balísticas. «Ridículamente sofisticadas», las llamó una vez, y acabó riéndose aún más cuando levanté una ceja en señal de advertencia.

—Claro —digo, aceptando las gafas y poniéndomelas. Es verdad, tengo que irme.

—Doy por hecho que tienes asuntos de vampiros inmortales que atender.

Asiento, aunque me cuesta concentrarme. Roman no se inclina para besarme, pero me aparta un mechón de pelo y me lo coloca detrás de la oreja. Al retirar la mano, su pulgar me roza la mejilla.

Me quedo allí de pie mientras lo veo alejarse.

Otra primera vez.



CAPÍTULO 3

En realidad, Roman no sabe que soy inmortal ni que bebo sangre ni que llevo viva varios miles de años, y no tengo intención de contárselo. No he hablado voluntariamente del tema de los renacidos con un mortal desde hace medio milenio y dudo que tenga ocasión de hacerlo en un futuro próximo. Hasta donde él sabe, nacimos con menos de veinticuatro meses de diferencia. Empecé a gatear justo cuando él terminaba de aprender a ir al baño solo, y, para cuando comenzó a decir cuatro frases, yo ya daba mis primeros pasos.

Ojalá siga creyendo que es así el resto de su vida.

A lo que se refiere cuando me llama vampiro es a una conversación que tuvimos hace unos cinco años, y a la broma que surgió a raíz de ella.

Era una mañana de finales de verano, temprano; hacía ya cinco años que nos conocíamos y no recuerdo la razón que le di para justificar mi presencia en Chicago ni la que le di a Viktor por ausentarme durante casi diez días. Tampoco es que importara: ninguno de los dos es tonto y ambos sabían que no debían hurgar en cosas que no les incumbían.

Unos meses antes, Roman, según sus propias palabras, había «empezado a ganar el sueldo propio de médico de verdad, no solo a trabajar las horas propias de un médico de verdad. Ya era hora, ¿no?». Se había mudado del estrecho apartamento que había alquilado durante la mayor parte de su formación tras comprarse una casa en Lincoln Park. Era mi barrio favorito de la ciudad, algo

que estoy bastante segura de haber mencionado en algún momento, aunque Roman se hiciera el loco y dijera que no lo sabía cuando me contó que había firmado el contrato de compra.

Como iba diciendo, apenas había amanecido, pero nosotros ya estábamos paseando por el parque que hay cerca de su casa, viendo cómo la luz del alba rozaba la superficie de la laguna. Éramos nosotros dos y, por supuesto, François.

François era un perro, una minúscula criatura cuyo pelaje beis siempre presentaba un aspecto mullido y, a su vez, como si creciera a parches. Llevaba la lengua colgando entre los dientes inferiores y tenía unas patitas tan diminutas y delicadas que había que ponerle zapatitos para que pudiese andar por el asfalto en verano. Cada vez que lo veía me acordaba de las majestuosas bestias que poblaban la tierra en mi juventud, y no porque se pareciera a ellas, sino por todo lo contrario: no lograba identificar ni un solo rasgo en común con los leones y caracales que habitaban las selvas e iban a bañarse a la orilla del río, ni con las familias de búfalos asiáticos que poblaban los pantanos. Me invitaba a reflexionar sobre lo mucho que había evolucionado la relación entre humanos y animales. El pavor y los tembleques se habían transformado en una especie de afecto tibio y condescendiente, y ni a las bestias ni a los hombres parecía importarles aquella transición.

Yo disfrutaba observando a François, y François no podía evitar devolverme el favor; al igual que los niños, los animales a menudo se quedan perplejos ante los de mi especie. Cada vez que me veía, se detenía en seco para analizarme, como si yo fuera la impresionante combinación de una chuleta de cordero y una aspiradora de proporciones sobrenaturales. Roman había decidido interpretarlo como un signo de profundo afecto. «Te adora», me decía con cierta frecuencia. Supongo que podría haberle dicho que solo estaba proyectando, pero no me cabía duda de que ya lo sabía.

—¿Cómo es que siempre te ves envuelto en este tipo de situaciones? —le pregunté aquel día mientras andábamos por el parque. Tenía su brazo sobre mis hombros y levanté la vista hacia él.

Parecía somnoliento. Relajado. Estaba segura de que en cualquier momento me propondría desayunar tortitas y luego me convencería para que volviéramos a la cama durante las horas más luminosas del día, lo cual me venía de perlas.

—¿Qué situaciones?

—Las que te ponen en posición de ayudar a gente que apenas conoces.

—Esa vendría a ser la descripción de mi trabajo, Lilit.

—¿Tu trabajo incluye cuidar al perro de un vecino al que acabas de conocer?

—A ver, se llama Shawn, o Shane, o algo con S. Y si decidí que quería ser su amigo fue precisamente para tener acceso a François. Esto es una estrategia a largo plazo. Llevo tiempo urdiendo este plan.

Me reí, completamente cautivada por el hoyuelo en el centro de su barbilla. Era uno de sus rasgos más singulares y llamativos.

—¿Alguna vez te has planteado tener tu propio perro?

—Uy, sí. Muchas veces.

—¿Y?

—Y entonces recuerdo que en ocasiones paso cuatro días seguidos en el hospital, y los perros no pueden aguantar tanto sin comer. —Se encogió de hombros y el movimiento me acercó a él—. Quizá cuando sea fijo —añadió tras una pausa, pero sonaba distraído. Murmuró aquellas palabras contra mi piel, un preludio del beso que me iba a dar después en la sien.

En aquel momento, era residente de último año. Cuando lo conocí, era interno, y la idea de que avanzar en su carrera le proporcionaría más tiempo libre, por improbable que sonara, parecía ser un tema recurrente. Sospecho que ni siquiera él se lo creía.

—O si alguna vez te mudas aquí, a Chicago —dijo bajando el tono, con cautela—. Porque así podrías ayudarme a cuidar de él.

Incluso dejando de lado la idea absurda de criar juntos a un perro, eso jamás sucedería. Aunque aquello era el inicio. Los intentos de Roman por acercarme a él aún estaban en sus primeras

etapas. No eran sutiles, pero sí vacilantes. Evidentes, pero nunca exigentes. Por aquel entonces, cada vez que sentía que nuestra relación estaba a punto de volverse demasiado importante para cualquiera de los dos, me tranquilizaba a mí misma repitiéndome una serie de mentiras. Me reafirmaba en mi capacidad para romper con él cuando fuera necesario. Sopesaba los pros y los contras, evaluaba el riesgo de seguir adelante y...

Bueno, no hay más que ver que ahí seguía, ¿no?

La mejor manera de lidiar con las referencias de Roman al futuro era ignorarlas. Ese día, simplemente fingí no haberlo escuchado y, en su lugar, alcé la mano hacia su rostro para rozarle la barba incipiente con los dedos.

—No te asustes, pero me parece haber visto una cana.

—¿Solo una?

—¿Esperabas más?

—Creo que a estas alturas debería tener al menos cincuenta.

François estaba olfateando la base de un álamo, y Roman sonrió relajado, con su mirada cálida y centelleante puesta en mí. Se ponía así cuando algo le rondaba por la cabeza, algo que no tenía intención de compartir. Nunca había sido un hombre efusivo como tal. Jamás me había dicho si le parecía guapa, por ejemplo. No estaba del todo segura de que así fuera.

—Ahora que lo mencionas, debo decir que tú estás igualita que el día que nos conocimos —añadió, y su sonrisa se suavizó.

—¿De verdad?

—Sí.

Tenía razón, por supuesto. Suelo recurrir a parches temporales: cambiar de corte de pelo, de estilo de ropa, maquillarme... Son cosas que ayudan a renovar a una persona y su aura. Era capaz de pasar —y, de hecho, lo había puesto en práctica varias veces — desde por una chica al final de la adolescencia hasta por una mujer de treinta y tantos. Sin embargo, cuanto más tiempo transcurre desde la fecha de nacimiento que figura en mi carné de conducir, menos convincente resulta mi apariencia, y no hay forma de evitarlo.

Nunca he sabido qué edad tenía mi cuerpo en el momento del cruce. Por aquel entonces, poca gente llevaba un registro de esos datos. Aunque a veces se anotaba la fecha de nacimiento de algunos bebés para utilizarla en rituales de adivinación o para interpretar su destino, cuando a mí se me ocurrió preguntar, quienquiera que se pudiera haber preocupado por mi destino ya se había ido hacía mucho. No era miembro de la realeza. Ni cortesana. Ni sacerdotisa. Ni siquiera era hija de un comerciante. Mi nacimiento y mi aprendizaje no merecían ser documentados.

Sin embargo, sí conozco el nombre del administrador del templo que estaba al mando cuando nací, y cuál de los gobernadores de la ciudad ostentaba el poder cuando me convirtieron en una renacida. Basándome en eso y en el número de celebraciones del solsticio a las que recuerdo haber asistido tras alcanzar la edad de trabajar, calculo que mi cuerpo mortal debió de existir durante al menos dos décadas antes de convertirse en lo que es ahora.

Así que, aquel día de verano, Roman tenía motivos para sentirse desconcertado. Dada la edad que él sabía que tenía y el tiempo que llevábamos juntos, mi piel, mis músculos y mis ligamentos no deberían haber tenido el aspecto que presentaban.

—Quizá solo te parezco joven porque me conservo mejor que tú —sugerí, observando los coches que pasaban mientras el tráfico matutino empezaba a intensificarse. Fui cuidadosa con mis palabras. No me gustaba mentirle y lo evitaba siempre que podía.

—Ya, pero aun así... —Recorrió con la mirada la suave curvatura de mi nariz. Me rozó la mejilla con el pulgar, como para apartar una pestaña.

—Puede que el hecho de tener un trabajo menos estresante que el tuyo también influya.

—¿Menos estresante? ¿Con lo mucho que viajas? No sabría decirte.

Él creía que era asesora financiera y que mi profesión era la razón por la que llevaba un estilo de vida seminómada. Me había parecido la coartada ideal. A Roman se la sudaba tres pueblos el dinero, de

una forma que solo las personas nacidas tras el auge de la burguesía podían encontrar admirable. Como mi infancia había girado en torno a los pagos que los hombres poderosos imponían sin piedad a las familias comunes, siempre había tenido una cierta sensibilidad financiera y era consciente de que no preocuparse por el poder y las posesiones materiales era un lujo que pocos podían permitirse.

Nunca entré en detalles y Roman tampoco indagó demasiado. Era lo bastante inteligente como para deducir que era rica, que dirigía a un equipo de gente, que era competente en lo que hacía y que tomaba decisiones con un alto grado de autonomía. Por encima de todo, percibía en él cierta gratitud porque mi complicado y misterioso trabajo me traía a menudo a Chicago. Y sí, parecía fascinado, si no directamente entusiasmado, por mi experiencia en áreas sobre las que él no sabía nada. A veces me pedía que le explicara un concepto económico o que le diera mi opinión sobre algún tema que había oído en las noticias. Se la daba con tanta honestidad y seguridad como podía, y leía en su cuerpo y en sus ojos lo mucho que disfrutaba.

—Puede que sea porque tú tienes un horario de sueño decente —reflexionó Roman—. Por eso te mantienes joven. Quizá consumas más antioxidantes o tengas mejor genética. Pero llevo un tiempo sopesando otra posibilidad.

—¿Cuál es?

—Que eres una vampira y que tienes varios cientos de años.

Ojalá pudiera decir que se me encogió el corazón, o que se me revolvió el estómago por la preocupación de verme descubierta. Cualquiera de las dos reacciones habría sido bienvenida: una señal de la humanidad que llevaba siglos sintiendo que se me escapaba. No obstante, estaba demasiado acostumbrada a esconderme y a desviar la atención como para tener miedo de algo tan insustancial como una simple sospecha.

Las palabras de Roman solo me hicieron sonreír.

—¿Por qué no una vampira que tiene varios *miles* de años?

Él ladeó la cabeza.

—Claramente te he subestimado.

—En efecto.

—Entonces... —se inclinó para darme un beso rápido en la boca. Sus labios estaban cálidos y secos —, ¿cómo es vivir para siempre?

—Bueno, ya sabes...

—Mmm, no, no lo sé.

—Ya, claro. En fin, pues es... solitario. Aburrido. Lento. Repetitivo. Requiere muchísimo papeleo. Y algunos de los otros vampiros milenarios son unos cansinos.

Puse los ojos en blanco de forma teatral y él se rio, hasta que François decidió que tenía que enzarzarse con un gran danés, momento en el que Roman hizo una mueca y me dijo:

—Espérame aquí mientras le recuerdo a este perro del demonio que solo pesa tres kilos. No desangres a nadie mientras tanto, por favor.

—Es hora de desayunar y me está entrando hambre, no prometo nada.

—En ese caso, *bon appétit*.

Esa fue la primera conversación que tuvimos sobre mi inmortalidad, y no trajo más que alegría y diversión. La última tuvo lugar hace menos de un año y fue un poco distinta.

Asumo la responsabilidad por la parte que me toca.

A Roman le habían concedido, tras demasiadas semanas seguidas sin descanso, tres días libres. Cogí un vuelo para pasarlos con él. Durante las primeras veinticuatro horas no salimos de la cama, nos dedicamos a follar y dormir, y dormir y follar, hasta que me mordió el interior del muslo con demasiada fuerza y se rio al ver la marca que había dejado.

—Creo que me hace falta comer algo. O, bueno, algo que no seas tú. —Sus palabras quedaron amortiguadas por mi piel.

Me levanté de la cama, me recogí el pelo en una coleta y fuimos a nuestra cafetería favorita. Estaba sudorosa y sonrojada, aunque con la piel limpia. Mi aspecto era irrelevante, o debería haberlo sido,

hasta que el camarero adolescente que nos atendió le preguntó a Roman:

—¿Y qué va a pedir su hija?

Quizá asumir que era mi padre fuera una exageración, pero no era imposible: Roman tenía treinta y cinco años, y los aparentaba. Ninguno de los dos le dimos mayor relevancia para no avergonzar al chico. Roman no parecía sentirse incómodo, porque, en general, no era el tipo de hombre al que le importa lo que piensen los demás. Aun así, en cuanto se marchó el camarero, se recostó en la silla y me contempló fijamente durante un rato.

—Ahora en serio, no has envejecido nada de nada —dijo al fin.

—Es la genética mediterránea —comenté mientras fingía leer el menú.

—¿Segura?

Me encogí de hombros.

—Lilit, yo... —Roman se calló y se quedó mirándome. Y estuvo así rato y rato.

No podía soportarlo.

Muchas personas han acabado enamoradas de mí, pero no sabía cómo manejar *esto*. El sentirme observada. Vista. Por alguien que, en teoría, no debería haber sido capaz de entenderme y, sin embargo, parecía conocerme a la perfección.

Por un momento estuve a punto de mandarlo todo a la mierda y explicarle la razón real por la que no había cambiado ni un ápice en los últimos años.

Quizá me estaba volviendo loca.

—Soy una vampira, ¿recuerdas? —solté, sobre todo para evitar decir algo mucho peor. Roman probablemente nunca sabría que había alcanzado ese logro; que, a pesar de haber sobrevivido a innumerables reyes y reinas, nadie me había puesto jamás tan a prueba.

—Claro. —Curvó los labios—. Se me había olvidado.

—Comprensible.

—¿Alguna vez has dado un trago de mi sangre mientras dormía?

—No.

—¿Por qué?

—Sería... de mala educación —objeté.

—¿De mala educación?

—Beber de ti sin permiso. Soy una vampira, no un animal.

—Ah. Bueno, soy O negativo, lo cual resulta muy útil cuando hay un accidente múltiple. Siéntete libre de probarla, si es de tu agrado.

Me costó mantener la respiración. Obviamente, Roman no tenía ni idea de lo que eso significaba. No sabía nada sobre ofrendas, rituales ni pactos de sangre. De cualquier manera, no iba a hincar el diente en sus venas, y menos cuando ya lo llevaba impregnado en mí de demasiadas formas poco aconsejables.

—Tomo nota —respondí. Pasamos a otro tema y él entrelazó los dedos con los míos sobre la mesa.

Cuando el camarero regresó con nuestras bebidas, me di cuenta de que se ponía rojo como un tomate.

Guardo un buen recuerdo de ese día. Uno que ahora me ayuda a calentarme por dentro mientras recorro las calles de Chicago, ajena a los primeros copos de nieve que deja la tormenta. El sol se pondrá pronto y el repiqueteo de mis tacones de aguja resuena sobre las aceras cubiertas de hielo. Algunos transeúntes me siguen con la mirada, convencidos de que voy a resbalar y caer, preguntándose quién debe de ser esa mujer esbelta que no va lo suficientemente abrigada para la noche que se avecina.

Yo hago caso omiso, me echo la larga melena hacia atrás por encima del hombro y me dirijo a la reunión con los demás renacidos que se han desplazado hasta la ciudad.



CAPÍTULO 4

Cuando una lleva viva tanto tiempo como cualquiera de las personas presentes en la sala, pocas cosas te sorprenden, incluida la última ocurrencia de Wenceslaus. Aun así, hay que reconocerle el mérito de intentar romper con miles de años de monotonía haciendo que uno de sus esbirros arroje un cadáver en descomposición sobre la mesa.

Ah, era por eso, pienso, recordando la información que he recibido esta misma mañana.

Existe una regla no escrita, pero respetada desde siempre, que estipula que, cuando los sires más antiguos de cada linaje se reúnen en consejo, deben acudir solos. Se sobreentiende que es innecesario traer a tu séquito, dado que atrae una atención no deseada y tiende a provocar una sensación general de inquietud entre los líderes de linaje. En pocas palabras: cuesta confiar en alguien que lleva un pequeño ejército a una cumbre informal, al igual que cuesta sentirse digno de confianza para alguien que no acude a dicha cumbre sin un equipo de protección.

Esta mañana, Wenceslaus ha llegado en avión desde Rusia con uno de sus ayudantes, y enseguida me he percatado de la anomalía. Ninguno de mis informantes sabía el motivo, pero, ahora que hay un cadáver descomponiéndose a pocos centímetros de mí, entiendo que tenía en mente impresionarnos con este numerito y no quería tener que cargar él mismo con el atrezo. A juzgar por las expresiones de repentina perspicacia de los demás, todos los presentes estamos llegando a la misma conclusión.

En cuanto al numerito, este es difícil de ignorar. Aparte de Wenceslaus y de mí, solo hay otros cuatro sires en la sala. No nos queda más remedio que prestarle atención. Mi reciente encuentro con Roman pasa a un segundo plano y me obligo a desviar la mirada de los ventanales que ocupan toda la pared este del espacio donde nos reunimos. Estamos en un rascacielos, en uno de los pisos superiores, y, aunque la sala tiene cientos de metros cuadrados, está completamente vacía salvo por una gran mesa redonda de madera y las nueve sillas que la rodean. Hoy solo se utilizan seis.

Lanzo un último vistazo nostálgico hacia las luces dispersas del Millennium Park y la oscura superficie del lago Míchigan al atardecer, y luego me vuelvo hacia Wenceslaus. Quien, para mi desgracia, me está mirando fijamente.

—Tú, Lilit de Nineveh, jamás has sido nombrada nuestra líder —espetea Wenceslaus en latín. Deja de acariciarse la barba con la mano nudosa y me apunta con una de sus largas uñas, aunque no con demasiada firmeza—. Todos los linajes están al mismo nivel y se rigen de forma autónoma. Ningún sire está por encima de los demás. Tú no decides qué renacido debe vivir o morir. No tienes autoridad para imponer castigos. No tienes la última palabra a la hora de determinar qué reglas debemos acatar. Tú, Lilit de Nineveh, has vuelto a sobrepasar los límites.

Me rasco la punta de la nariz y dejo escapar un profundo suspiro. Es casi palabra por palabra lo que soltó hace treinta años, si bien aquella vez lo dijo en rusino. Hace seis siglos también dijo lo mismo, aunque en un dialecto nórdico ya extinto. Y, entre una ocasión y otra, lo repitió otras cinco docenas de veces más. Retiro lo que he dicho sobre que esta vez estaba siendo original.

Wenceslaus el Desatado es la monotonía personificada.

—Veo que, eh... —Me inclino hacia delante para ver mejor el cadáver. Un ciempiés saca la cabeza por una de las hinchadas fosas nasales y se va arrastrando, siguiendo el contorno de una marca de nacimiento que me resulta vagamente familiar—. ¿Grigori? Ha sufrido un trágico destino.

—Eso, Grigori. —Desde el asiento que hay junto al mío, Li Xiu chasquea los dedos —. Gracias, Lilit. Me sonaba de algo y no sabía de qué.

—De nada.

—¿No es de la estirpe de Wenceslaus?

—Creo que sí. Tendría unos seiscientos o setecientos años, si no me equivoco.

—Pobre Grigori, asesinado justo cuando por fin había terminado de desarrollar su tolerancia al sol. Una pena. —Cuando miro a Li Xiu, no percibo ni un ápice de aflicción en su pálido rostro en forma de corazón.

Las luces del techo se reflejan en su cabeza rapada, ocultando por un instante el complejo entramado de tatuajes que le cubre el cuero cabelludo. Flores, hojas y tallos trepan por la esfera perfecta de su cráneo, magníficamente tatuados en meticulosos tonos de gris, para luego separarse en la parte superior y revelar un ojo diseñado con precisión anatómica. Tiempo ha, mucho antes de convertirme en la sire más antigua de mi linaje, le pregunté si le importaría que me afeitara la cabeza e intentara imitar su estilo. Lo dije de broma, pero su respuesta fue un tajante: «Claro que me importaría, hija de puta», y se negó a dirigirme la palabra durante casi cincuenta años.

La eché mucho de menos.

—¿Grigori y tú no tuvisteis una aventura, Li Xiu? —pregunta Atukhos, y en ese momento me percaté de un detalle inusual, algo que debería haber notado hace rato, pero que es una muestra más de lo distraída que estoy: Atukhos está sentado frente a nosotros. O, más concretamente, frente a Li Xiu.

Interesante. Li Xiu y Atukhos han sido compañeros de vida durante los últimos siglos y suelen elegir sillas contiguas. Quizá se hayan peleado. Analizo sus expresiones, pero Li Xiu parece serena y radiante, como de costumbre, y Atukhos... Bueno, el semblante de Atukhos es pálido y sombrío, aunque eso no es ninguna novedad. Contemplo sus cejas pobladas y esa nariz aguileña. Su mera

presencia convierte cualquier estancia en un lugar lúgubre y austero, consecuencia del aire severo y castrense que arrastra desde la Edad del Bronce en Micenas. Quien fue general, o el cargo que ostentase, lo es para siempre.

—¿Grigori y yo? No. Al menos no que yo... —Li Xiu deja la frase en el aire, con la mirada fija en la lejanía —. Hmm, ¿quizá sí? Ahora que lo mencionas, suena plausible. Últimamente se me olvidan las cosas.

—Atukhos siempre ha sido el que tiene mejor memoria de todos nosotros —dice Imhotep, con una voz tan grave que resuena en la estancia vacía y parece mezclarse con el tráfico que ruge desde la avenida Michigan. Incluso las criaturas que emergen del cuerpo de Grigori parecen dejar de retorcerse un momento, como si su relajante tono las hechizara —. Junto con Lilit, por supuesto. —Está sentado al otro lado de Li Xiu y se inclina para mirarme a los ojos con una sonrisa jovial. Tiene los dientes de un blanco deslumbrante que contrasta con su piel cobriza y sus rizos marcados.

Asiento con la cabeza en señal de agradecimiento, pero no sé si estoy de acuerdo con él. De hecho, a menudo siento que mis recuerdos son más bien poco fiables. Mi existencia se basa en mentiras. Sin embargo, antes de que pueda verbalizarlo, Li Xiu se encoge de hombros.

—Bueno, descansa en paz, Grigori el Inmemorable. —Se vuelve hacia Wenceslaus, cuyo ceño fruncido parece momificado —. ¿Qué le ha pasado?

—Le ha pasado que ha sido atacado por su *sabueso*.

Los gusanos que se retuercen por la superficie de nogal pulido me distraen mucho. Por eso me lleva unos instantes darme cuenta de que ese «su» se refiere a mí, y que el sabueso en cuestión es...

—Wenceslaus, esto no ha sido obra de Viktor —contesto.

Viktor Ashworth, mi mano derecha, no haría algo así. Incluso cuando era un novato, las posibilidades de que se desviara del camino para perseguir a una presa no autorizada ya eran escasas. Hoy en día, son nulas. Viktor está muy feliz donde está, y haría falta

un cataclismo para alejarlo de allí. Tiene la coartada perfecta: se ha enamorado.

Por desgracia, los detalles de la vida privada de Viktor no son algo que esté dispuesta a compartir con los presentes. Si tengo clara una cosa es que confiar en los demás renacidos a la cabeza de un linaje sería una auténtica insensatez.

—Miente —dice Wenceslaus con voz ronca, y da la vuelta al cadáver con un bastón, dejando al descubierto una herida abdominal. Sin demasiada delicadeza, da unos golpecitos en los bordes de la abertura —. ¿Acaso tu sabueso no es conocido por su destreza con los abrecartas, Lilit de Nineveh? ¿No ha dejado esta misma marca antes en sus víctimas?

Al formular la última pregunta, se vuelve hacia Aapo, que está sentada con las piernas cruzadas en la silla junto a Atukhos. Lleva toda la asamblea jugando con una moneda de plata, pasándosela entre los dedos y los nudillos, lanzándola al aire y atrapándola con los ojos cerrados..., y no parece tener pensado parar, ni siquiera cuando Wenceslaus añade:

—¿No fue Brígida de Roque asesinada de la misma manera, Aapo?

—Venga ya, eso es un golpe bajo —murmuro entre dientes.

Por regla general, no me meto con otros linajes y nunca ha sido mi intención decirles a los demás renacidos cómo deben vivir su vida, pero los mortales no tienen nada que hacer a la hora de luchar contra nosotros, y *alguien* debe asegurarse de que no estén a merced de nuestros caprichos. Como soy claramente la única renacida a la que le importa este tema y es lo bastante poderosa como para que el resto la tome en serio, me he autoproclamado una especie de supervisora.

Perdón por querer ser una buena persona.

Nunca he ocultado que ordené el asesinato de Brígida, la sire de Aapo. Alguien tenía que hacerlo: Brígida llevaba unos tres mil años sumida en una crisis existencial, se había pasado más de setenta masacrando mortales y creando nuevos renacidos a diestro y

sinistro sin pedir primero su consentimiento, solo para dejarlos morir después, nada más completar la transición. Intenté mantener varias conversaciones con ella sobre cómo eso constituía una violación del derecho de los mortales a la autodeterminación. Al ver que eso no despertaba ni una pizca de empatía en ella, incluso traté de plantear el asunto de formas que pudieran resonar con su carácter cortesano («Denota una absoluta falta de modales. ¿Qué dirá la gente?»). Para cuando decidí que había que eliminarla, ya la había advertido al menos cinco veces.

Así que envié a Viktor tras ella, porque era el mejor y porque el pobre necesitaba una distracción: estaba pasando por una mala época y la culpa católica que experimentaba a diario solo podía aliviarse con tareas onerosas y que consumieran tiempo. Era eso o soportar su constante autoflagelación.

Tardó casi veinte años en localizar a Brígida, lo cual no era propio de él. Desapareció durante tanto tiempo que en un momento dado me pregunté si no se habría pasado al bando contrario. Quizá, mientras yo me preocupaba por si el asesinato del archiduque Francisco Fernando acabaría causando problemas, Viktor se estaba follando a Brígida de Roque sobre un lecho de bolsitas de té usadas (o lo que fuera que pusiera cachondos a los británicos estirados). *Bien por él*, me dije. Que te traicionen es una mierda, pero me importaba Viktor, y tanta represión sexual no podía ser buena.

Casi me decepcioné cuando llegó arrastrando sus restos a mi residencia en Irlanda. (Siempre tuvo un don para lo dramático; lo achaco a haber leído incansablemente las Escrituras durante sus años de formación). Aun así, sonreí, le dije «bien hecho» y convoqué a los otros líderes de linaje al consejo para que vieran que se había impartido justicia y supieran lo que les esperaba si no respetaban el bienestar de los mortales.

Y, bueno, sí, la herida en el abdomen de Brígida se parecía mucho a la de Grigori.

Lo cual no prueba absolutamente nada.

—A mí no me metas, Wenceslaus —dice Aapo, lanzando la moneda a una gran altura. Cuando la atrapa, su gruesa trenza se balancea y acaba golpeando el hombro de Atukhos —. No quiero tener nada que ver con este tema.

—Lilit es la responsable de la muerte de tu sire, muchacha insensata.

—Lilit es la responsable de la muerte de una loca que llevaba más cadáveres acumulados que una guerra espartana cualquiera. Ahora que ya no está, yo soy la renacida más antigua de mi linaje, así que no esperes que le guarde rencor a Lilit. —Me dedica una inclinación de cabeza como muestra de agradecimiento, aunque decido no devolvérsela. No maté a Brígida para hacerle un favor —. Ah, y, Wenceslaus, como me vuelvas a llamar «muchacha insensata», te prenderé fuego a ti y a tu colección de huevos de Fabergé. Estoy bastante segura de que llevo viva más años que tú.

—Todos llevamos vivos más años que Wenceslaus —confirma Atukhos con sequedad —. Aunque, a diferencia de nosotros, a él lo convirtieron justo antes de que mordiera el polvo.

Aapo resopla.

—En ese caso, estaría genial que por fin se comunicara en algo que no fuera latín. Me cuesta entenderlo; ni siquiera estaba en esa parte del mundo cuando se hablaba, y han pasado... ¿qué, mil quinientos años desde que esa lengua se extinguió? ¿Y qué hay de esa túnica blanca tan larga? Ya nadie viste así. Joder, Wenceslaus, suenas como los vampiros de las películas, que hablan como si estuvieran atrapados en el siglo XIII en vez de mostrar que el truco para llevar bien la inmortalidad es aprender rápido y pasar desapercibido.

—Vamos, vamos... —la interrumpe Imhotep —. Seamos razonables. Dada la época en que Wenceslaus se convirtió y sus... compromisos religiosos, no es de extrañar que se resista tanto a hablar inglés moderno. —Sonríe para calmar a Aapo. Imhotep siempre ha sido el más pacificador y su aspecto va acorde a su personalidad: tiene una cara redondeada e infantil y unos ojos

tiernos —. Sin embargo, Wenceslaus, no sé si estoy de acuerdo con que Viktor tenga algo que ver con la muerte de Grigori.

—¿No reconoces su firma?

—Viktor no es el único que tiene abrecartas en su poder —intervengo—. Por no mencionar que no ganaría nada matando a un renacido de otro linaje. Es más, de haberlo hecho él, no habría dejado rastro.

—Tiene razón. Solo un imbécil se encapricharía con un arma o un *modus operandi* concretos —dice Atukhos poniéndose en pie. Se acerca a Wenceslaus y, mientras le agarra el hombro con una mano, su postura denota fuerza, autoridad y, si no me equivoco, enfado por haber sido arrastrado al otro lado del mundo por esta mierda—. Viktor no es tonto, y Lilit tampoco. No creo que pretendan haceros daño ni a ti ni a los tuyos. Puedes estar tranquilo, amigo, pero será mejor que busques al culpable en otra parte. —Dicho esto, se aleja y sale de la habitación.

Ay, cómo me gustaría ser él.

—Yo no he enviado a Viktor tras Grigori, Wenceslaus —insisto con calma, esperando que esto ponga fin al debate—. De hecho, hace años que no envió a Viktor tras nadie.

—¿Y qué hay de Silas de Gaillimh?

—Ah, sí. El asunto ese del manuscrito antiguo, ¿verdad? —pregunta Aapo.

—Correcto. Eso fue una excepción. Pero el drama con el *Ars moriendi* se resolvió hace más de quince años.

—Silas era de su propio linaje —señala Imhotep—. Lilit fue quien lo convirtió, por lo que tenía todo el derecho a acabar con él. —Agradezco que Imhotep mencione este detalle, sobre todo teniendo en cuenta que, mientras me deshacía de las pertenencias de Silas, encontré pruebas de una asidua correspondencia entre ambos. Silas e Imhotep solían ser buenos amigos. Íntimos. Quizá incluso amantes.

Silas también había sido amigo mío años atrás. No me causó placer darle caza. Sin embargo, entendería que Imhotep me

guardara rencor, y agradezco que nunca haya sido así.

—Wenceslaus —concluye Imhotep —, la próxima vez, antes de lanzar acusaciones, te sugiero que eches un vistazo en tu propio linaje. Además, me gustaría recordarte amablemente que, aunque cualquiera de nosotros tiene derecho a convocar a los demás al consejo, no es algo de lo que se deba abusar por asuntos triviales.

—Esta mierda podría haberse resuelto con un correo electrónico —murmura Aapo—. ¿Cómo se dice «correo electrónico» en latín?

Li Xiu se ríe y arrastra la silla hacia atrás.

—Que la suerte acompañe a quien intente enseñarle a Wenceslaus el Desatado lo que es internet.

—¿Cómo me has llamado? —espetea Wenceslaus.

Todos salimos de la sala cagando leches.



Voy caminando por la avenida Michigan, rozando con las yemas de los dedos la superficie rugosa de un muro de piedra y con la cabeza inclinada hacia arriba para que los copos de nieve me caigan en la cara. De repente, oigo que me llaman.

Me doy la vuelta y veo a Li Xiu acercándose. Se quita las gafas de sol y parpadea un par de veces, como asegurándose de que el resplandor de la puesta de sol se ha atenuado lo suficiente para no resultarle molesto.

Cuanto más tiempo pasa desde que un renacido se convierte, mayor es su resistencia a la luz solar. Mientras que los principiantes pueden sufrir quemaduras graves y hasta morir con apenas unos minutos de exposición a los rayos UV, los más veteranos son capaces de salir al exterior sin problemas, incluso a plena luz del día. La única excepción son los ojos, que siguen siendo sensibles a pesar de que hayan transcurrido miles de años desde que cruzamos. La situación varía dependiendo de cada individuo: los ojos de Li Xiu, por ejemplo, siempre se han visto especialmente afectados por la luz, mientras que Viktor tiene la suerte de solo necesitar protección

cuando el sol está en su punto más intenso. Yo estoy en un punto intermedio.

Cuento todo esto para decir que soy consciente de que a Li Xiu no le gusta estar al aire libre sin las gafas puestas, por mucho que el sol esté a punto de ponerse, así que no me tomo a la ligera que haya querido que nos miremos a los ojos.

Según sus criterios, esto podría considerarse una muestra pública de afecto.

—¿Cómo es que Cassius, Karna y Pasiphaë han decidido no asistir al espectáculo de Wenceslaus? —pregunta, refiriéndose a los líderes de linaje que no han estado presentes en la asamblea.

—Son los que viven más lejos de Chicago. Y siempre han sido los más listos.

—Quizá la próxima vez que se convoque un consejo para algo así de inútil deberíamos reunirnos en el patio trasero de la casa de Karna. O en esa cueva a la que Pasiphaë se retira para reflexionar sobre su voto de silencio.

—Pues no me parece mal, así cambiamos de aires.

Hasta hace poco, no había muchos lugares en la Tierra donde nueve criaturas inquietantes de diversas edades y orígenes pudieran congregarse sin atraer atención indeseada, especialmente teniendo en cuenta la manía de Wenceslaus de vestirse como un clérigo de la Edad Media. Supongo que podríamos intentar hacernos pasar por parientes, pero dudo que fuéramos capaces de engañar a nadie, y no porque tengamos un aspecto demasiado dispar, sino porque el tipo de emociones que sentimos los unos por los otros no se parece mucho al amor familiar, que digamos. Si alguien nos observara de cerca, como máximo, podríamos convencerlo de que somos un grupo de amigos algo variopinto. Es algo que suele abundar en las grandes ciudades estadounidenses, donde se dedica una buena dosis de indiferencia a los visitantes. Por lo tanto, son lugares ideales para reunirnos.

El caso es que hay muchas. No estoy segura de quién decidió, hace unas décadas, que Chicago fuera el punto de encuentro por

defecto. No fui yo, lo prometo. Es pura coincidencia que sea aquí donde más tarde conocería a Roman.

—¿Necesitas algo? —le pregunto a Li Xiu, dudando sobre el motivo por el que ha venido a buscarme.

—Solo quiero advertirte de algo, nada más.

—¿Advertirme de qué?

—De que deberías tener cuidado, Lilit.

Un grupo de jóvenes que huelen a marihuana y alcohol pasa junto a nosotras. Uno de ellos resbala sobre el hielo sin llegar a caerse, pero casi choca contra Li Xiu. Cuando se gira para disculparse, ella lo ignora.

—Pues que te den —murmura él, ofendido, y yo no puedo evitar esbozar una sonrisilla.

Li Xiu ni siquiera ve a los mortales. No los ama ni los odia. Simplemente le son tan pero que tan indiferentes que su presencia no llega ni a llamarle la atención. De vez en cuando consume el arte que producen o lee las noticias para estar al tanto de lo que ocurre en el mundo. Sin embargo, no socializa con nadie que no sean otros renacidos. Dudo que recuerde cuándo fue la última vez que habló con alguien que no estuviera vivo en la época el Renacimiento.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿Por qué debería tener cuidado?

—Tú solo ten cuidado, es todo.

Arqueo una ceja.

—¿Hay algo que deba saber?

Ella niega con la cabeza, aunque luego añade:

—Wenceslaus siempre ha sido un incordio, pero convocar un consejo por esto es... descabellado incluso para él.

—Ah. Bueno, te agradezco la preocupación, no obstante, él es un bebé comparado conmigo. No le conviene ponerse en mi contra.

—Lo sé. Es un bebé grande, peludo y con osteoporosis. Pero también está loco y a los locos se les va la pinza. —Se calla al oír que un SUV se detiene junto a nosotras. Echo un vistazo al asiento del conductor y me sorprende ver a Imhotep.

—¿Te viene a recoger? —pregunto.

—Sí.

Aprieto los labios, conteniendo la risa. Érase una vez, cuando yo era una jovencita ignorante que creía saber lo que era la inmortalidad, Li Xiu me contó que, tarde o temprano, se acababa aburriendo de todo. Supongo que a Atukhos ya le ha llegado la hora. Por suerte, no es un tío muy sentimental.

—¿Cuánto tiempo lleváis?

Ella se encoge de hombros.

—¿Cinco, seis años? ¿Cuándo fue la última vez que nos reunimos en el consejo?

—Hace unos cinco o seis años, sí. —Me muerdo el interior de la mejilla y ella arquea una ceja, como animándome a hacer más preguntas si me pica la curiosidad —. ¿Y tú estás bien? —me intereso, al fin.

—Por supuesto. Sabes que cuando estoy enamorada es cuando más feliz estoy.

No sé mucho sobre ese tema. De hecho, ni siquiera estoy segura de que Li Xiu y yo entendamos del todo el significado de esa palabra. Cuando éramos jóvenes renacidas, la idea de enamorarnos era inaudita, una maldición de los dioses, algo que solo podía condenarnos. Durante la mayor parte de nuestra existencia, los compromisos se han forjado con monedas y sangre, no con cosas tan frágiles como los sentimientos. Para nosotras, el sexo y el amor eran conceptos que no tenían nada que ver. Menos aún el matrimonio. Aunque de vez en cuando sí que éramos capaces de apreciar la importancia de encontrar a alguien con quien compartir la vida. El amor que ahora tanto anhelamos antes era sinónimo de peligro. Después llegaron los relatos cortesanos, las hermosas baladas de los trovadores y los poetas melancólicos que escribían sobre lagos y acantilados rocosos.

Sospecho que aquellos que precedemos al concepto moderno del amor quizá no seamos capaces de experimentarlo. Tal vez Li Xiu solo esté apropiándose de un lenguaje que no comprende por la simple

razón de que odia los largos y solitarios espacios de tiempo que acompañan a la inmortalidad.

—Deberíamos vernos un día de estos, Lilit. Tomar un té, charlar...

—Mira al cielo con una sonrisa —. De todos modos, no creo que podamos salir de esta ciudad en unos cuantos días.

—Sí. Me parece bien.

—¿Qué tal esta noche?

—Mañana —digo, porque mi móvil ha vibrado hace unos minutos e Imhotep la está esperando en el coche. Debo decir que, de todos los líderes de linaje, él es, sin duda, el más amable. He visto a Li Xiu con amantes mucho mucho peores —. Por cierto, si alguna vez te tiras a Wenceslaus, quiero que sepas que me veré obligada a matarte.

Li Xiu se ríe, se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla y se mete en el coche de Imhotep sin despedirse.



CAPÍTULO 5

Teniendo en cuenta lo que acabo de decir sobre la forma de amar —o más bien de no amar— que tienen los renacidos más antiguos, empiezo a preguntarme si debería dar una explicación de cómo terminé conociendo a Roman y por qué no logré remediar lo que sentía hasta... Bueno, a día de hoy sigo sintiéndolo, ¿no?

Quiero dejar claro que yo no lo estaba buscando. De hecho, en aquel momento no tenía intención alguna de encontrar un amante, y si la hubiera tenido, habría actuado con responsabilidad y me habría mantenido alejada de alguien como él. O, para ser más exacta, me habría mantenido alejada de alguien que me gustara tanto como él.

Todo comenzó hace unos diez años, a raíz del asunto de *Ars moriendi*. Silas, un miembro de mi linaje, había llegado a lo que parecía ser una edad difícil para los renacidos y decidió convertirlo en un problema de todos, lo cual requirió mi intervención. Cuando era mortal, Silas había sido herrero, y su habilidad para crear colgantes, fíbulas y broches me había parecido tan valiosa y excepcional como las piedras preciosas que empleaba. Nunca había sentido predilección por las joyas, pero desde joven sentía debilidad por los artistas y eruditos, y por aquellos que llevaban su oficio a la perfección a fuerza de disciplina, trabajo duro y ese tipo de obstinación compulsiva que probablemente despertaría cierta inquietud entre las personas cuerdas y equilibradas. Tal y como mi querida Vero reflexionó muchos siglos después de que yo conociera

a Silas, pensando que no la escuchaba: «A Lilit le gustan los raros, ¿verdad?».

Evidentemente, yo no sabía cómo era la mente de Silas, ni su temperamento ni sus inclinaciones. Lo único que me importaba era su talento y, cuando vi que el mundo estaba a punto de perderlo por un accidente en la forja, lo visité en su lecho de muerte y le pregunté si le interesaba ser inmortal. Al igual que todas las demás personas a las que les había planteado esa cuestión, su respuesta fue: «Sí, por favor».

Algunos renacidos recién convertidos empañan su linaje desde el principio. Silas, sin embargo, se comportó durante casi un milenio. No fue hasta los últimos dos o tres siglos cuando entró en lo que Li Xiu denominó «su fase de rebeldía propia de los adolescentes».

—Quizá los renacidos tengamos un ciclo hormonal que nos afecta al alcanzar cierta edad —reflexionó tras todo el asunto que condujo a la eliminación de Silas. Estábamos sentadas en un bar desierto de Bombay, envueltas en el aroma especiado del *masala chai* que nos habíamos pedido. El sol naciente pintaba el cielo de un rosa dorado y una bandada de gaviotas siberianas nos sobrevolaba, riéndose de nosotras —. Aunque también es verdad que ya ha ocurrido varias veces en mi linaje. Renacidos con delirios de grandeza y deseos de ejercer violencia sin sentido. En el de Atukhos o Karna nunca se ha dado. Al menos que yo sepa. Tú y yo debemos de estar haciendo algo mal, Lilit.

Di golpecitos con los dedos en la taza de cerámica, pensativa.

—A lo mejor deberíamos dejar de convertir a artistas atormentados y afectados por la locura divina. Podemos probar a centrarnos en mentes menos brillantes y más sensatas. Como las de un contable, por ejemplo.

—¿Sabes qué? A la mierda lo de intentar preservar la belleza y el talento, sigamos el ejemplo de Cassius y convirtamos a la gente con la que nos apetezca acostarnos. O a una pandilla de fanáticos religiosos que nos traten como profetas postexílicos, como Wenceslaus.

—Uf, solo de pensarlo me da pereza.

—¿Verdad? Probablemente por eso no he convertido a nadie en... ¿trescientos, cuatrocientos años? No se lo digas a los otros. Sé que eso acabará debilitando mi linaje —admitió Li Xiu —, pero ya no estoy dispuesta a lidiar con las consecuencias de otorgarle la inmortalidad a cierta gente. Preferiría clavarme un palillo en el ojo antes que pasar el tiempo suficiente con un mortal para evaluarlo antes de decidir si se lo merece o no. Al fin y al cabo, termina siendo una apuesta a ciegas igualmente.

Hacía aún más tiempo desde la última vez que yo había convertido a alguien, pero no se lo dije porque nunca me ha gustado eso de revelar secretos ni la sensación de sentirme encogida y expuesta que viene después.

Pero volviendo a Silas: se había vuelto loco. Su deseo de crear un ejército de renacidos, de desarrollar un culto en torno a su figura y de someter a los mortales como si fueran ganado que pudiera sacrificar a su antojo nos obligó a intervenir. Y no había tiempo que perder. Como su sire y líder de su linaje, me correspondía a mí tomar la decisión. Tenía la intención de darle caza y matarlo yo misma, pero Viktor —quien, una vez más, cargaba con muchísima culpa por distintos motivos, incluido el haber escrito un texto insensato cuando acababa de salir del cascarón — pidió encargarse él mismo, y procedió a llevarlo a cabo de una forma tan elegante como esperaba. Debo decir que fue bastante egoísta por su parte enamorarse en medio de la misión, aunque supongo que no se podía evitar. Sin embargo, eso significó que, después de la muerte de Silas, estuviera muy ocupado con otros menesteres y la que tuvo que encargarse de los cabos sueltos —los demás renacidos con los que Silas había formado alianzas, los mortales que lo habían ayudado, la red de informantes y seguidores que había reunido... — fui yo.

Fue un asunto muy tedioso y desafortunado. No obstante, aquello me llevó a visitar Chicago y, por tanto, a encontrarme con el doctor Roman Martin.

La mañana en que lo conocí comenzó con la ejecución de tres renacidos del linaje de Cassius —con su permiso y sus mejores deseos, por supuesto — por conspirar con Silas y causar daño a una cantidad escalofriante de mortales. No era raro que mis persecuciones terminaran convirtiéndose en algún tipo de cacería. La de ese día, sin embargo, tuvo una víctima colateral: un niño de edad indeterminada, al que uno de los renacidos de Cassius empujó de malas maneras para apartarlo del camino. Lo arrojó hacia la acera y acabó sobre un montón de basura. No me paré a comprobar cómo estaba, pero, al regresar después de haber completado la matanza, me lo encontré sentado en un banco cercano, llorando en silencio. Debía de haber algo de aluminio en una de las bolsas de basura, porque tenía un corte en el costado y le brotaba sangre con un aroma extraño. No parecía demasiado profundo, aunque, a juzgar por el intenso olor a hierro, el chico era propenso a sangrar mucho.

Suspiré.

—Hola.

El niño me miró con los ojos muy abiertos y no reconoció que era la misma mujer que perseguía a los capullos que lo habían empujado. Estaba tan desconcertado por mi aspecto que se olvidó de que estaba llorando y se quedó a medio sollozo y con la boca abierta.

Suspiré de nuevo.

—Ven. Vamos al hospital.

No es que no me gusten los niños, lo que ocurre es que no me acuerdo de haber sido yo una. En algún momento tuve que pasar por la edad de cuatro, cinco o siete años, pero solo recuerdo que, ya desde pequeña, lo único que se esperaba de mí era que trabajara para ganarme el sustento, y me resultaba evidente que el afecto de quienes me rodeaban no era incondicional. Incluso entonces ya me trataban como a una adulta, lo cual contrasta mucho con la forma en que se concibe la infancia hoy en día: un mundo habitado por criaturas de fantasía y ensueño, lleno de confianza y asombro, en el que se reconoce la necesidad de protección, cuidado y orientación

mientras nos adaptamos al caos de la vida. Huelga decir que los niños de ahora me resultan tan ajenos como yo a ellos.

No me cabe duda de que el doctor Roman Martin se dio cuenta enseguida.

—No soy su madre —dije en cuanto nos admitieron en una sala de urgencias sorprendentemente tranquila.

El doctor Martin esbozó una mueca.

—Ah, ya, lo he notado.

En los tiempos modernos, la medicina parece haberse convertido en un oficio que recompensa a los audaces y atrevidos, y este joven, fuerte, alto y robusto, aparentaba no haber conocido nunca el miedo. Era incapaz de afirmar de forma objetiva si era otras cosas, como guapo, atractivo o de buen ver, dado que esas nociones cambian con demasiada velocidad. Me resulta fácil aprender un nuevo léxico o descubrimiento científico, pero hay conceptos que no se enseñan con palabras. ¿Cómo se explica lo que es un comportamiento torpe? ¿O una persona atractiva? ¿O un comentario de mal gusto? Todas estas cosas no son nociones racionales, sino percepciones que se basan en la sensibilidad y el instinto, que a su vez se nutren de una conciencia cultural colectiva ante la que los renacidos solo somos meros espectadores.

A lo que me refiero es a que, aquella mañana de principios de primavera, no habría sabido decir si el doctor Roman Martin era, según criterios cuantificables, atractivo. Sin embargo, lo que sí podía afirmar era que *a mí* me atraía.

El caso es que, no sé cómo, se dio cuenta de que yo no era la madre del niño.

—¿Cómo lo ha sabido? —le pregunté intrigada.

Hizo un gesto vago en mi dirección. Podría haber aludido a varios detalles, desde el hecho de que no aparentaba la edad suficiente para tener un hijo de nueve años hasta la forma en que intentaba mantener el menor contacto posible con el niño que se aferraba a mi mano. (En mi defensa diré que prácticamente lo había sacado de la basura). Quizá lo había adivinado porque mi vestimenta estaba fuera

de lugar: gafas de sol y un vestido corto en marzo. La ropa inadecuada no me ayudaba a pasar desapercibida, pero, por mucho que detestara el frío, odiaba aún más la sensación de la tela sobre mi piel, y, sobre todo, la idea de llevar algo que no me pareciera estéticamente bonito.

—Bueno, he encontrado una etiqueta con su nombre en la mochila y he llamado a sus padres —añadí—. No tardarán mucho. —El doctor miró en silencio el punto en el que la mano del niño se aferraba a mí—. Entiendo que ya me puedo ir, entonces.

El agarre del niño no se aflojó lo más mínimo.

Suspiré.

—A menos que se requiera mi presencia, claro.

El doctor Martin no se molestó en ocultar que la escena lo divertía y acabé junto a la cama del pequeño, rodeada del hedor a productos químicos y sangre infectada, hasta que su familia irrumpió en la habitación, presa del pánico y con los ojos llorosos, y por fin pude liberarme de aquella terrible situación.

Una humillación más por culpa de Silas.

Las siguientes palabras que me dirigió Roman fueron:

—Si está pensando en saltar al vacío, debo decir que sería muy desconsiderado por su parte hacerlo aquí.

Habían pasado unos quince minutos desde que el niño y sus padres se habían reunido. Al marcharme, había decidido subir al tejado del hospital para aclarar las ideas. Estaba junto a las barandillas de seguridad, observando el ajetreo del tráfico interminable de la ciudad. Incluso agradecí que hiciera un poco de brisa, porque ayudaba a limpiarme las vías respiratorias de los olores desagradables de la sala de urgencias.

No tenía muy claro si el doctor Martin estaba bromeando. El humor es, por desgracia, otra de esas experiencias instintivas que requieren una rápida adaptación, y parece que siempre tardo demasiado en pillarlo.

—¿Desconsiderado hacia...? —pregunté escéptica.

—Los niños con otitis que están abajo esperando a que los atiendan, por ejemplo. No se merecen verla espachurrada contra la acera.

La verdad es que tenía sentido. Asentí.

—Y desconsiderado hacia mí, ya de paso. Tendría que rellenar un montón de papeleo.

—¿En serio? —Me volví hacia él, intrigada.

Cuando frunció los labios, deseé no llevar gafas de sol para saber de qué tono exacto eran.

—En realidad, dependiendo de la edad que tenga, quizá podría librarme. Esto es un hospital pediátrico.

—¿Eso significa que solo tratan a niños?

—Correcto.

—Espere. Entonces, en un hipotético escenario en el que me tropezara, cayera desde aquí y me rompiera una pierna...

—Se rompería algo más que la pierna.

—Ya, pero supongamos que sobreviviera a la caída...

—No sobreviviría.

—... y necesitara atención médica urgente. ¿Me atenderían?

Se encogió de hombros.

—Seguramente no.

Abrí mucho los ojos. Las complejidades del sistema sanitario actual eran desconcertantes, incluso para alguien con tanta experiencia como yo.

—¿Así que me rechazarían?

—No. Le dibujaría un mapa de cómo llegar al centro de traumatología para adultos que hay al otro lado de la calle. Podría ir a la pata coja hasta allí. —Un rato antes pensaba que no se le daba bien disimular su diversión, pero en ese momento me di cuenta de que lo que pasaba era que no se molestaba en ocultarla.

—Es usted despiadado, doctor.

Asintió lentamente, fingiendo consternación.

—Se nos permite hacer algunas excepciones.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Podría admitir a un paciente mayor de dieciocho años si aún no ha cumplido los veintiuno.

Me observó fijamente, expectante, y entonces me percaté de lo que pasaba. Un segundo después, mi cerebro me confirmó que sí, que me interesaba seguirle el juego. Me giré para apoyarme en la barandilla y saqué la cartera del bolsillo. Cuando le mostré mi documento de identidad, lo aceptó sin decir nada, con la mirada oscilando varias veces entre mi rostro y la foto.

—Lilit Kavvadias —leyó. En esa época había adoptado una identidad de raíces griegas. Encajaba con mi complexión y hablaba el idioma como una nativa —. Nacida en Londres. ¿De ahí viene su acento?

Mi acento era un desastre: tenía un deje pijo y demasiado refinado que se superponía a un sinfín de peculiaridades propias de alguien que habla varios idiomas. Había renunciado a encasillarlo en una nacionalidad concreta, así que le di mi respuesta habitual: «De pequeña mis padres se mudaban mucho», y permití que Roman sacara sus propias conclusiones.

—¿Y ahora vive en Chicago?

—No. Solo estoy de visita.

—Entonces, ¿dónde vive?

—Viajo mucho por trabajo. —Otra de mis frases estrella.

Eché un vistazo a mi fecha de nacimiento, que era el motivo detrás de aquella conversación y que me situaba en veintitrés años. Él debía de tener un par más.

—¿Ya ha terminado los estudios?

Asentí con la cabeza y él me devolvió el carné.

—¿Por qué me ha enseñado su documentación? —preguntó, como si no se hubiera pasado los últimos cuarenta y cinco segundos analizándola.

—Porque parecía dubitativo.

—¿Dubitativo acerca de qué?

—De si tenía la edad adecuada para usted. He considerado que sería mejor ir al grano.

Esa sonrisita otra vez. Después se aclaró la garganta y apartó la mirada. No es que la gente misteriosa me fascinara con facilidad ni que creyese que me estaba ocultando nada, pero me estaba costando encasillarlo o reducirlo a un estereotipo.

—He subido porque la estaba buscando. Liam, el chico que ha traído, está a punto de recibir el alta, y los padres quieren darle las gracias por lo que ha hecho por él.

—No hay necesidad de agradecerme nada.

—De acuerdo. ¿Y si me piden sus datos de contacto...?

—Pídame el número y déjese de rodeos, doctor Martin.

Contuvo la sonrisa, se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones, pero ni por un segundo pensé que era por inseguridad o falta de confianza.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse en la ciudad?

—Esta misma noche me marchó.

Otro de esos asentimientos pensativos, seguido de una larga pausa. Actuaba como si todo lo que yo dijera tuviera que ser cuidadosamente analizado por un comité de eruditos instalados en su cráneo.

—¿Me permite invitarla a un café?

Era temprano y estaba tan nublado que me sentí segura quitándome las gafas de sol. Al verlo a pleno color, me pareció aún más atractivo.

—¿Siempre liga con tanta agresividad?

—No, nunca. Considérelo una muestra de mi desesperación.

Eso me hizo sonreír.

—No hace falta ir a tomar café —respondí mirándolo a los ojos.

Me alegró comprobar que eran de un tono marrón más claro que su pelo. El contraste era precioso.

Me devolvió la sonrisa antes de asentir por enésima vez. Pensé que nos entenderíamos bien. No tenía ni idea de cuánto.



Nuestra primera vez fue rápida, torpe y, sobre todo, insulsa, lo cual no me esperaba. No tenía paciencia para soportar a los amantes incompetentes y, con el tiempo, me había vuelto experta en detectarlos y evitarlos. A excepción de la juventud, Roman no tenía ninguna de las cualidades que, según mis investigaciones, se asociaban con los hombres sexualmente ineptos.

Así que me sorprendió que terminara tan rápido. Aunque creo que él se sorprendió más. Era evidente que sentía una vergüenza desmesurada: estaba tapándose los ojos con las manos, un rubor intenso le trepaba por el cuello y los cuádriceps se le habían tensado. Casi me echo a reír. Me contuve porque no quería herir sus sentimientos. Decidí echarle un vistazo a su diminuto y ordenado apartamento con el objetivo final de encontrar mi sujetador y emprender una retirada estratégica.

Una llega a esta edad sabiendo cuándo es mejor cortar por lo sano.

—No tengo... Puede que no sirva como excusa —dijo después de recuperar el aliento. Tragó saliva —, pero eres la persona más atractiva que he visto y tocado jamás. Y...

Solo lo escuchaba a medias, sin dejar de buscar mi ropa interior por la habitación. Nunca le había dado mucha importancia a los cumplidos sobre mi atractivo físico: mis rasgos y mi porte general habían pasado de moda demasiadas veces como para que me preocupara algo tan voluble como las opiniones de los demás.

—¿Lilit? —escuché, y me volví hacia Roman con una sonrisa cortés, deseando haber calado mejor a ese hombre o que hubiera estado a la altura de su potencial.

Debió de leer mi expresión de desconcierto y notar mis ganas de marcharme, porque cualquier rastro de humor autocrítico desapareció de su rostro.

—Por favor —murmuró tendiéndome la mano —. ¿Me concederías el honor de sentarte en mi cara?

La segunda ronda fue la que me destinó al fracaso, y a día de hoy no sabría decir por qué. No creo que fuera una simple cuestión de

técnica, habilidad, tamaño, belleza o resistencia. Tal vez fue una combinación de todo. Lo único que sé es que sucedió: empezó a tocarme, se me nubló la vista y de repente solo sentía placer.

Recuerdo destellos breves, aislados y aturdidores. Su boca sobre mí. La sensación de su piel bajo mis nudillos al deslizarlos por su vientre. Lametones fugaces a la altura de mis pezones. Sus gemidos contra mi garganta mientras me la metía y el delicioso aroma de su sangre tras la barrera de la piel.

Tenía tantas ganas de morderlo que me dolían los dientes.

Toda la experiencia tuvo un carácter difuso, un poco como la forma en que los directores eligen representar las secuencias oníricas en las películas. Nunca me han parecido creíbles y, a decir verdad, una de las razones por las que jamás he disfrutado del cine es la naturaleza arbitraria de las convenciones cinematográficas. Pero el placer que se adueñó de mí aquel primer día me dio la sensación de ser justo así: fantasmal, efímero, omnipresente. Lo único que me mantenía anclada eran los ojos de Roman, clavados en mí, suplicantes. Una y otra vez, parecía caer en el mismo trance que yo estaba experimentando. Sentía que había perdido el control, y que no era la única.



—¿En qué idioma has hablado? —me preguntó después, con sus fuertes brazos acunándome como si fuera algo frágil y valioso. Se lo permití. Así de bueno había sido aquel polvo.

—¿Perdón?

—Has dicho algo mientras..., pero no he logrado... —Se encogió de hombros, un poco tímido, y yo me eché a reír.

—Creo que me has hecho olvidar lo que sé de inglés.

Él también se rio contra mi cuello.

—No es para tanto, y menos si el inglés no es tu lengua materna.

En efecto, el inglés no era mi lengua materna. De hecho, cuando nací, el inglés ni siquiera existía como tal. No apareció hasta más

tarde, cuando yo ya era una renacida viejuna ocupando el cuerpo de una mujer joven, cuando ya había sido testigo de varias guerras, conquistas y olas migratorias; cuando ya había escuchado cómo los sonidos nórdicos, celtas y franceses luchaban por imponerse; cuando ya había visto cómo cambiaban las reglas, se transformaban los significados y se desmoronaban los contextos. Puede que el inglés no existiera cuando nací, pero yo estaba presente cuando se formularon sus primeras palabras, lo que significa que empecé a dominarlo cuando aún era una lengua en pañales.

Más de mil años después, este hombre había entrado en mi cuerpo y me había hecho olvidarlo todo.

—¿Qué habría pasado si hubiera tenido menos de veintiún años? —le pregunté más tarde, mucho más tarde, mientras él me observaba vestirme. Ese día acabé quedándome en su apartamento todo el tiempo posible. Lo cual fue muy pero que muy irresponsable por mi parte.

—No lo sé. —Roman me lanzó una de esas miradas irónicas que ya empezaba a reconocer como un signo de modestia —. Supongo que me habría alejado y me habría dado un golpe en la cabeza contra la puerta de emergencia de la azotea, probablemente.

Estaba desconcertada, pero también dispuesta a verlo con buenos ojos.

—¿Por qué es ahí donde pones el límite de edad?

—No sé. Veintiún años me suena a edad de parvulario.

—Dijo el que tenía la avanzada edad de...

—Casi veinticinco. —Al menos parecía avergonzado —. La cuestión es que normalmente me atraen más las mujeres maduras. Tú eres una especie de excepción.

Arqueeé una ceja.

—Cuando dices maduras, ¿de cuántos años estamos hablando?

—Tampoco tantos, es que... —Se rio de nuevo. *Qué mono*, pensé. Esa palabra, por muy difusa y variable que supiera que era, sin duda encajaba con él —. Las cosas que me resultan atractivas suelen ser más comunes entre las mujeres mayores que yo.

—¿Como qué?

Dudó y se encogió de hombros antes de contestar:

—Me gusta que tengan aplomo, que sean seguras de sí mismas y directas. Apañadas y estables. Las mujeres así me resultan muy sexis. Y tú...

Yo era todas esas cosas; claro. Pero:

—Hemos charlado durante unos cinco minutos antes de que me propusieras quedar. No tienes ni idea de si soy apañada, directa o segura de mí misma.

—¿Lo dices en serio? —resopló, incorporándose en la cama, con las sábanas arremolinadas alrededor de la cintura.

Tenía un físico realmente envidiable.

—Has logrado calmar a un niño histérico cuyo nombre ni siquiera sabías. Has contactado con su familia, te has sentado a su lado y le has cogido la mano sin pestañear. Además, mientras esperabas ha entrado una víctima de un accidente de coche y había un montón de sangre, y ni te has inmutado. Te has mantenido tranquila y serena, demostrando un autocontrol que los estudiantes de Medicina tardan años en conseguir.

—Comprendo. —Era posible que Roman fuera más observador de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No me malinterpretes, me alegro mucho de haberme acostado contigo, y no voy a fingir que no ha sido el mejor sexo de mi vida, pero el caso es que, cuando he subido a la azotea, lo único que pretendía era charlar.

Era sincero, e incluso algunas partes de lo que dijo despertaron en mí una sensación agradable, aunque nada de eso importaba: nunca volvería a ver a este tío —hombre. *Hombre* —. No era prudente relacionarse con mortales con regularidad.

Justo cuando estaba recordándome esa indiscutible verdad, Roman preguntó:

—¿Me das tu número?

Terminé de abrocharme el sujetador y le lancé lo que creí que era una mirada neutra, pero él debió de percibir algo. Quizá un atisbo de

pesar en la inclinación de mis hombros. Una pizca de melancolía en la curva de mi sonrisa. Al fin y al cabo, era cirujano. El cuerpo humano era su fuerte.

—Tengo un trabajo muy exigente —dije, igual que había dicho docenas de veces—. No estoy interesada en una relación tradicional, y eso no va a cambiar.

—Me parece bien. No hay problema.

—Eso lo dices ahora, pero...

—Estoy a punto de empezar una residencia doble en Pediatría y atención de urgencias; no voy a ver la luz del sol en los próximos seis años. Créeme, yo tampoco busco una relación. —Saltó de la cama, desnudo, y se acercó a mí, recordándome a las estatuas esculpidas por los grandes—. Mira, no me des tu número si no quieres, pero puedo darte yo el mío.

Me pareció un compromiso inofensivo, así que le dejé compartir su información de contacto.

Diez minutos más tarde, salí del apartamento de Roman, con el cuerpo aún vibrando por lo que había vivido. Debo decir que no estaba del todo satisfecha. No me gustaba, y sigue sin gustarme, descubrir cosas nuevas sobre mí misma, en especial si me las enseñaba un mortal que tenía menos de una centésima parte de mi edad.

Da igual, pensé.

De todas formas, no pensaba volver a ver a ese hombre, por lo que estaba convencida de que el problema se resolvería por sí solo.



CAPÍTULO 6

Terminé de nuevo en Chicago debido a un imprevisto con el avión que había alquilado. Aquella vez me dirigía a Canadá por asuntos que no tenían nada que ver con Silas: una renacida dos escalones por debajo de mí en mi linaje mostraba signos de malestar psicológico, y su sire, que la apreciaba mucho, quería mi opinión.

Ojalá pudiera decir que tardé en recordar que existía la opción de contactar con Roman en medio de una larga noche de espera, mientras terminaban las reparaciones, y que la existencia de Roman era como un clásico antiguo: algo de lo que me había olvidado hasta que el aburrimiento y la ociosidad lo desempolvaban. La verdad, por supuesto, es que era plenamente consciente de su presencia en la ciudad..., bueno, no: de *mi* presencia en *su* ciudad desde el momento en que aterrizó el avión.

Incluso al enviarle el mensaje, me dije a mí misma que seguramente estaría ocupado. O que quizá no se acordaría de mí. Que era mortal y, por tanto, poco fiable. Que yo tenía su número, pero que nunca le di el mío. Ni siquiera había guardado bien el contacto, lo cual significó tener que repasar uno por uno hasta encontrarlo. Tardé el tiempo suficiente como para que existiera la posibilidad de recuperar el sentido común en el proceso.

Aunque no tuve tanta suerte.

Lilit: ¿Estás ocupado hoy?

Estaba segura de que contestaría: «¿Quién eres?». Ese sería, con suerte, el momento de lucidez que necesitaba para abortar esta locura, el equivalente a una mano agarrándome por la nuca justo cuando estaba a punto de saltar a una piscina llena de tiburones. Bueno, de tiburones no. Roman no era tan peligroso. Aunque podía resultar un inconveniente, como cualquier otro mortal que pululara más tiempo del debido en nuestras vidas de renacidos. Era como una alga: inofensiva si la dejabas en paz, pero potencialmente mortal si te enredabas en ella.

Por desgracia, su respuesta fue inmediata:

Roman: ¿Lilit?

Mi «sí» se envió antes de que me diera cuenta de que estaba escribiendo.

Roman: Terminó el turno a las 7 de la mañana. Podemos vernos un minuto después de esa hora. Literalmente.

Esperaba que mi avión estuviera listo para despegar por aquel entonces. Y también que el problema fuera tan grave que tardaran días en arreglarlo. Esperaba cosas tan contradictorias que me dije a mí misma que lo mejor era dejar de esperar. Aquello era nuevo para mí: saber que no debía hacer algo y, sin embargo, hacerlo igualmente.

Quedé con él en una cafetería cerca del hospital a las 07:15.

—Tenía muchas ganas de que me llamaras. —Tenía un aire juvenil, estaba nervioso y feliz. Su corazón latía con fuerza. El ligero rubor de sus mejillas me calentó las entrañas.

En ese momento pensé por primera vez (aunque luego vendrían muchas más): *¿Y si pruebo su sangre? ¿Tendrá un sabor dulce y a hierro? ¿La sentiré pesada y espesa en el estómago? ¿Cómo será tener acceso a sus pensamientos?* Me imaginé que el interior de su cabeza sería tan guay y ordenado como su apartamento. Sin duda, la mayor parte de su atención se centraba en su trabajo y en hacerlo

bien. Estaba segura de que tenía otros intereses —sus estanterías rebosaban de libros, tanto académicos como de narrativa, y había indicios de que pertenecía a algún equipo deportivo —, pero su motivación principal parecía ser esa, lo cual era un alivio en más de un sentido. Era poco probable que se obsesionara conmigo en los periodos de tiempo en los que no estuviera con él.

—¿Quieres ir a tu casa? —le pregunté.

—¿Desayunamos primero? Yo invito.

—Claro —respondí, porque no me importaba esperar.

Sentía cierta curiosidad por saber cómo le iba con la residencia de la que me había hablado. *Solo voy a informarme de la evolución de un sanador mortal*, me dije a mí misma. Para nosotros era importante estar al tanto de lo que ocurría en el mundo. Las noticias y las redes sociales sin duda ayudaban, pero nada comparado con el contacto directo con los mortales.

Al conversar con él, descubrí que Roman concebía el tiempo en términos que a mí me resultaban desconocidos. Turnos, vidas, el número de personas a las que podía ayudar y los recursos que necesitaría para hacerlo. Para él, un día se dividía en fragmentos de doce horas, conceptualizados como ladrillos, momentos de descanso seguidos de periodos de dedicación absoluta. Y, a la larga, logros. Habilidades. Pensé en lo irónico que resultaba que toda su existencia estuviera destinada a acumular conocimiento para combatir los estragos de la muerte. Estaba sentado frente a alguien que podría haberle concedido la inmortalidad con una gota de su sangre, y no tenía ni idea. Envejecería sin saber jamás lo cerca que había estado de vivir para siempre.

Esa idea me entristeció. Lo cual debería haber servido como una primera señal de alarma sobre el camino que estaba tomando.

Por molesto que fuera, cada detalle que Roman revelaba sobre sí mismo —su trayectoria profesional, la ausencia de su familia, su amor por Chicago, la ciudad donde había nacido... —iba seguido de la misma pregunta: «¿Y tú, Lilit?».

La esquivé tanto como pude, pero tonto no era, y tampoco el típico tío al que le encanta escucharse. Cuando se interesó por dónde había estudiado y yo respondí «aquí y allá», se quedó mirándome fijamente.

—Eres muy enigmática, ¿no?

—Así es. —Una pausa—. ¿Crees que podrías acostumbrarte a ello?

—Me da que no tengo elección si quiero que sigamos viéndonos, ¿me equivoco?

De todos modos, no vamos a seguir viéndonos, pensé.

Ilusa de mí.



Ahora me doy cuenta de que quizá no esté contando esta historia como es debido. En mi defensa diré que no tenía en mente que fuera a dar detalles sobre cómo llegué a ser lo que soy. Créeme cuando te digo que, cuanto más se vive, menos importancia tienen los orígenes de uno a la hora de decidir sobre su futuro.

Sin embargo, lo que sí diré en aras de la exhaustividad es que mi progenitor era tan poderoso como cruel. Era un sacerdote del templo de Ishtar y, al igual que yo, adoraba la belleza, aunque sus gustos se inclinaban menos por la creación artística y más por el consumo de los placeres carnales. Un día, fui acusada de traición por un vínculo circunstancial con un grupo de insurrectos y me condenaron a muerte (cabe especificar que esa acusación fue injusta; en aquel momento era demasiado inconsciente, pasaba demasiada hambre y estaba demasiado agotada como para involucrarme en algo tan novelesco como una conspiración). Mi sire me vio encadenada, le parecí bonita y decidió que aportaría valor a su patrimonio. Me ayudó a cruzar y, aunque primero me pidió permiso, yo diría que su explicación de lo que implicaba vivir eternamente fue, cuando menos, escasa.

Aun así, no me arrepiento de haber aceptado. Fui su compañera durante el siglo que siguió, en el que me hizo creer que él y yo éramos los únicos de nuestra especie, y durante el cual nunca lo cuestioné. Mentiría si dijera que fui infeliz a su lado; en muchos aspectos, si no en todos, el sacerdote me trataba mejor y con más respeto de lo que jamás había experimentado. Sería una mentira igual de grave afirmar que me sentí desconsolada cuando Li Xiu nos encontró y se deshizo rápidamente de él en un acto de venganza.

—Mató a mi sire —me dijo después de chuparle toda la sangre—. Llevo siglos buscándolo. Dime, ¿con qué disparates te ha llenado la cabeza?

Quizá esto es lo que me hizo cogerle aversión a la idea de mantener relaciones románticas dentro de un mismo linaje: la certeza de que es inevitable que haya un desequilibrio de poder y conocimientos. O puede que fuera otra cosa que no tiene nada que ver, como la comprensión de que vivir para siempre parece acabar con una parte fundamental de nuestro ser. Aunque lo más probable es que se deba a que soy demasiado exigente y la mayoría de los renacidos que he conocido simplemente no me encajaban. En cualquier caso, con el paso del tiempo se hizo evidente que, a la hora de elegir amantes, prefería buscar entre los mortales. Muchos han dado por sentado que Silas y yo, o Viktor y yo, fuimos compañeros en algún punto. Me la suda lo suficiente como para no haberme molestado en esclarecer las cosas, pero el caso es que no es cierto.

Ahora bien, con los mortales siempre he tenido la sensatez de no repetir. Puede que sean ignorantes, pero no son bobos. Aunque sus ojos apenas sepan lo que están percibiendo, su cerebro sabe que algo falla. Por muy cautelosos que intentemos ser los renacidos, a veces podemos tener un desliz, como olvidarnos de ocultar que tenemos una fuerza o una velocidad sobrenaturales, por ejemplo. En las circunstancias más extremas, los más jóvenes y frágiles pueden verse dominados por la sed de sangre y volverse violentos.

La solución es sencilla: los peligrosos seres que no envejecen y tienen tanto poder no deberían ser una presencia constante en la vida de un mortal. Y, sin embargo, aquella mañana, cuando Roman dejó su vaso de agua sobre la mesa y dijo:

—Me alegro mucho de volver a verte.

Yo respondí:

—Yo también.

Su respiración era audible por encima del torrente de sangre que le corría por las venas. Me sonrió y fuimos a su apartamento. No salimos de ahí hasta que tuvo que volver al hospital para su turno de noche, a pesar de que mi avión ya hacía horas que estaba listo para despegar.



Por supuesto, esos encuentros se repitieron varias veces. Si hubiera parado, no habría ninguna historia que contar.

Ojalá pudiera decir que fue el sexo lo que me —nos — llevó a querer repetir. Que su valor residía exclusivamente en la forma en que ayudaba a mi cuerpo a sentir cosas que había olvidado o a descubrir otras nuevas y maravillosas. Pero no es el caso.

En cuanto empecé a conocerlo, me cayó bien. Me gustaba su integridad, su mente y la manera en que parecía incapaz de compartir un solo dato sobre sí mismo sin querer saber el detalle correspondiente sobre mí, incluso después de darse cuenta de lo poco probable que era que yo revelara nada. Me gustaba el aroma de su sangre, y que fluyera con tanta fuerza que podía trazar su recorrido con la lengua a mi antojo. Me gustaba su falta de ego. Me gustaba cómo reparaba en las personas y se esforzaba por darles lo que necesitaban, como la anciana propietaria de un hostel en Indiana, que cada mañana tomaba el café con él en el porche porque sabía que estaría dispuesto a escucharla hablar de sus batallitas de juventud. Me gustaba su desinterés por el poder y toda

esa parafernalia, lo competente y seductor que era y su disposición a no juzgar antes de tiempo.

Me gustaban decenas de cosas sobre él. Ojalá supiera cuál fue la definitiva, la que me hizo enamorarme. La Lilit del pasado también se lo preguntaba. Durante mucho tiempo, tuve la esperanza de que analizar y reconocer la atracción que sentía fuera la clave para liberarme de ese yugo, como en una de esas viejas fábulas donde pronunciar una palabra mágica rompe el hechizo. «Rumpelstiltskin». «Ábrete, Sésamo». «Roman Martin».

Al final, lo único que tenía claro era que me gustaba y que lo deseaba como jamás había deseado a nadie. Nunca me había enamorado siendo mortal, y siempre me preguntaba si lo que sentía encajaba con la definición de esa palabra. Sin embargo, no albergaba ninguna duda de que era de esto de lo que hablaban los poetas y las parábolas. Debería haber sido más lista y no haber cedido, pero, en su lugar, me dejé llevar.

A Roman yo también le gustaba. Nunca me hice ilusiones: mi carácter esquivo, mis evidentes medias verdades y los misterios que me seguían como migas de pan eran motivos más que suficientes para enganchar a cualquier jovenzuelo. Roman parecía a la vez frustrado por el secretismo y dispuesto a esforzarse el doble para descubrir lo que escondía.

—Ya te lo dije —contestaba a veces, con la cabeza apoyada en su bíceps—. Llevo una vida muy aburrida y no me gusta hablar de ello. Viajo por trabajo y poco más.

Él no se lo creía, y me parecía bien que así fuera, pero sabía que, cuanto más indagara, más me alejaría. Poco a poco, dejó de preguntarme por mi pasado. En su lugar, empezó a querer saber sobre mi futuro.

—No tengo turno hasta mañana por la tarde. Quédate a dormir —me pidió una noche, apartándome unos mechones de pelo de la frente sudorosa. Esa fue su primera victoria. Después de eso, vino un fin de semana juntos en un parque nacional cercano. Tres días en un lago, porque «lo cierto es que soy bastante buen navegante, ya

verás». Una semana en la nieve. Luego diez días. Quince días. Semanas y meses. Primero una vez al año, después varias. Dije que sí una vez sin ser consciente de lo que hacía. Y luego algunas veces más. Y luego siempre.

Aquellos fueron años relativamente tranquilos en mi mundo, con Silas fuera del mapa y los cabos sueltos ya atados. Y Roman... Roman se sentía solo, según descubrí. Sufría el mismo tipo de soledad que yo. Era inteligente y la gente de su entorno le quería, estaba rodeado de amigos, compañeros de trabajo y conocidos. Y, sin embargo, se sentía solo. No lo decía, pero estaba claro que algo lo alejaba de las personas de su vida, como si se encontrara en los suburbios de su propia existencia. Debería haberme dado cuenta de la razón desde el principio, pero estaba ocupada disfrutando del tiempo que pasábamos juntos. Sus ojitos de enamorado mientras me contemplaba untándome aceite en el pelo, la forma en que vacilaba al escucharme suspirar de placer mientras yo lo envolvía con las piernas, las atractivas arrugas de su rostro, que se volvían aún más bellas con la edad.

A Roman le gustaba que yo llevara las riendas, lo cual era una suerte, porque yo también lo prefería. Obviamente, era más fuerte que él. No tenía ni idea de que en cualquier momento podía arrancarle los músculos de cuajo con un simple movimiento de dedo. Aun así, se comportaba como si lo supiera. En la cama, cada palabra que yo pronunciaba era una orden. Se callaba cuando quería que se callara y gritaba si yo se lo exigía. Se arrodillaba a mis pies y me pedía permiso para adorarme los pechos. Suplicaba que le dejara meterse entre mis muslos y luego que le permitiese abrirme las piernas para ver cómo se introducía dentro de mí. Esperaba a que le diera permiso antes de dejarse llevar por el placer y, cuando por fin lo hacía, su cuerpo se estremecía contra el mío. Si le hubiera pedido que me dejara beber su sangre, habría accedido sin dudarlo, y sin ninguna garantía de que no lo dejaría seco.

—La primera vez que te vi, pensé que parecías un ángel —me confesó una vez mientras lo cabalgaba, alternando la mirada entre

mis ojos y mis pechos. Soltó una risa y añadió —: Ahora más bien creo que eres una diosa. Una cruel, de las del Antiguo Testamento. —Estaba mezclando sus creencias con la realidad, pero no me importaba. Veía mi verdadero yo, en la medida en que un mortal era capaz de hacerlo.

Nunca le pregunté si quedaba con otras mujeres durante las semanas que yo me ausentaba. Esperaba que sí y esperaba que no. Una vez más, esperanzas demasiado contradictorias. Una vez más, dejé de esperar nada. No me interesaba tener más amantes ni encontrar compañía en otras personas, ya fueran mortales o renacidos. Lo único que quería era a Roman. Puro egoísmo y codicia. No sabía que mi mente, tan ordenada, metódica y pragmática, pudiera soportar esos episodios de desenfreno.

Durante el otoño de nuestro sexto año juntos, me llevó fuera de la ciudad, a un lugar en las montañas. Ese día, un perro se soltó de la correa y se cruzó delante de nuestro coche. Roman frenó de golpe, evitando por los pelos atropellarlo, y puso el brazo derecho delante de mi cuerpo para protegerme del posible impacto.

—Joder, ¿estás bien, Lilit? —Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos y no pude evitar mirar su brazo, que aún intentaba protegerme. Los bíceps, tríceps y vasos sanguíneos envueltos en una piel fina como el papel que no tenían ninguna posibilidad de vencer a la gravedad, a la materia y a las despiadadas fuerzas de la física.

Se me escapó la risa.

—Vale. Vale. Bien. Estás bien. —Creo que atribuyó mi risa al *shock*.

Poco a poco esbozó una amplia sonrisa y a mí me entraron unas ganas locas de decirle que debería ser yo quien lo protegiera. Cuando me tomó la mano para reconfortarme, se la apreté y me pregunté: *¿Y si le hablara de los renacidos?*

Una sola y sencilla pregunta que trajo consigo cientos más. ¿Qué diría Roman? ¿Se enfadaría conmigo? ¿Me suplicaría que convirtiera a todos sus pacientes más graves? ¿Adivinaría por instinto que no se puede estar vivo tanto tiempo sin cargar con la responsabilidad de

haber hecho cosas reprensibles? ¿Vería repulsión en sus ojos? Peor aún, ¿desarrollaría ese tipo de ansia monomaniaca por la inmortalidad que algunos sienten cuando descubren que la muerte no es inevitable? No sentía vergüenza ni culpa por mi naturaleza; había tenido mucho tiempo para aceptarla. Sin embargo, no me entusiasmaba la idea de verme reflejada en los ojos de Roman.

Aun así, fantaseaba con confesarlo todo. Con ofrecerle la inmortalidad. Con que se convirtiera en mi compañero de vida.

Hazlo, me incitó la parte racional de mi cerebro. Cuéntale lo de los renacidos. Comprueba si le repugna la idea de desafiar a la muerte, si sigue queriendo estar contigo una vez que conozca la verdad sobre ti. De ser así, ya sabes cómo funciona el ritual para cruzar. Primero tendrás que acabar con su vida para convertirlo, y no hay garantía de que funcione; a veces el ritual no cuaja y nadie tiene ni idea de por qué. Si eso sucede, Roman estará muerto y el mundo será un lugar peor.

Pasó el tiempo. No dije nada.

Varios meses después, mientras dormitaba encima de él en su cama, con el calor del verano pegándonos la piel, sonó su móvil. Sentí cómo se movían sus músculos debajo de mí, pero no tuve fuerzas para apartarme.

—¿Sí?

Era una mujer. Una compañera de trabajo. Charlaron un rato y luego ella le contó el plan para esa noche: una cena en casa de un compañero para celebrar no sé qué.

—Puede. Estoy con... —Roman me miró con una leve sonrisa — una amiga. Veré si quiere ir y te escribo para confirmártelo.

Al otro lado se hizo un breve silencio.

—Chachi pistachi.

Llevaba años sabiendo que Roman estaba inexplicablemente aislado, que no encajaba del todo, ni siquiera en su propia vida; que alguien como él debería haber tenido un lugar al que pertenecer y no ir por ahí como si hubiera una fina capa entre él y el resto del mundo. Pero había estado demasiado distraída durante demasiado

tiempo como para percatarme de qué era lo que realmente le había arrebatado la vida que se merecía: yo.



En cuanto me di cuenta de que era una lacra para Roman, traté de alejarme de su vida.

Sé que puede parecer que no, pero de verdad que lo intenté.

Cuando no estaba de visita en la ciudad, solíamos enviarnos mensajes, aunque tampoco muy a menudo, así que aproveché. Durante las semanas siguientes, le advertí de que estaría ocupada. No le escribí primero ni una sola vez y procuré que mis respuestas fueran breves. No sé cómo, pero resistí el impulso de volar a Chicago a escondidas y ver cómo estaba.

El silencio fue un auténtico infierno, pero ayudó. Por primera vez desde que lo había conocido, no pisé los Estados Unidos por un periodo prolongado de tiempo. Antes de que él apareciera en mi vida, residía habitualmente en Irlanda. Allí tenía un pequeño castillo donde pasaba mis días siempre que no tuviera otro sitio donde estar. Sin embargo, hacía más de media década que no lo visitaba.

Parecía que me había mudado a Norteamérica sin darme cuenta.

Me dije a mí misma que lo único que tenía que hacer era mantener la distancia. Que tanto Roman como yo habíamos vivido la mayor parte de nuestra vida sin el otro y, por tanto, se podía deducir que no nos necesitábamos para sobrevivir.

No me permitas hacerte daño, pensé. No me permitas hacerte daño.

Entonces, una mañana, me desperté con una llamada.

—Hace tiempo que no sé nada de ti —dijo, aunque no con un tono acusatorio—. ¿Se ha hundido la bolsa o algo así?

—He estado ocupada —respondí.

—Ya, me lo comentaste. Solo quería saber cómo estabas. —Una pausa. Una risa irónica—. Sinceramente, me conformo con oír tu voz.

Cerré los ojos.

—Yo también.

—¿Sí? —Sonaba sorprendido, aunque también cauteloso. No era un intento de provocación: Roman no estaba seguro de si pensaba en él cuando no estábamos juntos, de si era una figura relevante en mi vida.

Esa es la cuestión, pensé. No lo eres. Eres un insecto efímero y yo soy una piedra en medio del campo donde naciste. Nunca deberías haber sabido de mí.

Pero así era Roman. No me interrogaba acerca de mis ausencias ni exigía explicaciones que yo no podía dar. Se contentaba con esperar a que volviera.

—No tenemos por qué seguir hablando por teléfono —dijo—. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

Me vine abajo con más violencia que el faro de Alejandría.



Como no podía soportar la idea de dejarlo, esperaba que él me dejara a mí. *Se cansará*, me repetí durante los tres años siguientes. *Querrá tener algo normal, como una familia o una esposa dispuesta a ser presentada ante sus colegas, alguien que prepare brownies para una quedada (sin frutos secos, porque los humanos modernos, no sé cómo, han acabado cargados de alergias más letales que la peste bubónica). Tarde o temprano, él hará lo que yo no soy capaz de hacer.*

Así que fingí no oírle murmurar mi nombre mientras dormía y traté de no dejar que mi alma se hiciera añicos cuando hundía la cara en mi pelo y me abría su corazón, confesando que le aterrorizaba fallarles a sus pacientes: ¿y si cometía un error?, ¿y si se le escapaba un detalle?, ¿y si dejaba de preocuparse por ellos? Me obligué a no reparar en que mis visitas se estaban volviendo más frecuentes y las llamadas al final de sus turnos, casi habituales.

Una noche, mientras lo ayudaba a doblar la ropa limpia y él me hacía reír contándome historias sobre los disparates que algunos de sus jóvenes pacientes habían dicho durante el último turno, rememoré un momento, varios años atrás. Viktor había acudido a mí para hablar de asuntos que en aquel entonces me parecían importantes, pero que ahora ya no recordaba. Habíamos hablado largo y tendido sobre el progreso en varias misiones pendientes y, al final de nuestra reunión, como si se le hubiera ocurrido de repente, me había dicho:

—Creo que me estoy enamorando.

Lo miré, confundida por la revelación, por el tono, por el mero concepto de que el severo y puritano Viktor se estuviera enamorando.

—De una mortal —añadió.

—Comprendo. —Reflexioné sobre el asunto. Al cabo de un instante, le pregunté —: ¿Te ves capaz de cortar por lo sano?

—¿Perdón?

—Dices que te estás enamorando. ¿Estás en condiciones de recular? —Esperaba que captara la metáfora, porque no tenía ni idea de cómo expresar mejor lo que quería decir.

—Pues... no estoy muy seguro.

—Ah. Bueno, supongo que ya lo averiguaremos.

Él frunció el ceño.

—Pensé que te enfadarías más.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Porque me he dado cuenta de que, ahora que ella está en mi vida, algunas de mis prioridades han cambiado. Noto que me estoy volviendo... despreocupado.

Asentí, sintiéndome feliz por él, pero también convencida de que se cabrearía conmigo si lo felicitaba por algo tan mundano como encontrar a alguien a quien amar tanto como al deber, la historia o los viejos palimpsestos.

—¿Te refieres a la falsificadora? ¿La chica que sabe de nosotros?

—Sí —dijo con la mandíbula apretada, como si quisiera abrir la boca lo menos posible y tragarse todo ese asunto tan vergonzoso.

—¿Ella te corresponde o...?

—No. —Una pausa—. No lo sé. Tal vez.

—Ya veo. Bueno, si quieres mi permiso para convertirla...

—No. No. —Se pasó la mano por la cara. Probablemente, aquella era la mayor muestra de emoción que le había visto mostrar desde mucho antes de que Cristóbal Colón zarpara para cometer todo tipo de atrocidades en el Nuevo Mundo—. No, Lilit. Espero de verdad... Confío en que lograré cortar antes de que sea demasiado tarde.

No fue así. Y yo misma fui testigo de ello, por eso pude reconocer las señales en mí cuando me vi en la misma situación. Sin embargo, cuando me di cuenta de que estaba a punto de caer, ya había cruzado la mitad del precipicio.



CAPÍTULO 7

Treinta minutos después de haberme despedido de Li Xiu, me siento en la misma mesa de la cafetería donde Roman y yo hemos comido innumerables veces. Unos instantes más tarde, él hace lo mismo en el sofá de enfrente con una sonrisa y un suave «hola».

Esto se aleja un poco de la dinámica habitual de nuestros encuentros. La rutina que hemos establecido suele empezar en su casa, donde nos acostamos —una forma agradable, aunque ineficaz, de recordarnos de qué debería tratarse esto —, y ya si eso después, con cierta reticencia, damos paso a momentos más íntimos. Comemos, conversamos y vemos películas en su sofá que yo nunca disfruto, salvo por el hecho de que Roman está demasiado agotado como para aguantar despierto. Aprovecho la oportunidad para observarlo dormir durante horas, preguntándome qué dice de mí que el vacío apático de mi vida inmortal solo desaparezca cuando contemplo a este hombre respirar.

Esta noche, tal vez porque ha sido una visita de improviso, el guion cambia. Roman está sentado, relajado, con una pequeña curva en los labios y la mano ligeramente cerrada sobre la mesa. Su expresión es cautelosa y reservada, algo a lo que no estoy acostumbrada.

—Estás muy guapa.

Arqueo una ceja.

—¿De verdad?

—Sí. Inmune a los elementos, como siempre. —Su sonrisa es cariñosa y mira hacia donde mis manos envuelven una taza humeante de té —. *Casi* inmune.

Roman sabe bien que, a pesar de mi vanidad y mi inclinación hacia la ropa poco práctica, sí que paso frío. Me ha dicho más de una vez que encuentra encantadora mi predilección por la alta costura y le gusta protegerme de las consecuencias de mis decisiones. Casi espero que frote mis dedos entre los suyos o que se levante, se siente a mi lado y me caliente acariciándome con la palma abierta por la parte interior del muslo.

No hace ninguna de las dos cosas, lo que me lleva a darme cuenta de algo: aún no me ha besado. No es algo que suela posponer.

—¿Todo bien? —le pregunto, y, aunque su asentimiento debería ser convincente, sé que es mentira.

Intento dejar de mirarlo fijamente, pero tiene ojeras y su tez se ve pálida en contraste con el verde de la bata. Lleva barba de varios días, lo cual no es propio de él. Por otra parte, no le he avisado de que venía. Desde el principio, Roman se ha mostrado encantado y horrorizado al mismo tiempo por lo sensible que es mi piel; orgulloso y a la vez arrepentido por las marcas que a menudo me deja. Es posible que solo se afeite cuando sabe que vamos a vernos.

—Creía que ibas a estar ocupada con el trabajo —dice.

—¿Por qué?

Hace un gesto impreciso.

—En las noticias han hablado mucho de la Reserva Federal y de los tipos de interés. Supuse que estarías por ahí, en plena vorágine.

—¿Has leído *The Wall Street Journal*?

—«Leer» es una palabra muy fuerte. Más bien lo he recitado en voz alta, como lo haría un niño pequeño.

Me río por lo bajo.

—Nunca me convencerás de que alguien que trabaja con bucles de presión-volumen a diario es incapaz de entender las ventas en corto.

—Ya sabes lo que dicen de los médicos.

—¿Qué dicen?

—Que son imbéciles.

Lo miro de reajo.

—¿Eso dicen?

—Yo sí. Cada vez que me miro al espejo.

Frunzo el ceño.

—Roman... —No sé muy bien qué decir.

Niega con la cabeza y, sí, se nota que está cansado, pero sigue siendo tan guapo que casi me rompe el corazón.

—¿Va todo bien? —vuelvo a preguntarle. Me invade un extraño impulso de retorcerme las manos, pero obligo a mi cuerpo a estarse quieto.

—Sí —dice con una leve sonrisa.

Nos miramos así, con educación, como dos personas que no están trágicamente enamoradas la una de la otra, hasta que nuestra camarera habitual, Diane, aparece con un «¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin veros por aquí!» y nos deja un vaso de agua y la carta de especialidades.

Normalmente, Roman la cogería y le echaría un vistazo. Esta vez hace caso omiso, lo que me indica que no tiene intención de comer. Quizá simplemente no tenga hambre.

Pero entonces aparta el vaso a un lado y apoya los codos en la mesa.

Se me revuelve el estómago.

—Lo siento, Lilit —dice.

Me doy cuenta, vagamente y sin emoción, que esto marca el final de algo que ha durado una década, y por un breve instante solo siento dolor. Luego nada. Absolutamente nada. Bendita apatía. Observo desde la distancia lo que está a punto de suceder.

—Comprendo —digo con calma, recostándome en el sofá. Al fin y al cabo, siempre le ha gustado mi capacidad para guardar la compostura.

—Sé que esto va en contra de las reglas, pero no me queda otra.

—¿Las reglas?

—De nuestro juego.

—Ah.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla y su corazón late más rápido y fuerte. Esto va a acabar fatal, pero una parte egoísta e imprudente de mí se pregunta si debería robarle unas gotitas de sangre antes de dejarlo marchar. De esa forma, lo llevaría dentro de mí mientras él viviera y podría encontrarlo siempre.

—Créeme, no me hace ninguna gracia decirte algo que no quieres oír. Me he conformado con seguir tu ejemplo, Lilit, de verdad que sí. Me dijiste que no querías una relación tradicional y yo entendí desde el principio los límites de lo que podía hacer, pedir o tener. Pero ya no estoy dispuesto a aceptar las reglas. Lo cual supongo que significa que el juego ha terminado.

Asiento con la cabeza, esforzándome por no parecer triste, porque no tengo derecho. Así es como tiene que ser. No es necesario que él sepa que lo intenté.

He explorado todas las vías posibles. Lo he consultado con renacidos más antiguos que yo. He hablado de ti sin mencionar tu nombre. He repasado todos los escenarios y buscado la mejor manera de mantenerte a mi lado y de asegurarme de que no te estaba privando de nada. Lo he intentado. De verdad que sí. Y, aunque siempre he acabado con las manos vacías, no he sido capaz de poner fin a lo nuestro.

Debe de notar la tristeza en mis ojos, porque dice:

—No pasa nada, Lilit. Las cosas han cambiado. —Sus queridos ojos de color amarillo-marrón son cálidos. Diane solo ha traído una pajita y él me la acerca —. Llevo un tiempo viendo a otra persona.

Mi cerebro procesa dos cosas a la vez: primero, el significado de sus palabras. Luego, el latido constante de su corazón al pronunciarlas.

Eso indica que está diciendo la verdad.

En cierto modo, soy consciente de que la expresión vacía de mi rostro es demasiado extraña para mostrarla en público. Debería

recomponerme y simular el tipo de reacción que tendría un mortal cualquiera al recibir esta noticia, pero no me apetece forzarme para parecer normal.

—¿Una mujer? —pregunto con notable serenidad.

—Sí.

—¿Trabajáis juntos?

—No. Pero ella también se dedica a la medicina. —De nuevo: no es mentira.

—Entiendo.

Asiente con lo que parece ser alivio. ¿Temía que montara una escena? En los diez años que llevamos conociéndonos, no he alzado la voz ni una sola vez. De hecho, no creo que haya exteriorizado mi ira desde el inicio de la era nuclear. Siempre he sido una persona serena y la vida eterna ha apaciguado aún más mi temperamento.

—Quizá debería haberte llamado para contártelo, pero sucedió muy rápido y, al final, tú siempre has dejado muy clara tu opinión respecto a la posibilidad de tener una relación real conmigo.

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Acaso nuestra relación no era real?

Ignora la pregunta.

—Esto... es nuevo. E inesperado. Ocurrió sin que yo lo buscara. Pero ocurrió y..., por muy agrisado que resulte poner fin a las cosas, puede que sea lo mejor. —Sus ojos se posan en un punto detrás de mi hombro y permanecen allí demasiado tiempo —. Sería injusto por mi parte seguir viéndote. Esta será la última vez. Lo nuestro debe acabar aquí y ahora.

Me quedo mirando el lugar donde sus largos dedos descansan sobre la mesa. Esto tampoco es mentira. Está diciendo lo que piensa de verdad.

—En ese caso —consigo decir a pesar de tener la boca seca —, deberías irte antes de que Diane venga a tomarnos nota.

Roman no vacila. Se levanta en ese mismo instante y no mueve ni un músculo cuando se inclina para darme un beso en la mejilla. Su

aroma se intensifica y trato de no hacer ruido mientras inhalo profundamente.

—Adiós, Lilit.

Le dedico mi sonrisa más encantadora. Luego, cuando se marcha, me recuerdo a mí misma que no se puede perder algo que nunca se ha tenido, y me quedo inmóvil mientras mi cuerpo reacciona como si estuviera muriendo por segunda vez.



CAPÍTULO 8

Me lleva un rato recomponerme.

Me quedo en la cafetería, picando del plato de hummus que solo he pedido para contentar a Diane. Le digo que no hay ningún problema cuando se compadece de mí por salir con un médico («Siempre están de guardia excepto cuando quieres que lo estén»). Afuera, la nieve se amontona, cubriendo la calle de blanco y suavizando los contornos de la ciudad.

Siempre supe que algún día tendría que dejar de compartir la vida con Roman. Solo podía acompañarlo brevemente y, aun así, lo he alargado todo lo que he podido. Quizá he sido cruel. Durante años, he esperado que fuera él quien me diera la patada. Ahora que lo ha hecho, no voy a hacerme la resentida por la forma en que ha roto conmigo. En realidad, creo que lo ha hecho bastante bien. Ha sido sincero y directo, algo que yo nunca he sido con él.

De todas formas, duele que da gusto. Una herida nueva que me cala hasta los huesos y que no recuerdo haber experimentado antes. Por eso no puedo estimar si sanará o cuándo lo hará, lo cual me deja a la deriva.

Supongo que el regalo de despedida de Roman es hacerme vivir otra primera vez.

Cuando me suena el móvil, ni siquiera soy capaz de sentir agradecimiento por la distracción.

—¿Algo importante que deba saber? —inquire Viktor, con ese tono seco y competente tan propio de él.

¿Cómo se ha enterado?, me pregunto. Un instante después caigo en la cuenta de que se refiere a la reunión con los otros líderes de linaje y me cubro el rostro con la mano.

—No —contesto, y suelto varios billetes sobre la mesa antes de salir al exterior y dejar que la nieve se arremoline a mi alrededor —. Bueno, en realidad, sí.

—¿Sí?

—No habrás tomado la iniciativa de asesinar a un renacido llamado Grigori últimamente, ¿verdad?

—¿Grigori Andreyevich Markov? ¿Del linaje de Wenceslaus?

Por supuesto, Viktor se sabe de memoria hasta su partida de nacimiento.

—El único e inigualable.

—No estaba al corriente de su... eliminación.

—Bien. Lo tomaré como un no y le reiteraré a Wenceslaus que no te llevaste tu abrecartas hasta los Urales para acabar con uno de los miembros más insignificantes del linaje menos poderoso.

—Ah. ¿Acaso Wenceslaus creía lo contrario?

—Sí, pero también piensa que los corderitos crecen de los dientes de león. Nadie les da mucha importancia a sus opiniones. Aun así —continúo, recordando las palabras de precaución de Li Xiu —, mantén los ojos abiertos ante cualquier cosa fuera de lo normal.

—¿Como qué?

—Wenceslaus ha estado actuando de forma errática y no estoy segura de cómo va a evolucionar esta nueva y divertida faceta de su personalidad. Sigues en Alaska, ¿verdad? —Hace aproximadamente una década, Viktor comenzó a pasar allí la mayor parte de los meses de invierno. A los renacidos recién convertidos, como es el caso de Vero, les resulta mucho más fácil habitar en lugares donde las horas de luz solar son limitadas.

—Sí.

—Bien. Nadie más que Pierre y yo sabemos que resides allí, así que considero que estás a salvo. En cualquier caso, ten cuidado. Y cuida de la chica también.

—A ver, no quiero ser quisquillosa —nos interrumpe una voz seca y ronca —, pero llevamos como quince años hablando cada semana. Puedes dejar de llamarme «la chica». Sabes perfectamente cómo me llamo.

—Hola, Vero. —Como siempre, me hace sonreír.

—Hola, abuelita.

Al parecer, a Vero le hace mucha gracia trasladar los conceptos familiares modernos a la estructura de los linajes de los renacidos. Yo me lo paso bien siguiéndole el juego, sobre todo por la cara que pone Viktor cuando ella se refiere a él como «papi».

—Hola, mi querida nieta. ¿Cómo estás?

—Bueno, llevo cuatro días con una migraña hemipléjica y ayer me comí un solo garbanzo y acabé vomitándolo *ipso facto*.

—Uf, suena fatal —digo entrando en el vestíbulo de mi hotel —, pero conozco a renacidos que, quince años después de haber sido convertidos, siguen sin haber recuperado la capacidad de hablar. En comparación con ellos, vas de maravilla. En comparación con cualquier otro recién convertido que conozca, de hecho.

—Ya te lo dije, Veronica. —La voz de Viktor se suaviza de repente —. Eres bastante extraordinaria.

—Solo lo dices porque ayer te hice un retrato muy halagador.

—Lo digo porque es la verdad. Sigo pensando que el retrato no era más que un fiel reflejo de la realidad.

—Guau. No hay nada peor que un tío guapo que sabe que es guapo...

—Tengo que irme —miento, y cuelgo al segundo. No soy propensa a sentir envidia, y menos mal. Detestaría sentir resentimiento hacia Viktor por haber encontrado a Vero, solo porque Roman se ha ido.

Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando me doy cuenta de que, mientras hablaba por teléfono con Viktor, me ha llegado un mensaje de Roman. Se me forma un nudo en la garganta y me detengo en medio del vestíbulo para mirar la pantalla, confundida.

No confiaba en volver a saber de él tan pronto. Ni nunca, a decir verdad.

Roman: No me importa que te quedes con mis llaves de repuesto, pero de ahora en adelante no deberías entrar en mi casa sin avisarme primero.

Rápidamente, le respondo:

Lilit: ¿Perdón?

Su respuesta es la foto de unas gafas de sol de estilo militar, cuidadosamente dobladas sobre la encimera de la cocina. En la esquina superior, reconozco el borde de una tostadora retro que compramos juntos justo después de que él se mudara.

—Me gusta ese tono de rojo —comenté, señalándola en la estantería.

—Y a mí me gustas tú —dijo él, y me dio un beso en la nariz antes de meter la tostadora en el carrito.

No obstante, hace semanas que no voy a casa de Roman. Aun así, me palpo el pecho, aliviada al comprobar que mis gafas de sol siguen colgando del escote del vestido, justo donde las he dejado antes de entrar en la cafetería.

Lilit: No he ido a tu casa, Roman.
¿Es posible que lleven ahí un tiempo?

Lo pregunto aunque sé que es ridículo plantearlo siquiera. Roman no es maniático, pero es ordenado y observador. Además, su desayuno preferido es un *bagel* tostado con semillas de amapola, huevos y queso. La probabilidad de que no se haya fijado hasta hoy de algo que dejé allí hace meses es infinitesimal.

De repente, se me hiela la sangre.

Pregunto:

Lilit: ¿Cabe la posibilidad de que sean de otra persona?

Y luego, antes de darle tiempo a responder:

Lilit: ¿De la mujer que me has comentado, tal vez?

Roman: Lilit, ¿no te has dado cuenta de que nadie más que tú usa este tipo de gafas de sol?

Pues no, no me había dado cuenta. Porque puede que sea cierto que en su círculo abundan más las Ray-Ban y las Oakley, que es lo que está de moda, pero casi todo el mundo que conozco usa las mismas gafas que yo.

Porque son las que necesitan los renacidos.

Me pongo el móvil en la oreja y lo llamo. Contesta con un suspiro entrecortado.

—Lilit, no pasa nada si has venido mientras yo no estaba. Solo digo que a partir de ahora no deberías...

—Roman, cállate. —Debe de percibir el nerviosismo en mi voz, porque se queda en silencio —. ¿Sigues en tu casa?

—Sí.

—¿Hay alguien contigo? ¿Has revisado todas las habitaciones?

—¿Qué coj...?

—Limítate a responderme. Sí o no. ¿Estás solo?

Silencio.

—Sí.

—¿Has subido arriba?

—No.

—Vale, no subas. Por nada del mundo.

—No entiendo por qué no...

—Ve al salón. Siéntate en la silla que hay frente a las ventanas, la que da a las escaleras. Quédate ahí hasta que llegue. Si llama alguien a la puerta que no sea yo, no abras, aunque lo conozcas.

—Lilit, ¿qué...?

—Llego en diez minutos. Haz lo que te digo.

Y cuelgo.



CAPÍTULO 9

Roman abre la puerta con el ceño fruncido, una expresión que no logra ocultar la sacudida de su corazón en el momento en que sus ojos se encuentran con los míos. Antes de que diga nada, me cuelo dentro y me pongo de puntillas, intentando acercar nuestras caras. Él es mucho más alto que yo, así que alargo el brazo, lo agarro por la nuca y lo atraigo hacia mí.

—Escúchame —le susurro.

El gesto me resulta casi demasiado familiar. Durante los últimos diez años, rodearle el cuello con los brazos ha sido mi forma de hacerle saber que estaba demasiado lejos. Que quería un beso y que lo quería *ya*. Nuestros cuerpos han ensayado este baile cientos de veces. Esa es la única razón por la que Roman se inclina tan fácilmente hacia mí, incluso ahora que está enamorado de otra persona.

Porque lo está. Me lo ha dicho.

Giro la cara hasta que mis labios le rozan la oreja y susurro:

—No he venido a tu casa hoy. No me he dejado las gafas de sol. Sospecho que alguien más ha estado aquí. Podría ser alguien que trabaja conmigo o alguien de mi entorno que se ha enterado de que tenem... teníamos una relación. Y me preocupa que aún pueda estar en la casa.

Roman parpadea. Sus pestañas me rozan el pómulo.

—Lilit, dudo mucho que un asesor financiero de la competencia haya entrado en *mi* casa. Esto no tiene ningún sentido —replica,

pero lo dice en voz baja. Aunque crea que me estoy volviendo loca, parece dispuesto a tomarse en serio mis sospechas.

Le aprieto más con los brazos alrededor del cuello.

—¿Has subido arriba en algún momento?

Niega con la cabeza y me empuja hacia atrás, acorralándome contra la puerta. Me doy cuenta entonces de que está tratando de interponerse entre mi cuerpo y las escaleras que conducen al piso de arriba. Me contengo de darme una palmada en la frente.

Ay, Roman. Mira que eres idiota.

—Supongamos que es cierto. —Me susurra contra la piel. Un escalofrío me recorre la espalda y me avergüenza no ser capaz de reprimirlo —. ¿No deberíamos llamar a alguien? ¿A la policía, por ejemplo?

—Las autoridades no pueden ayudarnos, y, cuanto menos gente se entere, mejor.

—Lilit, ¿tienes antecedentes familiares de psicosis? ¿O de delirios paranoicos? Porque existe la posibilidad de que estés en pleno episodio. —Sube la mano por mi cadera hasta la zona lumbar. Me pregunto si es consciente de lo que está haciendo.

—Escucha, no te pido que me creas, pero míralo así: si estoy sufriendo un brote psicótico y haces lo que te digo, perderás veinte minutos de tu tiempo, como mucho, y acabarás sintiéndote un poco tonto por habértelo tragado. Ahora bien, si estoy cuerda, tengo razón y me haces caso, evitarás morir hoy. Es una elección fácil, ¿no te parece?

—Lilit..., ¿por qué tengo la sensación de que esto tiene algo que ver con la conversación que hemos tenido antes?

Me muerdo la lengua para no soltar un gruñido de rabia.

—Puedes pensar eso si te apetece, pero, mientras le das vueltas, haz el favor de escucharme. Considera esta situación como parte del juramento hipocrático. ¿Verdad que juraste entregarte a las fantasías de tus pacientes?

—Tú no eres mi paciente y nunca he jurado nada por el estilo. ¿Qué es lo que...?

—Cállate un momento, ¿vale?

Aún apretujada entre él y la puerta, escucho con atención, ignorando los ruidos biológicos del cuerpo de Roman y buscando señales de si hay algo arriba. Sin embargo, si el intruso es un renacido medianamente competente, sabrá que debe ser silencioso para no delatarse.

Aguzo el oído, pero no distingo nada.

Suelto el cuello de Roman y bajo los brazos, pero él, en lugar de soltarme, me estruja un poco más contra la puerta de madera. Su boca encuentra uno de sus puntos favoritos, justo debajo de la mandíbula. Inhala y su pecho se hincha contra el mío.

—Lilit, ya no sé si esto es una broma, si es que te has convencido a ti misma de que eres una superespía o si es que lo eres de verdad.

—Ninguna de las anteriores. No soy muy dada a bromear, vivo con los pies en la tierra y nunca he trabajado para ninguna organización gubernamental, militar o paramilitar. —Con cuidado, presiono las manos contra sus pectorales y lo alejo de mí. Intento esbozar una sonrisa lo más brillante posible —. Salgamos a cenar —digo, y hablo lo bastante alto como para que mi voz se oiga arriba —. ¿Alguna propuesta?

La expresión de Roman es una mezcla de incredulidad, enfado y diversión. Pero conozco bien esa inclinación de su cabeza, indulgente, benévola, la misma con la que me trataba cada vez que eludía una pregunta sobre mi trabajo, mi formación o mi pasado.

—Donde tú quieras, *cariño*.

Arqueo una ceja. Ninguno de los dos somos propensos a usar motes cariñosos, y «cariño», desde luego, no forma parte de nuestro vocabulario.

—Demos una vuelta en coche y a ver qué encontramos. ¿Podemos ir con el tuyo?

—Claro. He aparcado en el sitio de siempre.

Lo agarro de la mano y lo atraigo a mi lado. Mientras vamos en dirección a la puerta trasera, echo un vistazo disimulado a mi alrededor, buscando anomalías. El hecho de conocer cada centímetro

de esta casa como si fuera la mía me ayuda bastante. Puedo enumerar con facilidad los rincones ocultos y los posibles escondites. Roman y yo nos hemos reído en todas las habitaciones, hemos follado en la mayoría y él me ha convencido para que me eche una siesta con él («Tú y las siestas. Mis dos cosas preferidas») en al menos un tercio.

A mi lado, Roman rezuma escepticismo y verdadera preocupación por mi salud mental, pero me da igual. Está siguiéndome el juego, que es lo único que importa. Al menos hasta que salimos al aire gélido de la noche.

La tormenta se ha intensificado y la nieve ahora cubre todas las superficies visibles. La calle que pasa por detrás de la casa de Roman es prácticamente un callejón y casi siempre está desierto. El edificio de enfrente es un espacio de *coworking* cuyo exterior, a pesar de las vagas promesas del ayuntamiento, aún no cuenta con un alumbrado decente. En el momento en que la puerta se cierra detrás de nosotros, Roman se vuelve hacia mí, con los brazos abiertos en el gesto universal de «¿Qué? ¿Contenta?». Incluso abre la boca, probablemente para decirlo, pero se detiene al oír un ruido.

Es breve, pero inconfundible. Un crujido. Como si alguien acabara de pisar la nieve de un salto. Le sigue un silencio profundo y antinatural, como si quien haya hecho el ruido se estuviera arrepiniendo.

Roman señala la planta de arriba de su casa, pero yo ya la estoy mirando. Hay una ventana abierta y una mosquitera rota.

—¿Esto va en serio? —murmura Roman.

—Sí.

Con un resoplido, da un paso adelante y se coloca delante de mí.

—Quédate detrás de mí —me ordena—. Si tienes el móvil a mano, llama a la policía.

Lo ignoro y me considero afortunada de que no tenga ni idea de dónde proviene el ruido ni de lo lejos que puede saltar un renacido. Roman está rebuscando con la mirada la esquina este de la casa, lo

que significa que tengo vía libre para encargarme del renacido que se abalanza sobre mí desde el otro lado.

Es un hombre, uno al que no reconozco. Joven, tanto en el sentido de que parece poco más que un niño como en el de que no hace demasiado que es un renacido. De hecho, es *muy* joven, dado que su velocidad no es mucho mayor que la de un mortal y que detenerlo me resulta exageradamente fácil. Cuando arremete contra mí con un brazo levantado, la hoja plateada de su daga brilla a la luz de la luna. Le doy una patada en el estómago que no ve venir y sale volando por los aires hasta caer a varios metros de distancia.

—¿Para quién trabajas? —le pregunto.

El renacido no responde y se pone en pie de un salto. Por desgracia, ahora Roman sí se ha percatado de su presencia. Cuando el muchacho parece que va a echar a correr hacia nosotros para contraatacar, Roman me rodea la cintura con los brazos y me levanta para ponerme a salvo. Carga conmigo unos metros, interponiendo el coche entre nosotros y el renacido.

—Tiene un cuchillo —me dice al oído, negándose a soltarme. Sus músculos se tensan contra mi piel mientras abre de un tirón la puerta del copiloto y me empuja dentro —. Necesito que te quedes aquí y llames a la policía y... Joder.

Abre los ojos con sorpresa cuando le retuerzo un brazo y se lo llevo a la espalda. Le hago una zancadilla con cuidado para obligarlo a caer de rodillas.

—Lilit, ¿qué cojones...?

Lo dejo ahí y rodeo el coche justo cuando el renacido se abalanza sobre mí. Esta vez, cuando intenta clavarme el cuchillo en el estómago, se lo arranco fácilmente de las manos y se lo clavo justo al lado del corazón. El chico se tambalea hacia atrás, tosiendo sangre. Lentamente se derrumba hasta caer de costado. No cometo el error de darlo por muerto; me acerco con sigilo mientras la nieve amortigua el taconeo de mis zapatos.

Unos dedos cálidos y familiares me agarran del antebrazo.

—Lilit, ¿qué coño haces?

Podría liberarme fácilmente de Roman. Sus intromisiones empiezan a parecerme más un problema que una peculiaridad a la que estoy dispuesta a hacer caso omiso.

—No te acerques —le ordeno.

—¿Estás...? ¿Acabas de apuñalarlo?

—Sí. No te acerques. —El renacido está empezando a moverse.

—Lilit, vuelve a entrar en casa y deja que...

No es una buena idea, pero es la única que se me ocurre en el poco tiempo que tengo antes de que el renacido ataque de nuevo. Si hubiera una forma de conseguir que Roman perdiera el conocimiento sin causarle daño permanente, lo haría. Pero no estoy dispuesta a poner en riesgo su bienestar, así que me conformo con la segunda mejor opción: con fuerza y a la vez delicadeza, lanzo a Roman contra la fachada de su casa y lo inmovilizo.

Él suelta algún impropio. Frunce el ceño. Me intenta empujar hacia atrás. Se mueve y se retuerce, pero no consigue ganar ni un milímetro de espacio.

El único punto de contacto entre nosotros son las yemas de mis dedos, presionadas contra el cartílago que une las costillas al esternón. Tengo cuidado de no romperle ningún hueso ni dañarle los tejidos. Aun así, mañana por la mañana tendrá cinco moratones del tamaño de una moneda en el pecho que le dolerán de lo lindo. Y si no deja de forcejear, más aún.

—¿Qué coño haces?

Roman me agarra la muñeca e intenta apartarla. No me muevo lo más mínimo.

Abre los ojos con horror.

—¿Lilit? —dice con voz ronca.

Pobre Roman. Es un hombre, y físicamente más fuerte que la mayoría de los otros hombres que conoce. Por primera vez en su vida, se está enfrentando a la verdadera fragilidad de su cuerpo.

Es una escena que he presenciado antes. Conozco bien la expresión de sus ojos; de hecho, la he saboreado muchas veces a lo largo de los siglos. La sensación embriagadora de darle la vuelta a la

tortilla. La dulzura de la venganza. Hacerle probar a alguien de su propia medicina. Roman, sin embargo, nunca ha usado sus ventajas físicas para herir a los demás, y lo único que siento ante su estado de confusión es lástima.

Descarto ese pensamiento y digo con firmeza:

—Si te mueves de aquí, lo único que vas a conseguir es estorbarme. Dime que lo entiendes y que te quedarás donde estás.

A mis espaldas, oigo al renacido levantarse del suelo con dificultad.

—Lilit, no voy a dejarte sola con...

Aumento la presión con los dedos y, por fin, capta el mensaje.

—¡Está bien! Pero si me necesitas...

Intento sin éxito que no se me note el sarcasmo al responder:

—Te pediré ayuda, sí.

Me doy la vuelta. El renacido está en las últimas, pero aun así viene hacia mí, casi tan rápido como un zombi de una de esas viejas películas de terror que Roman solía obligarme a ver cuando venía a visitarlo por Halloween.

—¿Quién te envía? —le pregunto.

El chico abre la boca. Lo único que sale es un gorgoteo espeso y rojo.

Estupendo.

—¿Quién es tu sire? —continúo, pasando al ruso. Luego, en latín —. ¿Te ha enviado Wenceslaus? ¿Esto es un castigo por lo de Grigori?

No responde. Con su último estallido de fuerza, se lanza a por mí. Tiene un segundo cuchillo, que saca cuando solo nos separan unos centímetros. Es un movimiento sigiloso y me encantaría darle la satisfacción de pillarme por sorpresa, pero, por desgracia, el pobre no es un gran luchador y sus reflejos me recuerdan a los de los perezosos que una vez vi colgando de una rama en la selva tropical de Panamá.

Lo empujo con un codazo en el costado —uno muy suave, debo puntualizar —. Desafortunadamente, el renacido pierde el equilibrio,

vuelve a caer sobre el asfalto y esta vez se oye un crujido al golpearse el cráneo. No me hace falta más para saber que la he cagado.

—Bueno —murmuro cuando veo que el chico no se levanta —. A la mierda la posibilidad de averiguar algo.

Agacho la cabeza y me aprieto el puente de la nariz, frustrada conmigo misma por haber calculado mal ese último golpe. De repente, oigo un movimiento brusco, alzo la vista y veo que Roman se ha arrodillado junto al renacido. Tiene los dedos en su garganta, como si estuviera comprobando el pulso carotídeo.

—Está vivo —dice levantando la cabeza con calma para mirarme —. Dame tu móvil.

—¿Por qué?

—Porque no llevo el mío encima y hay que llamar a una ambulancia.

Arqueo una ceja.

—Sabes que ha intentado matarte, ¿no?

La expresión de Roman me deja claro lo que piensa de mi (válida) objeción.

—El móvil —repite tendiéndome una mano.

Suspiro. Por una fracción de segundo, me dejo llevar por la exasperación. Explicar a la gente qué son los renacidos, ver sus reacciones, contemplar cómo se enfrentan a preguntas que jamás se habían planteado y reevalúan su comprensión de la vida siempre ha sido una tarea agotadora y desgarradora.

Nunca es fácil para los mortales. Y este mortal me cae bien. Muy bien.

De hecho, me encanta este mortal.

Así que me recompongo.

—No vamos a llamar a una ambulancia, Roman. Si lo hiciéramos, tendríamos que gestionar otra docena de problemas más.

Me preparo para sus protestas, pero no llegan. Después de haber sido tan tocapelotas durante la pelea, me sorprende verlo ponerse

de pie lentamente y mirarme, ignorando al casi cadáver que hay entre nosotros.

No parece tener miedo, ni de mí ni de la situación. Su tono es serio al hablar.

—¿Venía a por ti?

—No estoy segura. Puede que fuera a por ti.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No te ofendas, pero quiero creer que mandarían a alguien más competente si yo fuese el objetivo.

Él suelta una risa silenciosa.

—Acabas de luchar con tacones contra un hombre que te dobla en tamaño y ni siquiera estás sudando. No me ofendo. —Suenan sorprendentemente tranquilo. Y parece que así es como se siente por dentro también. Su ritmo cardíaco es elevado, pero se está regulando poco a poco. Quizá sea gracias a su formación médica. No cabe duda de que trabajar como médico de urgencias requiere adaptarse con rapidez y frecuencia a diferentes situaciones.

—Créeme, algunos se ofenderían —murmuro distraída, agachándome para registrar el cuerpo del renacido en busca de pistas sobre quién ha podido enviarlo. Los cuchillos, bueno, más bien dagas, son simples. Lleva los bolsillos vacíos. Estoy a punto de desnudarlo y ponerme a buscar tatuajes cuando encuentro algo alrededor de su cuello: una cadena de plata y un colgante con dos águilas.

El escudo de Rusia. Interesante.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta Roman.

—En su día fui a clases de defensa personal —respondo evasiva, sin apartar los ojos del collar.

—No es solo eso.

—¿Hmm?

—No han sido solo técnicas de defensa personal.

Alzo la mirada hacia él, preguntándome cómo salir de esta. Su expresión es completamente impenetrable. Lo siento distante.

—Conozco los límites del cuerpo humano, Lilit. Tu fuerza y velocidad...

—Soy humana —digo con un poco de mala baba.

—¿Segura? ¿Tu cuerpo tiene algún tipo de... mejora?

Inclino la cabeza. Sigue sin mostrarse para nada alterado.

—Parece que te has tomado todo este —hago un gesto señalando a mi alrededor — asunto bastante bien.

Se cruza de brazos.

—Veo muchas películas.

La sonrisa que se me dibuja en la comisura de los labios es involuntaria. Y afectuosa. Y más dolorosa que cualquiera de las cosas que podría haberme hecho el renacido que está muriendo a mis pies.

—No, Roman. Ves los primeros veinte minutos de muchas películas, luego te duermes para recuperarte de tu último turno y me roncas al oído.

—Puede ser.

No me devuelve la sonrisa y yo aparto la mirada. Me pregunto cómo se lo tomaría si le diera alguna excusa para volver a meterlo en casa. Tal vez podría pedirle que fuera a por un vaso de agua o a buscar su móvil. El problema es que no estoy segura de que el renacido estuviera actuando solo, y no estoy dispuesta a perder de vista a Roman hasta que averigüe qué está pasando.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor? —le pregunto.

—No.

—Insisto.

—Lilit, no voy a apartar la mirada.

—Lo suponía. —Suspiro resignada—. Bueno, te aviso: si la pelea te ha resultado perturbadora, esto no te va a gustar. Pero, como creo en la autodeterminación...

Agarro el brazo del chico inconsciente, le perforo la piel del interior del codo con los dientes y empiezo a beber.



CAPÍTULO 10

Cogemos el coche de Roman y, cuando me ofrezco a conducir, él no pone ninguna objeción. Ambos somos conscientes de que lo más normal es que esté en estado de *shock*, aunque no muestre ningún signo de ello. Cuestionar su capacidad para conducir un vehículo a motor es de lo más racional, y es evidente que ahora mismo quiere aferrarse a la racionalidad lo máximo posible.

Se acomoda en el asiento del copiloto de buen grado, con la mirada fija en una mancha del parabrisas que bien podría ser sangre. Su silencio, sin embargo, me preocupa. Estoy a punto de abrir la boca en dos ocasiones, primero para decirle: «Puedes preguntarme lo que quieras», y luego para suplicarle: «Por favor, di algo».

—No quiero que te separes de mí de momento —le digo al fin, tratando de contrarrestar el silencio con una apariencia de calma—. He pensado en dejarte en un hotel, pero quienquiera que sepa de ti también es posible que sepa dónde me alojo. He llamado a mi... gente, y algunos están intentando coger un avión a Chicago para ayudarme a manejar la situación, pero la tormenta de nieve ha generado ciertos problemas logísticos. Mientras tanto, no sé si estarás a salvo si te dejo en un sitio donde yo no esté. —Inclino la cadera para sacar el teléfono del abrigo y se lo tiendo—. Por supuesto, eres libre de llamar a quien quieras para avisarle de tu ausencia. Solo te pido que no les digas dónde estás o... Bueno, confío en que sabrás discernir qué contar y qué no.

Roman coge el móvil, pero lo deja con cuidado en la bandeja que hay justo debajo de los controles del aire acondicionado.

—¿Qué pasa con él?

—¿Con quién?

—El hombre que hemos dejado ahí.

—Ah. —Arrugo la nariz, recordando el sabor del renacido en la boca, agrio y desagradable. La sangre de una persona es como la esencia destilada de todo lo que es, y ese hombre definitivamente no era mi tipo —. He llamado a un..., eh..., colaborador local para que se encargue.

—Y algo me dice que no va a llevarlo a un hospital, ¿me equivoco?

Niego con la cabeza.

—Roman, sé que te dedicas a mantener a la gente con vida y entiendo que te perturbe ir en contra de todo lo que te han enseñado, pero ni él ni yo formamos parte de tu mundo. Si eran heridas que su cuerpo no conseguiría curar por sí solo, dudo que hubieses podido hacer algo por él.

Asiente y casi puedo sentir los tentáculos de su mente enroscándose entre nosotros, luchando por envolver esta nueva realidad, a pesar de no ser capaces aún de aferrarse a ella por completo.

—¿Has sido... todo este tiempo?

—¿Cómo?

—¿Cuando te conocí ya eras... así?

—Ah. Sí. Desde siempre. —Le cambia la expresión. No sabría decir si, en su cabeza, esto hace que los años de mentiras y falsedades sean mejores o peores.

—¿Una vampira? —pregunta por fin.

De entre todo (el matar a alguien, la demostración de que poseo poderes sobrenaturales y el haber conseguido someterlo a pesar de que me dobla en tamaño), lo de beber sangre parece ser lo que más le ha impactado. Se ha quedado muy callado después de eso.

—Eh... Claro. Es un término tan válido como cualquier otro.

—¿Hay alguno que prefieras?

—Sinceramente, no. Algunos de nosotros somos más exigentes con este tema, pero a mí siempre me ha resultado absurdo. El concepto cambia a lo largo del tiempo y según la cultura, y ningún término parece captar realmente lo que somos. Aunque supongo que, en esta época y este idioma, la expresión más usada es «renacido».

Él soltó una risa ahogada y silenciosa.

—¿Como la película?

—Eh... Sí, supongo.

Una larga pausa.

—La vimos juntos.

—¿La película? Sí. Bueno, más o menos. Te quedaste dormido cuando íbamos por la mitad y acabaste babeándome el cuello.

—Me habría quedado despierto si hubiese sabido que trataba sobre los de tu especie.

—Ah, no, qué va. Trata sobre una apasionada historia de amor entre un hombre y su amigo oso. Si quieres aprender algo sobre nosotros, mejor léete la parte de atrás de una caja de cereales Conde Chocula.

Sus labios casi esbozan una sonrisa. A lo mejor la cosa no va tan mal como pensaba.

—¿Hay algo que deba saber, aparte de que hay murciélagos de malvavisco entre los cereales?

—Nah, lo de siempre. —Hago un gesto con la mano.

—Ajá. Conque eres... mucho más fuerte y rápida que yo.

—Sí. Pero, por favor, no te lo tomes como algo personal.

—¿Por qué debería tomármelo como algo personal?

—Bueno, los hombres suelen darles demasiada importancia a esas cosas.

Él resopla, como si la masculinidad tóxica fuera la menor de sus preocupaciones. Suena más bien aturdido cuando pregunta:

—Podrías matarme sin despeinarte, ¿verdad? ¿Podrías haberlo hecho desde el principio?

—Bueno, a ver, sí. Aunque eso habría podido hacerlo incluso si no fuera una renacida. Podría haberte asesinado mientras dormías o envenenado la comida, o haberte hecho tropezar por las escaleras. —Alza las cejas hasta la frente y yo me encojo de hombros—. Solo estoy siendo objetiva. Hay muchas maneras de cometer un asesinato.

—Ya, sí. —Se aclara la garganta—. ¿Algo más digno de mención?

—Vivimos más tiempo que los humanos normales. Mucho más. Y somos sensibles a la luz del sol.

—¿En serio? Pero si tú y yo hemos salido a pasear juntos al mediodía y... Ah. Las gafas de sol.

—Sí. La sensibilidad disminuye con el tiempo, pero nuestros ojos son especialmente delicados.

—¿Necesitas comida y sangre para sobrevivir?

—Solo comida. La sangre no es imprescindible. Es más bien un lujo, y no en el sentido que crees. —Lo miro de reojo y soy capaz de adivinar cuál será su siguiente pregunta—. La razón por la que me he bebido la del renacido que nos ha atacado es que, en el improbable caso de que se recupere, me permitirá localizarlo. La sangre es... Un renacido maduro no pierde el control al oler sangre. No nos la bebemos porque la deseemos, pese a que el acto pueda resultar placentero. Y, desde luego, no la necesitamos para sobrevivir aunque nos nutra. La sangre es lo que nos une. Crea vínculos entre nosotros y une nuestras mentes.

Roman parece confundido, pero decidido a entender lo que le cuento. De repente, veo que aprieta la mandíbula.

—Joder. ¿Es por eso que...?

—¿Que qué?

—¿Puedes controlar la mente de las personas? ¿Por eso siento lo que siento por ti?

Frunzo el ceño.

—¿Qué se supone que sientes por mí?

—No puedo pensar en nadie más que en ti. Siempre estás... Lleva siendo así desde que te conocí. Como si nunca hubiese deseado otra

cosa que no fueras tú.

La expresión de Roman roza lo acusatorio y de pronto me arden las mejillas. Es algo tan poco habitual que casi no reconozco lo que me pasa: me estoy sonrojando.

—Si pudiera obligar a la gente a hacer lo que yo quiero, el mundo sería un lugar diferente, Roman. No puedo manipular las creencias ni los comportamientos de los demás. A veces puedo oír sus pensamientos y percibir ciertos sentimientos, pero solo si están físicamente cerca de mí y si he bebido su sangre. Y yo nunca he probado la tuya.

—Así que el único culpable aquí soy yo —concluye con ironía. Cuando vuelvo a mirarlo, tras pasar un semáforo en ámbar por los pelos, su irritación parece haberse esfumado. Ahora está más bien pensativo.

Respiro hondo.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo.

—¿De verdad?

—Sí. Obviamente, te he estado mintiendo durante diez años. Te debo una disculpa.

Hace un gesto con la mano como restándole importancia.

—¿Eso significa que no estás de acuerdo?

Cierra los ojos y se recuesta contra el reposacabezas. Su nuez se mueve arriba y abajo, hipnotizante, y tengo que apartar la mirada para concentrarme en la carretera.

—Siempre fuiste sincera sobre tu condición de mentirosa, Lilit.

—Ah.

—Te conozco desde hace casi diez años y nunca me has dicho siquiera cuándo es tu cumpleaños.

—Eso es porque no tengo una fecha de cumpleaños. Que yo sepa. —Sueno un poco a la defensiva.

—Lo que quiero decir es que eras tan evasiva y ocultabas tantas cosas que era obvio que guardabas secretos. Sería hipócrita por mi parte estar resentido contigo por algo que estaba más claro que el agua desde el momento uno.

—Siempre has sido muy comprensivo en ese aspecto —murmuro agradecida, y él se ríe.

—Podrías haber sido cualquier cosa. Una traficante de drogas, una asesina en serie o una mercenaria de datos que trabaja para Palantir. Podrías haber estado prometida con un cirujano plástico con el que compartías tres perros grandes en algún lugar de la costa oeste. A menos que me diera por seguirte y vigilarte, no tenía forma de saberlo, pero me daba igual. Siempre estaba dispuesto a apartar mis principios a un lado por ti.

—Roman...

—Decidí que teníamos que dejar de vernos unas doce veces. Quien dice doce, dice cien. Pero al día siguiente pensaba: *Venga, solo una vez más.*

Quisiera decirle «yo también», pero me quedo callada.

—Sinceramente, que seas una especie de criatura inmortal chupasangre es mejor que algunos de los escenarios que me había imaginado.

—¿Incluso mejor que el del prometido cirujano plástico y los perros?

Abre los ojos.

—Ese era el peor de todos, Lilit. Me provocaba pesadillas.

—Lo que peor llevabas era la envidia por los perros, ¿verdad?

—¿Para qué preguntas si ya sabes la respuesta?

Intercambiamos una sonrisita que me resulta tan normal que casi me olvido de lo jodido que está el patio.

Hasta que Roman pregunta:

—¿A dónde vamos?

—A cortar este lío de raíz.

—Mmm... ¿Te importaría ser más específica?

—Bueno, no estoy segura de quién ha enviado a la persona que nos ha atacado, pero tengo ciertas sospechas. Hay otro renacido, uno antiguo, como yo, que ha estado actuando de una forma un tanto errática. Piensa que Viktor mató a alguien de su linaje y que yo ordené el golpe. Ay, perdona, un linaje es...

—Creo que soy capaz de deducirlo por el contexto —me interrumpe tajante—. Vaya, que tu famoso compañero de trabajo Viktor, que te llama más o menos una vez al día, no es un simple bróker, ¿no?

—Correcto.

—¿Vosotros dos pertenecéis al mismo... linaje?

—Así es. —Podría dejarlo ahí y Roman no insistiría en saber más, porque no tiene ni idea de que hay más que saber, pero, tras años de mentiras, la verdad me resulta adictiva y emocionante—. Él pertenece a *mi* linaje, para ser precisos. Yo soy quien lo convirtió.

—¿«Convirtió»? ¿No nacéis así?

—No.

—Has dicho que eres una renacida desde siempre.

—Ah, ya, perdona, solo era una forma de hablar. Me refería a desde hace mucho, muchísimo tiempo. Empezamos siendo mortales, como tú. Luego hay un ritual y nos convertimos. Viktor era un artista, un escriba e ilustrador verdaderamente excelente. Nunca había visto nada parecido a su maestría, así que, cuando enfermó, me ofrecí a convertirlo en uno de los nuestros. Por aquel entonces, me importaba mucho mantener vivo el talento.

—¿Y ahora?

Suelto un leve resoplido.

—Ahora creo que lo mejor para los mortales es dejarlos en paz, que nacen un montón de personas con talento a cada rato y que la manera ideal de contribuir a que las artes prosperen es invirtiendo, financiándolas y no metiendo las narices donde no me llaman. En fin, a lo que me refería es que soy la sire más antigua de mi linaje. Viktor es de la segunda generación, por así decirlo, y la esposa de Viktor, Veronica, fue convertida por él, por lo que es de tercera generación.

—¿Eso no...?

—¿Qué?

—¿No roza un poco el incesto?

—¿Estás insinuando que Viktor no es solo el marido de Vero, sino también su padre? Porque es un poco asqueroso que hayas sacado esa conclusión. Puaj.

—Ah, ¿encima el asqueroso soy yo? —pregunta Roman desconcertado.

—Un poco depravado seguro.

—Has sido tú la que ha usado la palabra «generación». Los paralelismos familiares están ahí.

—Quizá tengas un complejo de Edipo.

—¿Me estás vacilando?

—Está claro que tu mente se desvía hacia lugares muy sucios e inapropiados.

—Lilit, ¿me estás diciendo en serio que tu gente nunca ha establecido la conexión entre...? —Entrecierra los ojos —. Definitivamente, me estás vacilando.

Le lanzo una mirada de disculpa.

—Perdón, es que la situación ya es bastante jodida de por sí, habrá que tirar de sentido del humor para hacerla más llevadera, ¿no?

Se gira hacia la ventana, pero alcanzo a ver que se le escapa una sonrisa.

—Por cierto, ¿podéis?

—Si podemos ¿qué?

—Tener hijos.

—Ah. No, la verdad es que no. —No me atrevo a mirarlo después de responder. Probablemente porque, aunque Roman y yo nunca nos hemos arriesgado a rozar este tema siquiera, siempre he sabido lo mucho que le gustan los niños.

Ahora que ya no estamos juntos, por primera vez, me atrevo a carraspear y preguntarle:

—A ti te gustaría formar una familia, ¿verdad?

Parece que está sopesando sus palabras.

—Sí. Me gustaría.

—Claro. —Me rasco el cuello. Pienso en su nueva... novia, amante, lo que sea —. Siento haberte hecho perder tantos años de tu vida. Supongo que podrías haberlos aprovechado con alguien que...

—No seas tonta, Lilit. Yo quería formar una familia *contigo*. Y si esa opción no estaba sobre la mesa... me contentaba con tenerte a ti.

Los tiempos verbales en pasado, la forma en que se niega a mirarme a los ojos, la verdad evidente detrás de sus palabras... Es como si me estuvieran arrancando la piel de cuajo. Un dolor prolongado e insoportable.

—Ah —digo, sintiéndome como una idiota. Luego me oigo balbucear —: Conozco a renacidos que han acogido y criado a niños mortales.

—¿Como si fueran padres adoptivos?

—Más o menos, sí.

—¿Y después qué? ¿Los ven envejecer y morir? ¿O los convierten?

—Depende. A veces los convierten. Con permiso. El proceso de conversión es un asunto complicado. Y el factor ético, más aún. No todo el mundo quiere vivir para siempre, y los que sí... El ritual es peligroso y, si no sale bien, el resultado es que el mortal fallece. Así que... —Me encojo de hombros —. Hay que hablarlo antes. Hay muchos aspectos que tener en cuenta.

—Entonces, si conviertes a alguien en un renacido..., ¿no lo consideras tu hijo?

—Uy, no. Puede que haya cierta inclinación a protegerlo, sobre todo durante las primeras décadas, mientras aprende a valerse por sí mismo. Pero, si Viktor alguna vez me llamara «mamá», lo sometería a un mínimo de tres instrumentos de tortura medievales.

—Quisiera pensar que lo dices en broma, aunque no las tengo todas conmigo —murmura Roman —. ¿De verdad Viktor ha matado a alguien?

—¿En el pasado? Por supuesto. Decenas de renacidos. ¿Este en concreto, Grigori? No. Pero Wenceslaus, que es el líder del linaje de Grigori...

—¿Qué significa exactamente «líder de linaje»?

—Sería lo que antes he dicho sobre la primera generación de...

—Sí, eso lo pillo, pero ¿qué edad debe tener un renacido para ser líder de un linaje? ¿Qué edad tienes tú?

—Ah. —Me obligo a no mostrar incomodidad—. Creo que hoy ya has recibido mucha información nueva. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, por favor, antes de que empiece a imaginarte pintando con los dedos en una cueva de Lascaux.

—No soy *tan* vieja.

—¿Cuántos años tienes, entonces?

Se hace el silencio.

—Algo menos de cinco mil.

Cierra los ojos y se queda así durante tres manzanas.

—Ya sabía yo que me gustaban las mujeres maduras —dice por fin, con la voz un poco ronca.

Me río.

—Es cierto que lo mencionaste, sí.

—Y tú eres una asaltacunas, ¿eh?

—No te creas que no soy consciente del conflicto ético que hay detrás. Llevo siglos lidiando con ello.

—¿Sí? ¿A cuántos jóvenes impresionables más has conquistado?

—Uf, ha habido otros. Muchos otros. —Se queda demasiado quieto de forma abrupta y eso solo puede significar que se está conteniendo. Añado —: Aunque no desde que tú y yo nos conocimos.

—Dios. —Se frota los ojos—. ¿Cómo era el mundo por aquel entonces?

—Bueno, no sé cómo era el mundo en general; en aquella época, hacer viajes largos era muy complicado. Pero el lugar donde nací, la Alta Mesopotamia, me parecía precioso. Era *muy* bonito. Vivíamos junto al río. Gracias al río. *Con* el río. Nunca hacía tanto frío como

aquí, aunque tampoco se asemejaba en nada al desierto que la gente se imagina. De hecho, llovía a menudo, y después de la lluvia los cauces se desbordaban y las aguas se tragaban las raíces de los álamos. Lo habíamos presenciado cientos de veces, así que todos sabíamos que, cuando la crecida remitiera, la tierra estaría fresca al tacto y olería a arcilla, minerales y hojas secas. Esos eran mis días favoritos. —Sonríe, relajándome—. Había campos de cebada, colinas y llanuras e incluso huertos, aunque no tenían un aspecto tan cuidado como hoy en día. El asentamiento donde crecí, Nineveh, no llegaba a ser una ciudad propiamente dicha. La casa de mi familia estaba hecha de ladrillos de barro, con un techo de esteras de madera, y cada mañana salíamos a caminar descalzos por senderos estrechos y sinuosos de tierra. Esquivábamos cerdos, ovejas, cabras y carros, y los alfareros molían las piedras y nos llamaban para que admiráramos sus creaciones. Me gustaba, pero disfrutaba más viendo a los herreros. Siempre me detenía a contemplarlos. *Solo un momentito*, me decía a mí misma, y luego me quedaba embobada mucho más tiempo del que pretendía. En mi entorno se escuchaban múltiples lenguas, algunas que entendía, otras que no tenían sentido, pero mi favorita siempre fue en la que mi madre me había hablado desde pequeña. Ni siquiera sé si tenía un nombre, pero sabía a cerveza dulce en mi boca. Al final del día, las puestas de sol... Nunca he visto nada igual, Roman. En las casas se encendía un fuego con juncos para cocinar gachas con puerros y lentejas, una comida sencilla, pero mejor que cualquier cosa que haya probado desde entonces. El humo se espesaba y se acumulaba a baja altura, y todo se teñía del color de la miel, excepto el cielo. El cielo era mandarina y sangre, y luego, justo antes de que llegara la noche, se volvía púrpura como un moratón. Por aquel entonces no era como ahora. Ahora hay tintes, pigmentos sintéticos y ordenadores, y, si nos apetece ver un azul de Prusia o un marrón canela, solo hace falta un clic. Podemos tocarlos. Podemos poseerlos. En esos tiempos, en cambio, existían colores que gente como yo solo podía esperar ver en el cielo, y... —Me quedo callada.

Me paso una mano por el pelo, con la esperanza de disimular la intensa vergüenza que de repente me invade —. Perdón. No sé muy bien por qué te estoy pegando semejante chapa.

—Porque te he preguntado, Lilit.

—Ah —respondo como si fuera estúpida.

—Da gusto verte contestar a mis preguntas. Quizá habría estado bien intentarlo hace tiempo.

Niego con la cabeza y me río. No me lo dice como un reproche.

—La verdad es que no me permito pensar mucho en este tema, porque... —Trato de restarle importancia, pero mi cuerpo no coopera —. Tampoco es que pueda volver a casa si me apetece.

En la oscuridad del coche, los ojos de Roman brillan intensamente. Su brazo se mueve, un atisbo de un gesto que podría culminar en que él extendiera la mano y me la apretara. Dudo que pudiera soportarlo, así que levanto la mía del regazo y me agarro al volante.

—En fin. Creo que debería contarte lo de Wenceslaus. El anciano al que vamos a visitar.

Tras vacilar unos segundos, asiente con la cabeza.

—La razón por la que intuyo que podría estar detrás de esto es que el renacido que nos atacó llevaba un collar ruso, y Wenceslaus es conocido por su política de cero tolerancia hacia los no rusos en su linaje.

—¿Qué opina de los demás ciudadanos de la URSS?

—Los acepta a regañadientes. Si tiene un buen día. En fin, todas las pistas apuntan a que Wenceslaus envió a ese chaval, así que vamos a charlar con él. O, para ser más exactos, yo charlaré con él mientras tú te quedas en el coche.

—¿Sabes dónde vive?

—Sé dónde se aloja cuando está en la ciudad, sí. —Una llamada rápida a Pierre me ha proporcionado la dirección que necesitaba —. Falta descubrir si está en casa.

—¿Cuál es el plan una vez que estés allí?

—Voy a preguntarle si ha enviado él a ese chico.

—¿Y ya está?

—Sí.

—¿Es esa una forma fiable de averiguarlo?

—Lo es. Si lo ha enviado, no lo negará.

—¿Segura?

—Wenceslaus no tiene la capacidad intelectual suficiente para gestionar una mentira, y es un capullo moralista que cree que se le ha conferido un mandato divino; no es de los que se andan con rodeos. Por eso espera que los demás tampoco lo hagan. Si te soy sincera, no entiendo cómo ha podido sobrevivir tanto tiempo. Bueno, sí, porque vive encerrado en un recinto con otros fanáticos religiosos.

—¿Y qué pasa si no ha sido él?

—¿Qué?

—Lo dices como si existiera la posibilidad de que haya sido otra persona.

Por supuesto, Roman sabe lo que pienso sin que tenga que decirlo en voz alta. Nos conocemos desde hace diez años, aunque en cierto modo parezca que nos hayamos conocido hoy.

Sin embargo, la herida en el cuerpo de Grigori, tan similar a la de Brígida; el collar con el escudo de armas ruso, tan fácil de encontrar... Me parecen errores demasiado sencillos de rastrear. Como una flecha gigante de neón que me ruega que mire a Wenceslaus y me enfade con él, y otra señal igual de llamativa que le pide a Wenceslaus que haga lo mismo conmigo.

—Si no ha sido Wenceslaus, ha sido otra persona que trata de sembrar la discordia entre nosotros, y eso sí que va a ser un quebradero de cabeza.

—Supongamos que el ruso admite haber intentado matarte. ¿Qué vas a hacerle?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay algún organismo al que puedas denunciarlo? ¿Tenéis un sistema penitenciario? ¿Creéis en la justicia restaurativa? ¿Cómo funciona la sociedad de los renacidos?

Muy buenas preguntas. Roman parece tener un interés genuino.

—Pues no existe una autoridad ratificada como tal dentro de nuestra sociedad. En realidad, apenas se nos puede considerar una sociedad. Probablemente somos más de los que jamás llegaré a conocer, y no tengo ninguna intención de hacer un censo. Los líderes de linaje son, en cierto modo, gobernantes, pero no formamos parte de un órgano de gobierno oficial. Simplemente tenemos el poder suficiente para imponer nuestra voluntad a los demás y somos lo bastante viejos y sabios como para querer mantener la armonía entre los linajes.

Roman no parece impresionado.

—¿Así que no tenéis una constitución? ¿Ni un conjunto de principios que todos compartáis?

—Hasta cierto punto, sí. En general, estamos de acuerdo en que la existencia de los renacidos debe ocultarse a los mortales y en que tenemos que protegerlos de aquellos renacidos que busquen hacerles daño, porque, aunque nuestras vidas sean más duraderas que las vuestras, no son más importantes. Aun así, no hay una ley formal que lo estipule ni nada por el estilo.

—¿No deberíais elaborarla, entonces?

—Supongo que podríamos intentarlo, pero sería tan eficaz como tratar de vaciar el mar con una cuchara.

—¿Por qué?

—Para imponer normas, primero se necesita una estructura básica y funcional dentro de una sociedad. Y nosotros no estamos en ese punto.

—Vale. Entonces, vamos a ver a Win... Wen...

—Wenceslaus.

—Vamos a ver a Wenceslaus y él admite que ha intentado matarnos. ¿Qué toca después?

Parpadeo, confundida. Solo entonces caigo en la cuenta de que, claro, Roman no tiene ni idea de cómo va esto.

—Voy a matarlo, Roman.

Abre los labios. Hace varios intentos fallidos hasta que logra decir:

—No puedes matar a la gente así como así, Lilit.

—¿Acaso no has visto que lo he hecho hace un rato?

—Eso ha sido en defensa propia. Estamos hablando de un asesinato a sangre fría. No puedes hacerlo.

Pongo cara de suspicacia.

—En realidad, sí que puedo.

—Lilit.

—Siempre que sean renacidos —añado deteniendo el coche frente a una propiedad que parece una villa. Me desabrocho el cinturón de seguridad sin perder ni un segundo. A través de las ventanas, vislumbro luces encendidas en algunas habitaciones, aunque las cortinas me impiden ver lo que hay dentro —. Creo que hemos llegado.

—Lilit, espera un momento. No puedes matar a alguien sin antes someterlo a un juicio justo.

—Me parece que lo que quieres decir es que no debería. Y quizá tengas razón. Pero, como ellos han intentado matarte primero, me da igual.

—Madre mía...

Fuerzo una sonrisa tranquilizadora, pero solo sirve para recordarle a Roman que tengo unos dientes capaces de traspasar la carne humana. Ups.

—Voy a hablar con él. Asegúrate de cerrar el coche y no salgas. Si un renacido quisiera entrar a la fuerza, eso no se lo impediría, pero, si se diera el caso, al menos tienes la opción de arrancar el coche y marcharte.

—¿Y dejarte ahí dentro?

—Exactamente.

Resopla, incrédulo. Cuando le lanzo las llaves se fija en algo.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

—¿Qué? Ah... Debo de haberme hecho un rasguño antes, durante la pelea.

Me coge la muñeca.

—¿Me dejas echarle un vistazo?

—No te preocupes. Ni siquiera me había dado cuenta.

—No he preguntado eso —replica con un tono tan cansado que no me atrevo a negárselo.

No es la primera vez que me examina heridas leves. Estoy familiarizada con el tacto profesional de Roman, que es conciso y práctico, y con su tacto personal, más delicado. Este es, sin duda, del primer tipo. La herida no es más que un rasguño y la rapidez con la que me suelta lo confirma, aunque me siente como un puñetazo en el estómago.

—¿Se supone que Wenceslaus está solo? —pregunta.

—Según la información que tengo, aterrizó ayer con uno de sus renacidos, pero nada más.

—Entonces seréis dos contra uno. Como mínimo. Más, si te equivocas.

—Cierto, pero soy más de dos mil años mayor que Wenceslaus, lo que me hace bastante más poderosa. Podría acabar con él y con diez de sus hombres fácilmente.

Vuelvo a sonreír, esta vez con los labios apretados, y me dispongo a salir del coche. Roman me detiene con una mano en mi rodilla.

—Aun así, preferiría que me dejaras entrar contigo.

Apenas contengo un gruñido al pensar en el por culo que ha dado hace menos de una hora. *Tenerte por ahí me estorbaría más o menos lo mismo que si apareciera una clase de parvulario, pienso, aunque no se lo digo. Que vengas conmigo es tan útil como atarme un grillete con bola al tobillo. De hecho, eso aún podría usarlo como arma. Tú, en cambio, no me servirías ni para usarte como arma arrojadiza.* El problema es que, a mi extraña manera, que quizá no signifique mucho para él pero sin duda significa algo para mí, quiero a este hombre. No me gustaría herir sus sentimientos, y disfruto del calor de su palma contra mi rodilla. Así que respondo con bastante más aplomo de lo que debería y me limito a enarcar una ceja.

Roman pone los ojos en blanco. Luego, en un tono que reserva para sus pacientes más pequeños, dice:

—No es que piense que no puedes valerte por ti misma, Lilit. Es obvio que luchar se te da mejor que a mí, incluso con tacones, y soy consciente de que mi presencia te estorbaría. Si se desata una pelea, no voy a intentar interponerme en tu camino. Pero, si te pasa algo y necesitas atención médica inmediata, quiero estar ahí para ayudarte lo antes posible.

—Estás un poco obsesionado con los tacones, ¿no?

Él reprime una sonrisa.

—Sabes que me gusta que te pongas tacones.

—Sí, es verdad. —Me siento tentada de responder con una pullita como: «¿Ella lo sabe? ¿También le pides que se deje los tacones puestos a veces? ¿Recuerdas aquella vez que queríamos salir a cenar, pero te gustó tanto lo que llevaba puesto que no llegamos a salir de casa? De hecho, puedo contar como mínimo seis ocasiones en las que se repitió ese escenario». Me contengo.

Vale. Bueno, lo que acaba de decir tiene sentido. No puedo enfadarme con él por proponerlo, y menos cuando su complejo de salvador tamaño leviatán fue una de las primeras cosas que me atrajo de él.

—Si te dejo acompañarme, ¿te quedarás detrás de mí?

Asiente con la cabeza.

—De acuerdo. En ese caso, puedes venir. Pero —me inclino hacia el asiento trasero y le entrego una de las dagas que le he quitado al joven renacido —, si alguien te ataca, tienes que usar esto para protegerte. ¿Me lo prometes?

Sonríe aliviado.

—Te lo prometo.

No le tengo miedo a Wenceslaus, pero siento un nudo en la garganta mientras llamo a su puerta, porque Roman está detrás de mí y mi mente no puede evitar enumerar todas las formas en que su cuerpo mortal es frágil y vulnerable, y todas las posibilidades de que la situación se tuerza. Me quedo un rato frente a la entrada, escuchando si hay latidos dentro, pero no oigo nada. Llamo de nuevo. Y repito una tercera vez. Pasan los minutos sin respuesta.

—Voy a entrar. No te alejes de mí —le digo a Roman.

—¿Puedes entrar sin más?

—Creía que te había dejado clara mi postura respecto a las leyes de los mortales. Incluyendo el respeto a la propiedad privada.

—Ya, pero me refiero a que... ¿No hay que invitarte a entrar primero?

—¿Invitarme a...? Ah. —Sonrío y alzo la mano para acariciarle la mejilla —. Qué mono eres.

Se sonroja un poco, lo que lo hace aún más mono.

—Tampoco me parece una pregunta tan rara —murmura, tratando de recuperar la dignidad.

—No lo es, no.

—Ahórrate la condescendencia.

—Lo intentaré. —Le doy una palmadita en el pecho con bastante condescendencia y abro la puerta.

Al entrar, me encuentro un río de sangre.



CAPÍTULO 11

—¿Cuál de los dos es Wenceslaus? —pregunta Roman unos minutos más tarde.

Lleva los vaqueros manchados de sangre de cuando se ha arrodillado junto a uno de los cadáveres en un intento de reanimarlo y la manga derecha de su jersey huele a algo que podría ser líquido cefalorraquídeo. A su alrededor, cada cojín, cada mueble, cada centímetro del suelo de madera está empapado de los fluidos que expulsa el cuerpo humano al zarandearlo sin tener en cuenta las leyes de la física.

En general, diría que lo está llevando bastante bien.

—Wenceslaus es... el que tiene más cara de llamarse Wenceslaus.

Roman esboza una mueca, pero se gira en la dirección correcta. Sorprendentemente, a pesar de haber acabado desmembrado, su larga y áspera barba se ha mantenido casi intacta, conservando su color original.

Pobre Wenceslaus. Me imagino que estaría complacido.

—¿Y el otro?

—Su mano derecha, creo. —Yo también tuerzo el gesto al mirar al hombre que hace solo unas horas arrojaba el cadáver de Grigori delante de mí—. Esto va a traer cola. El linaje de Wenceslaus ya era de por sí joven y necio. Quienquiera que tome el relevo es poco probable que tenga suficiente poder para mantenerlo.

Roman escucha con atención, como si las cuestiones políticas de un sector de la población que esta mañana ni siquiera sabía que existía le resultaran de gran interés.

—Sus cuerpos aún están calientes. Si la fisiología de los renacidos no difiere demasiado de la de los humanos, hace muy poco que han muerto.

—De los mortales.

—¿Qué?

—Nosotros también somos humanos. Simplemente no somos mortales. Y, sí, tienes razón. Quienquiera que haya hecho esto se ha ido poco antes de que llegáramos nosotros. A juzgar por cómo se ha desarrollado la pelea, solo había un atacante.

—¿Cómo lo sabes?

—La escena me lo dice. —Señalo una salpicadura especialmente grotesca en la pared, junto a la puerta—. ¿Ves eso? El asesino ha entrado en la sala y se ha dirigido directamente hacia Wenceslaus. Cuando el otro renacido ha intentado detenerlo, lo ha empujado - hacia atrás y su cráneo se ha partido contra ese cuadro enmarcado de... ¿es ese el actual Patriarca Ecuménico de Constantinopla? —Me froto los ojos. Esta va a ser una noche larga—. En fin, da igual. Confía en mí, tengo mucha experiencia interpretando las huellas de un acto violento.

—Entonces, si es cosa de un solo individuo, tiene que haber sido alguien muy fuerte, ¿no? Por tanto, mayor que Wenceslaus.

Asiento, reacia a admitir la verdad en voz alta.

—Uno de los otros líderes de linaje, casi con total seguridad.

—¿Dijiste que están en la ciudad?

—Algunos sí. —Me recuesto contra uno de los pocos tramos de pared que se ha librado de los fluidos corporales—. Somos nueve en total. Además de Wenceslaus, que es quien nos había convocado, hemos venido cinco líderes más al consejo. Tres no se han presentado.

—¿Puede ser que esos tres estén en la ciudad sin que los demás lo sepáis?

—Supongo. Es complicado llegar sin ser detectado por ninguno de nuestros informantes, pero si hubiesen venido con varios días de antelación... es posible. Y, sin duda, eso les daría la ventaja del

efecto sorpresa. —Me planteo la posibilidad de que Pasiphaë, Casio o Karna hayan estado al acecho y nos hayan tendido una trampa. Parece poco probable, dadas sus personalidades: una es demasiado ascética, el otro está demasiado ocupado follándose a su extenso séquito y el tercero es demasiado reacio a viajar a más de quince minutos del lugar donde nació. Aunque, claro, cosas más raras se han visto. Cuanto más reflexiono sobre quién ha podido causar esta masacre en la residencia de Wenceslaus, menos sé qué pensar.

—Tengo que decirte algo, Lilit.

Me obligo a mirar a Roman a la cara. Es tan guapo... Se merece un fondo mucho mejor que este ensangrentado. Dios, ya ni siquiera estamos juntos y sigo jodiéndole la vida.

—¿Sí?

Traga saliva.

—Después de que tú y yo... Después de vernos en la cafetería, al llegar a mi casa, he entrado, cerrado la puerta y me he sentado en el sofá. Me he quedado allí, con la cabeza entre las manos, durante... un buen rato. Hasta que me he obligado a levantarme e ir a la cocina, que es cuando he encontrado las gafas de sol y te he enviado un mensaje. Pero, antes de eso, he estado ahí quieto durante al menos media hora.

Siento una dolorosa opresión en el pecho. Me quedo en silencio porque no sé qué decir.

—En ese momento, el renacido ya debía de estar arriba. Lo que significa que, si hubiera querido matarme, podría haberlo hecho. En realidad, habría sido pan comido. Podría haberme clavado este cuchillo —levanta el brazo — por la espalda y ni me habría enterado. Ni tú tampoco, porque se suponía que no íbamos a volver a vernos. —Su voz se vuelve más áspera.

Solo de pensarlo me entra un miedo debilitante e inesperado que me obliga a esperar unos segundos antes de poder analizar lo que está insinuando.

—¿Quieres decir que el renacido debía de ir a por mí porque, de lo contrario, te habría atacado antes de que yo llegara?

—Podría ser. Ya sé que consideras que era un renacido demasiado joven para acabar contigo, pero... —traga saliva — ¿y si te hubiera pillado desprevenida?

—Eso le habría dado ventaja —admito.

—Entonces, piénsalo: quienquiera que haya enviado al atacante llevaba un tiempo observándonos. Sabía que estaríamos juntos. Sabía que vendrías a mi casa. Probablemente sabía lo que íbamos a hacer allí. Por eso el atacante estaba en el piso de arriba.

—Crees que contaba con el factor sorpresa. —«Con atacarte mientras hacíamos el amor», es lo que quiere decir.

Aprieta los labios.

—Su capacidad física estaba en clara desventaja, jamás habría conseguido vencerte en una pelea justa. A lo mejor también me habría matado a mí después de deshacerse de ti, pero yo no era el objetivo principal. Era el cebo.

Me dan ganas de reírme ante el destello oscuro y furioso de sus ojos y su tono serio.

—¿Por qué sueñas como si estuvieses decepcionado?

—Porque, si mis sospechas son ciertas —dice acercándose a mí con el ceño fruncido —, significa que alguien va a por ti, y no tengo ni puta idea de cómo protegerte. Y eso no me gusta nada de nada.

Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que incluso mi viejo y atolondrado corazón se derrite. No puedo evitar ponerle la mano en la mejilla y acariciársela con el pulgar. Luego, cuando por fin noto que se ha destensado un poco, entrelazo los dedos con los suyos y, sin mediar palabra, lo llevo de vuelta al coche.



Esta vez Roman se mete en el asiento del conductor y yo no protesto, porque me vendrá bien tener un rato para pensar. Le doy la dirección del sitio al que vamos y lo observo conducir con confianza, incluso cuando la tormenta de nieve se intensifica.

—¿Por qué querría alguien hacer esto, Lilit?

—¿Te refieres a ir a por mí en concreto? ¿O a ir a por mí, Wenceslaus y Grigori?

—¿Grigori? Ah, el que mataron queriendo inculpar a Viktor.

—Sí. Así es como empezó todo este lío. Aunque, quién sabe, igual Grigori ni siquiera era un objetivo relevante. Puede que lo mataran con la única finalidad de sembrar la discordia entre Wenceslaus y yo.

—Me quito los zapatos, doblo las piernas y las abrazo contra el pecho, reflexionando sobre la pregunta de Roman —. ¿Qué tenemos los tres en común?

—¿Alguna habilidad, tal vez? Aunque has dicho que Wenceslaus no era muy... poderoso. —Pronuncia la palabra con vacilación, como si hubiera aprendido un nuevo significado del concepto «poder» —. ¿La renacida más poderosa eres tú?

—Uy, no. El poder está muy relacionado con la edad, y Li Xiu es mayor que yo. Tanto que ni siquiera estoy segura de que ella misma sepa la edad que tiene. Imhotep y Atukhos, otros dos líderes, tienen más o menos mi edad. Estaríamos igualados en una pelea. Aapo, la otra líder que está en la ciudad, es más joven, aunque no tanto como Wenceslaus. No sé mucho sobre ella; es muy reservada.

—Entonces, Li... ¿Li Xiu? —pregunta para asegurarse, y yo asiento —. ¿Usa su poder para controlarlos al resto o para hacer daño a los mortales?

Me río.

—¿Li Xiu? Qué va. A ella se la trae al paio.

—En ese caso, si a Li Xiu le da igual y ella es la más poderosa, ¿quién hace rendir cuentas a los demás renacidos cuando se meten con los mortales?

—Servidora. —Me encojo de hombros ante su mirada de sorpresa —. Créeme, no me apasiona ejercer de justiciera. Pero a nadie más le importa lo suficiente como para asumir la tarea. Mi linaje es fuerte y está bien organizado, con lo que puedo garantizar la seguridad de los mortales. No sé muy bien cómo, nos hemos convertido en los defensores de la norma de «no matar a los mortales».

—¿Y eso hace que los demás te guarden rencor?

Lo pienso durante un rato.

—A Wenceslaus le molestaba, pero solo porque implicaba vigilar las acciones de sus renacidos. Los demás... Lo que más me diferencia de los otros líderes, creo, es que yo sigo considerando que relacionarme con los mortales es una experiencia enriquecedora, mientras que ellos parecen haber superado esa etapa. Aapo desaparece durante décadas para hacer quién sabe qué y luego reaparece sin dar ninguna explicación. Atukhos es, ante todo, un guerrero: le encanta la disciplina y se pasa los días entrenando y aprendiendo técnicas de combate obsoletas, porque no concibe otras actividades que merezcan la pena. Imhotep es un erudito, y quizá también un poco hedonista. Le gustan las cosas bellas y no encuentra placer en la violencia. Li Xiu... —niego con la cabeza — creo que ni siquiera recuerda que los mortales existen.

—¿Podría estar resentida contigo por haberte autoproclamado su defensora?

—No, no es que considere que los mortales son inferiores ni que agredirlos está justificado, simplemente se la suda. Los compañeros que ha tenido siempre han sido otros renacidos, solo se centra en los de nuestra misma especie.

—¿Y por «compañeros» te refieres a...?

—Amantes, sí. Ahora está con Imhotep. Antes estaba con Atukhos. Antes de eso, con Karna, Felix, Abd'ashtart, yo, Wu Shin...

—¿Tú? —pregunta Roman con tono de estupefacción. A juzgar por lo blancos que se le ponen los nudillos con los que se aferra al volante, no sé si es sorpresa o rabia lo que siente —. ¿Cuándo?

—Uf, hace siglos.

—¿Siglos en el sentido literal de la palabra?

—Así es. En la antigüedad. Nos queríamos mucho, pero nunca encajamos del todo. Incluso cuando me dejó, que yo estaba con el corazón roto e inconsolable, sabía que éramos demasiado parecidas en algunos aspectos y demasiado diferentes en otros. Como he dicho, a ella solo le interesan otros renacidos, mientras que yo

prefiero la compañía de los mortales. También creo que ella siempre se ha inclinado más por la monogamia, mientras que yo me sentía más a gusto probando suerte con miles de amantes mortales...

—¿Miles?

—Bueno, sí. Probablemente. No he llevado la cuenta.

Su mirada de reojo me resulta ligeramente acusadora, así que frunzo el ceño.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—No sé. —Ahora él también está frunciendo el ceño—. ¿El ramen, quizá?

—¿Cuántas veces has comido ramen en tu vida?

—Yo qué sé, no las cuento. ¿Cientos, quizá?

—A eso me refiero. El sexo, como comer ramen, es una actividad placentera, pero no llevamos una cuenta meticulosa de las veces que disfrutamos de nuestra comida favorita, ¿verdad? —Sigo percibiendo en él cierta rigidez—. ¿Me estás tachando de guarra, Roman?

—¿Qué? No. *No*. Solo que...

—¿Ajá?

Gira por una calle a la derecha y se muerde el interior de la mejilla.

—Solo estoy preguntándome si fue por eso.

—¿Si fue por eso el qué?

—Que te fijaste en mí. Porque soy un mortal.

—Ah. —Apoyo la sien contra la rodilla para mirarlo mejor. Tiene una mancha de sangre en la base de la mandíbula. Aunque no haya sido de forma directa, yo soy la culpable de que esté ahí—. Hay muchos mortales en el mundo, Roman.

—Unos ocho mil millones, según vi la última vez que lo consulté.

—Más, de hecho. Lo que significa que podría acostarme con diez personas diferentes cada día y, aun así, no estaría ni de lejos cerca de quedarme sin opciones. —Al ver que no aparta la mirada de la carretera, añado en voz más baja—: Para mí es arriesgado quedar con la misma persona dos veces. La gente empieza a sospechar,

hace preguntas y se da cuenta de cosas. Antes de ti, Roman, nunca había repetido con nadie. Y mucho menos había mantenido una relación de diez años. —Me permito sonreír—. Estaba contigo porque estoy enamorada de ti. Si hubieras sido un renacido, me habría enamorado igualmente y no habría supuesto ninguna diferencia.

Veo cómo se le mueve la nuez al tragar saliva. Tras un largo silencio, dice con un tono de lo más neutro:

—No llevo la cuenta de cuántas veces he comido ramen, pero sí que recuerdo todas las veces que hemos estado juntos.

Le creo. De hecho, diría que yo también me acuerdo. Soy incapaz de mirarlo sin que me asalten los recuerdos: las noches en las que nadamos en el lago, mi mano agarrándole el cuello, su rostro descompuesto y mi cuerpo desmoronándose mientras él me empujaba y me susurraba al oído: «Estás a punto, lo noto. Uf, así me gusta».

No debería recordar estas cosas, pero me es imposible.

Se aclara la garganta.

—¿Hay algún bien que poseas y que alguien pueda obtener si te quita de en medio?

—¿Cosas materiales, te refieres? No, la verdad es que no. Los renacidos somos la personificación de la riqueza generacional, no hay prácticamente nada que no se pueda comprar con los medios de que disponemos.

—Entonces, si estás segura de que no es por poder ni por dinero, ¿qué otros motivos quedan? ¿Existe la posibilidad de que vayan a por ti para extraerte información?

—Hmm... —Me doy golpecitos en la pantorrilla con los dedos. ¿Existe? Silas estaba sin duda dispuesto a matar a cambio de descubrir cómo crear nuevos renacidos, pero los demás líderes ya conocen el ritual. Además, matarnos sería una forma muy poco efectiva de aprenderlo—. No se me ocurre nada que pueda interesarle a nadie, aunque tampoco pondría la mano en el fuego. Al

fin y al cabo, estoy al tanto de la mayoría de los secretos de los inmortales. Quizá es solo falta de imaginación por mi parte.

—¿Y qué hay de una posible venganza? —Arqueo una ceja. Me hace un poco de gracia que considere esta opción, pero él ni se inmuta —. Puede parecerte dramático, pero si algo he aprendido hoy tras la clase introductoria a la cultura de los renacidos es que os gusta más el drama que a un tonto un lápiz.

—No puedo contraargumentar esa afirmación. —Suelto una risita mientras estiro las piernas. Al ver cómo las mira, opto por ignorar el calor que me nace en el vientre. *Ha roto contigo, imbécil. Hace unas dos horas, además* —. Normalmente nuestra realidad no es tan caótica.

Arruga la nariz. De todas sus expresiones faciales, esta siempre ha sido una de mis preferidas.

—No sé yo si creérmelo.

—Míralo, diez años de calma y tranquilidad y, en cuanto te enseñe un par de escenarios del crimen, ya resulta que soy aquí una yo qué sé.

Sonríe.

—Entonces, ¿no hay nadie que te guarde rencor?

—No que yo recuerde. Bueno, maté tanto al sire de Aapo como a una de las amantes de Imhotep. —Ojalá pudiera decir que la expresión dolida de Roman es injustificada —. Lo sé, lo sé. Pero eso fue hace mucho, y ninguno de los dos parece estar resentido.

Se masajea la sien.

—En ese caso, tengo una última pregunta.

—Oye, me está gustando mucho este lado tuyo.

—¿El lado que está cagado de miedo por si te pasa algo, a pesar de que has conseguido mantenerte con vida más tiempo del que llevan extintos los mamuts?

—Yo no estaba viva cuando... —Me fulmina con la mirada —. Vale, técnicamente sí, pero por aquel entonces no había ninguno en este continente, solo frente a la costa siberiana. Lo que quiero decir es que me gusta tu forma de pensar. El proceso de eliminación que

sigues. Es como si estuvieras haciendo diagnósticos diferenciales.
—Sonríó—. En fin, ¿cuál es la última pregunta?

—De los líderes que hay ahora mismo en la ciudad, ¿hay alguno en el que confíes ciegamente?

Pienso en Li Xiu, a quien quiero muchísimo, aunque no siempre logro comprender.

—Es complicado.

—Li Xiu y tú estuvisteis enamoradas, según has dicho.

—Sí, pero... la confianza, la lealtad, la amistad y el honor no son conceptos inmutables. Cambian con el tiempo y según las culturas. No sabría decirte cómo los interpreta ella ahora mismo. — *Sin embargo, si Li Xiu tuviera que eliminarme, lo haría. No necesitaría complicarse tanto. Y, aun así, creo que lloraría mi pérdida tanto como yo lloraría la suya,* pienso para mis adentros.

Por impulso, cojo el móvil.

—¿A quién llamas?

—A Li Xiu.

—¿Has decidido que confías en ella?

—He decidido que, si alguien va tras ella, no quiero que la pille desprevenida. —Escucho el tono de llamada—. No contesta.

—¿Suele contestar siempre a la primera?

—Bueno, ninguno de nosotros suele estar a todas horas hablando por el chat grupal, pero sí que es verdad que ella es especialmente reacia a usar la tecnología y no entiende qué le ve la gente a eso de estar localizable en todo momento. Quizá esté con Imhotep. Supongo que podría probar a llamarlo a él.

—Pero ¿confías en él?

—No ha hecho nada para merecer mi desconfianza, pero... —En lugar de a Imhotep, tomo la decisión en una fracción de segundo de llamar a Aapo, quien responde al instante.

—¿Dónde estás?

—Volviendo a Sudamérica antes de que la tormenta de nieve me deje atrapada en Chicago. —Suená aturdida, como si la hubiera

despertado de una siesta —. ¿Por qué? ¿Tenemos otra reunión mañana? ¿Viktor ha matado a otro de los juguetitos de Wenceslaus?

—Wenceslaus está muerto.

Se hace el silencio.

—Ah.

—Sí.

—¿Ha sido cosa de *tu* juguetito?

Suelto un bufido.

—Aapo, me sé de alguien que barrería el suelo con tus greñas y te echaría a una jaula de ratas por llamar así a Viktor.

—¿Eso es un no?

—No sé quién lo ha hecho, pero a mí también me han atacado. Como ahora que él ya no está tú eres la más joven y el blanco más fácil de todos los líderes, quería avisarte de que vayas con cuidado.

—Ah. —Una breve pausa—. ¿Cómo sé que esto no es una de tus jugadas? Quizá te has cansado de nosotros. Al fin y al cabo, los mortales son tu afición predilecta. Todos sabemos que eres una de esas personas que piensan que los perros son mejores que los humanos.

«Por ahí», le digo a Roman moviendo los labios sin hablar, y señalo hacia un punto concreto más adelante. «Métete en el aparcamiento». Y entonces, justo antes de colgar, le respondo a Aapo:

—No tienes forma de saberlo. Tú estate alerta, ¿vale?



Después de cambiar de coche y dar unas vueltas más para asegurarnos de que no nos siguen, nos registramos en un hotel donde estoy medianamente segura de que no nos asesinarán mientras dormimos. Es una *suite* grande, con una sala de estar que da al dormitorio.

—No vas a dormir en una habitación separada de la mía —le digo a Roman cuando veo la cama de matrimonio—. No es que crea que

alguien va a irrumpir en mitad de la noche con lo alta que está esta habitación y la puerta blindada que tiene, pero por si acaso.

—Me parece buena idea.

Me detengo a medio quitarme los zapatos.

—¿Hmm?

—Es mejor que nos quedemos juntos.

—Ah.

—Lilit, no soy tonto. Tú eres lo único que evita que sea masacrado por criaturas inmortales y omnipotentes cuyas habilidades ni siquiera comprendo. Compartir habitación es lo más lógico.

—Genial. Si tu... novia se queja, puedes decirle que no tenías otra opción. —Esbozo una sonrisa—. Te doy permiso para que me hagas quedar como la mala.

Sus ojos se vuelven vidriosos por un instante. Luego se recompone y desvía la mirada hacia la ventana, donde la nieve difumina el horizonte nocturno de Chicago.

—Según me cuentas, has estado matando gente a diestro y siniestro, Lilit. Puede que seas la mala de verdad.

—Tienes razón. —Nos quedamos de pie, incómodos, en medio del dormitorio, como si hubiéramos aprendido cómo funcionan las piernas hace una hora y no hubiéramos pasado innumerables noches juntos en hoteles como este. Concentro toda mi atención en alisar las arrugas de mi vestido de seda y luego pregunto —: ¿Quieres ducharte primero?

—No, tranquila.

—Insisto.

—Tampoco tengo nada limpio que ponerme.

Siento cómo se me tensa la cara.

—Intentaba ser educada, pero llevas un rato oliendo a fluidos corporales, y no de los apetecibles. Por favor, ve a lavarte los restos del córtex prefrontal de Wenceslaus del pelo.

Roman se muerde los labios para no sonreír y se mete en el baño. Me dejo caer sobre el colchón, agotada, y decido llamar a Viktor

para ponerlo al día. Me encuentro con varias llamadas perdidas, tanto de él como de otros miembros de mi linaje.

Y un único mensaje.

Conservatorio del parque Garfield. A medianoche.

La madre que me...

Me incorporo. Valoro qué opciones tengo. Para cuando oigo que se cierra el agua de la ducha, ya he ideado un plan y enviado una respuesta.

Roman sale del baño vestido solo con unos calzoncillos bóxer, seguramente porque es la única prenda que no está empapada de bilis o jugo pancreático. Es lo más alejado de un intento de seducción y, sin embargo, me quedo sin aire, tanto por su belleza como por los recuerdos que me trae.

Hubo un tiempo en el que tenía concedido el acceso a su cuerpo. Pero ya no, y eso se me hace insoportable.

—Tengo que hacerte una petición —comienzo—. Y aunque me espero que tu primera reacción sea decir que no, necesito que sepas que no te lo pido por motivos egoístas, y que si no fuera imprescindible no...

—Quieres beber mi sangre —dice con calma. Se sienta en el borde de la cama, justo a mi lado. Noto que el colchón se hunde—. Así podrás localizarme en caso de que nos separemos.

Parpadeo.

—Joder, qué listo eres.

—Yo también lo he pensado. Es una conclusión bastante lógica.

—Claro. —Su pelo, que cuando está mojado siempre es más ondulado y oscuro, está un poco revuelto. Me muero de ganas de peinárselo con los dedos—. ¿Te parece bien?

Empieza a asentir, pero se detiene.

—Dijiste algo sobre que tendrías acceso a mis pensamientos, ¿puede ser?

—Sí, pero no es tan simple. No es que vaya a leer todo lo que se te pase por la mente ni mucho menos. Es posible que capte algún

que otro pensamiento suelto, sobre todo si es muy... estridente.

—No sé si entiendo lo que significa eso.

—Ya, bueno. Si quieres puedo enseñarte a proteger tus pensamientos. Es un proceso muy intuitivo. Te prometo que no escucharé a menos que sea necesario, y que si te rastreo será por tu seguridad.

—Vale. —Me reconforta que confíe en mí tan fácilmente. Nadie debería tener tanta fe en mí, pero aun así la codicio y me entran ganas de atesorarla en mi interior. Quiero ser digna de él. No tengo remedio —. ¿Cómo funciona? ¿Debería hacerme un corte? ¿Te sería más fácil así?

Mi pulso se acelera, desesperado. Debo aclararme la garganta para poder hablar.

—No hace falta. Mis dientes se encargan.

—¿No quedaría más limpio con una incisión? Creo que minimizaría el riesgo de infección.

—No te preocupes, para eso está mi saliva.

—¿Tu saliva tiene propiedades curativas?

—Sí. Y analgésicas también. La sangre oxigenada de un organismo vivo desencadena la producción de esas enzimas. Cosas de chicas milenarias.

—Probablemente un receptor acoplado a la proteína G. —Parece fascinado —. De aquí se podría sacar un artículo científico muy interesante.

—La revista *New England Journal of Medicine* tendrá que sobrevivir sin publicarlo, ya lo siento.

Sonríe.

—¿Dónde quieres morderme?

No me enorgullece admitir que tengo que apretar los muslos. Ojalá mi cuerpo no estuviera respondiendo ya de forma tan dramática ante la perspectiva de lo que estamos a punto de hacer. Ojalá esta simple oferta que me hace con el único fin de asegurar su supervivencia no me provocara fuegos artificiales en el estómago.

¿La primera vez que probé la sangre estaba así de emocionada?
¿Sentía esta hambre voraz?

Me doy asco.

—El brazo suele ser lo más fácil —respondo con voz tranquila.

—¿No es el cuello?

Siento un calor que se expande por detrás del ombligo y me invade el vientre.

—En el cuello también hay buenas arterias —le confirmo a Roman, un médico formado y en activo, que me hace el inmenso favor de no reírse en mi cara.

—¿Y aun así prefieres otro lado? Conque todas esas historias son puro cuento, ¿eh?

—No. No, el cuello me parece un buen sitio. Lo que pasa es que es más íntimo. Requiere más proximidad.

A Roman le cambia la expresión y luego se queda impasible. No muestra ninguna emoción mientras alza la muñeca para acercarla a mi boca, y yo intento ser igual de profesional al cogerle el brazo con cuidado.

Uf.

La espera ha sido larga. Recuerdo una tarde, hace dos años. Estábamos manteniendo relaciones y lo tenía dentro de mí. El otoño acababa de empezar y el aroma a petricor y hojas secas se colaba por la ventana. Era la hora del atardecer.

Yo me aferraba a su pecho con la mano derecha mientras lo cabalgaba. Sentía tanto placer y su corazón latía tan fuerte y tan cerca de la superficie de la piel que tuve una alucinación febril y absurda: me imaginé que su sangre me estaba suplicando pasar de su cuerpo al mío. Él me tenía agarrada por las caderas y, cuando se corrió dentro de mí repitiendo mi nombre, entre obscenidades y menciones a lo mucho que me deseaba «para siempre, para siempre», abrí la boca y la acerqué a la base de su garganta. Pensé: *Es el momento.*

Y entonces me detuve. Esta noche, en cambio, no me detengo. Ni siquiera permito alargar la tensión del momento antes de perforarle

la piel. El corte que le provoco no es limpio ni preciso. Debe de doler, porque oigo a Roman quejarse entre dientes. Hasta que ese sonido se convierte en un gemido y el mundo se reduce a esto.

Solo necesito dos sorbos, nada más. Dos sorbos y podré seguirle la pista durante mucho, muchísimo tiempo. Dos sorbos y habré terminado.

Uno.

Dos.

Tomo cuatro más antes de conseguir separarme de su vena. Lamo la herida, reacia a desperdiciar ni una sola gota, y la cierro. Mientras tanto, su sangre me llena el estómago, espesa y rica, con un sabor tan exquisito que podría desmayarme de gozo.

Por primera vez en cinco mil años, comprendo el verdadero significado de la sed de sangre.

Y entonces ocurre. El regusto me golpea como una bofetada, repentino y sin piedad, y caigo en picado de vuelta a la realidad.

Alzo la vista y me encuentro con los ojos vidriosos de Roman. Lo único que soy capaz de decir es:

—Te estás muriendo.



CAPÍTULO 12

El primer pensamiento disperso que capto de Roman es: *Me voy a correr en los pantalones.*

Suena confuso y desesperado. También incorrecto, dado que no lleva pantalones. Pero la erección que se agita bajo sus calzoncillos es difícil de obviar y su sangre está tan fresca que percibo el calor de su excitación como si fuera mío. Me tensó y se me nubla la visión.

Va cachondísimo, y yo también.

Entonces procesa mis palabras. Siento cómo su significado cala hondo, y me doy cuenta de que acabo de decirle a Roman que se está muriendo con el mismo tono que usaría para decirle a alguien que la mantequilla de cacahuete que está a punto de untar en su tostada está caducada.

Su siguiente hilo de pensamientos es algo así como: *¿Cómo...? Mierda. Joder.*

—¿Cómo lo sabes?

Roman.

Roman se está *muriendo*.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que experimenté una conmoción de esta magnitud que me cuesta interpretar las reacciones de mi cuerpo. Dedos temblorosos. Opresión en el pecho. Un escozor en los ojos. Intento regularlo todo, luego solo una parte, y finalmente me rindo.

—El sabor, Roman. Tu sangre está... —Niego con la cabeza. Le acaricio la mejilla, aliviada al sentir que su piel aún está caliente.

Está vivo. Hay tiempo. Podemos arreglarlo —. Estás muy muy enfermo. Tienes que ir al médico. Ahora mismo.

No se mueve. Solo se queda mirándome con el rostro impasible.

Ah.

Ah.

Claro.

Vuelvo a dejar la mano sobre mi regazo.

—Ya lo sabías.

No dice nada. Debe de haber descubierto solito cómo impedir que los pensamientos se le escapen de la mente, porque de repente hay un muro que lo mantiene aislado. No capto nada de su expresión y menos aún de la conexión sanguínea que ahora nos une.

—¿Qué tienes? —pregunto con calma.

Se ríe en silencio, apenado.

—¿No puedes diagnosticarlo por el sabor?

—No tienes diabetes mellitus, esto no es el siglo ^{xvi} y me he bebido tu sangre, no tu orina —espeto, incapaz de suavizar el tono. Superada la sorpresa, aparece la rabia. Él sabía que estaba enfermo. Lo sabía y no me lo ha dicho. Estoy más cabreada de lo que puedo expresar con palabras, tanto que no tengo intención de plantearme si mi reacción es justificable o si Roman se la merece —. ¿Qué tienes? —repito con más dureza.

—Un tumor en el cerebro. En los astrocitos, para ser exactos, que son un tipo de célula que...

—¿Glioblastoma?

Él asiente y yo cierro los ojos.

No.

No.

—¿Síntomas?

—Un poco de náuseas y pérdida de peso. Convulsiones y dolores de cabeza, aunque he podido controlarlos con la medicación adecuada. Creo que mi visión también está empeorando, pero eso es nuevo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo hace que lo sé?

Fijo la mirada en él, sin pestañear. Sabe perfectamente lo que le estoy preguntando, porque suspira.

—Siendo realistas, seis meses.

Giro la cabeza hacia otro lado. Luego vuelvo a mirarlo.

—¿Tratamiento?

Niega con la cabeza.

—No es posible resecionarlo. La radioterapia y la quimioterapia solo me darían unos meses más.

—¿Has rechazado tratarte?

—Bueno... —Se rasca la sien. Parece agotado, como si no pudiera soportar tener esta conversación otra vez.

Una pena, pienso.

—¿Por qué?

—Analicé los pros y los contras y tomé una decisión.

—¿Sin consultarlo con nadie?

—Lo hablé con mi doctora. ¿Con quién más debería haberlo hablado, Lilit? No tengo familia. Pero ¿sabes quiénes sí tienen una familia a la que cuidar? Mis amigos, a los que no quiero hacer pasar por el calvario de presenciar cómo me voy deteriorando.

—*Conmigo*, Roman. ¿Por qué no lo hablaste conmigo?

Venga ya, Lilit. Sabes perfectamente por qué.

Su voz resuena en mi cabeza, tan clara como si hubiera pronunciado las palabras a viva voz. Aprieto los puños para evitar darle una bofetada y noto cómo me rompo una uña contra la palma de la mano.

—Roman, eres consciente de que yo te puedo ofrecer una solución a este problema, ¿no?

En su mente, mi oferta se convierte en un montaje desordenado de imágenes borrosas. En la mayoría de ellas, yo soy igual de joven que siempre y él es viejo y frágil, o joven y frágil, y necesita mis cuidados. Le causa tanto rechazo que enseguida aleja ese pensamiento.

—Esto no es algo que se pueda solucionar, Lilit. Me estoy muriendo porque así debe ser.

—Yo también se suponía que debía morir. Pero aquí estoy. —Una amarga mezcla de desesperación e incredulidad me sube por la garganta. Me obligo a tragármela —. ¿No lo entiendes? Eso es lo que son los renacidos, Roman. Personas que resucitan. Caminantes que trascienden a la muerte.

—¿Estás...? Espera. —Abre mucho los ojos al comprenderlo y suelta una carcajada —. ¿Me estás ofreciendo convertirme en alguien como tú?

—Sí. No puedo garantizar que el ritual funcione, pero soy lo suficientemente poderosa como para que las probabilidades jueguen a nuestro favor. De todas formas, tampoco es que vayas a vivir mucho si no te conviertes, así que...

—¿Y luego qué, Lilit?

Me quedo en silencio, con los pulmones oprimidos.

—Luego estarás vivo, Roman.

—Y después de convertirme en un renacido, en parte de tu linaje, ¿qué harás conmigo?

—Bueno... Serás libre de hacer lo que quieras. No estarás... Pertener a mi linaje no te convierte en mi posesión. No anula tu libre albedrío. Este no es un contrato que te ate a mí para siempre. Habrá un periodo de adaptación, claro, pero después de eso podrás... viajar. Podrás volver a ejercer la medicina. Podrás tener un perro. Podrás... Dijiste que querías formar una familia. ¡Podrás adoptar a un niño, si quieres!

Una vaga imagen de una fantasía aflora a la superficie de su mente. En ella, estoy embarazada tras un largo y satisfactorio proceso de «intentarlo». Entonces hay un corte brusco y él y yo pasamos a estar rodeados de niños y niñas que son, en su mayoría, versiones más pequeñas de mí. En este escenario, el impacto de su material genético es de lo más insignificante.

Se me escapa una exclamación de sorpresa y él vuelve a encerrar sus pensamientos, aunque no sin antes dejar entrever un atisbo de

vergüenza.

—Sí. —Desvía la mirada. Tiene la voz ronca —. Sí. Eso es lo que... No, gracias. Dudo que lo de jugar a ser un asesino sea para mí. Tampoco lo de consumir personas como si fueran un puto rollo de papel higiénico ni lo de sentarme en mi torre de marfil, ebrio de poder y riqueza, mientras otros sufren. No creo que quiera convertirme en alguien como tú.

El dolor de su rechazo es tan tangible y físico que me presiono la palma de la mano contra el abdomen. Siento como si me hubiera clavado una navaja ahí. Hay una herida abierta. En realidad, no: estoy sana y salva. Esto no es más que una nueva traición, una que aún no había experimentado, una que trae consigo un tipo de sufrimiento que desconocía.

—Sabes que podría obligarte si quisiera, ¿verdad? —espeto —. No necesito tu permiso.

—No serías capaz.

—¿Cómo sabes si...?

—Porque puede que haya pasado diez años sin saber lo que eres, pero te conozco lo suficiente como para detectar cuándo vas de farol, y tú nunca harías eso. —Se pasa una mano por la cara. Luego, con ese tono de médico explicando cosas que hasta ahora tanto adoraba, dice —: Mira, recibí el diagnóstico hace semanas. He tenido tiempo para asimilarlo. No ha sido fácil y lo que viene ahora tampoco lo será, y... ya no tiene sentido mentir. Me hubiera encantado quedarme dormido con la cabeza en tu regazo entre turno y turno hasta los noventa y cinco años, pero eso no va a ocurrir. Si alguien tiene que morir joven, mejor que sea el tío solitario y obsesionado con una criatura inmortal que, de todos modos, no habría formado parte de su futuro. Nunca he descubierto cómo ser feliz si no es - estando a tu lado. Mejor que el enfermo sea yo y no un marido y padre devoto. Así que, si estás empeñada en darle la inmortalidad a alguien, quizá deberías empezar por...

—Me dijiste que había otra mujer, Roman.

Se sonroja y gira la cabeza hacia un lado.

El alcance de mi rabia me preocupa.

—No hay nadie, ¿verdad? Solo estabas... Querías alejarme de ti. Ibas a ponerte cada vez más enfermo y quisiste desaparecer para que yo creyera que eras feliz con otra persona. Pero dentro de un año, si es que aguantaba tanto, habría venido a ver cómo estabas y me habría encontrado con que... —Se me quiebra la voz. Me pongo de pie y empiezo a andar en círculos, incapaz de quedarme quieta.

Es entonces cuando oigo, como un eco en mi cabeza: *Por su bien... La quiero... tanto... Por su bien...*

Me doy la vuelta de golpe.

—Y una mierda. Si me quisieras no estarías haciendo esto —espeto. De repente, mi cara está a centímetros de la suya y mi dedo dándole golpecitos en el pecho con tanta fuerza que le hago una herida. Cuando noto el olor a sangre fresca, doy un paso atrás, horrorizada.

Necesito que se aparte. Necesito que me tenga tanto miedo como yo me tengo a mí misma. Necesito que se dé cuenta de que podría obligarlo a hacer lo que yo quisiera, y de que puedo ser la mala de verdad.

Siento como si mis entrañas quisieran abrirse paso a puñetazos para salir de mi cuerpo.

—Necesito estar a solas un momento.

—Lilit...

—No.

Entro con paso firme en la sala de estar y cierro de un portazo. Paso más de una hora allí, con los ojos cerrados, respirando hondo, buscando a tientas algo a lo que aferrarme, aunque sin mucho éxito. Para cuando confío lo suficiente en mí misma como para estar en presencia de Roman, él ya se ha quedado dormido. Porque, cómo no, todos los acontecimientos de esta noche han sucedido justo después de uno de sus frecuentes turnos de veinticuatro horas. Hay que joderse.

Lo observo, tumbado boca arriba en la cama, hermoso y frágil, y por fin comprendo lo que quieren decir los poetas cuando hablan de

la delgada línea que separa el amor del odio.
Cojo mis zapatos y me marchó.



CAPÍTULO 13

El invernadero es impresionante, y aún más en invierno, quizá por el contraste entre el paisaje nevado de Chicago y los colores exuberantes y vibrantes de las plantas que alberga, que brillan incluso en la oscuridad. Cuando entro con un giro especialmente firme del pomo, el calor tropical me envuelve las piernas desnudas, formando gotas de humedad en mi piel y empañando las paredes de cristal.

Me mantengo en alerta máxima. Sé con quién me voy a reunir, pero no sé qué esperar, y estar pendiente de si esto es una emboscada me parece un lujo, dado que me obliga a centrarme en algo que no sea mi furia hacia Roman o el hecho de que, a cada momento que pasa, dicha furia se va apagando y me da la sensación de ser inmerecida.

No suelo tener la mecha corta. Por naturaleza y por educación, no me permito tener rabietas. Valoro mi capacidad de autocontrol y sopeso cuidadosamente todas las opciones antes de actuar, por lo que no me siento avergonzada por mi comportamiento a menudo.

Roman ha rechazado mi oferta de inmortalidad aproximadamente cinco horas después de descubrir que esta era siquiera una posibilidad durante un ataque violento, nada menos. Me he puesto hecha una furia, he reaccionado de forma impulsiva y ahora me avergüenza haber intentado hacer pasar por justo lo que no ha sido más que un berrinche.

Por supuesto que no me contó lo de su enfermedad. Durante diez años, me he mantenido al margen de su vida. No tengo motivos

para sorprenderme u ofenderme por su decisión de empujarme al mismo territorio al que ya me había relegado yo. Pero, como es plena noche y he decidido meterme en una posible trampa, tengo el privilegio de no obsesionarme con la magnitud de mi metedura de pata.

No me lo merezco.

Un cuarto de hora más tarde, mientras examino el tronco de una palmera enana, oigo pasos.

No me giro. De hecho, ajusto mi ritmo cardíaco y mi postura para dar la impresión de que sigo creyendo que estoy sola. No sé si el visitante se lo traga, pero le doy la oportunidad de que me pille por sorpresa.

Pasan los segundos. El ataque para el que finjo no estar preparada no llega. Por fin, cuando mi ignorancia ya no resulta creíble, me doy la vuelta.

Atukhos está herido y se tambalea. Es una visión sangrienta y brutal: el lado izquierdo de su torso está destruido, como si alguien hubiera intentado arrancarle la piel primero con papel de lija y luego con un rastrillo. La camisa de corte clásico que llevaba en la reunión ahora está rasgada bajo la manga y, a través de la tela desgarrada, se aprecian varias heridas abiertas de las que aún brota sangre. Si Atukhos fuera mortal, estaría al borde de la muerte.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con calma. No parece que vaya a unirse nadie más a nosotros. Sigo sin estar segura de que esto no sea una trampa, pero al menos estamos solos.

—Me han embestido.

—¿Con qué? —Echo un vistazo a sus heridas —. ¿Un coche?

Asiente con la cabeza y debe de notar mi escepticismo ante la idea de que un renacido viejo, poderoso y veloz no haya visto venir un vehículo, porque añade:

—Me creía a salvo.

—¿Y eso?

—Después de irme del consejo, Li Xiu se ha puesto en contacto conmigo. Me ha mandado un mensaje diciendo que tenía asuntos

importantes que comunicarme y me ha pedido que me reuniera con ella cerca de su hotel.

Le hago un gesto con la cabeza para que continúe.

—Un vehículo ha entrado en el aparcamiento donde la esperaba. Los faros estaban encendidos, así que no veía bien, pero he dado por hecho que era ella quien conducía. Estaba seguro de que su intención era aparcar justo delante de donde yo estaba. He sido un idiota. —Curva los labios con amargura—. Si bien es verdad que Li Xiu siempre me ha nublado el juicio.

A la luz de la luna, estudio las arrugas y expresiones de su rostro, sin tener claro si creerle. Atukhos murió siendo un general y renació siendo lo mismo. Siempre ha sido una persona seria, honesta hasta el extremo, pero moralmente poco flexible. Él y yo jamás hemos tenido mucho en común y nunca me he sentido tentada a mantener con él más que conversaciones superficiales. Sin embargo, cuando se trata de la protección de los mortales, Atukhos siempre ha sido mi más fiel defensor.

Dudo que les tenga especial cariño, ya que no puedo imaginarlo preocupándose por nada más que la falange macedonia y las espadas dentadas. No obstante, valora la disciplina y el orden. En comparación con la pomposa grandilocuencia de Wenceslaus, la profunda apatía de Li Xiu y el ensimismamiento y la indulgente indiferencia de Imhotep, la inclinación de Atukhos hacia el orden siempre lo ha convertido en un gran aliado.

No sé quién lo ha atacado, pero una cosa está clara: quienquiera que haya sido, sabía lo que hacía. Si yo quisiera eliminarlo, también intentaría evitar una pelea física. Atukhos y yo podemos estar muy igualados en fuerza y velocidad, pero su riguroso entrenamiento marcial le da una ventaja significativa.

Sin embargo, Li Xiu...

—Perdón, pero me cuesta creer que Li Xiu haya elegido atropellarte con un coche cuando podría haberte seccionado la columna vertebral con el dedo meñique del pie.

Atukhos abre mucho los ojos.

—No ha sido Li Xiu, Lilit.

—Pero si has dicho...

—He dicho que alguien me ha atraído hasta allí con el pretexto de una reunión con ella, no que me atropellara ella. Cuando el coche estaba lo bastante cerca, he visto que me había equivocado y que no era Li Xiu quien conducía.

—Entonces, ¿quién?

Se le dilatan las fosas nasales. Su voz rezuma ira al pronunciar el nombre.

—Imhotep.

Inclino la cabeza para ocultar mi sorpresa.

—¿Y no ha terminado de rematarte? Quiero pensar que Imhotep no es tan iluso como para darte por muerto así como así.

—No me ha dado por muerto. He sido lo suficientemente rápido como para evitar lesiones más graves y luego he huido.

Eso sí que me lo puedo llegar a creer.

—¿Él sabe que lo has visto?

—No creo, no.

—Entiendo. ¿Y qué papel juega Li Xiu en todo esto?

Traga saliva.

—No la siento, Lilit.

—¿Cómo?

—Li Xiu y yo fuimos amantes durante siglos. Intercambiamos sangre tan a menudo y durante tanto tiempo que, incluso después de poner fin a nuestra relación, he sido capaz de sentirla. Pero esta noche, por mucho que lo intente..., no la encuentro por ningún lado. La llamo a través de nuestro vínculo de sangre y no me responde.

—Su rostro severo está marcado por el dolor —. Eres la única en quien confío, Lilit.

—¿Por qué?

—Porque tú no le harías daño. Tú también la amabas. Eres su amiga.

Me asalta un recuerdo: las dos comiendo dulces esponjosos con las manos, riendo. Su boca, que sabía a especias y cerveza. Mis

sentimientos hacia Li Xiu son confusos y complicados, han tenido sus altibajos, pero ella es la presencia más duradera en mi vida.

Bueno, lo era, si lo que dice Atukhos es cierto.

—Ninguno de nosotros es lo bastante fuerte como para hacerle daño a Li Xiu, Atukhos. Tampoco Imhotep.

—Imhotep ha podido tener la posibilidad de pillarla desprevenida.

—Se presiona la palma de la mano contra la herida, que ya se está curando. Probablemente estará como nuevo en cuestión de días.

—Pero ¿por qué lo haría?

No parece tener una respuesta que darme.

—No tengo ni la menor idea. ¿Quizá por una pelea de enamorados? Pero ¿por qué venir a por mí?

Nos quedamos en silencio un momento, con las ocasionales gotas de condensación como único sonido de fondo, mientras considero si es prudente revelarles los acontecimientos de hoy.

—Wenceslaus está muerto —le informo, procurando sonar neutra.

La sorpresa de Atukhos es contenida y, por eso mismo, me parece aún más genuina.

—¿Lo has matado tú?

—No. Supongo que ha sido cosa de la misma persona que ha intentado acabar conmigo.

—¿Alguien te ha atacado? ¿Hoy?

Asiento con la cabeza.

—¿Quién?

—No lo sé. Pensaba que era uno de los hombres de Wenceslaus, pero ahora que mencionas que Imhotep ha ido a por ti... —¿Y si todo esto viene por Silas, el antiguo amante de Imhotep? Quizá no debería haber dado por sentado que quince años sin represalias equivalían al perdón. No obstante, si Atukhos está en lo cierto, esto no es un asunto personal contra mí. Más bien parece que Imhotep está acabando con todos los líderes de linaje.

—No se rendirá hasta que estemos muertos —dice Atukhos—. No puedo detenerlo yo solo.

—¿No tienes a ninguno de tus hombres aquí?

Niega con la cabeza. El protocolo dicta que debemos venir solos, así que no me sorprende. Wenceslaus era la excepción, y se lo permitíamos porque..., bueno, porque era un tocapelotas sin remedio. Al final acabaré echando de menos a ese capullo, lo cual me toca aún más las narices.

¿Y si Li Xiu ha muerto de verdad? Hay recuerdos que solo ella y yo compartimos. Acontecimientos mundiales que presenciamos juntas. Momentos en el tiempo, fragmentos de historia que nadie más en toda la humanidad podría imaginar jamás. Si se ha ido, ahora son solo míos.

—¿Tienes algún plan? —le pregunto a Atukhos.

Se queda en silencio durante un buen rato.

—Imhotep no sabe que le he visto la cara ni que sé que Li Xiu ya no está. Podría convocar un consejo mañana e invitarlo. Si acude, podré vengarme por lo que le ha hecho a Li Xiu. Y por lo que nos ha hecho a ti y a mí. Pero necesitaré tu ayuda.

Cierro los ojos. Veo rostros antiguos y violencia sin sentido. Con el corazón resignado y cargado de dolor, respondo:

—Vale. Te ayudaré.



CAPÍTULO 14

Para cuando vuelvo a la habitación del hotel, lo único que quiero es quitarme la ropa y deshacerme de la suciedad de las últimas horas, y treinta minutos bajo la ducha de agua hirviendo bastan para conseguirlo.

Me pongo un albornoz blanco y esponjoso que me envuelve por completo y huele a detergente industrial, y luego salgo del baño. Necesito descansar, sobre todo si las actividades de mañana van a ser tan exigentes como espero. Pero, en lugar de ir hacia el salón y tumbarme en el sofá, me apoyo contra la pared y contemplo a Roman, que duerme plácidamente.

Sigue aquí. No es mío, pero está aquí. No está bien, pero está vivo.

Solo pasan unos instantes hasta que la distancia entre nosotros empieza a parecerme un abismo demasiado amplio para soportarlo. Con un suspiro, me acuesto junto a él procurando no despertarlo.

Me niego a admitir la razón real. Me digo a mí misma que debe de estar teniendo pesadillas. Da igual que sea médico de urgencias, la carnicería que presencié ayer es difícil de asimilar. Así que me quedaré a su lado unos minutos, por si necesita que lo despierte de un sueño en el que se está ahogando en una bañera llena de sangre. Tampoco se va a enterar.

Excepto que sí se entera. En cuanto me acerco, Roman esboza una sonrisa y, medio dormido, alarga uno de sus fuertes brazos y me atrae hacia él. Fragmentos de pensamientos aletargados me golpean como granizo: *Mía. Qué bien. Aquí. A salvo.* Como si las emociones

fueran más, siento cómo se disipa su preocupación al tenerme de vuelta, el alivio de saber que estoy bien, la pena por haberme hecho daño al ocultarme su enfermedad, la determinación de ahorrarme la peor parte.

Y luego nada. Al parecer, a Roman se le da tan bien aprender a blindar su mente como todo lo demás.

—No me dijiste que te ibas —murmura contra mi cabello, con la voz ronca y adormilada.

—Y tú no me dijiste que te estabas muriendo —replico, más hosca que enfadada, y hundo la cara en su cuello.

—Cierto, pero, por otra parte, tú tampoco me contaste lo de los renacidos, así que...

Suelto un gruñido y sus brazos me aprietan con más fuerza.

En todos estos años juntos, Roman y yo nunca hemos tenido una discusión de verdad. Ha habido desacuerdos, negociaciones sobre qué ver en la tele, algún que otro mal rollo, pero jamás nada que pudiera describirse como una pelea. A veces me preguntaba por qué, si la combinación de nuestros temperamentos era demasiado insulsa o si simplemente no pasábamos suficiente tiempo juntos. A día de hoy, sigo sin saber la respuesta. Lo que sí sé es que cualquier disputa habría terminado como esta: los dos abrazados y el motivo de la discusión, por válido que fuera, apartado a un lado para abordarlo más tarde.

No hemos resuelto nada. La vida de Roman sigue en peligro, mi mundo sigue sumido en el caos y nuestro final se acerca por momentos. Está tan cerca que casi puedo tocarlo. Ojalá pudiera apartarlo de un manotazo. Y, aun así, durante varios minutos permanecemos en esa posición, tan entrelazados como podemos, hasta que no queda aire en el espacio que nos separa y ya no puedo posponer lo que viene a continuación.

—Me gustaría pedirte perdón.

Una tabla sonaría menos rígida que yo, pero nunca se me han dado bien las disculpas, y Roman lo sabe.

—¿Sí? —Su tono divertido me desarma por completo —. ¿Por qué?

—Por cómo he reaccionado ante... —Me aclaro la garganta y me aparto, intentando mirarlo a los ojos en la oscuridad. No distingo gran cosa, pero el leve brillo bajo sus párpados pesados me da el empujón que necesito para continuar —. Es normal que no me lo dijeras. Esa conversación no encajaba en el tipo de dinámica que teníamos y no debería haber actuado como si no fuera así.

Suspira.

—Sí, bueno. Yo también te pido perdón.

—¿Por qué?

—Por no contártelo.

—Pero si...

—Ya, no te merecías que te lo contara. No eras una figura estable en mi vida. Pero ahora que sé que eres un ser inmortal todopoderoso, tus decisiones tienen mucho sentido. Quizá debería ser más indulgente contigo.

—Joder. —Cierro los ojos apretando los párpados —. Siempre haces lo mismo.

—¿El qué?

—Actúas como si fueras perfecto y compasivo. Aceptas lo que te doy y nunca esperas más de mí. Me dejas marchar y luego me recibes con los brazos abiertos. Es indignante.

Suelta una risita ronca.

—¿Indignante?

—Sí.

—No pareces indignada.

—Porque no lo estoy. Ni siquiera puedo enfadarme contigo si eres tan comprensivo, empático y poco exigente. Me cabrea que no veas.

Esta vez oigo su risa alta y clara.

—¿Cómo voy a sobrevivir a la ira de un ser inmortal?

—Mira, ya que lo mencionas —digo con altivez —, te vendría bien tenerme un poco más de miedo a mí, a mis habilidades

sobrehumanas y a la furia de los cientos de renacidos que me han jurado lealtad.

—Ajá. Sí, claro. —Sonríe al pronunciar esas palabras, y luego se inclina y acerca sus labios a los míos. Mi mente se queda en blanco, solo puedo pensar en él y en este beso.

Es absurdo y temerario. Debería apartarme antes de que la cosa se complique.

Pero entonces Roman me pregunta:

—¿A dónde has ido? —Podría mentir; sin embargo, algo me impulsa a compartir la verdad. Quizá sea porque he bebido su sangre, pero el dique que había construido entre nosotros se ha derrumbado y siento cómo me derramo sobre él.

—A buscar una forma de arreglar este embrollo antes de que mueran más de los míos.

—¿Lo has conseguido? —Al ver que mi respuesta es poco más que un gemido lastimero, él se ríe y me aparta el pelo de la cara —. Lo conseguirás. No tengo la menor duda.

—Quizá deberías tenerla.

—No veo por qué, teniendo en cuenta quién eres.

—¿Te refieres a un monstruo chupasangre?

—Me refiero a ti. Lilit.

Vuelvo a cerrar los ojos, deseando que tenga razón. Sin embargo, nada de esto es sencillo, y sé que se me escapa algo. Si Atukhos me ha dicho la verdad, y no tengo motivos para dudar de él, Imhotep tiene sed de venganza. Por muy absurdo que suene, puedo llegar a entender que quiera hacerme daño por haber matado a Silas, pero ¿por qué atacar también a Atukhos, Li Xiu y Wenceslaus?

«Porque temía que pudiéramos ponernos de tu lado e intentar detenerlo», ha contestado Atukhos cuando se lo he preguntado. Es una explicación plausible. Solo que...

—Esto sería mucho menos complicado si las mentiras de los -renacidos fueran tan fáciles de detectar como las de los mortales —murmuro.

Roman se queda en silencio. Cuando levanto la vista para verle la cara, parece sorprendido.

—¿Sabes cuándo miente la gente?

—En la mayoría de los casos. Es un poco complejo: hay muchos indicios fisiológicos cuando alguien miente, y a nosotros nos resulta más sencillo detectarlos. A los renacidos se nos da mejor ocultar esas pistas. —Observo cómo asimila este nuevo dato—. Siento no habértelo dicho antes. ¿Te molesta?

—No creo. —Una pausa reflexiva—. Al contrario. Me alegro de que puedas pillar mis mentiras.

—En tu caso no es una habilidad especialmente útil. Para mi sorpresa, no sueles mentir mucho.

Coloca el pulgar bajo mi barbilla y me levanta la cabeza.

—Es posible, pero antes estaba mintiendo. Lo sabes, ¿verdad?

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Cuándo?

—Cuando he dicho que pensaba que eras una asesina.

—Es que *soy* una asesina.

—Ya, sí, pero también he dicho que no te importa nadie más que tú, que tratas a las personas como si fueran desechables y que desprecio lo que eres. No es cierto. Lo que he dicho sobre que no quería ser como tú... ha sido injusto, un golpe bajo y una reacción poco meditada a que me ofrecieras una eternidad en la que tú y yo no estamos... —Roman aprieta los ojos y suspira—. Estaba enfadado y te he mentado. Lo sabes, ¿no?

Mi corazón se derrite. Me aferro a su cuerpo.

—Esperaba que así fuera.

—Bien. —Nos sonreímos el uno al otro, tristes, casi tímidos.

Entonces se me ocurre algo y suelto una risita.

—¿La oncóloga que te lleva es una mujer?

—Sí. De hecho, fuimos juntos a la universidad. ¿Por qué?

—Cuando me dijiste que estabas saliendo con otra persona, me pareció que decías la verdad. Acabo de darme cuenta de por qué.

Me inclino hacia él y noto su sonrisa contra la mejilla.

—Siempre he detestado mentir, desde pequeño. Así que he desarrollado algunos trucos cognitivos para cuando es inevitable. En plan, no mentir, pero tampoco decir la verdad.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco—. Bueno, no volverás a colármela.

—Lo siento, Lilit. Me pareció que hacerlo así garantizaba una ruptura limpia. No pretendía herir tus sentimientos.

—Lo sé. Lo entiendo. —Bostezo—. En su día, aprendí el verdadero significado de la palabra «celos» gracias a...

Espera.

Espera.

Me incorporo con un grito ahogado y el corazón acelerado.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunta Roman, incorporándose. Luego, tras un largo silencio —: ¿Estás bien?

—Sí. Sí, es que... —Niego con la cabeza, con el pulso en la garganta. *Joder*—. Ya sé lo que está pasando.

—¿Lo que está pasando con qué?

—La razón detrás de todo este lío. —Me tapo la boca con la mano—. Mierda.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí. No. Sí. Pero arreglarlo va a ser un suplicio.

—Entiendo. —Roman me acaricia la espalda por debajo del cabello, con calma. Siento el calor de su mano a través de la tela del albornoz—. ¿Qué hay que hacer?

—Nos ocuparemos del tema más tarde.

—¿Nos?

—Tú no, otro líder y yo.

—Ah. ¿No puedo ayudaros de alguna forma?

—No creo que... Bueno, de hecho, sí. —Sopeso una idea—. Sí. Necesito que hagas algo por mí, pero va a ser un poco arriesgado. ¿Te animas?

Me acaricia la coronilla con la nariz y su *Haría lo que fuera por ti* cala hasta lo más profundo de mi ser.



CAPÍTULO 15

La noche siguiente, nos reunimos justo antes del atardecer, en el mismo lugar donde nos habíamos encontrado unas veinticuatro horas antes —ahora con la presencia de un trescientos por ciento más de bichos carroñeros—. La planta superior del rascacielos parece aún más desierta de lo habitual, y el olor a carne en descomposición persiste en el aire. Divago pensando en dónde debió de dejar Wenceslaus el cuerpo de Grigori tras la escenita de ayer. Si estará flotando en el río o escondido en un avión, a la espera de unos ritos funerarios que nunca recibirá.

Pobre Grigori. De todos, él era el que menos se merecía lo que le pasó.

Sin Aapo, Wenceslaus ni Li Xiu, a la reunión solo asistiremos tres líderes: Atukhos, Imhotep y yo. Soy la última en llegar, aunque no por elección. Durante el día he estado ocupada colocando las piezas; ahora solo me queda esperar que encajen. Puede que la nieve haya dejado de caer a media mañana, pero la temperatura ha bajado drásticamente durante la noche y las quitanieves aún no han recorrido las calles. He subestimado el tiempo que me iba a costar llegar hasta aquí.

El hielo cubre cada centímetro de la ciudad y, por una vez, mi renuencia a llevar demasiada ropa ha cedido ante mi deseo de abrigo. Me encantan y a la vez odio los vaqueros negros y el jersey de cuello alto que me he puesto mientras Roman me observaba con una sonrisa, bromeando sobre si planeaba atracar un banco o unirme a una compañía de teatro de vanguardia.

He estado tentada de vengarme dándole un mordisco en el cuello para dejarle una marca bien visible, pero antes él y yo tenemos que sentarnos a hablar como es debido y mantener una conversación que no esté empañada por la ira o el pánico. Aunque ahora mismo tendrá que esperar.

Cuando entro en la sala, Imhotep y Atukhos están sentados uno frente al otro en la mesa redonda, envueltos en un silencio denso y desagradable. Me doy cuenta de que la nuca de Atukhos está rígida por la tensión, pero, al acercarme, veo que sus heridas ya están curadas casi del todo. Me pregunto si estará en plena forma para luchar. Entonces recuerdo que da igual; no soy yo la que se va a enfrentar a él esta noche. Cuando nuestras miradas se cruzan, lo saludo con un movimiento de cabeza y luego voy a buscar una silla para mí. La arrastro, la coloco junto a la de Imhotep y me siento.

Los ojos de Atukhos se abren durante un microsegundo, sorprendidos. Me pregunto si comentará algo, tal vez para recordarme la estrategia que ideó y que acordamos anoche, pero permanece callado. Al fin y al cabo, solo es una silla, y no interferirá con el plan. Si me preguntara, le diría la verdad: me siento aquí porque me ofrece la mejor vista de las puertas del ascensor. Nunca está de más ser previsor.

Es Imhotep quien rompe el silencio.

—Qué curioso que ayer por la tarde fuéramos seis y que ahora ese número se haya reducido a la mitad. —Su actitud, normalmente afable, se ha vuelto rígida. Observo cómo se mueven sus labios carnosos al hablar. Me pregunto si estará preparado para lo que se avecina.

—Estoy segura de que nadie necesita que le recuerden —digo, dando inicio a la reunión — que no hay leyes que prohíban a los renacidos matarse entre ellos.

—Así es —coincide Atukhos—. Tú misma, Lilit, te has aprovechado de ese vacío legal muchas veces a lo largo de los años.

—Cierto —concede Imhotep—. La protectora de los mortales. De los renacidos, no tanto.

Inclino la barbilla, pero no digo nada. No es a mí a quien se le debe pedir que responda por sus actos.

—Quizá deberíamos hablar de los que ya no están entre nosotros —empieza a decir Atukhos, pero Imhotep le hace un gesto para que se calle.

—No veo la necesidad.

—Ah, ¿no?

—Aapo se ha ido, y quién sabe si la volveremos a ver en lo que queda de siglo. A Wenceslaus lo han asesinado. A Grigori, también. Li Xiu... Bueno. ¿Qué más hay que hablar? —concluye encogiéndose de hombros con elegancia.

—Quizá podríamos hablar de lo absurdo que es que nos matemos unos a otros sin ton ni son —sugiero yo.

—Bueno, no sé qué decirte. —Imhotep me sonrío con frialdad —. A veces matar resulta muy satisfactorio.

—Te arrepentirás de haber pronunciado esas palabras cuando acabemos contigo —gruñe Atukhos.

—¿Cuando acabéis conmigo? —Imhotep se lleva la mano al pecho de forma teatral. Luego se da una palmada en la frente con el mismo grado de dramatismo —. Ah, ya. Cuando Lilit y yo nos reunimos anoche, mencionó que planeabas algo así.

Atukhos se vuelve hacia mí.

—¿Lilit? —Asiento. Porque es la verdad —. ¿Qué significa esto? —exclama levantándose bruscamente, tirando la silla al suelo y desenvainando su espada en un gesto defensivo —. Dijiste que me ayudarías a castigar a Imhotep.

—Bueno, sí. Quizá esas fueron mis palabras, pero el trasfondo del mensaje era que ayudaría a castigar a quienquiera que hubiese estado atacando a los líderes de linaje. Y tú sabes muy bien quién es, Atukhos.

—¿Es que te has vuelto loca?

Echo un vistazo a Imhotep, que mira impasible en dirección a las puertas del ascensor, y respondo:

—Me sorprende que tus heridas hayan sanado tan rápido y tan bien. Anoche, cuando hablamos, calculé que tardarían al menos un par de días. Imagino que las debiste de exagerar, ¿me equivoco? No te culpo. Es lo que yo habría hecho si tratara de despistar a alguien. Unas cuantas heridas autoinfligidas y mucho melodrama.

—¡Silencio! —rugió Atukhos.

—Desde el principio sospeché que tú podías estar detrás de los asesinatos. Que a lo mejor solo intentabas conseguir mi ayuda para poder deshacerte de Imhotep. Por desgracia, no terminaba de dar con una motivación que lo justificara. —Miro a Imhotep—. Salí del invernadero muy confundida, pero... —esbozo una leve sonrisa— solo necesitaba recordar lo que supone estar enamorado de alguien y descubrir que esa persona está con otro. Porque todo esto viene de ahí.

Los ojos oscuros de Atukhos están fijos en mí, ardiendo de rabia.

—Cuenta, cuenta —me anima Imhotep, curioso.

—Por supuesto. Atukhos y Li Xiu fueron amantes durante mucho tiempo. O, al menos, durante lo que Atukhos considera que fue mucho tiempo. Li Xiu, sin embargo, es bastante mayor que todos nosotros y siempre ha sido un poco caprichosa. Se cansa rápido de las cosas. —Puede que esté respondiendo a la pregunta de Imhotep, pero es a Atukhos a quien miro—. En su defensa hay que decir que ella nunca hace promesas. Cuando éramos amantes, no me dijo ni una sola vez que íbamos a estar juntas para siempre. Solo quería que estuviéramos juntas en ese momento. Cuando eso cambió, se embarcó en nuevas aventuras. Lo mismo pasó contigo, Atukhos. O con Grigori; el pobre y desafortunado Grigori. Ella ni siquiera recordaba haber tenido un romance con él. Y ahora Imhotep. Por eso querías vernos muertos a todos, ¿verdad? Si Karna hubiera estado presente, también lo habrías atacado. Porque estabas convencido de que todos aquellos a los que Li Xiu había amado alguna vez eran competencia y que, si nos eliminabas, ella volvería contigo. —Siento un poco de lástima por Atukhos, a pesar de que no se la merece—. Te entiendo: la perspectiva de una eternidad sin la

persona a la que más amas resulta aterradora. Yo misma he experimentado los celos que surgen al imaginarla con alguien más. Debo admitir que el dolor es indescriptible.

Imhotep asiente.

—Vaya, vaya. Todo encaja a la perfección. Entonces, Atukhos mató a Grigori, pero intentó culpar a Viktor con la esperanza de que Wenceslaus se encargara de ti y le ahorrara el tener que matarte él mismo.

—Correcto. No obstante, Wenceslaus no fue tan impulsivo como Atukhos esperaba. Montó un escándalo, pero nada más. Así que Atukhos mandó a un renacido para que me atacara y me hizo creer que lo había enviado Wenceslaus. Estoy segura de que, para él, el escenario ideal era que el renacido acabara conmigo, pero, por si acaso no cumplía con la misión, lo dispuso todo para que yo acudiera a pedir explicaciones a Wenceslaus y entráramos en guerra. Eso le habría permitido deshacerse de mí. En cuanto a Wenceslaus, dudo que quisiera matarlo, pero empezó a investigar el asesinato de Grigori con demasiado ahínco, ¿verdad, Atukhos? Apuesto a que te dijiste a ti mismo que era un sacrificio necesario.

—A nadie le caía bien Wenceslaus, las cosas como son —admite Imhotep—. Así que Atukhos mató a Grigori, luego a Wenceslaus, después se hizo unos cuantos rasguños para inculparme y te reclutó para que lo ayudaras a deshacerse de mí.

—No te lo tomes como algo personal —digo—. Me habría matado a mí a continuación.

—Llegados a ese punto, una buena parte de los amantes de Li Xiu se habrían esfumado. Atukhos le habría hecho creer a Li Xiu que todo había sido una simple disputa entre líderes y habría fingido no tener nada que ver, y entonces... ¿qué, Atukhos? ¿Habrías dado caza a los demás líderes que quedan? ¿Y qué hay de los otros amantes que ha tenido Li Xiu?

—Me temo que más de uno ya ha debido de desaparecer aunque todavía no nos hayamos enterado.

—Tienes razón, pero lo que me desconcierta es: ¿de verdad pensabas que después de todo esto Li Xiu volvería contigo? ¿De verdad te creías capaz de coaccionar a alguien como ella?

Atukhos, rojo de ira, guarda silencio.

Así que respondo por él.

—Esperaba que sí, me juego lo que quieras. Pero era un plan mal concebido, fruto de la desdicha y la desesperación. Demasiadas contingencias. Por ejemplo, quiso hacerme creer que Li Xiu estaba muerta porque él ya no la sentía. Sin embargo, esa mentira tenía las patas muy cortas porque tú, Imhotep, también has intercambiado sangre con ella, y más recientemente. Así que tú también puedes rastrearla.

—Pero él contaba con que le creerías sin acudir a mí. Y con que yo sería incapaz de rastrear a Li Xiu si la mantenía inconsciente mientras estuviera prisionera. —Imhotep resopla—. Lo que no entiendo es cómo se las arregló para capturar a Li Xiu.

—Ella confiaba en él —digo, repitiendo las propias palabras de Atukhos—. Fue así de fácil, ¿verdad, Atukhos?

—¡Silencio! —repite. Levanta el brazo con la espada, mirándonos alternativamente a Imhotep y a mí, como si estuviera decidiendo a quién atacar primero—. Si creéis que podéis ganar en una pelea contra mí, estáis muy equivocados.

—Pues yo diría que sí que podemos —replico con calma—. O podríamos. Pero no lo vamos a comprobar. Hay alguien que tiene más derecho a reclamar ese honor.

—Nadie me va a...

Qué poético que, justo en ese momento, una espada atraviese el vientre de Atukhos. Más aún porque el arma pertenece a su propia colección.

—Qué oportuna —murmura Imhotep. Su sonrisa es afilada y cruel, como si le proporcionara un gran placer presenciar la muerte de Atukhos; más aún porque, con los pocos segundos que le quedan de vida, decide darse la vuelta y mirar a la persona que le ha infligido la herida letal.

Li Xiu está magullada, sangrando y, obviamente, aturdida por las drogas que Atukhos le ha administrado. Aun así, se mantiene erguida y con la cabeza alta mientras Atukhos se derrumba sobre la espada, con los ojos vidriosos y sangre brotándole de la boca.

—Lamentable —murmura ella.

Detrás de Li Xiu, Roman permanece a la espera, listo para sujetarla si pierde el equilibrio. Puede que Imhotep haya utilizado su vínculo de sangre con Li Xiu para localizarla, pero ha sido Roman quien la ha rescatado de la residencia de Atukhos mientras nosotros lo distraíamos con la excusa de una reunión del consejo. A juzgar por cómo no le quita ojo, veo que está actuando como un auténtico profesional sanitario.

Qué mono.

El cuerpo de Atukhos se sacude una vez, dos, al tiempo que emergen unos sonidos ahogados de su garganta. Se está formando un charco debajo de él. Extiende la mano hacia Li Xiu, tal vez suplicando un último contacto con su amada, por quien ha conspirado, tramado y matado, porque consideraba que la existencia no tenía sentido sin ella.

Ella le da una patada en la mano. Luego, por si acaso, le da otra en las costillas.

El corazón de Atukhos deja de latir.

Li Xiu da un paso atrás y se desploma contra Roman, que estaba atento y logra sostenerla. Mira primero a Imhotep, después a mí.

—¿Sabes qué, Lilit?

—¿Qué?

Me sonrío.

—He conocido a tu novio y me cae genial. Deberíamos organizar una cita doble los cuatro.



CAPÍTULO 16

En las siguientes horas ocurre algo muy desconcertante: a pesar de que Roman desconoce la fisiología de los renacidos y de que Li Xiu no tiene ningún respeto por los mortales, él se convierte en su médico de cabecera.

Conociéndolo, no debería sorprenderme que insista en asegurarse de que está sanando antes de dejarla en manos de Imhotep. Lo que me asombra es que Li Xiu lo permita. Es más, hasta se lo agradece. Se deja curar las heridas por un mortal, se toma los medicamentos que él le administra e incluso le pide consejo sobre qué hacer en los próximos días para recuperarse rápido.

Imhotep y yo intercambiamos una mirada de desconcierto, pero estamos aliviados de que se esté tomando en serio su salud y temerosos de que cambie de opinión, así que optamos por no decir nada en voz alta.

No es hasta mucho más tarde que regresamos a la casa de Roman, agotados, hambrientos y, una vez más, cubiertos de sangre. No tengo ni idea de lo que está pensando: su mente lleva siendo hermética desde ayer y apenas hemos hablado. Se ducha mientras yo mantengo una larga llamada con Viktor para ponerlo al día sobre la última carnicería y los encantadores vacíos de poder que probablemente desestabilicen dos linajes importantes durante las próximas décadas. Luego, cuando llega mi turno para la ducha, Roman insiste en ir preparando la cena. Diez minutos más tarde, bajo las escaleras con otro albornoz, en este caso varias tallas por

encima de la mía y con un olor que me resulta agradable y desgarrador a la vez. Huele a Roman.

En vez de ir hacia la cocina, me siento en el sofá, un lugar fantástico en el que desmoronarse, debo admitir. Necesito unos minutos para asimilar que, en cualquier momento de los próximos seis meses, este mismo aroma, mi favorito de todos los tiempos, dejará de existir.

Respiro hondo, tratando de calmar la espiral de pensamientos. Poco a poco, consigo recuperar la compostura, al menos hasta que mi mirada se posa en el sobre cerrado que hay en la mesita del salón. Está claro que es una factura del hospital.

En las últimas veinticuatro horas he tenido que lidiar con muchas emergencias. Para bien o para mal, eso ha significado poder obviar que la enfermedad de Roman es la mayor amenaza que se cierne sobre nosotros. Pero ya no.

—Hola —dice Roman entrando en la sala—. La cena está lista. ¿Quieres comer en la cocina o...? —Se da cuenta de lo que estoy mirando y deja la frase en el aire. El problema es que no puedo apartar la vista. Ni siquiera después de que suelte un «mierda» en voz baja, se acerque y se siente a mi lado—. Oye. —Me pasa el brazo por encima de los hombros, atrayéndome hacia él. Me habla en un tono suave, contra mi cabello—. No pasa nada. Te lo prometo, Lilit. Todo va a salir bien.

Está intentando tranquilizarme. Me estoy viniendo abajo porque está a punto de morir, y es *él* quien me está tranquilizando *a mí*.

De repente la situación se me hace insoportable.

—A la mierda —digo con la voz grave, explosiva.

—¿Cómo?

Enderezo la espalda y me obligo a mirarlo.

—A la mierda todo. —Él parpadea, confundido, así que prosigo —: Escucha, la otra noche... Lo siento, tuve una reacción exagerada cuando descubrí que te... Pero no importa. Da igual cómo lo descubrí, o si me lo ocultaste, o lo que te oculté yo, o lo que elijas

hacer con el tiempo que te queda. Lo único que importa es que voy a estar aquí. Y voy a cuidar de ti.

Roman ya está negando con la cabeza.

—Lilit...

—Sí —digo con firmeza, pero también con ternura. Mi ira se ha disipado, dejando espacio para la determinación —. Pienso hacerlo quieras o no.

—Lilit, no. No tienes tiempo para esto.

—¿Tiempo? —Me imagino la vasta extensión de la eternidad sin él. Si lo único que me quedan son seis meses, que así sea. No me separaré de su lado ni un solo minuto —. Si algo tengo es tiempo, Roman.

—¿Cuándo? ¿Entre las jornadas de defenderte de la gente que intenta matarte y las de asegurarte de que los tuyos no masacran a los mortales?

Hago una mueca, dolida.

—Los últimos dos días no son una muestra representativa de mi carga de trabajo habitual.

—Quizá no, pero sigues siendo... Sigues siendo tú, Lilit. Y lo que me impedía exigirte cosas en el pasado continúa ahí. Incluso antes de saber lo que eras, ya percibía que eras alguien fuera de lo normal. Eras intrépida y perfecta, y estaba claro que no te interesaba aferrarte a nadie ni a nada. No querías quedarte atrapada.

—¿Atrapada?

—Eres... —Se detiene, como si se le hubieran acabado las palabras. Me aparta el pelo de la frente —. Eres la criatura más extraordinaria que he conocido, en todos los sentidos. Yo, en cambio... Mira, no tenía pensado contarte lo de mi enfermedad, pero ahora me alegro de que lo descubrieras porque así puedo decirte lo honrado que me siento por haber podido tenerte conmigo durante todo este tiempo. Puede que yo quisiera más de lo que estabas dispuesta a dar, pero nunca te lo habría pedido y...

—Ay, por Dios, cállate. —Con un empujón suave, quizá demasiado enérgico, me siento a horcajadas sobre sus piernas. Me inclino hacia él y lo agarro de la muñeca para inmovilizarlo contra el respaldo del sofá.

—Lilit...

—No. Cállate un momento.

Lo observo bajo la tenue luz cálida. Tiene los labios entreabiertos y una mirada de expectación. Su pecho permanece inmóvil, como si no se atreviera a respirar.

—Esta situación es una mierda. *Todo* es una mierda, y es culpa mía. Porque nunca había necesitado ser sincera con alguien a quien quería tanto como te quiero a ti. Nunca. Jamás. Crees que soy extraordinaria porque mis células no envejecen, pero es mentira. Aquí el especial eres tú, Roman. Eres extraordinario en el sentido más literal de la palabra. Ha habido muchos antes, y nadie ha logrado nunca lo mismo que tú. Eres el único ser humano que he conocido que no me exige ser más de lo que soy. El único que no se inmuta ante la muerte. El único que no tiene ningún interés en poseerme a pesar de que llevo siendo suya desde el principio. El único que me hace sentir como en casa en un mundo donde mi hogar desapareció hace tiempo. Y, si te soy sincera... —Sé que se me están llenando los ojos de lágrimas. Es una sensación desconocida, olvidada desde hace mucho, pero no puedo evitarlo —. No creo que el mundo merezca estar sin ti.

—El mundo estará bien sin mí.

—No creo que *yo* merezca estar sin ti.

Su sonrisa es pequeña y triste.

—Bueno, eso es otro tema.

Aprieto los dientes.

—Escucha, no te presionaré para hacer nada que no quieras, no te obligaré a vivir una vida que detestas, pero, por favor, ayúdame a entender por qué no quieres ser un renacido. ¿Tan inconcebible te resulta convertirte en uno de nosotros? —Se me quiebra la voz.

Aparto la cabeza, pero siento sus dedos en la barbilla, inclinándome la cara para que lo mire a los ojos.

—No es por eso. Es... Lo siento. No sé cómo explicarlo, Lilit.

Mis músculos pierden fuerza ante el rechazo. Lo he dicho en serio: voy a estar a su lado pase lo que pase, sin importar cuánto tiempo nos quede. Pero necesito un momento para recomponerme. Me levanto para alejarme de él.

Roman me detiene con una mano en la cintura.

—No sé cómo explicarlo —repite —, pero quizá pueda enseñártelo.

Estoy tan angustiada que tardo un instante en entender lo que me está ofreciendo.

—¿Quieres decir...?

—Sí. —Es una invitación para que me adentre en sus pensamientos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Mi mente se acerca a la suya, al principio con cautela, rozándola, limitándose a una inmersión superficial. Él asiente como si quisiera más, y entonces... Ni siquiera necesito esforzarme. Es como si su corazón me tendiera la mano, me atrajera hacia él y me absorbiera por completo. Un instante después, estoy dentro, sumergida en su interior, en el centro de su ser.

No es la primera vez que escucho la desesperación de su amor, la agonía de la incertidumbre, la intensidad de su anhelo, pero hasta ahora había sido a fragmentos. Esta vez no solo lo escucho, lo *siento*. El peso de esas emociones me presiona cada centímetro de la piel, como una manta cálida y gruesa que me rescata del frío de la noche. Me quedo allí, suspendida en las profundidades de sus sentimientos, dejando que los recuerdos se abalancen sobre mí.

La confusión la primera vez que me vio: *Guapa, inquebrantable. ¿Ha existido alguna vez alguien como ella? ¿Alguna vez he deseado a alguien así?*; el anhelo durante mis ausencias: *Los días parecen putos años*; la tentación de pedir más, rápidamente sofocada por el

miedo a perder el poco acceso que tenía a mí; breves y poco entusiastas intentos de conocer a otras mujeres: *Ella no, ella no, ella no, ella no, ella no*; y la alegría sin tapujos que solo podía encontrar a mi lado. Siento amor por mi cuerpo, mis sonrisas, mi aroma, por los minúsculos pedazos de mí que he compartido a lo largo de los años, todos cuidadosamente categorizados y guardados con tanto celo como las joyas de la corona. También hay admiración hacia mi voluntad férrea. Y soledad y felicidad, alternándose como latigazos. Su primer pensamiento cuando descubrió que era una renacida: *Quizá tampoco es tan malo estar enfermo y saber que voy a morir, si de todos modos no habría podido envejecer con ella*. Luego, tras mi primer ofrecimiento de convertirlo: *¿Y si se cansa de mí? ¿Y si la vuelvo a perder? ¿Y si tengo que vivir sin ella, y esta vez es para toda la eternidad?*

En todo momento, en el centro de cada uno de sus pensamientos, estoy yo. Me veo a mí misma, reflejada a través de sus ojos y de su amor, y me quedo sin palabras al descubrir que la Lilit a la que él adora es sorprendentemente similar a la persona que yo sé que soy.

Roman no es ni mucho menos el primer mortal que se ha enamorado de mí. Lo que lo diferencia de los demás es el hecho de que yo no haya podido evitar corresponderlo. Sin embargo, antes de este instante, no habría sido capaz de decir por qué. Con su mente al descubierto ante mí, me doy cuenta de que él me ve como soy. Me conoce. Durante la última década, de alguna manera me ha estudiado, memorizado y comprendido.

Estoy en lo más profundo de la mente de Roman y, no obstante, soy yo quien se siente vulnerable y expuesta.

—¿Por eso no quieres que te convierta en un renacido? —Oigo el llanto en mi voz antes de darme cuenta de que hay rastros húmedos resbalándome por las mejillas —. ¿Porque crees que me cansaré de ti? ¿Esa es la razón?

Se le hace un nudo en la garganta, pero responde con serenidad:
—Yo no puedo leerte la mente, Lilit.

—No. Todavía no. —Me enderezo y me seco las mejillas con el dorso de las manos —. Pero lo harás. Si quieres, lo harás. Por ahora, tendrás que confiar en mí y creerme cuando te digo que te quiero. Cuando te digo que, en los últimos diez años, cada momento que hemos pasado separados ha sido tan devastador para mí como para ti. Que intenté obligarme a dejarte en paz, por tu propio bien, y tú mismo eres testigo de que he fracasado estrepitosamente. Que, aunque no puedo prometerte que estaré contigo para toda la eternidad, igual que tú no puedes prometerme que tus sentimientos no cambiarán dentro de cincuenta, doscientos o cinco mil años..., tendrás que creerme cuando te digo que soy incapaz de imaginarme un futuro en el que no te quiera a mi lado.

Él se queda en silencio, pero puedo escuchar cada uno de sus pensamientos.

Te amo, dicen. Te quiero a mi lado. Haré todo lo que me pidas. Todo lo que necesites, y lo que no también. Soy tuyo, haz conmigo lo que quieras. Te...

—Roman. —Lo miro con una risa entrecortada —. Estás proyectando todo lo que piensas.

—¿Sí?

—Sí.

—Perfecto. Espero que lo oigas alto y claro.

Me atrae hacia él y nuestro beso es apasionado, salvaje, diferente, no solo porque todas las cartas están sobre la mesa, sino porque su sangre está en mí, fresca, intensa, y cada una de sus sensaciones me invaden como si fueran mías.

Roza lo irreal. Siempre me ha gustado darle placer, ver cómo se le sonroja hasta la frente, besarle por todas partes solo para verlo echar la cabeza hacia atrás y mencionar a un tal «Dios» que lleva existiendo menos años que yo. Esto, sin embargo, me abruma. Los escalofríos que le recorren la columna vertebral son pura electricidad. Sé cuándo parar, cuándo continuar, y no lo suelto hasta que se aferra con los puños a los cojines y se retuerce sobre el sofá.

Con el pulgar en la comisura de sus labios, le abro la mandíbula y me inclino hacia delante para escupirle en la boca. Quizá me haya pasado: noto que se le nubla la visión, que su placer alcanza la cima, y lucha desesperado por evitar el orgasmo. Luego, cuando supera el peligro de correrse, traga saliva y sus pupilas se dilatan, brillantes como espejos.

Le arranco la ropa y lo meto dentro de mí, disfrutando de su tamaño y su ímpetu, sin darle tiempo a mi cuerpo para adaptarse antes de empezar a moverme. Me abre el albornoz y me contempla, hipnotizado y respirando con dificultad.

—Eres más fuerte que yo —dice entre jadeos entrecortados.

—Dijiste que no te molestaba.

—No me molesta.

Puedo sentir la verdad de sus palabras en su excitación. En el espasmo de su erección dentro de mí. Eso me hace feliz y me río, acelerando los movimientos mientras él sacude las caderas.

—Hace unos años, me dejaste un moratón.

—Tendré más cuidado si...

—Y es lo más sexy que me ha pasado nunca.

Me detengo, sorprendida.

—No podía dejar de mirarlo. Y de pensar en ti. Fue la primera vez que pude quedarme con algo tuyo después de que te marcharas.

—Se endereza. Sus abdominales, ya sudorosos, se deslizan contra mi clítoris. Gimo, y su boca se contrae contra la mía, formando una leve sonrisa —. Quiero más.

Lo amo. Lo adoro.

—Define «más» —digo entre risas entrecortadas. Ahora es él quien marca el ritmo. Ha tomado el control y yo soy libre de...

—Muéstrame todo lo dura que puedes ser —me suplica.

Le dejo marcas por todas partes para que quede claro que es mío. Cuando siento que estoy a punto de correrme, miro hacia abajo, a la vena que le late en la base del cuello.

—¿Quieres que...? —le pregunto.

Sus ojos me analizan el rostro.

—Sí —responde. Lo que piensa, sin embargo, es: *Por favor. Te lo ruego. Te quiero y quiero que me claves los dientes lo más profundo que puedas. Quiero que te bebas mi sangre y que la lleves dentro siempre. Me dan igual las cicatrices y el dolor.*

Me corro con el sabor de su sangre en la boca y el orgasmo es tan intenso que, por un instante, me olvido hasta de cómo nos llamamos y tengo que volver a aprender a distinguirnos.



EPÍLOGO

Diez años después

Dicen que los médicos son los peores pacientes, pero nunca me ha parecido que sea del todo cierto. Más bien al contrario: me asombra la resiliencia de Roman al enfrentarse a las dificultades de la transición a la vida de renacido.

Cruzar es difícil y físicamente agotador, y, aunque se lo advertí, me esperaba que la magnitud del cambio le provocara ira, - resentimiento y muchas quejas. De hecho, predije en voz alta —Viktor puede confirmarlo— que Roman detestaría sentirse limitado y que elegiría ignorar los límites de su nuevo cuerpo a cada rato, lo cual me volvería loca; hasta que llegara el día en el que se haría daño (mucho, pero no demasiado; yo no lo permitiría, por supuesto) y, al fin, aprendería que, a pesar de ser inmortal, no podía llevar la misma actitud tenaz que había empleado para dedicarse a la medicina, para correr o para cualquier otro pasatiempo que hubiese tenido a lo largo de su vida.

Esperaba con ansias ese momento. Es más, hasta tenía planeada mi reacción: me sentaría junto a la cama de Roman, tomaría su mano temblorosa entre las mías y le diría con mi tono más cariñoso y comprensivo: «¿Qué tal si te estás quietecito de una puta vez, amor mío?».

Estaba segura de que pasaría. Estaba a la espera. Estaba preparada. Al fin y al cabo, así había sido con Vero y con todos los renacidos que había creado.

Pero Roman, cómo no, era demasiado sensato y ecuánime como para hacer algo ni remotamente descabellado. Quizá debido a su formación, sabía perfectamente que la impaciencia conduciría a contratiempos, y que los contratiempos podían tener efectos nefastos en su adaptación. Así que canalizó toda la energía en recuperarse lo antes posible. Me resultaba hasta molesto lo consciente que era de la situación. Se lo tomó en serio y averiguó cuáles eran los alimentos adecuados, los plazos correctos para alimentarse de sangre, el equilibrio idóneo entre ejercicio y descanso... Desde el principio, quiso detectar patrones y estudiar cómo interactuaban los diferentes elementos de su convalecencia.

«Nada de cenas ricas en carbohidratos antes de acostarse», me dijo un día después de dormir cuarenta horas seguidas sin siquiera moverse. «Creo que mi cuerpo no tolera bien las hortalizas de la familia de las solanáceas», comentó otro día, mientras se enderezaba tras potar en la papelería con el aplomo de un monarca. «Todavía no», decidió unos dos años después de su transformación, tras exponer el dorso de la mano al sol matutino y ver que le provocaba quemaduras de tercer grado. (Eso último no se molestó en decirlo en voz alta).

Desde el principio, hizo muchas preguntas sobre la biología de los renacidos. «¿Cuánto tiempo tardaste en poder salir al aire libre?», «¿Te molestaban algunos olores concretos?», «Según tu experiencia, ¿la proximidad física con el creador alivia los síntomas de la transición?».

Yo no tenía ni idea y mi experiencia con esos primeros años no era nada reciente. Había cruzado hacía demasiado tiempo y llevaba siglos sin que me interesara crear nuevos renacidos. Al comprobar que mis respuestas eran insatisfactorias, me dio un besito en la frente y me pidió los números de Viktor y Vero. Como ellos tampoco tenían mucha información que aportar, empezó a entrevistar a cualquier renacido dispuesto a hablar con él.

Fue conmovedor que todos accedieran. Cada uno de los individuos a los que se acercó el doctor Roman Martin se sentó y

pasó por una entrevista completa. Quizá tuviera algo que ver con ese rumor que circulaba sobre que quien se atreviera a negarse provocaría la ira de Lilit de Nineveh. O no. Quién sabe.

El caso es que Roman empezó a recopilar datos sobre los renacidos de nuestro linaje. Después, sobre los de Imhotep y los de Li Xiu. Luego, Aapo y Karna aceptaron participar también y, una vez que la muestra fue lo suficientemente amplia como para observar patrones y extraer conclusiones que beneficiaran a toda la especie, el resto de los líderes decidió colaborar también. (A algunos les llevó más tiempo que a otros; se comentaba que, tras una o dos conversaciones amistosas con Lilit de Nineveh, siempre acababan cediendo).

Fue entonces cuando comenzaron las muestras biológicas. Sangre y saliva y todo tipo de material de ADN. Hubo cultivos celulares, radiografías y resonancias magnéticas. Como me estaba cansando de encontrar viales en mi nevera, tomé la decisión de que Roman y yo empezáramos a celebrar nuestro aniversario, y que, para conmemorar el quinto año de su conversión, equiparía el castillo de seiscientos años de antigüedad que compartíamos en Irlanda con un laboratorio.

Cuando se lo enseñé, se puso tan feliz que temí que su constitución, aún delicada, no pudiera soportarlo.

Un par de años más tarde ya teníamos manuales, teorías, pronósticos, recomendaciones e informes estratégicos. Había renacidos formándose como asistentes de investigación, experimentos que requerían una monitorización de treinta y seis horas, y esa hermosa chispa en los ojos de Roman cada vez que estaba a punto de descubrir algo nuevo. Yo lo dejaba solo durante breves periodos para ocuparme de asuntos importantes, y al volver me lo encontraba dormido sobre una mesa de trabajo, con una mancha de tinta en su diario de registro y la última frase a medio escribir.

Al mismo tiempo, intentaba mantenerse al día de los nuevos descubrimientos médicos en el mundo de los mortales.

—No creo que sea necesario seguir acumulando créditos de formación —le dije un día, pero era inútil tratar de disuadirlo. Tenía la intención de volver a ejercer como médico tan pronto como su cuerpo estuviera lo bastante recuperado.

—Eso podrían ser entre cincuenta y cien años, Roman.

—Lo sé. Para entonces, la ciencia habrá avanzado y la medicina será algo completamente diferente. Supongo que, si me mantengo al día, no me costará demasiado adaptarme.

Me encantaba y me sigue encantando este hombre.



—Es tan raro cuando haces eso —me dice Vero una mañana, después de que le aparte un mechón de pelo sudado de la mejilla.

Viktor está entrenando con Pierre, así que yo voy echándole un ojo a ella y a sus tumultuosos problemas estomacales. (Como mortal, su dieta era exclusivamente vegetariana; Roman descubrió hace poco una alta correlación entre los hábitos vegetarianos y los problemas gastrointestinales tras el cruce).

—¿Cuando hago qué? —le pregunto presionándole la palma fría contra la frente.

—No sé. Esto. Cuando me cuidas como si fuera una niña. Es muy raro que alguien sea tan protectora y maternal cuando eres mucho más joven que yo.

—No soy más joven que tú.

—Lo sé, pero tu cuerpo tiene como veinte años.

—Las veinteañeras pueden cuidar de otras personas. Muchas mujeres tienen un hijo a esa edad. De hecho, muchas mujeres han tenido ya varios hijos a esa edad.

—Ay, Dios, qué horror.

—Vero, creo que simplemente te sientes incómoda con la idea de que alguien cuide de ti. Lo cual entiendo, dado tu pasado y las contradicciones de la sociedad moderna. Pero los principios colectivos y la independencia no tienen por qué ser...

—¿Te importaría dejar de darme lecciones de filosofía mientras estoy potando? —me pregunta antes de volver a girarse hacia el inodoro.

—Por supuesto. Esperaré a que termines de vomitar.

—Estaba pensando en Roman —dice ella tras diez minutos seguidos tumbada en el suelo de baldosas.

—Ah, sí. Siempre es bueno pensar en él.

—¿Sabes qué tiene de curioso este tío?

—Ilumíname.

—Si hubiéramos continuado siendo mortales, él y yo nunca habríamos intercambiado una sola palabra.

—¿Lo dices porque, cuando Viktor te convirtió, Roman aún no había pasado por la pubertad y tú ya eras una adulta hecha y derecha?

—Por eso también, pero, aparte, nuestras personalidades no tienen prácticamente nada en común.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Yo le habría parecido rara y turbia, aunque con razón; mientras que él a mí me habría resultado insufrible. Quiero decir... Se le da bien *todo*.

—Eso parece, sí.

—Y además no se lo tiene nada creído. ¿Será posible?

—Ya, lo sé.

Vero levanta la cabeza haciendo un esfuerzo inmenso.

—La semana pasada lo vi hablando con Viktor en el salón azul. Se estaban *riendo*.

Suelto un murmullo pensativo.

—¿Estás segura de que Viktor se estaba riendo y no era una mueca de asco por haber pillado a alguien comiendo en la biblioteca?

—Sí.

—Interesante.

—Lo que quiero decir es que Roman es la hostia. Lo cual me parece fatal por su parte.

—Estoy de acuerdo.

—El otro día le oí comentarle a Arlo que antes ni siquiera se dedicaba a la investigación. Era médico. Está aprendiendo a ser investigador sobre la marcha.

—Es indignante —coincido. En realidad, Roman sí que estudió algo de investigación en la universidad y en la Facultad de Medicina, pero no creo que sea relevante ahora mismo para Vero.

—En fin. Mientras él va salvando a los renacidos con cada gran descubrimiento, yo me he aficionado a la pintura al óleo.

—Algo me enseñó Viktor. Me encanta la iluminación del cuadro de los kiwis. Es superoriginal.

—Ay, gracias. Estaba experimentando. Me alegro de que te haya gustado.

—La verdad es que nuestra estirpe siempre ha tendido hacia lo artístico. No hay muchos amantes de las ciencias por aquí. Roman va a ser la oveja negra. Puede que incluso lo acosen —exagero.

—¿Sí? —Suenas esperanzada—. Estoy deseando robarle el dinero del almuerzo.

—¿El dinero del almuerzo de quién? —pregunta Viktor desde la puerta del baño. Parece cansado y sudoroso, pero bastante feliz. Por estar de nuevo cerca de Vero, supongo.

—Tu chica planea hacerle la vida imposible a Roman.

—¿De verdad?

—En efecto.

—Interesante. Porque puedo leer la mente de Veronica y ahí Roman sin duda es su chico «pefe».

—Ay, por Dios, cállate. No he usado esa palabra desde que tenía quince años. —Casi se cae al intentar ponerse en pie. Me dispongo a ayudarla, pero Viktor me detiene.

—Déjala —me dice en un idioma que hablábamos en el norte de África a principios del milenio pasado. Sin duda porque no quiere que Vero perciba el cariño en su tono cuando añade —: Le gusta hacerlo sola. Es así de testaruda.

Sin levantarme del suelo, los veo caminar por el pasillo: Vero tambaleándose, Viktor rondando pacientemente cerca por si se cae. Cuando casi han llegado al final, ella se aferra a él y él la lleva en brazos el resto del trayecto.



Hay una broma recurrente en los círculos de los renacidos: que, en lo que respecta a Roman Martin, la gente debería tenerme miedo. Que la «protectora de los mortales» está poniendo todo su poder al servicio de su nuevo amante «que ni siquiera es mortal, ¿te lo puedes creer?». Que, cuando se trata de este novato, ella se convierte en una defensora temible, implacable y puede que hasta inestable.

Roman opina que es ridículo. Yo, sin embargo, pienso en el día del ritual, unos minutos antes de que empezáramos, cuando él dijo:

—¿Lilit?

—¿Hm?

—Si esto no sale bien...

—Saldrá bien —le aseguré.

—Yo también lo creo. —Su mirada era tierna—. Se te da demasiado bien conseguir lo que quieres como para dejar que esto salga mal. Pero, si no sale bien..., recuerda que te quiero. Y que los momentos más felices de mi vida han sido aquellos en los que me he sentido querido por ti.

Antes de eso, creía entender lo que significaba la palabra «necesitar». Ahora me doy cuenta de que no tenía ni idea. Otro concepto que Roman redefinió para mí.



—¿Crees que se lo están tomando como una competición? —le pregunto a Viktor mientras observamos a Roman y a Vero pasear por los jardines. El crepúsculo se acerca. En los últimos meses,

Roman ha desarrollado cierta tolerancia al sol, si bien solo en los momentos finales del día.

—¿El qué? —pregunta Viktor.

—Ver cuánto tiempo pueden aguantar al sol.

—¿Roman? No. ¿Veronica? Por supuesto.

Vero debe de haber captado los pensamientos de Viktor, porque nos hace un corte de mangas. Unos minutos más tarde, cuando se unen a nosotros, la piel de Roman está enrojecida, pero sin quemaduras.

¿Bien?, pienso.

Su satisfacción resuena en mi interior.

Roman y yo bebemos el uno del otro tan a menudo que me cuesta recordar la época en la que no estábamos unidos a este nivel. Nunca fue mucho de hablar, y ahora que podemos entrar y salir de la mente del otro con tanta facilidad, podemos pasarnos días sin hablar en voz alta.

Hubo un tiempo en el que pensé que le costaría adaptarse a consumir sangre. Los novatos necesitan estar bien alimentados y *ansían* la sangre. Sin embargo, a algunos les resulta difícil superar el bloqueo mental.

—¿Crees que serás capaz de hacerlo? —le pregunté en los días previos al ritual. Quería asegurarme de que estaba preparado.

Se lo pensó durante un buen rato.

—La idea de tragarme la sangre de otra persona me repugna —contestó, y se me hizo un nudo en el estómago.

—Lo entiendo —respondí tratando de mantener la tranquilidad —. Es una reacción común. Aun así, sufrirás cambios biológicos que podrían... ¿Qué? —pregunté al notar su sonrisita.

—No me has dejado terminar. La idea de tragarme la sangre de otra persona me repugna, pero cuando pienso en beber la tuya... no me resulta nada repulsivo. Probablemente podría hacerlo ahora mismo.

No lo pusimos a prueba en ese momento, pero, tras el cruce, se tomó el asunto con mucho, muchísimo entusiasmo. Es agradable

tenerlo dentro de mi cabeza. Me encanta.

Cansado, percibo que piensa mientras entramos en el castillo. Pero, oye, he aguantado tres minutazos bajo los rayos UV. Estoy que me salgo.

Espero que no lo estés diciendo con sarcasmo.

Para nada. Me siento más orgulloso que cuando me gradué en Medicina. Y más agotado también.

¿Quieres que nos vayamos a dormir?

Cambia al lenguaje hablado.

—No. —Sonríe—. Veamos una película. Una de esas.

Gruño. De esas *no*.

Treinta minutos más tarde, veo a un hombre lobo matar a un vampiro mientras Roman respira pausado, con la cabeza en mi regazo. Le acaricio el pelo y me permito sonreír.



Fotografía de la autora: © Justin A. Murphy

ALI HAZELWOOD es una escritora bestseller, además de ser la autora de artículos sobre neurología revisados por pares, en los que nadie se da besos y en los que el «para siempre» no es siempre feliz.

Nacida en Italia, vivió en Alemania y Japón antes de trasladarse a Estados Unidos para doctorarse en neurociencia. Cuando Ali no está trabajando, se dedica a correr, hacer ganchillo, comer cake pops y ver películas de ciencia ficción con sus dos jefes supremos felinos (y su algo menos felino marido).

Sus novelas *La hipótesis del amor*, *La química del amor*, *La teoría del amor*, *Del odio al amor*, *Jaque mate al amor*, *No es amor*, *Novia*, *Caída libre*, *Un amor de verano complicado*, *Alfa* y *Juego de dos* han sido éxitos de venta mundiales.

Título original: *Bound and Unbound*

Derechos de traducción acordados mediante Sandra Dijkstra Literary Agency y
Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.
Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: octubre de 2026

Copyright © 2026 by Ali Hazelwood
© De la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2026
© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037, Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-35-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

[Descubre aquí el reino de Faeris:](#)

